

The book cover features a black and white photograph of a woman with dark, wavy hair, wearing a heavy fur coat, looking directly at the camera. She is standing in a tropical, possibly outdoor market or street scene, with other people and structures visible in the background. The title 'Hitler in Central America' is written in a large, stylized, yellow font across the top. Below the title, the subtitle 'A non-kosher story from the tropics' is written in a smaller, white font. The author's name 'Jacobo Schifter-Sikora' and the translators' names 'Translated by Eduardo Saxe and Paul Boakye' are written in a yellow font at the bottom right.

Hitler in Central America

A non-kosher story
from the tropics

*Jacobo
Schifter-Sikora*

*Translated by
Eduardo Saxe and Paul Boakye*

HITLER EN CENTROAMÉRICA

Jacobó Schifter Sikora

INDICE

PRÓLOGO.....	5
I.....	18
II.....	29
III.....	37
IV.....	46
V.....	52
VI.....	62
VII.....	67
VIII.....	76
IX.....	83
X.....	90
XI.....	97
XII.....	105
XIII.....	114
XIV.....	121
XV.....	127
XVI.....	135
XVII.....	143
XVIII.....	152
XIX.....	160
XX.....	168

XXI.....	175
XXII.....	182
XXIII.....	189
XXIV.....	195
XXV.....	200
XXVI.....	210
XXVII.....	217
XXVIII.....	224
XXIX.....	230
XXX.....	237
EPÍLOGO.....	244
GLOSARIO.....	250

PRÓLOGO

"¡Se acaban los Sikora, se acaban los Sikora!"- fue el grito que pegué antes de despertarme. Había tenido un largo sueño, lleno de imágenes extrañas que empezaban en el campo santo judío. Nuestra familia crecía en el cementerio y me soñé que construían dos o tres nuevas criptas mientras otras estaban aún frescas, como mal planeadas ciudadelas-hongo de los muertos. A como iba la cosa, habríamos más adentro que afuera. Mientras los Schifter se reproducían como *cuilos*, observé en la pesadilla, mi lado materno se encogía hasta desaparecer. Héctor me pidió que me calmara y dejara de pegar alaridos porque aún quedaban algunos parientes de mi madre.

"Es cierto que algunos medio tarados sobreviven pero también hay algunos que pueden continuar la especie"- me dijo para tranquilizarme "¿Me estás diciendo que tuve una pesadilla?"- pregunté incrédulo. "Una más de las que has tenido esta semana"- fue su respuesta. Sin embargo, había sido tan real que no estaba seguro de cuál era más cierta. "Me imagino -me dijo él- que no podrás volver a dormir. Pues contame, otra vez, lo que soñaste para ver si conciliás el sueño"- fue la receta ordinaria de un compañero nada entusiasmado con tanta aventura onírica.

Todo había empezado -le expliqué- en el campo santo israelita de Costa Rica, con sus tapias de ladrillo rojo, situado al suroeste de la ciudad capital, detrás de la gran necrópolis católica, El Cementerio Obrero de San José, y no muy lejos del de los protestantes, el Cementerio Extranjero. Observé el momento en que la propiedad fue adquirida el 19 de abril de 1931, debido, afortunadamente, a la intervención, entre otros, de mi abuelo David Sikora. Noté cuando firmó y pagó con un cheque al portador en nombre de los pocos judíos que había en el país. Le dijo al vendedor que como esperaba traer a su mujer en el futuro, quería tener un lote especial para ella. "Si la tengo que estrangular, no la voy a dejar en la calle"- le comentó.

Pude observar una reunión de la *Jevra Kadishe* cuando se estableció ese mismo día y el 9 de octubre de 1932, el primer entierro. Mi abuelo estaba feliz: "Ven lo que les dije, que había que ser precavido. Ya tenemos a nuestro primer inquilino". "El hombre es un afortunado"- le contestó don José, otro paisano, "porque compró este terreno en una ganga". "Sí" -replicó mi abuelo- "imagínate lo que costará vivir aquí en cincuenta años".

En otro sueño, me vi en la época actual, ingresando solo en el cementerio. En cinco décadas, el lugar ha crecido. Cientos yacen en él, inclusive mi madre que murió el 2 de octubre de 1985. Hice la visita porque quería cerciorarme del lugar de nacimiento de mis parientes para una novela que quería escribir.

-Pero si no escribís ficción- me cuestionó mi compañero de desvelos.
-Sí en este sueño- afirmé.

Cuando entré, me topé con un horrible monumento de cemento y mármol, proyecto que financió el grupo *Yad Vashem* y que honra a los seis millones de judíos asesinados por Hitler y los nazis. Se calificaba a sí mismo como "el primero en las Américas de las

víctimas del Holocausto" y tiene como lema "¡Recordar es nuestro deber! ¡Nunca jamás! Nuestro Grito". Éste contiene dos columnas y, entre ambas, la estrella de David. Una con una figura romboide adicional cuyo simbolismo es mejor dejar inexplorado.

-¿Pero existe en realidad esa obra?- indagó mi amigo.

-Que existe, existe y es un monumento tan feo que asusta en las pesadillas.

A la par, descansaba una pila de agua para que los visitantes, al salir del panteón, se lavaran las manos, porque la visita, como la menstruación, requiere limpieza ritual. A continuación, divisé un montón de piedras para colocarlas en las tumbas. Ésta fue donada, según recuerdo, por Masha Teitelbaum de Scharf. Inmediatamente, seguían las pequeñas secciones de tumbas, ordenadas de acuerdo con cierto orden cronológico.

Las más antiguas, a la derecha, era fácil de reconocer por lo sencillo de sus acabados, el uso de árboles caídos, para simbolizar la vida truncada de los jóvenes, como ilustración y en lugar de mármol, el cemento. Varias criptas eran de personas que murieron en su paso por el país. Los nombres de los difuntos se han borrado de las lápidas más antiguas, arrebatándoles hasta la más modesta forma de inmortalidad. En estas secciones más iniciales, algunas familias habían hecho "reservaciones" y compraron lotes para enterrar a sus difuntos. De esta manera, los que murieron en décadas distintas podían descansar juntos. En el caso de mis abuelos, no fue previsto. Es más mi abuela solía advertirnos que "les vengo a jalar las patas si me entierran a la par de ese hombre".

En los años setentas, un espíritu competitivo guiaba el diseño de cada lápida: una especie de gesta se desarrolló, aunque los participantes, en vez de víctimas potenciales del juego, estaban todos muertos. Las bóvedas, nada contentas con permanecer en el suelo, empezaron a crecer hacia el cielo, en una réplica de la ciudad de Nueva York. Cada familia quería que la de su difunto tuviera más altura. De ahí que subían como la inflación. La gente empezó a perderse porque una lápida tapaba hasta cuatro filas; en otras ocasiones, los Empire States, mataban a las pobres plantas.

"Moishele"- decía una visitante a otro, "¿no puedes cortar un poco la estrella de David para poder sembrar rosas? ¿No ves que la tumba de tu madre es tan alta, que no le llega luz a la de mi abuela?" Otros, se quejaban de que algunos difuntos que por mala suerte no habían quedado juntos, no podían hablar: "Yudko, la tumba de tu padre tiene una *Menorá* tan alta que la de mi padre, que está atrás, no puede comunicarse con mi madre". Yudko, por su parte respondía, como buen judío, con otra pregunta: "Si ellos no se hablaban cuando vivos, ¿para qué quiere que lo hagan ahora?"

Las polémicas llegaron a un punto tan caliente, que una mujer sabia sugirió la decisión salomónica de volar cuchilla y prohibir que ninguna alcanzara más de metro y medio de altura. La nueva ley empezaría a regir a partir del año siguiente y las malas lenguas, que nunca faltan, decían que muchos viejecitos que habían pagado por el diseño de sus moradas, con el fin de ahorrarse unos cincos, se apresuraron a morir, antes de que la nueva ley se implantara, para no tener que vivir en tan incómodas condiciones.

-¿Y se acabó el problema?- me preguntó un poco sin esperanza mi acompañante, quien quería volver a dormir.

-No, le respondí con consistencia- la nueva ley, como la revolución obrera en Rusia, que tanto interesó a mi pobre abuela, no trajo la igualdad social. Si no se podía ir hacia arriba, pensaron algunos, se haría a lo ancho, con lápidas más gruesas. Algunas de ellas eran solo de cemento, otras combinaban loza de piso y cemento; muchas, cemento y mármol, y las más grandes, el más pesado mármol o el último grito de la moda: granito azul. Pero existían tipos distintos, los mejores importados de Italia. Los de clase media, optaban, por un material brasileño de inferior calidad y los más pobres, ¡horror de los horrores!, el mármol guatemalteco. Obviamente, el capital que había hecho el difunto o la difunta quedaba impregnado en la roca. Ciertas bóvedas valían tanto que atraían a ladronzuelos. Esto cuando había suerte. En muchas ocasiones, los vecinos del barrio tiraban, en medio del funeral, piedras para recordar a los judíos que, ni muertos, tendrían paz.

-Es el sueño más absurdo que has tenido, ¿a quién le importaría impresionar con las tumbas? Con razón no puedes dormir bien- me replicó un soñoliento escucha.

-No, sí competían, por lo menos en mi cabeza- repliqué.

Para los que carecían de medios, los epitafios repararían la humillación. "Fuisteis la princesa de nuestro hogar"- decía uno en español y en hebreo. La lápida contigua no se iba a quedar atrás: "A la reina de nuestra felicidad". Más allá, otra quiso dejar las cosas claras: "La zarina de nuestras alegrías". En el caso de los hombres, ninguno era "príncipe"- "rey" o "zar" sino "rectos"- "amorosos"- "justos" y "sabios". Había uno ambiguo porque no se sabía si era un recordatorio del difunto o una admonición post mortem: "El sabio de corazón es llamado el hombre sensato y la dulzura de sus labios incrementa sus esperanzas (Proverbios 16-21)".

En medio de esta gesta, pude recordar a mi madre que, consciente de las atribuciones masculinas, solía decirme, cuando hacíamos visita, que aún los más *ganufen* tenían epitafios que realzaban su honestidad y su rectitud. "Pero madre, también hay un montón de *curves* a las que se describe como santas"- le contestaba para emparejar las críticas por género.

Elena no se daba por derrotada. Ignoraba mi comentario y se reía de la tumba de don Abraham, a quien su mujer le había escrito que era el hombre más sabio sobre la tierra y el "grandísimo cabrón no sabía más que escribir cheques". Por mi parte, le mostré la de doña Mishke que era enana y habían anotado "a la paloma de alto vuelo". Elena me indicó que la tumba del señor Guasesteyn decía que era "una alma generosa"- cuando todos sabían que un gran *ganef* que se dedicaba a estafar a los judíos pobres, comprándoles tiendas antes de que se murieran y no pagando después.

En mi pesadilla, los más pobres, que nunca faltan, se vengaban con los números. A los cementerios judíos no se puede llevar flores, pero nadie dijo nada sobre sembrar plantas. En la tumba de doña Sarah, se apiñaban las matas de margaritas como vacas en un camión para el matadero. La de Raquel tenía tantos rosales que eran un peligro público. "Miriam"- dijo una visitante, "me puncé con las espinas". "No se puede pasar tranquila con esa selva que tiene ahí". La competencia por los jardines llevaba a algunos al hurto: "Dicen que Samuel

es tan miserable que se roba las margaritas del vecino para sembrarlas en la tumba de su padre".

La rivalidad se extendió a los árboles. Don Rogelio, por ejemplo, sembró unos pinos. Herman, su vecino, no quiso quedarse atrás y trajo unos hermosos laureles de la India. Sin embargo, no se percató de que estos árboles echan enormes raíces y pronto la pobre difunta de su mujer y sus vecinas quedaron como quien dice a flor de tierra. En otros casos, los pájaros que pernoctaban en sus copas, hicieron un reguero de cuitas sobre los finos mármoles. La mujer sabía que yacía contiguo a la de mi abuelo, sugirió que se pasara una regulación prohibiendo la siembra de árboles.

-¿Y con eso se acabaron los problemas?- me indagó mi amigo como solía hacerlo en nuestra charla.

-¡No! La justa pasaría luego a los asistentes de los entierros- Afirmé con contundencia.

Las familias más numerosas tenían una ventaja por su fuerza reproductiva y cuando perecía uno de ellos, sin importar la relación con el difunto, venían en manada. Nadie podía competir con los Rubiplein, para darles un nombre, porque eran como hongos que se reproducían por generación espontánea. Sus funerales eran formidables y la gente apenas cabía. "¡Dan ganas de morirse"- decía doña Ruth, "con un entierro tan concurrido!" Sin embargo, aquellos mortales con genes menos agresivos, podían compensar con presiones sociales. Si se había hecho alguna fortuna, se podía llamar a cientos de deudores y dejarles saber que, o asistían al funeral, o pagaban sus cuentas. "¿Quién era doña Menche?"- oí que preguntaba un paisano a otro. "Pues la abuelita de Golcha, la prima de tu abuela. Si no la conoces, ¿para qué vienes?" "Es que le debo plata a su hijo".

Para los carentes de instrumentos de convencimiento, existía, como en todo universo justo, otra oportunidad: ir a todos los entierros para que los demás hicieran lo mismo cuando le tocaba a uno volver al polvo y a las cenizas. Doña Perla, una amiga de mi abuela, por ejemplo, esperaba grandes concurrencias en sus funerales porque no se había perdido uno en cuatro décadas. Tanta era la preocupación de no contar con dolientes, que, si alguien se moría en sus vacaciones, la mujer se venía del extranjero. A ella no le molestaba su reputación de ave de mal agüero porque solía llamar a los parientes de los enfermos para planear su "agenda". "¿Crees que me puedo ir tranquila a Puntarenas?"- preguntaba. "Claro que sí, Lupita tiene una semana más de vida"- respondía la amiga.

La fobia más generalizada era no solamente carecer de una muchedumbre de dolientes, sino de "quórum". La religión requiere una *miniyan* de 10 hombres (las mujeres no cuentan), sin ésta, no se podía hacer el sepelio. Algunas familias se vieron, así, en la angustiada situación de, en pleno funeral, buscar algún varón que faltaba. "¿Cuántos penes tenemos?"- escuché, en mi pesadilla, que decía una doliente feminista a quien le molestaba que, aunque había treinta mujeres y solo siete hombres, no se podía llevar a cabo la ceremonia. "Faltan seis *veitsim*"- le respondía su hermana. La pobre corría al teléfono público a llamar a tres sobrinos mayores de 13 años. "Si no se aparecen ahorita en el cementerio, no les quedará un solo huevo para hacer *miniyan*"- les gritaba.

La inútil empresa de hacer que los muertos digan cosas de los vivos, me tenía, en el sueño de esta noche, sin cuidado. No obstante, una última justa, me atrapó y ahí empezó mi congoja. Cuando se visita a un difunto, en la tradición judía, es costumbre dejar, en la tumba, una piedra. Nadie sabe cómo se originó este ritual y se cree que proviene de los entierros bíblicos que las usaban para las criptas. En algún momento, éstas dejaron de usarse para la sepultura y se utilizaron como recordatorio. No obstante, en mi sueño, el rito se prestaba para nuevas contiendas ya que había tumbas sin una y otras que tenían más de la cuenta.

Fue el enterrador, un tico que de beber cerveza estaba todo panzón y con brazos fuertes quemados por el sol, quien me explicó que las tumbas sin piedritas estaban así porque los difuntos no tenían parientes vivos o su familia se había olvidado de ellos. “En mi caso, como buen cristiano, visito la de mi madre todos los domingos, siempre que el tiempo lo permita. Sin embargo, usted nunca viene, ¿no es así?”- cuestionó. Ante esta aseveración, quise dejar en claro que existían otras posibles. "Algunos se les hace una tragedia venir a los cementerios y he oído que a usted algunos clientes le pagan, con tal de no tener que hacer visita los domingos, por colocar piedras". El hombre se rascó la panza, sonrió y me dijo: “Uno está para ayudar, es un comando cristiano”.

-¡Pobre hombre! ¿Quién podría tener una mente tan podrida para soñar que un humilde trabajador lucre de esa forma? Debes consultar esta idea tuya en terapia- me dijo mi compinche.

Tomé, pues, la decisión, en el sueño, de "emparejar" la competencia y evitar que mi madre fuera la última en el censo de las rocas. No obstante, me perdí y no encontré la tumba. Anduve por los sinuosos caminos de las criptas, sin dar con la morada. Pensé que mi madre estaría enojada por mi falta de visitas y había optado por mudarse sin dejar su nueva dirección. Iba de lápida en lápida sin ningún éxito hasta que tuve que pedir ayuda al enterrador, quien hizo una mueca y me dijo que “algunos vienen tan poco que se olvidan dónde están sus familiares”. Decidí mentalmente pedir perdón a mi progenitora y explicarle que si no había venido más frecuentemente era porque aún me dolía saber que estaba muerta. Una vez hecha la explicación, como por arte de magia de los sueños, apareció la cripta. "No se olvide de escribir sobre cómo tu madre lo regañó"- me indicó el enterrador antes de lanzar una carcajada, rascarse de nuevo el estómago y seguir con su trabajo.

La lápida no tenía más que dos piedras. Las de algunos vecinos, las suficientes para llenar los múltiples huecos de la carretera. Al depositar unas veinte y reivindicar, así, aunque haciendo trampa, a los Sikora, me fijé en una de las dos originales, que no era mía y que estaba pintada de azul. Alguien había tenido el cuidado de colorearla y dibujar un triángulo rojo. Busqué al sepultador y le pregunté si sabía quién dejaba tan colorido mineral. El hombre la miró y me pidió que me la llevara porque si la veían otros, empezaría la competencia de colores y el cementerio terminaría, lleno de bolas, como los *playgrounds* de MacDonalds. "Esa piedra la trae un señor el primer lunes de cada mes, a las dos de la tarde, siempre una distinta, no como usted que las recoge en la calle".

A pesar de tan insolente regaño en venganza por haber dicho antes que negociaba con las piedras, le pregunté cómo era el hombre. “Pues no sé - me dijo el enterrador- es un hombre alto, de unos 75 años, pelo blanco. ¿Le recuerda a alguien?”. La descripción no me ayudaba adivinar quién podía ser ya que no describía a ninguno de mis parientes. “Pues no es ningún fantasma”- replicó el enterrador. “La piedra es suficientemente sólida”- añadió.

Me atreví a especular: “Elena, mi madre, había establecido una organización de lucha contra el cáncer y podía ser que este individuo estuviera agradecido”. “Mire joven- respondió- no sé quién es este hombre pero tengo treinta años de trabajar en este cementerio y si algo puedo decir es lo que no es. No es un simple amigo de su familia. Si lo fuera, yo soy la pequeña Lulú”.

Grande es la sapiencia de un enterrador ya que al observar las visitas de los vivos, conoce más de los muertos que nosotros mismos. Mientras pensaba en sus palabras, miré el reloj y noté que, convenientemente, como sucede en los sueños, eran casi las dos de la tarde del lunes 3. Me eché unos pasos atrás para observar la llegada del misterioso caballero.

“Este sueño es tan largo”- me dijo Héctor, deseando volverse a dormir que “hace corta la película **Lo que el viento se llevó** ”. “Aún hay más”- le advertí.

Él llegó justo a la hora señalada. Calzaba a la perfección la descripción del enterrador. Como si los difuntos no tuvieran tiempo que perder, sacó una piedra azul de su bolsa, la besó y la colocó en la tumba de mi madre. Una vez que hizo el ritual, tomé valor y me acerqué: "Perdone, señor, le dije, soy hijo de Elena y me ha impresionado su devoción y cariño, quería agradecerle su lindo gesto". "Me asustó usted"- me contestó con un español con acento de país europeo nórdico, "no lo había visto". Lo miré de frente y era agradable a la vista, con unos grandes ojos azules. Sentí que él hacía lo mismo con los míos, como si fuéramos dos oculistas. Me dijo que se llamaba Carlos, que había sido amigo de mi madre y que solía hacerle visita. Quise preguntar más pero me invitó a tomar un café a su casa y me dirigió, sin que aceptara las excusas que murmuré que no quería abusar de su tiempo, hacia el chofer que lo esperaba en el auto.

De que era rico, no había dudas. Un Mercedes Benz, en Costa Rica, vale una fortuna y el barrio Rohrmoser en San José, al oeste de la ciudad, era el más lujoso. La casa, blanca y de dos pisos, con el gusto "moderno" de grandes espejos oscuros y líneas rectas, era ostentosa. Por su apellido, había averiguado que era alemán y que había hecho una fortuna gracias a almacenes de ropa y clínicas médicas privadas. "Pase adelante, Jacobo, está usted en su casa"- me dijo su esposa que se presentó como Yadira mientras me miraba de reojo. Los sillones de cuero negro, las mesitas de caoba y de vidrio grueso, los armarios oscuros con exquisitos jarrones, principalmente una colección fabulosa de copas checas y cracovianas de cristal de color, demostraban su exquisito gusto. Una colección de cuadros modernistas, algunos de pintores famosos de principios de siglo como Georges Braque, francés, Paul Klee, suizo y Stuart Davis y Marsen Hartley, norteamericanos, adornaba las paredes.

"Son buenos cuadros"- le dije, "pero no me gusta el modernismo". Aunque no me preguntó, le expliqué que la modernidad nos legó las peores ideas universales, como el patriotismo nacionalista, la única religión, la psiquiatría, la cárcel, la educación sexual, los nazis, el

estalinismo, el Estado, la terrible idea de comunidad y los campos de concentración. El arte moderno con su exploración de la percepción y sus límites, se me hacía inútil. Don Carlos no estuvo de acuerdo. Creía en las posibilidades de la razón y el desarrollo científico. Pensaba que los seres humanos habían perdido, en ocasiones, el camino, pero no tenían otra opción que "ir para adelante".

No obstante, me dejó saber que el nazismo había sido la peor tragedia de la historia. Traté de disculparme por criticar las pinturas y le confesé que era un posmodernista desencantado, incapaz de creer en nada. Había perdido la fe en la historia y más en poder escribirla sin ejercer la censura y la marginalidad. A pesar de ello, añoraba parir una novela. Mi objetivo era rescatar la experiencia de una generación de supervivientes: hombres y mujeres valientes que se estaban extinguiendo. Solo quedaba de ellos un pálido reflejo en las nuevas generaciones.

Mi madre era independiente, feminista, luchadora, le expliqué, mientras que la nueva generación de mujeres judías tiene como metas principales quedar electa de *cheer leader* en el colegio y de *Miss Dadeland* en Miami. Desde que Elena murió, hablan de ella como una abnegada esposa y miembro de una conservadora comunidad, cuando la realidad es que nunca pudieron aceptar sus ideas de justicia social y de liberación femenina. Quiero escribir su historia antes que los "machitos" del Centro Israelita silencien la disidencia y nos hagan creer que la mujer hebrea, la que hasta 1997 no podía votar y todavía no puede oficiar un rezo, fue sumisa desde el principio. Mi madre nunca aceptó la dictadura de los *veitsim* (huevos) y no quiero que ellos tengan, con su desaparición, una última victoria".

-Un discurso muy apasionado- me dijo Héctor. No sabía que querías escribir con tantas ganas una novela.

-Pues yo tampoco lo sabía- le expliqué. No lo sé aún. Era un sueño.

-¡Sí claro!- replicó con ironía.

Le comenté a don Carlos que no sabía cómo hacerlo. "Siento que estoy paralizado en este trabajo. Deseo hacer una historia verídica pero no tengo suficiente información. Por otro lado, nunca he escrito ficción. "¿Para qué perder el tiempo con descripciones de lo que no existe cuando la realidad era mágica e infernal?"- preguntó y me miró a los ojos. Tuve que admitirle que tenía, a la vez, un trauma con las descripciones. Un buen escritor debe poder "crear" ambientes y nunca me fijaba en los calzoncillos que me ponía. ¿Cómo iba a describir un paisaje, una ciudad o una persona si, a veces, usaba zapatos de colores diferentes? "Un día"- le conté, "cuando vivía en Chicago, caminé tres cuadras sobre aceras de cemento fresco. Me di cuenta porque los obreros se me tiraron encima, a pesar de que estaba metido en la mezcla hasta la rodilla". "¿Se imagina usted a un observador más despistado?"- pregunté. "Es una especie de parálisis, le dije, una imposibilidad de dar el paso".

Mi anfitrión quiso saber la finalidad de la historia. "¿Quería hacer una contribución a la religión judía, a Israel, al pueblo hebreo?" Pero no lo sabía. Lo único que entendía era para quién no era. Despotiqué contra la religión, los rabinos, los ortodoxos, los *kosher*, los sionistas. "¿Cómo podemos los judíos, después de Auschwitz, creer en Dios?"- hice mi pregunta retórica preferida. No soportaba que algunos paisanos míos se habían convertido,

cuando adultos, en "más papistas que el Papa". Se preocupaban, ¡horror de los horrores!, de no comer carne con queso, como si el mismo Dios, que no tuvo la valentía de parar las cámaras de gas, tuviera el aplomo de castigarlos por ello. "Me imagino estar presente ante El Supremo, le dije a don Carlos, y que me venga a mí con el cuento que por no ser *kosher*, no podía ingresar en el Cielo. Si usted no cumplió, le diría, con la promesa de cuidar a su pueblo elegido, ¿quién le dio el derecho de juzgarme?"

Para terminar, le di mi análisis metafísico: "Dios se quemó en los hornos y se hizo humo". "Pero está el Estado de Israel"- me contestó. "Los sionistas, le dije, negociaron con los nazis, en 1934, mientras los otros judíos luchaban por un boicot que tumbara a Hitler. Prefirieron obtener dinero para trasladar a 20 mil inmigrantes alemanes a Palestina. Buscaron, además, a los más "aptos" a los que imagino decidiendo: "Llenemos esta pequeña cuota de visas con judíos ignorantes que solo sepan sembrar papas, ¿para qué queremos intelectuales? Que se queden en Alemania". Esto no es nada nuevo. En 1903, después del progromo de Kishinev, Herzl, el papá del sionismo, trató de sacar provecho al reunirse con Plehve, Ministro del Interior ruso quien ordenó la matanza. Herzl negoció apaciguar a los judíos revolucionarios a cambio del apoyo del zar al movimiento sionista. Él impuso el modelo para que, cuarenta años después, hicieran lo mismo con Hitler. "No, mi querido don Carlos, los judíos polacos no hemos votado aún, y ya nunca lo haremos, sobre si el establecimiento del Estado de Israel justificó pactar con el diablo". Ahora, Israel se nombró heredero del Holocausto y de todos los judíos y lo utiliza para inculcar más nacionalismo". No, no quería escribir la historia para ninguno de ellos.

"Entonces, ¿para quién es la novela?"- me increpó. "Pues para las mujeres, para las brujas y los maricones"- le respondí. "Suenas igual que tu abuela"- me reprendió. Don Carlos me hizo saber que mi vómito ideológico estaba fuera de contexto. Después de todo, apenas nos conocíamos y él podía haber estado en Alemania empujando en los vagones de los trenes de ganado. No sabía nada de él y no tenía por qué abrirme de esa forma.

-Estoy totalmente de acuerdo con don Carlos- me señaló Héctor. Vos siempre abris la boca más de la cuenta y no me extraña que hasta en los sueños.

Le di a don Carlos la razón, acepté lo inapropiado de mis abruptos y le hice "la pregunta": "¿En dónde estuvo durante la guerra?" "En un campo de internamiento para personas sospechosas de conexiones nazis en Estados Unidos"- me respondió. Aproveché el silencio para observar las fotos en la mesita contigua al oscuro sillón. En una de ellas, posaba un hombre, que me imagino era don Carlos, sin camisa, en un galerón repleto de camas, que por no ser de tipo bunker, pareciera más bien un granero. "¿Era éste el campo?"- fue mi pregunta. Me dijo que sí y volví a mirar la vieja foto. "Era un hombre muy atractivo y galán"- comenté para mí.

"¿Conoció a mi abuela?"- interrumpí el halago. "¡Claro!"- respondió y sonrió. No supe qué más decir. No me atrevía a hacer la "otra pregunta". Mientras sacaba de mis gavetas mentales el dónde, cómo, y por qué, miré los cuadros. Esta vez, uno en particular me llamó la atención. Una pintura cubista con triángulos y globos. En el primero, estaba una hermosa cara de mujer y unos ojos que se me hicieron familiares. La mirada estaba fija en mí, justo para que no la perdiera. De un momento a otro, creí que había un espejo inserto que

reflejaba mi rostro. "¿Esa pintura es de mamá?"- le dije. "Sí, lo es. Me la vendió un compañero en los campos de concentración para poder comprar droga"- me explicó. "¿El triángulo que enmarca su cabeza es el mismo que pinta en las piedras?" "¡Sí!" "¿Por qué le cambió de color?" "Por el rojo que usaron en los campos contra los alemanes que se oponían al nazismo" "¿Se quisieron los dos?". "¡Claro que nos amamos! ¿Cómo se dio cuenta?"- me hizo él ahora otra pregunta. "Mi madre odió a los nazis pero jamás dijo una palabra contra los alemanes. Tres de sus mejores amigos lo eran también"- contesté.

-¡No puedo creer que soñés algo tan inmoral!- fue la respuesta de Héctor.

-Pero, ¿qué querés que haga? ¿Voy a censurar mi inconsciente?- respondí con ira.

En el sueño, no podía dejar de pensar que la historia de mi madre se hacía una réplica de *West Side Story*, a su vez otra de Romeo y Julieta: él, cristiano y alemán, ella polaca judía. Las familias debían haberse opuesto; la religión no lo permitiría. Mi abuela Anita era la apropiada para jugar de arpía. Los enamorados tendrían una canción preferida, posiblemente "*Singing in the rain*"- en alusión a la tormenta que se les debió venir encima. Ninguno murió, pero se casaron con la persona equivocada. En el caso de mi madre, era absolutamente obvio. Su matrimonio había sido arreglado y mi padre era el hombre menos adecuado para ella. "No es nada inteligente"- le diría mi abuelo David, "pero no te morirás de hambre con él". Sentí a mi padre tan cerca como el planeta Plutón. Así que si Elena se había involucrado con este atractivo personaje, me parecía una excelente elección. Por lo menos, hubo un hombre a quien amó. Antes de que don Carlos hablara, le hice una pregunta que tenía en la punta de la lengua, lista para reventar como un botón de chinas y ¡puf!, salió: "¿Y qué de los hijos de Elena?": En los Sikora, la tradición dice que no dudes de los primeros, pero sí del último".

-Ahora resulta, según este sueño, que sos un bastardo- se burló mi amigo.

-Con mucho orgullo- le respondí.

Al distinguido amigo de mi madre le preocupaba que hubiera cortado con mi pueblo. Sostenía que, por la *Shoa*, la nueva generación tenía el compromiso de no "darle a Hitler una última victoria". La asimilación, la pérdida de la religiosidad, el ateísmo y la indiferencia al Estado de Israel, eran una manera de hacerlo. Si iba a escribir un libro sobre Elena, ¿cómo dejar por fuera su judaísmo? Aceptó que debía ser difícil oírlo de labios alemanes pero que, él más que cualquiera, cuando se percató de la monstruosidad del Holocausto, vivía con el martirio. "El nazismo"- me dijo, "estuvo a punto de hacer desaparecer al pueblo hebreo y es un imperativo moral, tanto de los alemanes como de los judíos, que no suceda. En una sórdida manera, quedamos vinculados para siempre". A pesar de su creencia en la modernidad, mi interlocutor detestaba la idea de que una nación esté formada de gente con la misma sangre, religión, política y, no dudó en mencionar: orientación sexual. "La riqueza de los estados es su diversidad y tolerancia, no que todos vayan a misa y al fútbol"- afirmó. Le volví a preguntar si había tenido algo que ver con el nazismo y me dijo que sí, pero que lo había dejado a tiempo, justo cuando conoció a Elena. "¿No me está mintiendo y empujó a alguna ancianita en los vagones?" "No al coche, dijo, pero, como toda mi generación, la abandoné en el andén".

Le cuestioné que quisiera que yo apoyara al Estado de Israel cuando, hasta hace poco, prohibía la inmigración de los *gays*. "¿Se imagina una nación fundada como respuesta al nazismo, que establezca leyes que digan que es un crimen amar a personas del mismo sexo, mientras bombardea aldeas civiles árabes? No aprendimos gran cosa de la Shoa si aún hoy día los judíos mismos nos tratamos así entre nosotros". Y la mayoría de la comunidad de Costa Rica, la misma que experimentó de cerca el Holocausto, nos trata como escoria. Escribiré para ellos el día en que éstos hagan motivo de *najes* el nacimiento de un *feigele*, que bien sabe usted que es "maricas" en ídish.

"No quiero"- afirmó él, "grupos que se aprovechen de la *Shoa*. Los activistas *gays* usan ahora los campos de exterminio para sus relaciones públicas. Algunos han tenido el descaro de hablar del "holocausto" *gay* como si ameritara una comparación. Los pocos miles de homosexuales que pudieron haber perecido por el nazismo, fue un pequeñísimo sector del movimiento *gay* alemán. El otro, no sufrió ninguna persecución. "¿Pero cuál otro?"- pregunté. "El de los machos"- respondió.

"¿Qué quiere que haga?"- le pregunté a Carlos. "Que antes de escribir se informe mejor de su historia, la de su madre, que también es la mía. No quiero que lo haga como las vacas españolas que si no se cagan en la entrada, se cagan en la salida". Según él, la narración debe tener una misión y la mía no podría estar divorciada de mi pueblo. Me habló de la "otra tradición" que ignoraba, la del Talmud y la búsqueda de la justicia. Me regañó por mi desconocimiento sobre el libro judío más importante, incluso que la Biblia. "No entiendo, me dijo, cómo había llegado al postmodernismo sin conocer uno de los factores más importantes para su concretización: la literatura rabínica". También opinó que mi "parálisis" de escritor se debía, no a una pugna entre la ficción y la no-ficción, sino entre andar en el mundo "como un verdadero judío errante" y echar raíces propias. "Ustedes, y me refiero a vos y a tu madre, se quedan paralizados cuando enfrentan las decisiones más importantes de sus vidas. Ella se quedó paralizada dos veces. Una antes de salir de Polonia y otra en 1942. ¿Vos cuántas?". "No sé cuántas, don Carlos, pero si me sigue hablando así, ahorita tendrá una más".

El hombre era un experto en el Talmud. Lo había obtenido, en versión alemana, de un paisano judío que pasó por su almacén y se lo vendió, con el fin de poder traer a su esposa que estaba refugiada en España, por unos cuantos dólares. "Cuando conocí a Elena, me interesé en aprender sobre la religión judía y estuve muy cerca de la conversión. Aunque no lo hice, el libro sigue siendo para mí una extraordinaria fuente de sabiduría y anhelo de justicia, la que, en el fondo, tu madre buscaba. Aprendí mucho de tu abuelo, con el que solía discutirlo". Tuve que interrumpirlo en ese momento: "¿Me está usted diciendo que don David hablaba con usted y aceptaba que fuera amigo de mi madre?" "Al principio, tuvimos problemas"- contestó- "pero más adelante nos hicimos compañeros de discusión".

La historia de María en *West Side Story* se me empezó a resquebrajar. En mi mente, tenía la escena de Carlos y Elena listos para huir cuando mi abuelo los descubría y les disparaba. Don Carlos caía herido, no de gravedad porque aún estaba vivo, y se oía en el fondo, una canción de cuna. "Pues entonces de seguro que mi abuela le hizo la guerra"- le comenté para salvar la trama de la novela. "Para nada. Doña Anita estaba celosa más bien de que discutiéramos sobre religión en vez de marxismo y que tu abuelo tuviera amistad con los

homosexuales, pero conmigo no hubo problema". "¡Eso no podía ser!"- exclamé. "Todos hemos visto **El Violinista en el Tejado** y sabemos lo que le pasó a la tercera hija. No me venga con esa historia cursi de que a usted lo aceptaron sin problema". "El problema tuyo es que crees que eres el héroe nacional de los oprimidos y no sabes un carajo"- me replicó.

No pude oír más. No estaba preparado para esta historia que surgía de mi familia. "¿Cómo era posible que don David y doña Anita, los abuelos judíos tradicionales, con los que no sentí cercanía porque hablaban mal el español y parecían chapados a la antigua, fueran capaces de establecer una relación tan cordial con un pretendiente inapropiado?" Mis recuerdos eran verlo a él, rezando y a ella, en el hogar. ¿En dónde podían haber conocido a homosexuales, en una sinagoga o en la mesa de la cocina, mientras le cortaban el cuello a una ave? "No me diga que mi abuelo y el rabino eran pareja porque me desmayo"- le indiqué. "Y mucho menos que doña Anita se iba a los mítines comunistas mientras hervía la gallina". El alemán me estaba sacando de mis casillas con estos cuentos que no tenían un grano de realidad. "*A lung un leber oyf der noz*".

Pero como si esto no fuera un escándalo, me cuenta, además, que el abuelo, ¡horror de los horrores!, leía el Talmud con un ex nazi. "Don Carlos, dejemos el asunto tal y como está. Usted me arruinó ya mi novela. A nadie le va interesar una historia de un amor imposible sin obstáculos. Alguien tiene que morir, matarse, o sufrir. Además, la información que me da me cambia la idea de cada uno de los personajes. Ha metido hasta maricones en el cuento y de seguro ningún diario me hará una reseña. Mucho menos el periódico La Nación que tiene "locas" hasta en la sopa, pero que hace un tabú del tema. Nunca le perdonaré lo que ha hecho". El anfitrión se echó a reír a carcajadas. "¡Pobre!, ¡se quedó sin su tema cursi! Me dan ganas de llorar. De todas maneras, un libro como el que iba a escribir hubiera sido un cliché más. ¿Y quién le dijo que no hubo problemas?" No contesté porque quise salir huyendo. "No hablemos de cursilerías, y todas sus pinturas cubistas me dan mareo"- le dije antes de tirar la puerta. *Ahf meineh sonim gezogt*.

Pero don Carlos me convenció de que me quedara.

No obstante, no quería discutir aún su vida personal. "Habrá tiempo para que aprendas lo que sé de tu madre"- me dijo. Mi anfitrión quería que entendiera más sobre el Talmud que abría, en el judaísmo, las posibilidades de contradicciones, los movimientos de resistencia, la insurrección de los de abajo, la primacía de la búsqueda por la justicia. Me quería mostrar que, en ciertas ocasiones, interpretaciones totalmente opuestas estaban en un mismo tema. Que las voces disidentes de las minorías, en vez de censurarlas, se dejaban para la posteridad. "Fíjate que cuando se aprobó esta ley, se consigna que no hubo unanimidad y tenés a la par de ella, la interpretación de la minoría"- señaló. También que un tema por más elevado que parecía, desembocaba en las cosas pequeñas, a lo que aparentemente otros le restaban importancia. "Como historiador debés apreciar que el Talmud no descuida lo que es insignificante para algunos, las pequeñas narrativas de las minorías y las voces de lo marginal".

Don Carlos estaba encantado también con los juegos de lenguaje, con la "fascinante idea" de que era ahí en donde surgía la realidad. "No existe una conciencia divorciada de la palabra y por lo tanto, no hay percepción independiente. Somos creaciones literarias,

construidos por el idioma". Por esta razón, tenía la preocupación de que mi novela fuera algo más que una narración inocente. "Quizás construyás monstruos de nosotros y nos hagás vagar como *dibukim* para la eternidad". Si hay algo que debía aprender de este gran libro era la multiplicidad de posibilidades en las vidas de los personajes. "Tus apreciaciones de tus abuelos y de tus correligionarios están influidas por una minúscula parte de lo que crees que fueron. ¿Por qué te da miedo averiguar, en la novela que escribirás, cosas insospechadas? De no hacerlo, ¿no serías un censor más de las narrativas disidentes? ¿Por qué no dejás que los personajes se desarrollen naturalmente, de acuerdo con sus potencialidades, en vez de tener preparado una cataplasma?"- me indicó.

"¿Y qué voy a hacer?"- le pregunté, "¿le pediré ideas a mis personajes de cómo quieren que los retrate? Me imaginaba un cuestionario, antes, en medio y al final de la novela, que distribuiría a mis creaciones literarias con las siguientes preguntas: "¿Quién es usted? ¿Qué le gustaría ser? Escríbalo en menos de 100 palabras" "En caso de tener relaciones sexuales, en mi novela, escoja una: a- sexo con hombres, b-sexo con mujeres, c-sexo con ambos, d-sexo solo, e-sexo con la Madre Teresa". El cuestionario debía incluir las opiniones opuestas de los personajes y cuando alguno no me obedeciera, tendría una serie de alternativas: "1. Si no le gusta su descripción física del autor, escriba una alternativa. 2. Si no le gusta relacionarse con tal personaje, sugiera una alternativa para presentarlo. 3. En caso de palmar en la novela, ¿desea usted algún tipo de muerte especial?" Finalmente, me asustaba la idea de tener responsabilidades legales con ellos. Existe la posibilidad de que alguno se sienta traumatizado por su papel y me lleve a la corte por un retrato injusto: "El personaje secundario ha presentado una demanda legal contra el autor por haberlo obligado a tener relaciones homosexuales, lo que le provocó un conflicto de personalidad".

El hombre no estaba interesado en mis pataleos, ni en mi salida talmúdica al problema de la responsabilidad. "Si la novela es el último reducto de los dictadores, entonces no vale la pena"- me dijo. Además, me contó que, de lograr su participación, no me daría el material, ni las entrevistas para que hiciera una obra histórica tradicional. "Es imposible recrear lo que pasó con la información que contamos. Existen lagunas, huecos insalvables que tienen que inventarse. Él tenía documentos, fotos, diarios, cartas, periódicos, artículos, cuadros y un sinnúmero de recuerdos que debían, junto con los míos, anudarse para hacer una novela. "Tiene que ser ficción porque mucha de esta información no puede salir a la luz pública. En algunos casos, diga que lo inventó y en otros, niegue que lo hizo". Cuando le pregunté por qué, me contestó que aún vivían algunos personajes, o sus parientes cercanos, y que no podía él traicionar a sus amigos, aunque hayan sido los peores nazis sobre la tierra. Mucho menos a Yadira, su esposa.

Don Carlos hubiera querido escribir la novela. Sin embargo, tenía cáncer y sus días estaban contados. Tal vez hubiera preferido llevar su historia a la tumba, pero me dijo que cuando me vio, recordó el deseo de Elena de que su hijo escribiera por ella. "No sabés cuánto amé a tu madre y cuánto la amo aún"- me dijo. En ese momento, se retiró por un momento y me trajo una caja de cartón envuelta en papel azul, con un triángulo rojo en la tapa. "Este es el primer pago"- me dijo. "Temo que no me verás más porque el viernes debo visitar al médico". "Sin embargo, el primer lunes de cada mes, mi chofer te entregará una caja como ésta, en "pagos de polaco"- para que no te olvides nunca de lo que sos. Nos dimos un

abrazo. "Nunca pensé que usted podría empujar a una anciana "- le dije. "No estoy seguro de la ley del tercero, Jacobo, pero me hubiera gustado que se haya cumplido".

En mi sueño, corrí a mi casa para abrir la caja. Me vi hurgando cientos de documentos amarillentos, recortes de periódico, cartas de amor, panfletos y fotos que aunque con instrucciones sobre su contenido, escritas con una gran pulcritud, no tenían orden cronológico y seguían un patrón desconocido, quizás talmúdico. Me miré escribiendo la novela, sin esperar más, porque tardaría años en reunir todas las cajas. Opté por dejar que don Carlos me guiara desde el más allá y que los caracteres se hicieran oír, susurrando en mi oído y guiando mis dedos en el teclado. El primer lunes de cada mes, "ni un minuto antes, ni uno después"-como lo prometió- el chofer de don Carlos llegó cada caja. La información, incompleta, me obligó a llenar los vacíos con descripciones y recreaciones del ambiente. Cuando me encontré, en algunos momentos, a los personajes queriendo hacerse oír y en otros teniendo que "regañarlos" por meterse, sin mi permiso, con otros de novelas rivales, o esperando que alguno, en rebeldía con mis decisiones, me dijera para dónde quería ir, me di cuenta de que ellos tenían razón. A pesar de que en algunos momentos deseé despacharlos y hasta matarlos, que después de todo es la última prerrogativa de los verdugos y de los novelistas, me di cuenta que tenían razón. Si la novela es el último reducto de los dictadores, ¿para qué escribirla? Mientras libraba la batalla, leí la esquela en el periódico sobre la muerte de don Carlos. Me puse a llorar porque había perdido un verdadero amigo y mientras me salían gritos del alma, una ráfaga de viento agarró mi manuscrito del escritorio y lanzó página tras página por la ventana. Me lancé para recuperarlas pero era tarde: las páginas volaban al cielo y el viento se llevaba cada una de ellas, cada una con un Sikora, hacia la muerte. "¡Se acaban los Sikora!"- grité desesperado.

-¿Bueno y qué te parece?- indagué a Héctor, con la seguridad de que me mandaría al psiquiatra, o quizás a tres o cuatro o cinco de ellos porque este sueño necesitaba una década para trabajarse, con pocas posibilidades de éxito o de cura. Sin embargo, sentía orgullo por la fertilidad de mi inconsciente. Coleridge, después de todo, debió haber aburrido por largos meses a cada pariente con su plan de escribir Xanadú en un sueño y lo que terminó creando fue un pequeño poema, del cual se olvidó, durante una breve interrupción, de la mayor parte. En mi caso, había escrito toda una novela y podía acordarme de cada escena, personaje, diálogo, y lugar en Polonia, sin nunca haberlos vivido. Y lo podía probar, además, con Héctor a quien le iba a contar detalladamente la trama, aún si con esto nos condenásemos a semanas de insomnio y a mi garganta a la más profunda carraspera. Pero él me sabotó mis planes al quedarse dormido. No me dejó otra opción que sentarme, después de todo, a escribir la condenada novela.

I.

Elena miraba el muelle y el gran barco trasatlántico, una masa imponente gris, que la llevaría quién sabe dónde. ¿Qué idea podía tener una jovencita judía en 1934 acerca de un país llamado Costa Rica, ubicado en América Central? Ninguna. Le sonaba a fruta o a postre más que a un lugar. La joven sí sabía que lo de "rica" se lo había puesto otro viajero que se cree fue judío y que había cruzado, en el mismo año en que los sefarditas serían expulsados de España –hace cuatro siglos- en un barco mucho menos imponente.

Las nubes sobre Hamburgo se oscurecían con colores de rojo marrón y de pequeñas pintas oscuras. Nunca había visto tanta agua junta ya que provenía de Polonia Central, lejos de barcos y océanos. A sus catorce años, estaba a punto de salvar su vida. Vivía a media hora de Treblinka, uno de los más eficientes campos de exterminio y de haberse quedado en Dlugosiodlo, su pueblo, hubiera sido llevada en un "brinco". Pero, como ironías hay en la vida, sería más bien un tren y un barco alemanes los que la ayudarían a escapar de las garras del Holocausto que se avecinaba.

La muchacha se alejó unos pasos de su madre y de los otros pasajeros, de los gritos de los cargadores, de las grúas, de las carretillas y de los embalajes que estaban siendo cargados, a un lugar más tranquilo de donde podía mirar la fascinante masa de agua. Fantaseaba con la idea de que podría ver su rostro en las movedizas pequeñas olas bajo el muelle. La imagen de su cara se reflejaba en este cambiante espejo negro que le hacía ver a otra Elena que nunca fue ni sería.

Desde los siete años, tuvo que ayudar a su madre en el negocio y en el cuidado de sus dos hermanos. Su padre se había marchado a América. Los dejó solos. Eran pobres y aunque escuchó que existía la riqueza en el Nuevo Mundo, no tenía la menor idea en qué consistía. Para algunos, en América las calles estaban pavimentadas de oro, pero su madre le aclaró que ésas eran las de los norteamericanos.

"Adonde fue tu padre"- le explicaba, "no creo que existan calles de oro, plata o cobre. Desde que se fue, el hombre no me ha mandado ni un centímetro de pavimento".

Dlugosiodlo, situado entre Varsovia y Bialistok, se dedicaba a la explotación maderera. Lo único grande que había era la iglesia cristiana, que ella nunca había visto por dentro. Sin embargo, desde afuera se miraba imponente, con sus dos columnas de ladrillo rojo y ovaladas ventanas que tenían dos espirales negras tan estrechas que la hacían verse como los sombreros de las brujas de los cuentos de hadas. En el centro de la fachada había un enorme rosetón y, a los dos lados, ventanas alargadas con vitrales, como si la iglesia hubiera ambicionado en su juventud verse convertida en una catedral gótica.

La sinagoga, por su parte, era más rústica y pequeña, aunque no menos hermosa. Había sido construida en el siglo XVIII de la madera de los cipreses del pueblo y contaba con un gran techo que parecía una taza de sopa invertida. El *shull* estaba decorado con pasajes bíblicos, grabados con letras iluminadas sobre la madera y en una combinación de lindos colores. Adentro, una escalera ondulada de madera llevaba a las mujeres al segundo piso porque ellas no podían rezar junto con los hombres. Se contaba en el pueblo y había

quedado registrado en el *pinkes* del *shull* que el famoso Rebbe Velvele Sbarzher no había podido creer sus ojos cuando miró la belleza de esta sinagoga de madera y que la había bendecido y declarado que, por ser una pequeña joya arquitectónica, nunca debería ser víctima del fuego

En este *shteitel* polaco, los cristianos y los hebreos vivían, como dice el dicho, "juntos pero no revueltos". Aunque tenían relaciones económicas y hasta eran socios, no socializaban y cada grupo vivía aparte: los cristianos en las áreas rurales y los judíos en el centro del pueblo. Para los cristianos, los hebreos eran "el otro"- todo aquello que ellos supuestamente no eran: competitivos, materialistas, obscenos y nada generosos. Algunos los creían idólatras porque bailaban y adoraban unos rollos de papel; otros decían que eran tercós porque no aceptaban "el hecho evidente" de que Cristo fuera el Mesías.

Los hebreos tenían sus propios prejuicios. Consideraban a los campesinos polacos ignorantes porque no sabían leer ni escribir. A diferencia de su religión que ponía énfasis en la lectura y en la discusión del libro sagrado, la iglesia estimulaba solamente la aceptación de los dogmas y además, por su asociación con las clases pudientes, el vulgo vivía pobre y sin educación.

La ignorancia promovía que cuando las cosas salían mal, los males se les inculparan a los judíos. Una acusación era que para la Pascua, los hebreos utilizaban la sangre de los niños cristianos. Otra, que tenían arreglos con el demonio para succionar la riqueza de la nación. En períodos de crisis, estas acusaciones impulsaban sublevaciones y matanzas de judíos conocidas como pogromos. Sin embargo, en los tiempos normales, las ideas estereotipadas no impedían el contacto diario. El campesino polaco, por ejemplo, compraba sus caballos del hebreo y le vendía el trigo y las hortalizas. Su mujer conseguía su ropa en la tienda hebrea y comerciaba sus patos y gallinas con la dueña. Por más de mil años habían vivido bajo este arreglo y cada uno era "el otro" para sendos grupos religiosos, un "otro" familiar, conocido pero nunca amado.

Las casas de este poblado eran de madera, de colores pasteles, con cercas y techos inclinados del mismo material. En el centro del pueblo se levantaba una plaza con un monumento dedicado al General Naczelnikowi Bojownikov, héroe nacional polaco que, como todo héroe de su país, debía haber matado quién sabe cuántos rusos y ucranianos. El hombre amenazaba aún sentado sobre su exuberante caballo y en pose de guerra, listo para terminar con más "enemigos" de la patria.

Los polacos se consideraban, igual que los judíos, un pueblo sufrido y solían comparar desgracias. La nación había sido, hasta la Primera Guerra Mundial, devorada por sus más aguerridos vecinos: Prusia, Austria y Rusia. La pérdida de la independencia, durante todo el siglo XIX, había sido un duro golpe para el nacionalismo polaco y una fuente de conflictos con los hebreos. Cuando los austriacos les otorgaban más derechos que los mismos polacos, los últimos resentían que los judíos apoyaran la política de Viena. Sin embargo, la situación era diferente en el frente ruso. Los judíos polacos que fueron incorporados por los zares soñaban con una mayor libertad y luchaban tanto como los polacos por la independencia de lo que consideraban – provisionalmente hasta la próxima expulsión- su patria.

La familia Brum-Sikora estaba dedicada al pequeño comercio y tenía dos tiendas construidas de madera, una frente a la otra, en la plaza principal: la de la abuela Rivke Malke y la de su madre, Anita Brum. En la ventana, se mostraban suéteres y blusas de lana y vestidos de falda larga. Adentro, más mercadería como valijas y artículos para el hogar. Como tiendas de paisanos, las primeras siempre listas para cualquier viaje en caso de un pogromo.

Como era costumbre en las familias judías más adineradas, las mujeres trabajaban mientras los hombres leían el Talmud y estudiaban la Torá. Los hebreos no tenían, en el *shteitel*, ni clase política, ni profesional; de ahí que la única distinción de riqueza era el lujo de contar con un rabino o un erudito en el hogar. En el caso de ambas familias, los hombres se la pasaban en discusiones dialécticas en la sinagoga mientras sus mujeres hacían las labores más prosaicas, como ganarse el sustento diario.

Mientras Anita trabajaba en la tienda, Elena jugaba el papel de padre y madre, protectora y mentor de sus dos hermanos menores: Samuel y Sarita. La muchacha aprendió desde muy temprano no solo a guiar a sus hermanos, sino también a ayudar a su madre como contadora y vendedora en la tienda. Fue siempre diestra con los números porque tenía que atender a los compradores. Como lo que vendían eran *shmates*, desde muy temprano aprendió el arte de adivinar los temores y los complejos de la gente, algo muy parecido a la psicología.

No había luz eléctrica en el pueblo, ni conciencia de la existencia de los peculiares poderes del electromagnetismo. El transporte se hacía principalmente con carretas y caballos. El pueblo era cruzado por carretones llenos de tucas de madera que iban para Varsovia o Bialistok. En el invierno, la nieve cubría los techos y las copas de los árboles y perdía su blancura al mezclarse con la tierra de las calles sin asfalto, lo que manchaba los zapatos de los transeúntes. Algunas veces el invierno era tan crudo que la temperatura llegaba hasta menos de 38 grados bajo cero. Cuando esto sucedía, hasta la escuela se cerraba. Un día Elena y Samuel fueron devueltos a la casa por el mismo profesor que le informó a doña Anita que no mandara a sus hijos a la escuela cuando hacía tanto frío. “Ni que se fueran a congelar como pescados”- se quejó la mujer que no consideraba que el mal tiempo era excusa para dejar de estudiar.

La única diversión en el pueblo era la taberna, a la que solo los polacos y los judíos menos religiosos asistían debido a su mala fama de ser centro de borrachos y de pleitos. El dueño de esta era un paisano, don Israel Porn, que las malas lenguas decían que gustaba mucho de la vodka. Sin embargo, sus correligionarios preferían no emborracharse ante él porque tenía una lengua muy suelta y les contaba a sus mujeres cuánto habían bebido sus maridos. Anita, por cierto, solía enviarle de regalo unas camisas con el fin de que Israel le soltara cuánta vodka había bebido su primer marido. “Ese borracho me las va a pagar”- amenazaba la mujer cuando se enteraba que este había consumido más de dos botellas y que se había gastado toda su mesada en licor.

En el verano, la gente iba a los bosques cercanos y el pueblo quedaba desierto. Los polacos cristianos no vivían nada mejor pero como tenían sus casas en el campo Elena no sabía cómo eran. Un reducido número de paisanos judíos tenía dinero. Magda, la hija del

carnicero y de Golde, por ejemplo, comía mucho mejor, compraba lindos vestidos y no trabajaba como ella.

"Pero es que tiene a su padre aquí"- le explicaba la madre. Elena pensaba entonces que el padre valía oro.

Su casa de madera era tan decrepita que olía siempre a humedad. Las habitaciones, pequeñas y sombrías. El único lugar más caliente era la cocina en donde había una enorme chimenea que servía de cocina y de calefacción. Las ventanas daban al patio en donde se localizaba el corral y el excusado de hueco. En vista de que las casas estaban una junto a la otra, las gallinas de las vecinas y las propias vivían en relaciones íntimas.

"Elena, consígueme una para la cena"- gritaba su progenitora. "Trata de equivocarte y escoge la de la vecina".

Los excrementos, tanto de las aves como los propios, eran retirados solo los lunes y el carretonero se los llevaba de noche, cuando nadie lo mirara. Los olores eran tan fuertes que muchas veces no podían dormir. Durante el invierno, el frío calaba los huesos. Una de las peores torturas era ser el primero en ir a la cama. Como ésta era compartida, las hermanas se rifaban para ver quién la calentaba.

"Sarita, te hice la tarea. Me debes de recompensa una cama tibia".

Samuel, el muchacho que estaba unos pocos años de su *bar mitzvah*, tenía el privilegio de tener su propio cuarto y cama, aunque no contaba con nadie que se la calentara. Sin embargo, cuando llovía en el verano, la casa se llenaba de agua por las muchas goteras, su cuarto quedaba inservible y tenía entonces que dormir con ellas o verse forzado a defenderse del diluvio que lo forzaría a construir un arca y llenarla, como El Señor había dispuesto, con una pareja de cada especie.

"¿Pero por qué te lamentas que se mete el agua por los huecos del techo?"- le preguntaba burlonamente la madre a su hermano Samuel. "¿No era que te gustaba la naturaleza? Pues mira la luna y las estrellas por los agujeros en el techo". La mujer no estaba para oír quejas de los inquilinos de su hogar. Pensaba que su hijo se quejaba demasiado y que además, comía más de la cuenta. "El bandido ese suele comerse todo el pan, la mantequilla y el salami que encuentra y está más gordo que las gallinas del rabino"- se quejaba Anita cuando su único hijo varón protestaba por las goteras.

Con esto daba por terminado el asunto y no se discutía más la necesidad de arreglar el techo, para lo que nunca había suficiente *guelt*. "No sé por qué se quejan tanto de las goteras"- decía la mujer, "¿acaso se van a derretir por un poco de agua?"

Elena solo tenía memorias amargas. Lo único que le pareció bonito del pueblo era los paseos, en el verano, al bosque aledaño. Altísimos árboles de ciprés cubrían los alrededores, con abundantes arbustos de moras silvestres. Le encantaba llenar su cesto y llevarle a su madre para que horneara un delicioso pastel. También disfrutaba comerlas hasta empacharse.

"Lo único gratis en Polonia son estas moras y a mí me aflojan el estómago"- protestaba nuevamente su progenitora. "En vez de traer frutillas y poner en peligro la vida de tu madre"- "¿por qué no vas donde Golde y tomas unos huevos?"

La cena de los viernes, para el *Shabat*, era otro recuerdo agradable. Su madre cambiaba el ambiente de la casa, ponía un mantel especial, prendía las candelas y cocinaba lo mejor de la semana, especialmente el *guifilte fish* que le encantaba. Fuera de eso, todo lo demás eran *tzures*.

La otra Elena, la que oía en el puerto de Hamburgo como si la historia no fuera de ella, estaba consciente de que todos los recuerdos han sido influidos por los acontecimientos posteriores. El final de las cosas determina su interpretación. Es más, sentía cierta culpa de recordar algo bueno porque lo miraba como compartir la decisión de los que se quedaron. Y los que lo hicieron no pudieron estar en lo correcto. Mientras lo pensaba, el viento empezó a soplar en la playa.

La joven tuvo que despedirse de su reflejo en el agua y caminar despacio, como si estuviera en el funeral en el que nunca estaría de espectadora. Dejar una vida es una muerte, un camino que se dejó de cruzar. Los viajeros lo saben bien y la joven era una más en una larga procesión. "Millones de posibles gestas se hallan en el fondo del mar de aquellos que partieron y nunca volvieron"- recordaría después. Mirar desaparecer su rostro en el agua y verlo ahogarse sin un ritual apropiado era un sacrilegio. La joven tiró una migaja de pan al mar: "Mejor te dejo algo de comer y no flores"- le dijo a su imagen.

El principio del final había empezado unos cuantos meses antes, aunque los judíos nunca saben cuándo empiezan ni terminan las cosas. Unos dicen que su martirio se entabló desde Abraham, otros desde los babilonios o los romanos y algunos que con los cristianos. Así que Elena no estuvo nunca segura del origen preciso de la partida. Estaban siempre prestos para irse. El asunto era saber cómo partirían de estos tiempos de naciones y de fronteras. Su madre la había llevado a la capital con el fin de tomar las fotos y arreglar sus pasaportes.

"Necesito tener los papeles listos si el holgazán de tu padre hace algo de dinero en América"- le había confesado.

En Polonia, obtener el pasaporte era una odisea tan complicada como cruzar la frontera con Alemania. Conseguirlo estaba sujeto al arbitrario proceder de las autoridades. La expedición se dilataba, a menos que el solicitante pagara un buen soborno. Concedido el pasaporte, a menudo se cobraban derechos indebidos. Si las autoridades se daban cuenta de que algunos impuestos no habían sido cancelados, lo invalidaban inmediatamente.

Anita aprovechaba la travesía a la capital para compartir con su pequeña hija las desdichas de su matrimonio. Su padre había sido un *shidaj* y el segundo de ella, cosa nada común en Polonia. La gente no se casaba por amor sino para sobrevivir.

"Uno busca que el hombre tenga algo con qué darnos de comer"- le insistía.

El matrimonio con el padre de Elena había sido el segundo de Anita, algo poco común en Polonia. La madre le había explicado que se divorció por la debilidad del marido. Elena, con su típica inocencia, su belleza reflejada en los ojos expresivos, saltones y que danzaban como una garza frente al sol, no comprendió entonces qué significaba la palabra. "¿Será que no tenía fuerzas para oír sus quejas?" Pues esta "falta" de fuerzas y de dinero había roto el matrimonio y su madre le pidió a la *shadján* que le consiguiera un buen partido.

"La desgraciada no buscó como debía"- le diría Anita, "y me consiguió lo primero que encontró. Como tu padre leía el Talmud, creyó que eso sería suficiente para mí"- se quejaba. "Ella me explicaba que una divorciada no podía escoger mucho y que debía pagarle más por un marido. Con esa plata, mejor me hubiera comprado un vestido".

Una vez en la capital, Elena dejó de ser su confidente ya que ese día Anita no quería que la acompañara a las oficinas estatales.

"Quédese en la casa"- expresó ella "porque tengo mucho que hacer y usted se va a aburrir".

"No quiero quedarme sola mamá"- le imploró con lágrimas Elena. Unas lágrimas que cuando rodaban por su cara se transformaban como dos diamantes deslizándose sobre una belleza, que en un futuro próximo sería admirada por seres inimaginables. "¿Por qué no me lleva?". La hija sintió algo extraño al mirar que antes de salir su madre se peinara y pusiera, a escondidas, un perfume de su cuñada. Años después pensaría que quizás tenía algún tendero judío que visitar.

La casa en que Anita dejó a Elena era la de la tía política Fruncha, que alquilaba aposentos a sus parientes. Ese día ninguno estaba porque se habían ido temprano a buscar empleo en las tiendas o almacenes judíos. Sin embargo, los dueños cubrían sus necesidades de mano de obra con los familiares desempleados y bastaba con ellos. Los hebreos estaban siendo arruinados por la industrialización polaca. Ésta borraba sin misericordia los pequeños negocios y alentaba la concentración en unos pocos. Los paisanos solo tuvieron cabida en el sector de consumo, lo más vulnerable en tiempos difíciles.

"Es mejor trabajar en algo que no hacer nada en la casa"- le respondió una prima antes de salir a buscar oficio. La mujer estaba dispuesta a bregar en lo que fuera ya que ni para comer tenía.

Fruncha, la dueña, que cobraba por los cuartos y las comidas, le deseó suerte porque "le debía tres meses de renta". Ella tenía que cobrar algunos alquileres. *'Az och un vail!* Nadie paga, se quejaba, tengo que suplicar por la renta, como si me hicieran a mí el favor. Te arrepentirás cuando encuentres mi cuerpo en putrefacción, una víctima más del hambre!"

La noción de que los niños tienen derechos y no debían ser abandonados no había llegado aún a Polonia, preocupada por la recesión, el paro y la pobreza. Los críos eran tratados como pequeños adultos y colaboradores en el hogar y en el negocio. Sus temores eran muy poca cosa para aquellos obsesionados con los suyos. Elena nunca había estado en una ciudad tan grande y tampoco sola en una casa ajena. Ésta tenía muchos cuartos, todos oscuros, cerrados y llenos de fantasmas de familiares que murieron *meshugeneg, orehman* o

por su propia cuenta. "No entres en aquél que no se ha abierto desde que mi marido, tu tío, se mató de un tiro"- le indicó la dueña. Elena temió que el esqueleto o aún peor, el espíritu, estuviera aún en el cuarto.

La única decoración en la casa era un espejo y el candelabro en el comedor para el *Shabat*. Contempló su reflejo. ¿Era hermosa? Nunca lo sabría porque, aunque se miraba, no se veía. No era que su belleza fuese subjetiva. Era preciosa. Tenía un color de piel claro con un ligero toque de aceituna. Sus ojos eran tostados profundo y expresaban ternura pero a la vez inteligencia. A veces miraba de una manera desconcertante, con una expresión que decía cosas distintas. Irradiaba amor y una furia indescriptible. Su boca era sensual y la nariz larga y simétrica. El pelo negro, un grado menos que el del azabache, ondulado y fino como la seda. La mujer llamó la atención hasta el día de su muerte. Pero nunca conoció su hermosura.

"Los espejos nunca dicen la verdad. Nos engañan y nos muestran las cosas como no son. No podemos creer en ellos"- reflexionaba. Unos años después, un espejo le probaría que estaba equivocada.

El tipo de la niña no era común entre los judíos polacos. Su padre, David, de quien había heredado las facciones, tenía fisonomías particulares. De acuerdo con una historia familiar, los Sikora venían de Itil, capital del Imperio Jázaro, un reino judío que desapareció del mapa. Según algunos historiadores, los restos de la ciudad, en razón del hundimiento de las tierras aledañas al mar Caspio, se encuentran bajo el mar. Los jázaros descendían, entre otros, de los turcos ogúricos, originarios del Asia Central. El reino tuvo un período de independencia durante 800 años entre los siglos V y XIII de nuestra era. Comprendía una extensa región que abarcaba el sur de Rusia, el norte del Cáucaso, la sección oriental de Ucrania, Crimea, Kazajstán occidental y el noroeste de Uzquebistán.

Su población –de acuerdo con su progenitor- se había establecido a orillas del mar Caspio, que era conocido también como el mar jázaro. Aún ahora los pueblos turcos, persas y árabes lo llaman así. El imperio jázaro constituyó una ruta comercial importante entre Asia y Europa. Sin embargo, esta particularidad no pasaría a la historia. Lo que sí lo convertiría en un reino sui géneris es que sus reyes, en el año 740, optaron por convertirse al judaísmo. El kagán o rey jázaro lo hizo como forma de contrarrestar las presiones de sus vecinos: el Imperio Bizantino cristiano y el Califato Musulmán. De esta manera, obtendría un papel de mediador neutral en las luchas de ambos credos. "Pero también escogió –agregó David con orgullo- porque comprendió que el judaísmo era mejor".

Según una leyenda que le había contado su abuelo, los jázaros se hicieron judíos por convencimiento filosófico. David tenía copia de un documento que se publicaría hace muchos años y que su abuelo había copiado de un libro que le regaló un rabino jasídico, sobre la correspondencia del rey jázaro a Jasdai Ibn Shaprut, médico y ministro de Abderramán III, califa de Córdoba. Según ahí se anotaba fue el mismo Dios, por medio de un ángel, quien se le apareció al rey Bulán, soberano de los togarmi. Le prometió que si dejaban la idolatría y "observas mis preceptos, estatutos y sentencias te bendeciré y multiplicaré". Dios cumpliría el trato y le daría triunfos y riquezas y Bulán decidió escoger la mejor religión monoteísta para su pueblo.

“Como el rey era un hombre sabio y cortejado por los cristianos y los musulmanes” – explicó David a Elena- optó por hacer un debate en su pueblo acerca de las virtudes de las tres religiones. Sin embargo, cada uno vindicaba la suya y no se ponían de acuerdo. De ahí que buscara un arreglo: les preguntaría a los líderes religiosos que escogieran la mejor. Fue primero donde el musulmán y le dijo: “¿La mejor religión es la de los israelitas o la de los cristianos?” “La de los israelitas es preferible”- dijo el cadí mahometano. Luego iría dónde el sacerdote cristiano y haría la misma pregunta pero esta vez entre mahometanos e israelitas. “La creencia de los israelitas”- contestaría aquél. Ante este consenso, el rey optó por la judía: “Los dos confesáis que la religión de los israelitas es la mejor y más verdadera, por lo que elijo la de los israelitas que es la de Abraham”.

Anita, fuerte en sus convicciones y con un carácter que la llevaría a lugares prácticamente inalcanzables, no estaba muy convencida de la leyenda que contaba su esposo. Según ella, existía otra versión entre los judíos. Aparentemente, el rey jázaro buscaba una religión que le permitiera a los hombres vivir de las mujeres. “Se habían cansado de tanta guerra y conquistas y deseaban dejarle a su esposa las tareas del gobierno”. El sabio rey iría primero donde los mahometanos y les preguntaría cómo trataban a las mujeres. “Las compramos por docena y las mantenemos en un harén”- respondió el cadí. No estando contento con la respuesta, iría con el cristiano. “Las mujeres son la tentación del demonio y les ponemos cinturones de castidad para que no nos traicionen”- sería su respuesta. Al interpelarlo al rabino, al rey le encantó su respuesta: “Las mandamos a la tienda para que nos mantengan”. No había más discusión. “Jazar se hizo judío y de ahí en adelante a las pobres mujeres nos tocó mantener a esta partida de turcos, buenos para nada”- decía la mujer.

A pesar de las versiones distintas de Anita y de David, el maestro de historia confirmaría la versión de su padre acerca de que muchos jázaros se convirtieron al judaísmo, aunque el reino toleró las tres religiones. Con la pérdida de la independencia, a manos de los rusos kievenanos, los jázaros tuvieron que convertirse o emigrar. Muchos se irían al occidente, incluyendo Polonia. Ahí se mezclarían con los hebreos occidentales y perderían su lengua, identidad y costumbres, pero no su judaísmo. Sin embargo, la belleza de los jázaros haría que sus mujeres (¿y sus hombres?), fueran apetecidas en las cortes de Bizancio y de Bagdad.

Mientras divagaba sobre esto, Elena continuaba la pesquisa en casa de su tía. Los muebles eran viejos y oscuros. Uno que otro contaba con un tapiz en buen estado pero la mayoría tenía costurones y hoyos profundos que se podían tragar desde un pequeño peine hasta una persona de pies a cabeza. En el pueblo se decía que los asientos se comían a los niños que se portaban mal. De ahí que la joven nunca pusiera su *tuges* en uno de ellos y que, como muchos judíos, no usara los muebles de la sala. Años después pensaría que la miseria llegaría a tal punto, que los muebles empezarían a tragarse a las familias y luego a los pueblos enteros.

“Quizás los judíos que desaparecieron –se dijo para su fuero interno- están aún escondidos en las butacas antiguas que los polacos terminarían robando”.

En vez de sentarse en uno de ellos y lastimar a quién sabe cuántos niños, prefirió mirar los cuadros en la pared. Había muchas fotos de deudos que más bien asustaban por sus grandes barbas, vestidos negros y oscuros ojos llenos de tristeza y de miseria. Años más tarde, una prima le contaría que las caras de terror que mostraban los judíos polacos se debían a que la cámara fotográfica era toda una innovación cuyos efectos sobre el alma cautiva eran desconocidos. "O quizás, ante la luz, intuyeron su sino".

Las expresiones asustaron a la niña. Las personas posaban en vez de "parecer" naturales como sería la costumbre después. Su mirada directa hacia el lente hacía que los que veían estas fotos, sintieran que dialogaban con ellos. Para su extrañeza, había una de su madre y su padre en la pared. No sonreían, ni se tocaban.

Elena sintió que Anita, desde el cuadro, le preguntaba: "¿Qué miras, niña tonta? Si estás chocada por lo joven que luzco, debes saber que es por culpa de este hombre que mi vida se convirtió en una desdicha. No he hecho otra cosa que trabajar y obrar. Mi esposo solo sabe leer el Talmud y nunca ha hecho algo por su cuenta".

Su padre se defendió: "Si me hubieran dejado examinar un poco más a esta arpía antes de decir que sí al *shidaj*, me hubiera ido para Siberia o me hubiera muerto de hambre, cosas inconsecuentes en comparación con este consorcio. La felicidad con ella es tan grande como una comparecencia ante la Inquisición bajo la presidencia de un Torquemada con dolor de muelas".

Elena, mareada de las imágenes en pugna, prefirió mirar otras fotografías. Una era la de Samuel, el tío suicida, atractivo y con unos labios carnosos, llenos de deseo. "Se mató cuando se dio cuenta de que no podía entrar en los Estados Unidos"- le había dicho Fruncha.

"¿Qué hizo que se matara por un país?"- indagó.

"Se puso *Meshugeneg kop*"- murmuró la tía al insinuar que no había sido por el país propiamente: Samuel tenía un amigo muy querido que se había ido para Chicago. Al saber que nunca lo volvería a ver, se pegó un tiro. "Tú debes saber que existen hombres que se encariñan demasiado con otros y que por suerte, nos dejan en paz a las mujeres".

En aquel momento, la jovencita no entendía a qué se refería. "Los que se despachan deben ser enterrados como castigo lejos de los demás, frente a la tapia de los cementerios. Sus almas nunca encuentran descanso"- comentó la mujer.

El tío parecía mirarla con fastidio. "Sí, me maté, pero lo que la loca no te dice es que lo hice porque estaba harto de ella y de toda la familia. Mi única esperanza era obtener la visa y los americanos no me la quisieron dar. Ahora quedé como *dibuk* en esta mugre casa, oyendo a mi esposa quejarse todos los días".

"Lo que no cuentas es que te mataste por amor"- replicó la foto de una mujer gorda, hermana de Fruncha y con la cara de terror de la pintura favorita de Elena, "Los búlgaros

huyendo de la vacuna" de origen desconocido: "No tienes que echarle la culpa de tu tragedia a mi hermana. Lo que te pasó fue por degenerado".

Un grito salió del cuadro de los abuelos de Elena: "*¡Oi Gevald!*, ¿cómo es que un pariente se atreve a echar tierra a mi retoño? Samuelito era el hijo más bueno y santo que tuve. ¿A usted quién la manda a andar contando indiscreciones a una extraña?"

El padre del suicida tuvo que intervenir: "*Shmulke*, ¿por qué no deja de pelear con su cuñada? Usted sabe que nunca aprobé su relación, ni su forma de ser. Pero estamos muertos todos, ¿para qué mortificarnos?"

"Pero padre"- contestó el suicida, "a usted nunca le importó nada de mi vida y siempre prefirió a mis hermanas. Además, yo nunca lo critiqué por dejarse matar en un bosque, ¿por qué me viene ahora a regañar? Si quise a Lázaro fue porque me representó todo lo que usted nunca fue para mí".

"¡Oy! Ahora resulta que usted fue lo que fue por culpa de mi padre"- contestó otra hermana. "Debería darle vergüenza y pedir perdón".

Samuel, desesperado, trató de que Elena saliera en su ayuda: "¿Piensas que me arrepiento de mi amor por Lázaro, lo más lindo que viví en mi vida?"

"No, Samuel, si usted lo amó me parece que hizo bien"- refutó la niña.

Temerosa de que el próximo paso fuera una riña campal de fotos, Elena salió huyendo y buscó refugio en la cocina, que era el lugar menos interesante para un espectro que, por *glick* no necesitaba comer como el resto de los mortales. No obstante, un ruido le hizo saber que no estaba sola. Ella castañeteaba al pensar que el *dibuk* quería meterse en su cuerpo. "Me puede poseer para irse en mi lugar. ¿Qué será de mí si el alma del tío se mete en mi cuerpo?"- pensaba con pánico. ¿No iba ella para América, al lugar que Samuel había soñado en que se reuniría con su amigo? ¿Quedaría encerrada en esta horrible casa para siempre, ambulando por los pasillos y discutiendo con viejas fotografías?

De repente, una enorme rata saltó del mueble y le cayó encima, huyendo bajo sus piernas en busca de comida.

Aunque la situación económica de la ciudad era mala y muchos de los ocupantes de la casa no tenían trabajo, las gentes no habían dejado de multiplicarse y con ellas la suciedad y los roedores. En cada casa había tantas o más ratas que personas. Algunos en su pueblo decían que cada alma hebrea tenía, en esta tierra de miseria, una rata de acompañante y seguramente la bigotuda esa era la de Samuel, pensó ella.

Desde fines del siglo pasado, según su maestro de historia, las urbes europeas habían iniciado un período de crecimiento demográfico. Los judíos que vivían en las ciudades, se beneficiaron de este desarrollo. El alto índice de nacimientos se apreciaba en el hecho que la población judía creció cinco veces de un poco más de 3 millones en 1825 a casi 15 millones en 1925. Pero igual lo hicieron las ratas. Su poder de adaptación era atroz y no les

importaba ni el frío ni el calor. Cuando no había pan en el comedor, comían la madera, los libros y los cuadros. En algunas ocasiones, como Herodes, se engullían a los niños israelitas. Durante ciertos períodos atacaban en grupo en lo que se conoció como pogromos. Cuando estaban hambrientas, eran animales más violentos que el mismo Goliath. Sin embargo, los hebreos habían perdido a sus *davides* y no tenían cómo defenderse. No se percataron de que prometían destruirlos.

La joven quedó paralizada del terror. Su cuerpo no le respondía: las piernas se quedaron dormidas. La rata pasó varias veces encima de ellas sin conciencia de la tragedia que causaba. Su interés no era la aterrorizada mocosa, sino comer las migajas de pan.

A pesar de los doctores que la vieron durante los siguientes dos años, ninguno pudo encontrar la razón de la parálisis.

"Seguro que fue un gran susto el que se llevó y causó un caso de histeria"- le insistió uno.

"Si ustedes tienen dinero la debían llevar a Varsovia con el doctor Wallestein que cura con la hipnosis"- recomendó otro.

Algunos trataron de hacerla recobrar la sensación por medio de masajes; otros con punzadas. No sería hasta que la atendió un matasanos que traía de Nueva York un moderno método de descargas eléctricas que la sensación regresaría a sus piernas. La niña no supo si fue la nueva intervención o los cuentos que oyó de la vida en América lo que la hizo recuperar sus piernas.

"Las ratas están bajo control en Nueva York, apuntó el médico. A diferencia de Europa, viven en las alcantarillas y en los metros. Cuando salen, el público está más consciente de que son ratas y que no las pueden dejar vivir con los demás".

Más adelante Elena escribiría en su diario:

Mi parálisis tuvo que ver con el viaje que se tramaba. Sabía que mi madre estaba en Varsovia haciendo trámites para irnos y quizás mi reacción fue mostrar mi aprensión quedando inmóvil. Sin embargo, nunca imaginé que este episodio sería una premonición para todo un pueblo que se paralizó.

Nacht falt tsu.

II.

La parálisis se remedió justo a tiempo. La joven, igual que toda su generación, estaba empantanada entre dos mundos. Por un lado, su comunidad hebrea se encontraba inmersa en una serie de tradiciones milenarias, algunas de ellas en pugna con el mundo "moderno". El pensamiento rabínico de la época medieval no daba más que vueltas a la redonda mientras que el de los cristianos había sido remozado desde "el siglo de las luces".

La ciencia, la industria y la tecnología eran cada día los sectores más importantes y la mayoría de los hebreos no dominaba ninguna. Los matrimonios aún se arreglaban cuando el amor romántico conquistaba las almas de los cristianos. La comida estaba regida por reglas religiosas antiquísimas, algunas desfasadas por la nueva conciencia de la higiene, los microbios y las bacterias.

La vida social estaba dividida por géneros en tiempos en que la integración se imponía en el Viejo Continente. Los niños y las niñas judíos, por ejemplo, eran tratados como si pertenecieran a dos razas distintas: los beneficios para los primeros y las obligaciones domésticas para las segundas. En un país en proceso de "modernización"- esto era cada día más intolerable. Las hebreas participaban en todos los aspectos de la vida económica y social y no querían quedarse por fuera de la educación. Por otro lado, la religión les decía a los israelitas que eran el pueblo escogido mientras la realidad los mostraba empobrecidos, marginados y anticuados.

Se habían quedado atrás, contentándose con oficios precapitalistas en vías de extinción. Los rabinos defendían, ante todo, la unidad de la comunidad mientras que el capitalismo ponía a los ricos y a los pobres, sin importar raza o religión, en clases opuestas. La Polonia "civilizada" era, además, furibundamente antidemocrática y antisemita. Las migajas de pensamiento "ilustrado" que arrojaba a los judíos, venían contaminadas con el más profundo odio. El país anfitrión, como la mala madrastra de la Cenicienta, no los quería. Por más "europeos" que intentaran presentarse, más nacionalistas que los nativos, para los polacos serían siempre enemigos. La "ilustración" en Polonia venía disfrazada con piel de lobo; no era para ellos. De ahí que ni Elena ni su pueblo sabían qué paso dar. Unos quedaron inmóviles, mientras que algunos salieron de su modorra y huyeron a tiempo.

La niña asistía a dos escuelas distintas y en cada una aprendía una realidad opuesta. En la mañana, al *jeder*, dirigida por el rabino del pueblo y un *moré* de historia judía. Aunque las niñas no eran bienvenidas y los rabinos las mantuvieron ignorantes por miles de años, Anita había decidido pelear por la admisión de la suya.

Al principio, el religioso se opuso contundentemente. "El Talmud dice que la mujer está exenta de educación"- enfatizó. Pero la madre de Elena no era de las que cedían fácilmente. "Si no la deja asistir como oyente, le cuento a todo la comunidad que usted y mi hermano Samuel dormían juntos"- respondía la mujer. Ante tal dilema y el hecho de que había tan pocos niños en Dlugosiodlo que asistían a esta escuela, el maestro pudo romper la regla.

Su centro de enseñanza, el *besmederech* era en realidad un cuarto oscuro en el *shull*, con largas bancas y una mesa más dura que el alma del faraón egipcio. "La dejaré quedarse de

oyente"- le prometió a la madre, "pero no hagamos mucha bulla porque otras chiquillas querrán participar y haríamos una revolución". Su madre, feliz por romper tan antigua norma, le decía a su hija: "Tienes todo el derecho de aprender como cualquiera. Si algún niño te dice algo, dale una patada en los *veitsim*".

Su moré tenía una barba blanca y vestía siempre con caftán negro. "Era un hombre muy religioso, sabio como ninguno y conocedor de los laberintos del Talmud". Sin embargo, Elena nunca simpatizó con él. "Para todo tenía una prohibición y nunca me da una buena razón"- pensaba constantemente. Varias veces le preguntó dónde decía en la *Torá* que la mujer no podía educarse. "En ningún lugar particular pero, ¿acaso lees que Sara o Rebeca iban a la escuela?" La niña no podía quedarse callada: "Tampoco que el rabino interprete las cosas como quiera".

La razón de sus desazones venía de otra parte: en las tardes, Elena iba a la escuela pública. Ésta era muy concurrida, llegando a tener trescientos alumnos. El edificio era amplio, con veinte aulas, y mejores sillas y pizarras que el *jeder*. El idioma de instrucción era el polaco y se estudiaba desde la historia hasta la gramática, pasando por las matemáticas que tanto le gustaban. Los maestros eran más "modernos" en el sentido que buscaban razones para las cosas, no leyes escritas hace miles de años. Sin embargo, no por ello eran menos fanáticos. El profesor de historia, por ejemplo, acusaba a los judíos de haberse venido en complicidad con los alemanes para hacer de Polonia un "apéndice" germano. "Nos invadieron desde Alemania y como hablan idiomas semejantes, nos quieren hacer sus esclavos".

La pobre estudiante no sabía qué hacer con esta acusación y esperaba oír, al otro día, la versión contraria. En el *jeder*, el *moré* de historia contaba que no era así y que la mayoría de los hebreos vino "invitada". El moré aducía que los primeros judíos que llegaron a Polonia venían de Praga o de Alemania, especialmente de Bohemia en el siglo X y para corroborar que los polacos querían el ingreso de judíos, el maestro contaba una leyenda en que ambos vivían en armonía. Según ésta, en el siglo IX había muerto el príncipe Popiel, soberano polaco. Sus súbditos se congregaron en Krushvitza, la antigua capital, para elegir a su sucesor. En vista de que no se ponían de acuerdo, optaron por nombrar rey al primero que ingresara en la ciudad. Sucedió que fue el ciudadano judío Abraham Projovnik. Lo prendieron y lo proclamaron soberano. Sin embargo, él rechazó el honor y les dijo que este merecimiento debía ser para un sabio polaco llamado Piasta". "Pero gracias a su humildad, los judíos fueron invitados a quedarse", decía el maestro.

La madre de la niña, como siempre, tenía otra versión. Según la mujer, Projovnik no quiso convertirse en rey de los polacos porque éstos tenían unas deudas enormes y querían "endilgárselas" al pobre judío que ya tenía "suficientes *tzures*" con los suyos propios. De ahí que el sabio "buscara al más iluso del pueblo" para quitarse la responsabilidad. "Como todos los sabios, igual que tu padre, están preocupados con el más allá y nunca con el acá y el ahora, resultó ser el más tonto de todos y el que menos sospechaba de la deuda que se ganaría"- continuaba la mujer.

Elena sospechaba que no todos los judíos polacos vinieron de Alemania. Es probable que durante el primer milenio de nuestra era, los primeros inmigrantes procedieran del reino

judío jázaro, o quizás al Sur de Bizancio. Prueba de ello era su familia que con facciones oscuras, revelaba otro origen.

-Pero madre, ¿cómo es que parecemos turcos? Mis paisanos son blancos y rubios menos nosotros, lo que me hace dudar que perteneciéramos a la misma etnia-le increpaba la hija.
-Todo lo oscuro de ustedes viene de tu abuelito paterno que seguro se nos vino de Turquía a complicarnos la vida- contestaba su progenitora, tan pálida y desteñida como cualquier alemana, y así añadía algo más de lo que tenía en contra de su marido.

En las clases de historia judía, aprendería que una de las razones para salir de Alemania había sido el creciente antisemitismo religioso promovido desde las Cruzadas hasta el siglo XV. La incorporación de Polonia a la Iglesia e Imperio Católico había aumentado su comercio con Occidente, atrayendo un flujo de mercaderes, muchos de ellos judíos.

El profesor de historia en la escuela cristiana tenía otra interpretación. Según él, el escaso desarrollo económico de Polonia había obligado a sus príncipes a alentar la inmigración de una clase "que los ayudara a explotar a los siervos". Esta posición de intermediarios sería la razón de los problemas. "Los judíos se aliaron con los nobles para recolectar sus impuestos". "Tan estrecha era la colaboración" -decía con desprecio el educador mientras clavaba sus ojos en los alumnos de origen hebreo- que en algunas aldeas cristianas, los nobles entregaron a los judíos las llaves de la iglesia para no abrirla "hasta que pagaran lo que les adeudaban".

El maestro de religión, por su parte, opinaba que los judíos eran rechazados porque querían convertir a los cristianos. Estos últimos tuvieron, como en Jazar, la competencia del credo judío que atrajo a muchos conversos. "Miles de polacos creyeron -explicaba el instructor- que la religión mosaica era más "racional" que la católica y más "democrática" ya que no tenía otros líderes religiosos que los rabinos. De ahí que buscaran convertirse y liberarse de los mandatos de nuestro señor Jesucristo, cosa que era toda una aberración"- decía y encogía los hombros como si no pudiera comprenderse cómo los cristianos podían preferir una religión "inferior".

Elena fue una de las primeras en su pueblo en asistir a la escuela pública. Esto era todo un logro que su madre reconocía al indicar que hasta el año 1841, solo 2.500 niños asistían de una población de medio millón de judíos. "Lo único bueno que nos dejó la Primera Guerra Mundial"- se ufanaba Anita, "fue que Polonia, para convertirse en país independiente tuvo que reconocer la igualdad de derechos de las minorías. Nunca hubieran querido hacerlo pero no tuvieron alternativa". La madre le aconsejó que se cuidara porque el recibimiento sería hostil: los polacos habían sido obligados a compartir sus escuelas con los hebreos pero no sus corazones. La niña escribiría en su diario:

Fue un impacto para mí, una sorpresa, darme cuenta que no era igual a los demás niños y que no tenía absolutamente ningún derecho a ese pueblo, a ese país y que era una extraña. Eso se lo hacían sentir a una muy a menudo. El miedo nos poseía a todos. Por ejemplo, al salir de la escuela podía surgir una piedra que no sabías quién la tiraba pero sí de dónde provenía. Luego, el constante griterío de que te fueras de Polonia a Palestina, a tu lugar, que aquello no era tuyo, que no eras

querida ahí, era el pan nuestro de todos los días. Asimilar todo esto fue una cosa muy dura. Sentíamos hostilidad y una gran rebelión en el interior, la cual no podíamos manifestar. No había valentía ahí, éramos tan pequeños y tan débiles que no había cómo defenderse, no había más que resistir.

La niña sabía sin embargo, que no todos los pedagogos eran antisemitas. El de matemáticas estaba impresionado tanto por su belleza como por su habilidad para los números. "¿Cuánto es 130 dividido entre 7?" preguntaba. En menos de cinco segundos, ella respondía: "18.57". Esto provocaba su admiración. "No sé cómo lo haces Elena. Si fuera judío, me casaría contigo por tu belleza e inteligencia". "No es nada del otro mundo"- contestaba, "los pobres sabemos dividir muy bien". El hombre reconocía que esta niña era la más lista de todos, pero también con el futuro más negro. "¿Qué piensas estudiar cuando grande?"- quería saber. "Pues quiero ser historiadora pero no creo que tenga dinero para ir más allá de este pupitre". Tampoco tenía esperanzas de casarse bien, porque los pobres no atraen cortejadores.

A pesar de su corta edad, Elena estaba consciente de que la hostilidad hacia ellos tenía un fundamento económico. Su madre le decía que para el campesinado polaco, el administrador, tabernero o recaudador de impuestos, era la personificación de la explotación, y ésta se representó en el judío.

Anita, no obstante, creía que Polonia era más hospitalaria que otros pueblos. Le contaba, por ejemplo, que era aún peor en Ucrania, la que vivió un proceso de "polonización". "Los polacos –agregaba la mujer- nos pusieron el papel de intermediarios en Ucrania para que nosotros les hiciéramos el negocio sucio de cobrarles los impuestos y vender el licor".

"Pues los ucranianos que eran greco-ortodoxos nos agarraron tanto odio como el que sentían contra los polacos y terminamos, como siempre, pagando los platos rotos". "El campesinado ucranio" –añadía ella- "en 1648 se levantó en contra de ambos y realizó la peor masacre". "Guiados por el salvaje de Bogdan Chmielnitzki, la carnicería dejaría entre 80 y 100 mil judíos asesinados, 700 comunidades arrasadas y solo uno de cada diez judíos ucranios con vida"- le contaba la madre a la pequeña, sin tomar en cuenta que quizás esta historia la aterrizzaba tanto que la hacía perder el interés por asistir a la escuela pública.

Su madre no dejaba de apreciar sus raíces polacas. Estaba convencida de que tanto polacos como judíos sufrieron en manos de los ucranianos. La mujer le contaba que, en muchas ocasiones, ambos grupos se defendieron en contra del común enemigo. "Existieron ejércitos de polacos y hebreos que luchamos juntos por la defensa de nuestra independencia y actos de solidaridad entre ambos"- indicaba con orgullo mientras le enseñaba una medalla de heroísmo otorgada por el rey a su antepasado, Estanislao Brum.

La madre reconocía, sin embargo, que "en algunas ocasiones, los nobles escogieron salvar su pellejo a costa nuestra ya que éramos sus más débiles aliados". Otro pariente de su marido, el especialista en cueros de Ostrolenka, Zelig Sikora, fue entregado como botín de guerra para que los ucranianos lo guindaran de un árbol. "Los nobles polacos lo sacrificaron porque los ucranianos querían saldar las cuentas de zapatos que le debían"-

decía con tristeza. “Al pobre Zelig lo enterraron descalzo y así nos agradecieron los polacos nuestra ayuda militar”.

Pero la madre de Elena opinaba que todos los pueblos hacían lo mismo: cuando se trataba de elegir entre los propios y los foráneos, optaban por los primeros. Consideraba que a pesar del antisemitismo de la nación, Polonia fue por muchos siglos un refugio de tolerancia para su pueblo. “El reino recibió inmigrantes durante la persecución cristiana en Europa Occidental y nos otorgó derechos como ninguno”, afirmó con orgullo. “A pesar de los intentos de la Iglesia Cristiana por imponer los guetos, los trajes distintos y la separación laboral”- aseguraba ella, “la nobleza polaca nunca consintió y los judíos pudimos gozar de tal autonomía espiritual y política que nos dieron hasta nuestro propio parlamento, el Consejo de las Cuatro Naciones”. “Mejor nos hubieran dado tierra para hacer nuestro propio país”- le respondió su hija que no estaba tan segura de la benevolencia polaca.

Hubo buenos y malos períodos. La madre de Elena no quiso nunca calificar a su patria como un semillero de antisemitas. “En tiempos en que la situación económica era buena, los distintos grupos étnicos, económicos y religiosos convivíamos sin problemas”. Pero en los tiempos en que la economía y la independencia se “pusieron de mal en peor” los pleitos aumentaban. Anita contaba que cuando Polonia a partir del siglo XVIII fue invadida y dividida se daría lo que predecía el refrán ídish: “Cuando el hambre toca la puerta el amor sale por la ventana”. En vista de que se perdió la libertad, judíos y polacos se enfrentaron en forma distinta a la situación, lo que produjo mutuas acusaciones.

Los judíos que pasaron al Imperio Austrohúngaro fueron tratados mejor y apoyaron a Viena por lo que los polacos los miraron como traidores. Pero las cosas serían distintas en la parte polaca que se tragó Rusia. “Los Brum luchamos por la independencia porque odiábamos al zar”- afirmaba Anita. “Pero los polacos nos recriminaban que otros paisanos estuvieran más contentos bajo la tutela alemana, como si fuera nuestra culpa desear vivir con dignidad”.

En pueblitos como Dlugosiodlo, los pogromos eran producto de situaciones de crisis. Cuando los campesinos no podían pagar las obligaciones a los mercaderes, una cacería de hebreos borraba las deudas. Elena no había presenciado una, pero sí estaba consciente de que los peores antisemitas era aquellos que derivaban un beneficio económico.

Una tarde tuvo que acompañar a su madre donde una mujer campesina que le debía una fuerte suma de dinero. “Señora Ursula”- imploraba, “necesito que me pague la deuda que me debe desde hace un año. Las cosas están muy mal y apenas tengo qué comer”. Anita no pensaba que la campesina era mala. Muchas veces habían tratado y se habían ayudado la una a la otra. La mujer reconocía que gracias a esta polaca, había podido aprender los misterios de la reproducción. Como muchos de su clase social, no sabía leer ni escribir y creía en mitos y supersticiones. Uno de ellos, común en la población rural, era que los hebreos eran una raza diabólica que nacía ciega y necesitaba, para abrir los ojos, la sangre cristiana. Pero el trato estrecho con la hebrea la había hecho desobstruir los suyos y darse cuenta de su insensatez.

Esta vez las cosas se habían puesto malas para ella también. La campesina se había llenado de deudas y no tenía cómo pagar. La salida más fácil sería atacar a Anita, cosa que solía hacer cuando se desesperaba. La mujer la miró con el desprecio más grande que podía sentir y le contestó: "Judíos de la gran puta, no se contentan con haber matado a Cristo y ahora me viene a crucificar a mí también. ¿No ve que no tengo *zlotis* para pagarle?"

-Pero Ursula, si ayer la vi comprando tres vacas, ¿cómo es que no tiene?- replicó Anita.

-Pues no tengo y las vacas no eran más.

Dos días después, Elena recibía una pedrada en la escuela de la hija de la campesina. "Judía del demonio"- le gritó la niña, "¿por qué no se van todos para Palestina y nos dejan en paz?"

Cuando Anita curaba la herida le decía: "Cuando no te pagan te pegan y cuando te pagan te pegan". Aún así, no caía en el simplismo de referirse a su patria en términos de blanco y negro. "Cuando las cosas se tornan mal, se tiende a mirar todo negativamente, como si mil años de historia común entre polacos y judíos hubieran sido un desastre. La realidad es más complicada que eso"- añadía con tristeza.

Elena sabía que la realidad económica de su pueblo no se dividía solo entre los judíos y los polacos. Algunos de sus paisanos habían hecho dinero y contrataban a sus correligionarios para explotarlos. Existía un sector de grandes comerciantes que "no sacaba pelo sin sangre"- como sostenía Anita. Este grupo vivía del comercio internacional en sectores como la madera y las importaciones. Controlaba la política de los pueblos y tenía a su disposición a los dirigentes religiosos que dependían de su dinero. Muchos de ellos compraban a los funcionarios polacos para beneficio propio y no les importaba sacrificar los intereses generales.

Este era el caso de Lázaro Guasestein quien había hecho una fortuna en la usura. Decenas de sus mismos paisanos habían perdido sus haciendas por no poder cumplir con los préstamos. Cuando le imploraban que perdonara las deudas, les decía que no podía hacer nada porque la ruina era "decisión divina". Otra de sus actividades preferidas era adelantar dinero por propiedades a enfermos para luego, una vez muertos, no pagar lo convenido. "Para colmo de males -diría Anita años después- el rufián terminaría en Costa Rica y estafaría a más de uno, incluyendo a varios judíos que murieron de cáncer".

La familia de su madre era socialista. Anita creía que la revolución socialista terminaría con sus problemas: "Un día tomaremos el poder y nos quitaremos de encima a todos los explotadores". La madre le explicaba a Elena que los socialistas consideraban que los judíos y los polacos pobres tenían como enemigo al sistema capitalista, responsable de sus animosidades. Su objetivo era luchar por el mejoramiento de las condiciones de los desposeídos. La simpatizante de los pobres gustaba repetir que ella se robaba las gallinas no por vagancia sino por justicia social: "Lo que hago es una redistribución de la riqueza". La mujer estaba convencida de que los judíos ricos se aprovechaban tanto de ellos como de los polacos. Se ponía furiosa cuando se daba cuenta de que Guasestein compraba a los oficiales del fisco para pagar muy poco, mientras que a ella le exigían todos los impuestos.

La ansiada revolución proletaria tendría que esperar, opinaba la madre, por lo que la familia, como Job, debía tener paciencia. Y mucha porque las cosas se estaban poniendo cada día peor. El maestro de historia judía le explicaba a la niña que en los siglos XIX y XX la población judía vendría a ser severamente afectada. “Su dedicación al comercio precapitalista en las áreas rurales hizo que el desplazamiento del área rural a la urbana en importancia económica, impulsara su propio declive”. Según él, “al monetizarse la economía rural, cientos de miles de campesinos polacos fueron expulsados de su seno y, consecuentemente, los judíos que negociaban con ellos”.

Elena le preguntó que pasó entonces con su pueblo. El maestro prefirió no contestarle y más bien le exigió que investigara la respuesta “que le ayudaría a entender el abandono de su padre”. La estudiante buscó entre los anuarios de población de Polonia la explicación. Apuntó en su cuaderno que “la alternativa ante la pobreza sería emigrar hacia las ciudades”. En perfecto polaco señaló que “para 1900, los judíos éramos mayoría en las 21 ciudades más importantes de Polonia”. La muchacha no pudo resistir agregar que “a como iba la cosa no vamos a quedar hebreos en los pueblos rurales y el último paisano que quedaría en Dlugosiodlo sería el rabino que despotricaba contra de la degeneración sexual de las ciudades”.

El maestro de historia le señaló como observación que “como grupo cada vez más urbano, el judío sería el primero en ser afectado por las recesiones capitalistas”. En 1927, el judaísmo polaco había caído en tal pauperización, según él, que 4 de cada 10 vivía de la asistencia social y la mitad estaba sin empleo. Lo que se caracterizó por una migración interna terminó en “una huida en masa de Europa Oriental, especialmente de Polonia”. Entre 1900 y 1914, había escrito en la otra página que “dos millones de judíos salieron de Europa Oriental”.

El mismo David Sikora, padre de Elena y esposo de Anita, fue uno de los que salieron. Según los cuentos de los mal pensados, el hombre huyó porque unos primos suyos habían matado a un polaco antisemita y la policía perseguía a todos los Sikora. Otros decían que el hombre provenía de una familia escurridiza que huía de toda mala situación y que se caracterizaba por abandonar a los suyos.

Pero la realidad era que en 1927, la familia no tenía qué comer y las discusiones sobre la bondad divina no llenaban el estómago. La pequeña tienda había perdido decenas de clientes que no pudieron conservar sus tierras y que habían tenido que emigrar a Bialistok o a Varsovia. "David"- le reclamó a su esposo, "nos vamos a morir de hambre si no haces algo al respecto. Ni siquiera puedo seguir robando las gallinas de la vecina porque las nuestras están tan flacas que son fácilmente reconocibles".

Para su hija, sin embargo, la partida del padre representaría una madurez inmediata. Siendo la mayor y con apenas siete años, tuvo que hacer el papel de compañero de su madre y de padre de sus hermanos. Aunque pudo estudiar en la escuela, tuvo siempre que ayudar en la tienda.

Cuando Anita se iba temprano, le tocaba preparar el desayuno y el almuerzo. No hubo días de descanso, ni siquiera el sábado. Su madre la utilizaba, además, de paño de lágrimas y

fontana de aliento. En el *jeder*, los niños se burlaban de ella por ser una niña que se atrevía a estudiar. En la escuela pública, los compañeros le tiraban piedras por ser judía. No es de extrañar que no esperara gran cosa de su comunidad, ni de Polonia.

Aunque la mamá simpatizaba con la izquierda, el papá lo hacía con la derecha. Elena oía que su tío Herschell, que era también conservador, decía que los obreros polacos, una vez dueños del Estado, lanzarían al mar a los judíos. Anita, para rebatirlo, sostenía que los religiosos y la derecha ya los habían ahogado con tanta basura religiosa y que no le hiciera caso "porque los religiosos se hacen los santos mientras son más promiscuos que las gallinas". "Además –agregaba- no te le acerques mucho porque ese hombre tiene más manos que un pulpo".

Cuando su padre se fue, no tenían esperanzas de que las cosas fueran distintas en ningún país cristiano. "Estamos condenados a sufrir por haber sido elegidos por Dios"- le decía el rabino con resignación. "*Rebe*"- preguntaba ella, "¿por qué no renunciarnos a este honor y que Él se busque otro pueblo?" El religioso no podía creer que una Sikora se atreviera a faltar el respeto al Creador. "¿Desde cuándo una hija de don David se ha vuelto tan hereje?"- le preguntó. Sin embargo, el rabino dio la respuesta antes que la niña pudiera abrir la boca: "Esas ideas comunistas te las ha metido en tu cabeza la bruja de tu madre".

Aunque la situación era terrible, la naturaleza le dio, con el fin de que sobreviviera, dos regalos: la hermosura y una inteligencia sobresaliente. Quizás la parentificación explique su profunda agudeza en los abatimientos del alma. La niña era una observadora nata, puntillosa, intuitiva, que podía leer el sentimiento más recóndito de la más introvertida persona. Cuando su madre planeaba alguna reunión familiar, ella "intuía"- sin que nadie sospechara, los torbellinos de las mentes de los invitados. "La tía Gisela está deprimida porque se le casó su hijo preferido"- anotaba en su diario. "El rabino está contento porque se ganó mucho dinero en divorciar al panadero". No perdía una señal y nadie podía disfrazarle un desvelo. "Mi madre está preocupada porque Golde sospecha sus robos de gallinas". Podía desenredar los nudos del espíritu y aliviarlos con el oído. "No se preocupe, señora Mirtembaum, su marido le escribirá de Nueva York. Seguro es que los polacos creyeron que le enviaba dinero y le robaron sus cartas".

Algunos prójimos decían que era una curandera de nacimiento, sabía en administrar bálsamos para las heridas. Otros opinaban que se trataba de un don solo de los grandes rabinos. "Es un legado mesiánico que tiene esta niña, debe ser una reencarnación de Sebatai Zevi, nuestro último Mesías"- aducía una tía jasídica.

Los más "modernos" opinaban que la inteligencia de Elena era tan aguda como la del nuevo científico judío que revolucionaba la psiquiatría. "Es que la mocosa puede leer el inconsciente, las barreras defensivas y las represiones de la gente como el doctor Freud"- decía su médico. A pesar de tan contrarias versiones, nadie dudaba que tenía un gran poder. Un compañero polaco de la escuela lo resumió así: "Donde estás, Elena, se encuentra *Ganaiden*".

III

David Sikora no tenía posibilidades en el poblado donde nació. Su único estudio había sido en una *yeshiva*. En años anteriores, cuando las cosas no estaban tan mal, la comunidad costeaba sus estudios. Pero en tiempos en que familias enteras emigraban de los *shteitels*, la gente ya no lo podía mantener. Apenas llegó a *barujim*. Sus anhelos de convertirse en rabino se acabaron como muchos otros en los tiempos de las vacas flacas.

Hasta su mujer se burlaba de su falta de preparación. En una ocasión, cuando David le enseñaba a sus hijos el cuento de José y el faraón en Egipto, Anita lo interrumpió: "Si a mí el faraón me hubiera venido con el sueño de las vacas gordas y de las flacas, en vez de interpretarlo, le hubiera preguntado dónde las había visto, para comérmelas". Nunca se le hicieron fáciles los hurtos de aves de su mujer, que lo hacían sentirse como el hombre más pecador de la tierra.

-Anita, ¿cómo quieres que ande con la frente en alto si todo el pueblo sabe que te robas las gallinas del carnicero?

-Pues lo hago por necesidad, como Noé- le respondía ella con ironía-. ¿Acaso tenía una pajarita de cada animal para meterlos en el Arca? Seguro se las robó igual que yo.

Ante este vilipendio, el ex estudiante de *yeshiva* intentó conseguir una visa para los Estados Unidos. Pero igual que Samuel, el suicida, lo hizo ya tarde. Las puertas del país de los inmigrantes se habían cerrado por el temor de los sajones. No obstante, la vida estaba tan mala que su mujer empezó a echarle ojo a los pollos del rabino. En ese momento, David admitió finalmente que la situación era desesperada. "Iré a probar suerte a algún país cercano a Estados Unidos para luego cruzar la frontera"- le dijo. La esposa no respondió. "Este viejo vago"- pensó, "no llegará ni a la esquina".

La vida no había sido fácil para el padre de Elena. El hombre había crecido en una familia religiosa fundada por el rabino jasídico y especialista en cueros de zapatos de Ostrolenka, Aviezer Sikora. Su padre Yankale y sus cinco hermanos se dedicaban al teñido, confección y venta de botas militares. Se decía que la profesión de la familia se eligió por tener la mayoría los dedos de los pies montados unos sobre otros. Los Sikora, torturados por los zapatos estrechos que debían usar, buscaron hacer sus propias creaciones para hacerlos más amplios.

Las necesidades económicas habían obligado a los descendientes de Aviezer a desplazarse a numerosos pueblos cercanos de Varsovia. Allí no solamente continuaban con la tradición artesanal sino con el estudio del *Talmud*, otra de las pasiones de los Sikora. Esto cuando no se peleaban con los familiares, que se podría decir era otra de sus vocaciones. Muchos decían que los Sikora buscaban en el *Talmud* una explicación para sus vidas conflictivas porque ni ellos mismos se aguantaban. Algunos tenían tan mal carácter que los vecinos huían cuando los veían en su camino. "El nombre de Sikora -decía Anita a su hija- es el de un pajarito muy apacible del campo polaco. Sin embargo, el único pajarito tranquilo que conozco es el de tu padre, que ya no me busca".

El amor que sentían por la ley los llevó a buscar mujeres que los mantuvieran y se ocuparan de sus negocios artesanales. Pensaron así los Sikora que podrían dedicar todo su tiempo a la discusión de las letras sagradas. Yankale, el padre de David se había casado con Yenta Pockshiva, una mujer pudiente cuya familia se dedicaba a la venta de aceite de cocina. Sin embargo, ella y las mujeres que seleccionaron los Sikora eran las más inapropiadas. Si tenían dinero era porque provenían de familias materialistas que no les interesaba mucho lo espiritual. Anita, por ejemplo, igual que su suegra, no solo se preocupaba por el aquí y el ahora sino que era una convencida de la modernidad, que le decía que la plata determinaba las reglas del juego.

Tanto el padre como la madre trataron de hacer que Elena pusiera más interés en lo que consideraban “los valores más importantes”. Las instrucciones a la hija terminaban en pleitos ya que ninguno se ponía de acuerdo en si la religión o la ciencia tenían la solución para los problemas de los judíos. David opinaba que su mujer era comunista, atea e irreverente y que los llevaría a la perdición. Ella consideraba que los religiosos eran la desgracia de la comunidad y que por ellos, los hebreos no sabían más que restar “porque hace años no sumamos”.

David solía defender su adoración por el Talmud de las críticas de su mujer. Ella decía que el libro parecía un rompecabezas más que una obra religiosa. “¿A quién se le ocurre escribir cosas distintas en una misma página y hacer tal enredo que parece un plato de macarrones?”- preguntaba con malicia y en tono de burla. Más le molestaba que el libro estuviera lleno de prohibiciones y limitaciones para la mujer. “Con base en el Talmud, tu padre me ha convertido en su empleada”- le decía a Elena. “Según ese libro las mujeres no servimos para el estudio y debemos mantenernos tan brutas como podemos”. Más la enfurecía que los rabinos habían interpretado la menstruación como algo sucio, que exigía una limpieza ritual. “Mira Elena, si vamos a ser justas tenemos que reconocer que más cochino es el *tuges* del rabino, que huele a *guifilte fish* podrido y nadie le exige que se lo lave, mientras que a nosotras nos consideran impuras por tener nuestros períodos, que por cierto no me ha llegado últimamente”.

El hombre acusaba a su esposa de actuar como los cristianos que solían atacar este texto como “una mezcla confusa de lógica pervertida, de sutilezas absurdas, cuentos y fábulas tontas, llena de impiedad, de superstición y hasta obscenidad”. “Ahora resulta”- indicó con ironía a su hija, “que Anita Brum, la socialista, se ha tornado en otra más de los que lo condenan”.

“Tienes que saber- le decía a su hija- que los que lo persiguen lo han hecho desde el principio, sin conocerlo siquiera”. David le informó que apenas se había terminado su redacción, cuando el Emperador Justiniano en el siglo VI prohibió la exposición de las tradiciones orales judías. “En 1244, en París, se quemó un gran número de ejemplares. El Papa Martín V ordenó la destrucción de todos los libros del Talmud y prohibió a los judíos su lectura”. Según el padre, todos ellos partían de la misma ignorancia que tenía su madre con respecto a su contenido.

“Pero que haya sido perseguido no significa que fuese conocido”- dijo David a su hija. “Talmud” - explicó- “es el nombre que se le da a dos obras enciclopédicas de la tradición

judía, compiladas en Babilonia y en Eretz Israel”. “La palabra es un término escolástico tanaíta, derivado de *lamed*”. El Talmud es un comentario a la *Mishná*, que es una obra legalista reunida por Judá el Príncipe (hacia 135-219 de nuestra era) y que recoge las leyes (midrash) derivadas de la *Torá* (Biblia) y las que se formularon en las grandes escuelas rabínicas. La *Mishná* está compuesta de seis tratados generales: legislación sobre la siembra, las festividades judías, las mujeres, los daños materiales y criminales, las cosas sagradas y la limpieza ritual. “Cada uno establece las prohibiciones, normas, regulaciones, premios y castigos de nuestra religión mosaica”.

En vista de que estas leyes necesitaban ser explicadas y contextualizadas, añadió David, el Talmud nació de los comentarios conocidos como *Guemara*. “Pero como el lenguaje del Talmud babilónico era hebreo o arameo antiguos, sin puntuación, difícil de comprender, influidos por otras lenguas, se hizo necesario añadir comentarios e interpretaciones de los grandes rabinos.

De esta manera, la obra se extendió y complicó”. “Imaginemos –le pidió - que debates de miles de voces se fueron integrando por cinco siglos hasta que el libro se canonizó, los que motivaron, a su vez, preguntas y dudas que fueron incorporadas”. “De ahí que el Talmud sea la suma de unos 10 mil decretos sobre la vida judía, clasificados de acuerdo con esferas distintas, a las que se añaden los debates, sobre estos temas, de unos quinientos escribas y abogados, en su mayoría de Palestina y de Babilonia”.

Pero Anita no se dejaba convencer fácilmente de su utilidad y no dejaba de mecer su cabeza mientras su esposo instruía a su hija. Según ella, el Talmud no era un código legal, pues no contiene leyes, sino discusiones de leyes y esas discusiones se perdían, a menudo, “en terrenos ajenos a ellas”. La mujer consideraba que el estilo como el contenido era “tan heterogéneo” que “no hay regularidad del tratamiento de los temas”. A diferencia de los tratados socialistas que eran claros, en el Talmud –consideraba ella- se dan “abruptas transiciones de lo profundo y espiritual a lo trivial, de la máxima concisa y plasmada para la eternidad a la observación pedestre y momentánea”. La madre de Elena se burlaba de que en el Talmud se pasara de una discusión sobre la moral a una sobre cosas irrelevantes como los siembros “cuando los hebreos no hemos vuelto a cosechar más que miserias”.

“El lector moderno”- creía ella, “rara vez tiene la paciencia de seguir los argumentos laberínticos o aceptar opiniones que parecen arbitrarias”. “Necesitamos de entender el mundo actual con instrumentos de la época” –razonaba Anita- “ya que lo que pasó hace dos mil años no nos ayudará en estos días”. “Los judíos no debemos seguir perdiendo el tiempo analizando si debemos cortar el prepucio para arriba o para abajo sino más bien estudiar, como lo hace Marx, si la religión nos encadena o nos libera”- concluía la mujer y miraba a Elena, esperando que su hija la apoyara.

David jamás aceptaría que los temas del Talmud estuvieran descontextualizados. Más bien esa casuística la percibía como una buena escuela que conservó la lozanía espiritual de la nación a través de más de un milenio. En algún momento, los judíos, mientras que la mayoría de los cristianos vivía en la total ignorancia, cultivaron su espíritu e inteligencia gracias a estas divagaciones. “Mientras que ellos –decía él al referirse a los cristianos- creían en brujas y en herejes y los quemaban en la hoguera, nosotros analizábamos la

justicia social y el respeto de los derechos humanos". "Nuestra religión está basada en el estudio de las relaciones justas entre los hombres y no en seguir ciegamente las revelaciones de enviados o hijos de Dios"- añadía con orgullo.

Pero Anita no estaba de acuerdo. Ella lo refutaba con el hecho de que con la Ilustración las cosas habían cambiado y el cristianismo había evolucionado. Europa había salido del Medioevo y la modernidad había impuesto la lectura de la ciencia y la filosofía como algo imprescindible. "Los judíos, forzados a vivir en guetos sin contacto directo con el resto de los mortales, nos hemos rezagado"- opinaba. "En estos pueblos rurales no sabemos ni donde estamos parados y la culpa la tiene tanta religión atrasada".

La mujer era no solo socialista sino que iluminista. Formaba parte del nuevo movimiento que buscaba la incorporación de los valores de la cultura europea y, consecuentemente, la secularización de la enseñanza judía. Su iniciador y maestro de la *Haskalá* fue el filósofo Moisés Mendelssohn quien opinaba que los judíos, desplazados a guetos y a la pobreza, se habían quedado en la época medieval. De ahí que recomendara la participación en el sistema educativo de cada país y la modernización de la enseñanza. Su meta era que se promoviera la ciencia y la tecnología en las nuevas generaciones. Para ello –argumentaba Anita- era necesario "dejar de leer un libro sobre leyes escritas hace miles de años".

Aunque Anita y David no podían llegar a un acuerdo porque ambos utilizaban la filosofía para su propio beneficio, cuando el peligro venía de afuera, sus oposiciones filosóficas se olvidaban y ambos utilizaban la palabra sagrada como arma. Cuando llegó el temido día en que su vecina lo acusó de robo, David dejó de interpretar la Torah de manera literal y supo cómo defenderse. "Señora Golde, ¿cómo puede acusarme de comerme sus gallinas? ¿No sabe que los seres humanos nos equivocamos y que usted pudo contar mal?"- le decía a la vecina que echaba humo de la cólera. "Recuerde cómo Sodoma y Gomorra fueron destruidas por haber el Señor exigido una cifra imposible de hombres justos. Si no se hubiera complicado con los números, le habría sido más fácil perdonar a las ciudades"- agregó el marido de Anita.

"Mire usted, la única cuenta mala que he hecho es la de los *veitsim* que creí que usted tenía. Si no previene a su mujer, buscaré a otro hombre que lo haga"
¿Usted cree que el Señor se acuerda de cuántas gallinas le dio?"- le espetaba a la vecina. "No sé si sepa las que me dio a mí, pero sí las que su esposa me quitó"- respondió Golde, terminando, furiosa, la discusión.

Elena nunca tomaba partido porque sabía que con los padres no se discute y mucho menos se forman alianzas. El matrimonio de ellos, intuía la hija, no podía haber sido más dispar. La mujer procedía de una familia secular que había prosperado a principios del siglo XX para irlo perdiendo todo. Sin embargo, tanto su madre como su abuela habían establecido sus propios negocios y alimentado a sus familias. Además, hizo algo inusitado: divorciarse de su primer marido.

Aunque la religión le daba solo la prerrogativa de la separación al hombre, la mujer había logrado convencer al *Kahal*, la autoridad judía principal del pueblo y encargada de los *gets* de que excomulgaran a su marido anterior si éste no consentía al divorcio. De acuerdo con

ella, él era impotente y un borracho, buenas razones para dejarlo. "Además, es tan feo que no estoy segura si vale la pena que se reproduzca", agregaba la desconsolada mujer. Obviamente, era una inmoralidad que una paisana pidiera el divorcio en aquellos tiempos. "También era raro"- decía ella, "que un judío fuera alcohólico, ya que a nuestro pueblo no le gusta el exceso".

El divorcio la había depreciado en el mercado de los matrimonios. En un pueblo pequeño, la mujer era un alboroto. En primer lugar, no era una belleza. Su tez clara, cabello pastuso, nariz y labios largos y apretados, no combinaban. Había una rigidez en el rostro que la hacía verse mayor. Casi nunca usó maquillaje ni ropa exclusiva, apenas se reía y cuando lo hacía era con sorna. Sin embargo, tuvo sus admiradores porque, como dicen, "siempre hay un zapato viejo para una media rota". En segundo lugar, las paisanas la hacían a un lado. Ninguna la quería cerca de su marido.

Muchas comentaban que Anita había cometido un grave error. "Los maridos no son para escogerlos"- decían en el pueblo, "sino para aguantarlos". "¿Además, ojalá el mío fuera impotente para no tener más relaciones; ni que una no pudiera vivir sin una *potz* (verga)". Otras no creían que el *get* había sido justo. "Ella compró a los miembros del *Kahal* y al rabino y obtuvo un arreglo que le convenía".

Cuando le llegó la hora de buscar un nuevo esposo, no tuvo mucho qué escoger. "Tengo un estudioso de rabino que está sin empleo y que busca una mujer que lo mantenga"- le dijo Aída, la casamentera del pueblo. "No te lo puedo presentar porque no vive en este pueblo. Te lo traigo el día de la boda para ahorrar gastos innecesarios. El hombre no te va a desagradar porque tiene ojos moros, parece andaluz".

Anita estaba algo preocupada. En el anterior matrimonio su padre le había buscado el compañero. La mujer no lo conoció hasta la ceremonia cuando la esperaba bajo la *japá*. Tampoco sabía del contrato prematrimonial al que habían llegado y la suma que había prometido su padre de *mohar* en el *shidujin*. Ella no se atrevió a mirarlo hasta que él le entregó el anillo y dijo las palabras consagradas: *Haré AT mekudéshet lí be-tabaat so ke-dat Moshé ve-Israel*.

El marido adquiriría no solo la mujer, una buena dote, sino que se convertiría en administrador de todos sus bienes, inclusive la tienda. La ley judía considera propiedad particular de la mujer todo lo que poseía en el momento de casarse y lo que haya obtenido como herencia o regalo mientras estaba unida. Sin embargo, el cónyuge era administrador de todos los bienes y el anterior, en sus borracheras, lo despilfarraría. Si no fuera porque Anita le ocultaba muchas de las ganancias, hubiera terminado sin tienda y en la calle.

El matrimonio era para procrear y el primer marido no servía. Como la muchacha apenas tenía 17 años, y no conocía hombre, no sabía cómo se hacían las cosas. Su esposo, un hombre algo hipocondríaco y temeroso de contraer alguna enfermedad, le temía al sexo porque pensaba que era peligroso para la salud y podría morir, en medio de un orgasmo, de un ataque cardíaco. Sin embargo, la religión judía le exigía que cumpliera con sus obligaciones y él con tal de no esforzar su corazón, haría la pantomima de que hacía el amor con su esposa.

En la noche de bodas, el varón se le encaramó encima e hizo que la poseía pero no tuvo erección y aunque pegó los gritos como Dios manda, la *potz* no dio señales de vida. La joven creyó que todo estaba hecho correctamente y emitió uno que otro gemido, como su madre le había aconsejado: "Cuando el marido gimotea rápidamente, imita el ruido de las gallinas cuando le cortamos el pescuezo y con eso lo complacerás"- había sido su recomendación prenupcial.

Ella no sintió, pero no era extraño en su pueblo. La mayoría de las mujeres cumplía sin satisfacerse. La religión judía no era solo espiritual y no se oponía al deleite sexual. Por el contrario, los rabinos dictaminaron que el hombre debe casarse a los 18 años con el objeto de perpetuar la especie. Si no contraía nupcias al haber cumplido los 20 años, provocaba la ira divina. El Talmud recomendaba, por su parte, que el hombre común debía tener relaciones sexuales todos los días. Algunas veces se hacía excepciones, por ejemplo con los marineros, que solo debían hacer el amor una vez cada seis meses. La mujer creyó que su esposo era uno de ellos porque nunca se le montaba encima. "Mi esposo tiene relaciones dos veces al año"- le explicaba a su madre, "es que trabaja en la marina".

"Pero hija, si la única fuerza naval de Dlugosiodlo son los patos en el lago, ¿cómo te crees que es marinero?"- le increpaba su madre que no entendía lo que pasaba. Pero como la mujer no sabía, y tenía vergüenza de explicarle a su hija los secretos de la reproducción, prefirió por terminar aceptando que su yerno era marinero.

Aunque el sexo era un deber, los judíos habían sido influidos por el ascetismo cristiano. De ahí que la gente ni hablara ni conociera del asunto. En vista de que no quedaba embarazada, la joven pedía consejos a sus amigas: "¿Estaré haciendo algo mal?"- preguntaba. "Si el hombre te cabalga, está haciendo lo correcto"- le dijo una amiga. Del placer no se hablaba porque ninguna sabía qué era. "Que se monta, se monta"- respondía la sufrida mujer.

Un día tuvo la visita de Úrsula a la tienda. La joven le compraría muchos calzones de colores, lo que llamaría la atención. "¿Para qué necesita tantos?"- preguntó. La campesina, con bochorno y en voz baja le replicó: "Es que me duelen las relaciones sexuales y a veces sangro". Anita quedó perpleja. "¿Cómo era posible que pudiera romperla por dentro si lo único que debía hacer era rozarla?"- le preguntó. La lugareña no podía creer tal ignorancia.

Esa misma tarde la llevó para que viera cómo los perros sabían hacer las cosas mejor que su marido. La pobre comerciante recibió lecciones de sexualidad gratis y miró a varias perras en celo aceptar a los varios pretendientes de la comunidad. Después de observar con mucho cuidado la manera en que se hacían las cosas, se dio por enterada de que sus relaciones habían sido incompletas. "¡Me engañó el rufián!"- le diría a su amiga. Anita había aprendido la lección. La campesina se sintió orgullosa de haber concluido con éxito su clase de sexualidad, aunque quedó algo preocupada al preguntarle la alumna, en el camino al pueblo, cuánto tiempo debía quedar pegada a su esposo. Al enterarse la mujer de que con roces nunca quedaría embarazada, acudió desesperada donde el rabino.

Al religioso no le gustaban los divorcios porque los consideraba un atentado en contra de los designios divinos. Además, conocía una larga lista de remedios contra la impotencia, y recibía una comisión de la vendedora en el mercado. Uno de ellos era el vino.

-Haga que tome dos copas antes de acostarse- le recomendó.

-Pero si el hombre es un gran borracho-contestaba la pobre mujer-¿cómo le voy a dar licor?

-Una cosa es vodka, que es lo que su marido bebe y otra es el vino.

La desesperada mujer hizo caso. Cuando su esposo llegó en la noche le sirvió dos copas. "¿Cómo le fue con la receta?"- preguntó el rabino al otro día. "Pues mal, porque el desgraciado se fue directo a la taberna y no lo he vuelto a ver".

El religioso no se iba a dar por vencido: "La carne gorda, el pescado, las lentejas y las alubias estimulan el amor"- le indicó, citando al Talmud. "Las alubias son buenas en caso de gonorrea". La dama corrió a hacerle una substanciosa cena con todos los ingredientes. Buscó en el mercado una suculenta posta de carne, un kilo de lentejas y las alubias más grandes que había visto. Hizo una sopa y no permitió que su esposo dejara ni una gota. "Toma, toma"- le decía. "Pero mujer, ¡me vas a hacer reventar con tanta vianda!"- gritaba el macho.

"¿Y cómo le fue?"- indagó el rabino en la mañana siguiente. "¿Tuvo una reacción?". "Una flatulencia que parecía la invasión rusa y me hizo dormir en la otra habitación. Una última alternativa sería la mandrágora. Esta planta, conocidísima como filtro en la brujería medieval, tenía fama de curar la esterilidad femenina y la masculina. El rabino le leyó del libro sagrado para que creyera en ella: "Raquel deseó y obtuvo de Lea unas raíces de esa planta (*dudaim*), encontradas por Rubén, y al ingerirlas, habiendo sido estéril, concibió y dio luz a José".

Anita corrió al mercado a comprar la mata y se fue derecho para su casa a preparar el té más concentrado que pudo. Por si no fuera suficiente, le echó un poco de extracto de alubias que le habían quedado del día anterior. "¿Pudo o no pudo?"- preguntó el rabino al ver a la mujer en el quicio de la puerta, al día siguiente. Como típica judía, ella contestó con otra: "¿Vendría o no vendría a pedir otro remedio?"

Cuando al rabino se le acabaron los elixires, llegaron al convencimiento de que no había esperanzas. "Congracie a la comunidad para que el Consejo se ponga de su lado"- le recomendaría. La mujer hizo donaciones a la escuela religiosa y mandó a reparar el techo de la sinagoga. Empezó a donar ropa a los miembros del tribunal del *Kahal* y a saludarlos con una amabilidad desconocida. Aunque tenía derecho, en caso de divorcio, a la restitución de su dote y sus bienes, Anita no los vería.

"Si se quiere divorciar, mejor despídase de la plata y suéltele una buena cantidad de *zlotis* para que el hombre se los tome en la taberna y olvide lo que firmó"- le dijeron. Pero los *zlotis* no eran solamente para el marido. El tribunal, compuesto por el rabino y tres dignatarios, no quisieron, de primera entrada, darle el *get*.

-No está bien visto que una mujer se divorcie por su propia voluntad- le explicó el secretario.

-Tampoco que el pueblo judío se acabe porque mi marido no pueda- replicó la mujer.

- Pero es que no tenemos pruebas más que su palabra- terció el presidente.
- ¿Quiere que traiga aquí el cuerpo del delito?- contestó Anita.
- ¿Cómo podemos estar seguros de que lo que dice es cierto?- indagó el tercer miembro.
- ¿Estaría aquí si él pudiera?- volvió ella a responder.

El rabino, sin embargo, volcó a su favor al tribunal: "La demandante ha hecho todo lo posible, a mí me consta". Los otros explotaron en risas: "Si usted confirma que la *potz* ha muerto, estaremos de acuerdo". Anita, harta de la discusión, prometió más *zlotis* para arreglar ahora la sala de limpieza ritual para los muertos. "Una mujer que se sensibiliza por los difuntos es que vive con uno"- concluyó el presidente del tribunal y acordaron amenazar al marido con la expulsión de la comunidad si no accedía al divorcio.

El nuevo marido también sería otro desconocido. Sin embargo, cuando lo miró bajo la *japá* se dijo para sí: "No está mal, aunque algo prieto". Tenía hermosos ojos, un pelo negro y abundante, un buen porte y una sonrisa picarona. Su boca era sensual y la mujer soñó con su primer beso. Mientras caminaba hacia el baldaquín, se lo imaginaba desnudo, con unas posaderas duras y paradas. "Nadie me puede criticar por golosa"- se dijo a sí misma, "ya que la misma religión dice que es aconsejable que la esposa (el esposo también) fuera bonita porque contribuía a la felicidad". Además, era un hombre culto y "todas las promesas de los profetas se cumplirían para aquél que da a su hija a un hombre erudito"- pensó, recordando el Talmud.

Lo que ella no disfrutó con el marido anterior, lo hizo con éste. Cuando notó cómo una *potz* podía crecer a tamaños inconcebibles y ofrecer, cuando se usaba apropiadamente, sensaciones mágicas, se dio cuenta de que valió la pena pagarle a la casamentera. Esa noche sintió su segundo orgasmo, más intenso que el primero que fue cuando sacrificó la primera gallina del carnicero. "¿Dónde habrá aprendido este hombre todas esas cosas?"- pensó. "Debe haber algún consejo escondido en el Talmud".

La mujer quedaría embarazada, a pocas semanas, de Elena. Cuatro años después llegaría el segundo, Samuel. Sarita, la última, sería un regalo de despedida porque la concebiría unos días antes de que él partiera. Su esposo no era bebedor y su gran pasión era leer el Talmud. Si las cosas no hubieran estado tan mal en lo económico, el matrimonio hubiera sido bueno; ninguna relación resiste la miseria y la de Anita, con todo y orgasmos, no sería una excepción.

La hostilidad se fue asentando en la medida en que disminuían las gallinas en la mesa. A Anita empezó a molestarle, además, el pensamiento conservador de su esposo. No entendía por qué tenía que alimentar a un ilustrado mientras ella debía trabajar en la tienda. Luego, empezaría a criticar la religión por mantener vedada la educación a las mujeres. Después, le cargaría que ninguna pudiera votar en las decisiones de la comunidad.

La mujer culparía, años después, finalmente, al Holocausto en los religiosos: "Nos llevaron a la porra con ese pensamiento laberíntico". Según ella, los rabinos fueron embaucados miserablemente por los alemanes, quienes entendían muy bien su forma de pensar. "Ellos sabían que los judíos se la pasaban estudiando alternativas y negociando salidas a todo tipo

de represión. Estábamos acostumbrados a buscar siempre una mejor opción, aún cuando éstas se fueron reduciendo a escoger entre morir parados o sentados".

IV.

Mi apreciada esposa:

Como te escribí hace unos meses, la situación de mi salud se ha deteriorado y me han confirmado que tengo tuberculosis. Esto me obliga a reposar y a tener que estar aislado por unos meses. Aunque como le había indicado antes, la situación económica es muy difícil y no tengo aún ahorrado el dinero suficiente para poder ir a los Estados Unidos, lo que era nuestro plan original. Sin embargo, en vista de que la situación es tan difícil he pedido dinero prestado para enviar por usted y mis hijos, con tal de que me puedan cuidar y ayudar con las ventas y los cobros que me podrán comprar el tratamiento que necesito. Por esta razón, deseo que se vengán inmediatamente. He mandado los tiquetes del barco a la agencia de la compañía Hamburb-Amerika-Linie que tiene representación en Varsovia. El viaje lo tienen que hacer desde Hamburgo. Espero que la situación de los impuestos no esté peor de lo que me contó usted la vez pasada. Saludos a Elena, Samuel y la nueva niña, Sarita.

Su esposo, que la recuerda en todo instante

David

"Tu padre manda por nosotros. Si no fuera por mí, estaría todavía discutiendo si el rabino Aquiba o el rabino Potz tenía razón sobre la circuncisión de los ratones"- le dijo finalmente Anita a su hija. "Tendremos que pasar por Alemania para luego tomar el barco. Aunque Hitler está en el poder, debemos correr el riesgo". Elena no sabía quién era ese señor y por qué su madre le temía. Lo único que le dijo era que el político germano quería eliminar a los judíos. Había llegado al poder y prometido que lucharía en contra del "dominio" israelita. Pero madre, ¿de cuál poder habla ese hombre si no tenemos ni para comer?"- preguntó la hija. "Usted debe saber que el único "poder" que tenemos es el de hacer que cada lunático nos culpe de sus problemas. Los nazis ahora nos endilgan la recesión económica mundial y que perdieran la guerra anterior. Mi prima Fanny me escribe que las cosas se están poniendo feas para nuestro pueblo y que los nazis hacen manifestaciones violentas contra ellos. Debemos quedarnos lo menos posible".

De conocerse su intención de emigrar, las autoridades impedirían su salida hasta que pagaran los impuestos atrasados. Para evitarlo, Anita fue vendiendo toda su mercancía a su madre, dueña de una de las tiendas y le había pedido que no dijera ni una palabra. Los arreglos para obtener el pasaporte los había hecho años antes y nadie sospecharía que esta vez los pensaba utilizar.

"Madre, ¿por qué no quiere pagar los impuestos?"- preguntaba Elena. "En primer lugar porque nos hemos arruinado"- contestaba. Anita, como la mayoría de los judíos, se había dedicado al pequeño comercio precapitalista en los pueblos rurales. Cuando Polonia empezó a industrializarse, sería el sector que primero se arruinaría. Sin embargo, los impuestos no habían bajado y Anita los había dejado de pagar desde hace meses. "¿Para

qué tributar, decía ella, si los polacos todo se lo dejaban y no les devolvían un *zloti* a los judíos?" "Cuando una industria hebrea como la del tabaco resultaba próspera—se quejaba la madre— se nacionalizaba". Sin embargo, al comercio, actividad mayoritariamente israelita, se le exigía la mayoría de todos los impuestos "Se están industrializando con nuestra propia sangre"— concluía ella.

La jovencita compartía el recelo de su pariente. Para los judíos, cada contacto con el gobierno polaco era un riesgo. "Señor, ¿podría usted ser tan amable de decirme qué debo hacer para obtener un pasaporte de salida?"— preguntó una vez Anita con mendicidad. "Prometerme que nunca volverá, judía de mierda"— respondía el oficial con una amplia sonrisa. En otra ocasión, la mujer fue al correo a mandar una carta para América.

- ¿Puede decirme cuánto cuesta el sello para América Central?— indagó.
- Dos veces más que lo que le cuesta a un polaco—le respondió la encargada.
- ¿Pero por qué tengo que pagar el doble?
- Porque su carta tiene el doble de basura —concluyó.

Cierto día Elena experimentó su peor miedo. Con caras largas y expresiones odiosas, dos funcionarios del gobierno "cayeron" de repente "como las pestes en Egipto". "Hemos venido a cobrar los impuestos atrasados"— dijo uno de los oficiales con mal modo. "Señor, las ventas han estado muy malas, deme un mes más para pagarlas"— imploró la madre con una cara de los que van al paredón. Los oficiales se reían: "¡Partida de rateros que son los judíos! Si no tiene plata, me llevaré entonces esta blusa de lana"— le decía uno mientras cogía la prenda que la mujer había mostrado unos minutos antes. Anita pensaba, temblando: "Esos borrachos polacos vienen a robarnos para tomárselo en vodka. Por suerte se llevaron ese trapo que tenía desde la Primera Guerra Mundial".

Elena no entendía su temor ya que ni siquiera tenía deseos de partir. Le daba lo mismo quedarse en Polonia que irse a un país desconocido. Su padre no las había impresionado con su nueva vida en América. Ella misma ni siquiera se acordaba de él, y hasta ahora mandaba por ellos. Su madre se lamentaba: "¿Para qué se fue ese desgraciado, bueno para nada, si aún no puede ahorrar para comprar unos pinches boletos de barco?" El hombre clamaba lo difícil que era la vida en Costa Rica. "Ese infeliz seguro se juntó con alguna *curve* y nos tiene a todos cuenteados"— decía su madre.

La familia había recibido, en 1934, un boleto desde Costa Rica para realizar el viaje en la compañía alemana *Hamburb-Amerika-Linie*. Sin embargo, las cosas no eran tan simples como tomar un tren, pasar a otro país y embarcarse hacia el Nuevo Mundo. Salir de Dlugosiodlo no fue fácil. Las dos pequeñas tiendas de ropa que tenían en el mero centro estaban completamente quebradas. A pesar de los intentos de Anita de vender *shmates* y salvar su negocio, no tuvo otra opción que emigrar. Tuvo que empacar un día sus *chécheres* y anunciar, en un susurro a sus hijos, que partirían para el Nuevo Mundo. El trayecto sería toda una experiencia para ellos, nada acostumbrados a los trenes. El periplo tomaba dieciocho horas, en promedio, deteniéndose en Varsovia, Francfort, Oder, Berlín Ost Bahnhof, Berlín Zoo y Hamburgo Altona. La única diferencia es que, con el ascenso de los nazis, se reforzaron los controles en las fronteras y el viaje duraba aún más. Esta vez, veinte horas.

El viaje hacia Alemania, en abril de 1934, era largo y peligroso. Después de pasar el susto en la frontera polaco-germana, no sabiendo si los dejarían o no salir, había sentido un alivio al dejar a su país. Quedaba atrás un montón de pueblos que su madre le contaba eran casi todos judíos. Anita mencionaba a un pariente y otro en cada uno de ellos como si toda la familia se hubiese regado en un juego de pólvora. "Mi hermana Rebeca vive en Sieldce desde hace diez años. Se casó con un hombre muy religioso que resultó bueno para nada y que como tu padre, nunca sirvió para los negocios. La pobre vive ahora de lo que cose". "En Cracovia tengo una tía que trabaja en una joyería. La mujer se cree una *Madame Fiddlefortz* por vivir en una ciudad tan sofisticada. Se olvidó de nosotros desde entonces". Mientras su madre le recetaba quejas de todos sus allegados, a Elena no le pasó por la mente que pronto se esfumarían en el aire. Cuando, años después preguntó qué había sido de su tía Bruma, la que vivía en Cracovia, la respuesta la impactó: "Solo quedó el humo".

La familia había sido alertada por los primos de Varsovia, que el puesto fronterizo estaba diseñado para molestar a los viajeros de las empresas rivales de los alemanes, como la *British Cunard Line*. También para extorsionar, a última hora, a los pasajeros con todo tipo de demandas. Una mínima diferencia en una letra en el boleto era suficiente motivo para hacer regresar a la persona hasta Varsovia o, incluso, a Moscú, o exigirle sumas mayores de dinero. "Aquí dice en el boleto que su nombre es Stein y no Stern; no podemos dejarlo pasar"- oyó Elena cuando un oficial alemán rechazaba el ingreso de toda una familia de judíos rusos. "Deben volver a Moscú y arreglarlo".

Otro serio impedimento –de acuerdo con lo que sus familiares les aconsejaron tener cuidado- era la revisión sanitaria. Los alemanes, según ellos, habían construido barracas especiales para la fumigación de los pasajeros y su uso se permitía solo para los viajeros con boletos en compañías alemanas. Sin embargo, los puestos fronterizos tenían la autoridad de dejar en cuarentena a los sospechosos de enfermedades contagiosas. De ahí que, si alguien era detenido, solamente podía utilizar las barracas de las compañías alemanas, lo que significaba la pérdida del boleto de otras compañías.

En los baños de desinfección, en que la ropa también debía ser sometida al procedimiento, un sencillo método de despojo consistía en ordenar a las gentes, mientras pasaban sus prendas a la cámara de fumigación, que guardasen su dinero en sus manos. La excusa era que el calor quemaría los billetes. Sin embargo, era una forma de observar las cantidades que llevaban para sacárselos después con todo tipo de embelecós.

Anita y su familia fueron llevados a un cuarto oscuro para que se cambiaran y entregaran la ropa que debía ser desinfectada. La agente alemana les habló con severidad: "Deben quitarse absolutamente toda la ropa y entregármela para llevarla al cuarto de fumigación. No pueden salir hasta que se las devuelva". Quizás no fue tanto lo que dijo como la manera en que entónó el verbo "quitar" y "fumigar" lo que hizo que Sarita sintiera que se desmayaba. "Hija, ¿qué pasa?"- preguntó inquieta Anita que estaba acostumbrada a que se descompusiera o paralizara en los peores momentos. "¿No ves que es solo la ropa que van a fumigar?"- agregó la madre.

Anita no pudo evitar la catástrofe: Sarita se desmayaba y echaba hasta la última torta de carne en el regazo de la oficial de migración. “¡Maldita niña cochina!”- gritó la alemana con todo el desprecio del mundo. “¡Judíos sucios, llenos de piojos, me las van a pagar por haberme ensuciado el delantal!”- amenazó antes de salir corriendo con la ropa de los Sikora y los regalos de la menor. “Hija, ¿te has vuelto loca?”- gritó Anita que no cabía de la vergüenza por haber dejado tan mala impresión. “No sé mamá, cuando vi a esa vieja agarrar la ropa como si fuera mierda, se me dieron los *jaloshes* y no pude evitarlo”- contestó.

Entre las agencias que en los puertos de embarque se acercaban a los emigrantes con interesados ofrecimientos de ayuda, estaban las misiones evangélicas que prometían pagar el boleto a cambio del bautismo. Anita lo recordaría siempre y también la insistencia de estos *judenmissionen*, como se les conocía en el puerto de Hamburgo, en "salvar" sus almas. Elena le aconsejó a su madre que aceptara el ofrecimiento y que se convirtieran con tal de tener más dinero para el viaje. "De todas formas, ¿quién va a saber que lo hicimos?"

Llegar a Alemania había sido como ingresar en un cuento de hadas. Los pueblos, las ciudades y principalmente las casas eran mucho más agradados. Tenían jardines bien cuidados y las flores primaverales alegraban el paisaje. A Elena le llamó la atención que no se veían retretes en las casas. "La mayoría los tiene adentro"- le señalaba su madre, "una suntuosidad que solo se ve en Varsovia". La gente andaba mucho mejor vestida y parecía más contenta y amable. Su madre le contaba que durante la Primera Guerra Mundial, los alemanes habían sido buenos con los judíos ya que se entendían; "ya sabes, el ídish y el alemán son muy parecidos".

La pariente Rona Sikora que vivía cerca de la frontera había hecho negocios con ellos y nunca tuvo un problema para que le pagaran, cosa que no era común en los polacos. Ahora Hitler había cambiado las cosas. Sin embargo, la mujer reconocía que aún con él en el poder, los alemanes los trataban mejor. "Es una nación civilizada"- le dijo a Elena cuando miraba con asombro los pueblos por los que pasaban. "Los alemanes se han desarrollado mucho, no como Polonia que es más pobre que una cucaracha". Anita no sabía que unos años más tarde se tragaría todas las palabras. Menos gracia le haría darse cuenta de las posibilidades de comunicación entre el alemán y el ídish.

A orillas del río Elba, Hamburgo era el puerto más importante de Alemania y la mejor ruta para viajar a Costa Rica. En 1926 –le explicó su madre- había unos miles de judíos en una población de más de un millón de personas. Muchos eran extranjeros, como la prima Fanny, quien trabajaba de *shikse* en una casa de acaudalados banqueros judíos alemanes.

Anita y sus hijos fueron bien asistidos. Apenas era 1934 y aún los alemanes consideraban como seres humanos a los judíos. Los policías de frontera y los oficiales de migración le habían piropeado a su hija: "¡Qué linda!"- le dijo un funcionario alemán que revisó sus pasaportes. La madre se sintió halagada aunque no quedó muy feliz con el resto de la lisonja: "Esta muchacha"- refiriéndose a Elena, "no se parece en nada a usted ¡Es tan hermosa!". La mujer que tanto respetaba a los alemanes no sabía si decir las gracias o ponerse a llorar.

El varoncito tenía los ojos negros de Elena, pero se parecía más a su madre. La niña, por su parte, era rubia y blanca como la leche. "Ella nació antes del año nuevo judío"- afirmaba su madre. "¿Pero en qué año fue exactamente?"- preguntaba el oficial. "De eso no me acuerdo, pero sé que fue cuando llegó el nuevo rabino al pueblo".

Una vez en la ciudad, se dirigieron al barrio judío y alquilaron una habitación para la noche. El cuarto oscuro del hotel, cercano al mar, permitía fijar la mirada en el agua, fría e indiferente, que los transportaría a un nuevo mundo. Anita y los dos hermanos pequeños se preparaban para comer en el pequeño y lúgubre hotel para emigrantes judíos, cerca del gueto y a dos cuadras de la calle en donde estaba la famosa sinagoga de la Born Platz. Esa noche irían a visitar y a despedirse de Fanny. Antes de hacerlo, pasarían por la famosa sinagoga para rezar y pedir suerte en la odisea. "Que no nos coman los mosquitos, que Sarita no se ponga peor del asma, que no perdamos nuestra fe"- pidió la madre.

Fanny era una mujer de unos treinta años; alta, blanca y de facciones *ashkenazis*, que en la comunidad judía de Hamburgo, dividida entre éstos y los sefarditas (judíos orientales), la ubicaba algo más alto que éstos pero mucho más bajo que sus patrones, los Stern, quienes pertenecían a la crema y nata de la judería alemana. Estos últimos, dueños de grandes empresas mientras que los otros eran buhoneros y pequeños comerciantes, como el mismo David Sikora en América. Los Stern habían recurrido a ella ante la creciente oposición nazi de que los alemanes hicieran oficios domésticos para los judíos. Aunque esto no lo convertirían en ley hasta unos años después, la familia era previsorá.

La prima estaba feliz de volver a encontrarse con Anita, su amiga de infancia, pues creía que nunca se verían más. Ella tenía que limpiar, cocinar y cuidar a los tres hijos pequeños de la familia Stern, los que la trataban bien, pero nada distinto de cualquier empleada doméstica. "Los judíos alemanes"- decía ella, "se creen superiores a nosotros, los polacos. Nos consideran incultos y salvajes. Se la pasan oyendo a Wagner y consultando sus problemas con los psiquiatras". Y muchas visitas debían hacer últimamente porque, con los nazis en el poder, los derechos y las libertades se les escapaban como agua entre los dedos.

Fanny logró que dejaran a las visitas entrar en su pequeña recámara, que miraba hacia uno de los canales. "Generalmente no me dejan invitar a paisanos polacos a su casa para no molestar a los vecinos alemanes". Estaba convencida de que las cosas se deteriorarían en Alemania y que Anita tenía una gran suerte al irse. "La patrona me dice que los alemanes están "proyectando" sus miedos a los judíos y culpándolos de todos sus males" y así le había explicado su psiquiatra. "Dice que es debido a una fallida resolución de un complejo que no sé cómo lo llaman"- continuó ella. Sin embargo, no estaba convencida: "Esas explicaciones de los psiquiatras son para sacarles plata". "Mis patrones creen que a ellos no les pasará nada porque el hombre peleó en la Primera Guerra Mundial y tiene todo tipo de medallas por su valentía"- aseguraba la prima. Anita no lo creía: "Presiento un mal que se avecina".

Ambas sabían que los ricos se salvarían primero, por lo menos los que no se atontarían con consuelos. "Lo cierto es que tienen dinero y podrán zafarse de este embrollo en cualquier momento"- aseguró Fanny. "Sin embargo, los pobres, ¿dónde vamos a poder ir?"

"Pero mujer, si nosotros no tenemos dónde caernos muertos y nos vamos"- dijo la viajera. "Pero tú tienes un marido. ¿A quién le importa una empleada pobre?" "¡A mí! Te prometo que apenas pueda, te mando los tiquetes para que salgas de aquí. No volverás a ver a un alemán a cuatro leguas a la redonda". Fanny no quedó convencida. "Esta gente lleva en los genes la destrucción, mujer, no te porfíes de que no conquistarán el mundo y que los tendrás hasta en el más lejano rincón de la tierra". Elena no pudo dejar de preguntar: "Fanny, ¿nunca ha tenido un amigo alemán?".

La prima pensaría un momento antes de responder: "Hasta novios, pero no existe forma de reconciliar nuestras diferencias". Anita le contestó: "Una cosa es que los admire por trabajadores y prósperos y otra que los mire como amigos". La madre tocó tres veces madera e invocó al cielo: "Que Fanny se equivoque y que Dios los mantenga alejados".

La despedida fue muy emotiva. "¡Cuídate mucho, Anita! Que Dios te dé toda la felicidad del mundo"- le dijo llorando y sintiendo un gran pesar. "Que la vida te trate mejor y que encuentres un buen marido"- le contestó su prima.

Al día siguiente, la madre y sus tres hijos abordarían el barco que los llevaría a América. "Los que van en tercera clase aborden por la otra puerta"- gritó un oficial alemán con todo el desdén que puede caber en una pequeña alma.

V

El viaje de tres semanas en el barco le permitió a Elena pensar, como nunca antes. La niña se imaginaba lo que otros viajeros, como ella, sentían al flotar sobre el mar, hacia lo desconocido. Había leído sobre un tal Cristóbal Colón, tras indagar acerca del lugar al cual viajaba su familia. A diferencia suya, el marinero iba perdido y todos los cálculos sobre el día en que llegaría a la India, estaban equivocados. De ahí que el almirante debiera haberse mareado al buscar y buscar tierra que no le aparecía. Sin embargo, a diferencia de ellas, por lo menos estaba acostumbrado al vaivén del buque. Mientras que, para su familia, los tres primeros días en el cubículo sucio de tercera clase, sin ventanas y un sofocante calor por su proximidad a las calderas, había sido un infierno.

Acostumbrada a las amplias tierras polacas, la estrechez del barco era un tormento para la familia. En los pasillos de su sección apenas cabían dos personas y el constante entrar y salir de gente de los cuartos hacía que caminar por ellos fuera una odisea. En los cubículos donde se ubicaban los pasajeros las cosas no eran mejores; las pequeñas habitaciones solo tenían una claraboya redonda por donde no se alcanza a ver más que el cielo. A ambos lados del cuarto se ubicaban las camas, distribuidas en camarotes, que recordaban más las celdas de una prisión que las habitaciones de personas que habían pagado por aquel viaje.

Elena extrañaba el sol. En las profundidades de la sección de tercera clase apenas era posible vislumbrarlo por las claraboyas. El resto del lugar estaba iluminado por las luces artificiales de la electricidad, que le daban a todo un aspecto mortecino.

En aquel hacinamiento y calor, Anita y sus tres hijos vomitaban todo lo que comían. Como compartían el baño con los pasajeros de otros seis camarotes, se la pasaban haciendo fila para ingresar. Una vez que expulsaban lo poco que habían retenido, se volvían a parar en la cola para evitar un accidente. Tanto lo hicieron que en su piso se les conocía como "los vomitivos".

Al tercer día, la joven decidió subir a tomar una bocanada de aire fresco. El mar y la brisa podrían hacerle bien y parar las *jaloshes*. Pasó por segunda clase, un piso más arriba, y miró dos hombres que parecían rabinos discutir sobre el Talmud. "¿Dónde irían? ¿Qué será de sus vidas?"- pensó. Al llegar a cubierta, se sintió un poco mejor.

Miraba el cielo, una que otra gaviota, la gente acomodada de primera y el imponente mar azul. A diferencia de los de Colón, pensó ella, por lo menos este barco era grande y se podía caminar. Ella miraba con recelo a cientos de mujeres emperifolladas, alegremente ataviadas y divirtiéndose, sin preocupaciones como las suyas. Si se sentían mal, los meseros corrían a traerles sales minerales. Si el calor apretaba, les brindaban zumos de frutas naturales, una copa de vino frío o un té de menta. "Mozo, tráigame una agua de limón que me muero de calor"- gritaba una pasajera de Nueva York. Más allá, una dama de la sociedad parisién lucía un vestido ligero de algodón vaporoso como la brisa del mar".¿Qué emoción ir para el Nuevo Mundo!"- decía mientras buscaba Centroamérica en un mapa. "¡Mire qué lejos está!"- le dijo a su marido.

La mención del lugar le recordó a Elena el día en que había ido a la biblioteca de su pueblo con su hermana a buscar información sobre Costa Rica. "¿Costa qué?"- preguntó la

bibliotecaria que creía que Elena le venía a tomar el pelo. "¿Es eso un lugar o un pastel?"- replicó con sorna.

La mujer detestaba atender a los judíos que para su mala suerte, eran los que más usaban la pequeña biblioteca de Dlugosiodlo. "Seguramente como pertenecen a un pueblo errante, están siempre averiguando a dónde irse"- le comentó a la compañera de trabajo. Los atenderé mientras solo pidan libros de geografía".

"Mire jovencita, aquí solo tengo libros de historia polaca y de países importantes. ¿Dónde está Costa Rica?"- preguntaba. "Papá se fue para allá. Está en América Central"- respondía Elena.

"Pues dile que se quede ahí y que no vuelva". Sin embargo, se encontró un ejemplar viejo de historia de América, con algunos mapas, en donde había algo de información sobre los viajes de Colón. "Aquí tienes muchacha, pero no te lo vayas a robar"- le dijo y lo puso, con saña, en la mesa. Elena lo tomó con entusiasmo y se sentó a leer. Sarita, su hermana, solo quería saber si era verdad que en la nueva tierra encontrarían chocolates gratis por doquier. "¡No sea tan tonta Sarita, en el único lugar en donde regalan las cosas es en Estados Unidos!".

La joven supo allí que cuando Cristóbal Colón, aquel otro viajero, partió en su cuarto viaje a América, llegaría a un lugar que llamaría Cariari, cerca de lo que hoy es el puerto de Limón en el Atlántico centroamericano. Sus metas no eran nada distintas de las de su madre; buscaba riquezas, "aunque el explorador iba con más ánimos"- le contó a su hermana.

Según decía el libro "dos indios" le brindaron información a Colón de supuestas minas de oro y le despertaron la codicia. Los nativos lo condujeron a Carambaru "en donde la gente andaba desnuda y llevan espejos de oro alrededor de sus cuellos". Le prometieron que existían grandes minas en la costa de donde sacaban los espejos de oro.

"El hombre estaría totalmente errado"- le explicó Elena a su hermanita. Había creído las teorías de un tal Florentino Toscallini de que la distancia hacia la India por Occidente debía ser más corta. "Él iba con el mismo sentido de dirección que tu padre" y, quién sabe, le indicó a Sarita, si a ellas les saldría la historia al revés. "Espero que nosotras, que vamos para América, no terminemos en la India, vendidas de esclavas en un harén de Bombay".

El almirante, le explicó, llegó a América Central y no a la India como pensaba. "Igual que nuestro padre, no sabía nada de geografía y terminó en otro lugar, alejado de la frontera con Estados Unidos". Elena creía que el descubridor debió haberse ido también directo hacia Norteamérica: "Él encontró América y quedó al final más pobre que una rata. No debió haberse dejado impresionar con lo primero que vio. Los indios llevaban algunos dijes hechos del metal dorado, continuó la muchacha "pero eso era casi todo lo que tenían".

Los nativos del lugar, sin embargo, no intuyeron el error que cometieron al hablarle de las minas de oro. "En vista de que les abrió el apetito, igual que los polacos con los judíos, los exploradores se llenaron de avidez y buscaron el oro por todo lado. Nada les interesó la

exuberante vegetación y la rarísima fauna que encontraron". Según ella, éstos y otros que vendrían después, quedaron hechizados por la historia de las minas y llamarían a la nueva tierra Costa Rica, porque se creyeron que la región era "rica" en oro. "Y es ahí adonde vamos dentro de unas semanas".

La viajera volvió a su realidad. Después de todo, Colón murió sin saber dónde había llegado y quizás no sufrió como se creía. "Frecuentaba a los reyes"- se dijo para sí, "y algún buen festín debió darse". "Cuando discutían cómo llegar a la India y traer montones de clavos de olor, "se tomaron botellas de vino y comido decenas de perdices y jabalís ". Estos festines los pagaban, seguramente, con la rapiña que realizaron los españoles con la expulsión, ese mismo año, de medio millón de judíos.

Elena se imaginaba a los dos golosos reyes católicos esperando el botín que dejarían los hebreos. El edicto de expulsión de 1492 especificaba que no podían llevar ni oro ni plata y que se les expulsaba por "judaizar a los conversos" "subvertir la religión católica" y, de acuerdo con el famoso inquisidor Torquemada, "matar a niños cristianos".

Elena imaginó a la católica reina pedirle a su marido:

Fernando, servidle más vino a Colón, que me encantan sus historias de cómo va a llegar a la India. Me muero por probar cómo sabría este lechón tan salado con un poco de canela. Si no tenéis más botellas, traedlas de la casa del judío Mean Des Plumado, que me las regaló con tal de que lo dejara quedarse tres meses más. Eso sí, que no se entere Torquemada porque me vendría a pedir una parte como lo hizo con los 300 conversos que quemó en 1481. El hombre inventó cuentos contra los judíos, como asesinatos rituales y otras brujerías y luego vino a pedirme que le diera la mitad de la fortuna de quienes tostó en la hoguera. No olvidéis las promesas que le hizo a los conversos: primero les dijo que les perdonaría si confesaban sus prácticas judías y luego los haría acusar, bajo tortura, hasta sus abuelas. De ese dinero no vimos ni un real. Mejor buscadme unos huevos de codorniz entre las viandas que le incautamos a la mercader Ester Mesta Faron, a la que la dejé convertirse a cambio de una donación al trono.

La reina se debía sentir generosa y magnánima con el despojo que hizo de los pobres judíos y musulmanes españoles. Se había aprovechado para comprar haciendas baratísimas a costa de los expulsados, que tuvieron que vender de sopetón. "Y Colón, ¿por qué preocuparse por él si era un judío traidor más que se había convertido para congraciarse con los cristianos?" Después de todo, pensó la joven, había entregado su alma al diablo, un judas más entre la larga lista que incluía hasta al ídolo de su madre, Karl Marx.

Sin embargo, no hubiese querido saber que el precio de la conversión, que en su caso en Hamburgo le hubiera deparado el tiquete gratis, no había valido la pena. Si, como contaba la leyenda, la reina católica le dio sus joyas para que las vendiera y recaudara el capital para hacer el primer viaje, "hubiera sido muy bestia si no guardó un anillo o un broca mantón para los imprevistos".

Elena imaginaba al almirante decir a la reina: "Mi señora Isabel, imaginad que me dieron menos pesos de lo que esperaba por vuestras joyas. El joyero de la Corona, agregaría con cizaña, no cree que fueran originales. Seguro os engañaron los judíos a los que se las comprasteis".

La reina se enojaría tanto que mandaría a degollar al pobre orfebre y así nadie sabría que Colón se dejó unos buenos *zlotis* o su equivalente en pesos reales. Aunque la realidad, sabía ella por parte de su moré de historia, fue que más bien habían sido judíos como Gabriel Sánchez y Luis de Santángel quienes financiaron a Colón. No obstante, la leyenda de Isabel era más romántica y Elena era una apasionada de las historias de caballería.

La soberana eventualmente recibiría su merecido. Elena se imaginó la cara que debió haber puesto cuando Cristóbal le trajo a unos indios con taparrabos y unas cacatúas como "botín" del descubrimiento. "¿Pero me vais a decir que he vendido mis anillos y pulseras de matrimonio por un par de bichos que se cagan por todo lado y me ponen peor la jaqueca? ¿Creéis que soy bruta o qué?"- gritó Isabel descompuesta de ira. "Mejor hubiera dejado a los judíos y a los musulmanes que tratado con este imbécil de Colón. Lo único bueno de este viaje es que al mísero le pegaron una sífilis y nadie sabe cómo curársela".

Mientras la joven pensaba en la biblioteca, en Cristóbal y sus negociaciones con la gran Isabel I de Castilla, el sol estaba en lo mejor y los pasajeros de primera, muchos descendientes del almirante que sí supieron sacarle el dinero a los pobres indios, esta vez a punta de trabajo en vez de oro, se sentaron a tomar un té en el descubierta salón cerca de la popa, desde el cual se podía ver todo cuando acontecía en las cubiertas de fina madera. Ella tenía que contentarse con mirar desde la distancia porque el exclusivo rincón estaba vedado a los viajeros de "tercera".

El lugar era el centro social para los ricos y famosos. Elena pensaba que debía ser seguro ya que si el buque se fuera a pique, éstos serían los primeros en abordar los botes. Por lo menos, se tranquilizó, este buque tenía una barcaza para llevar la carga al muelle y ahí habría campo para algunos de "tercera".

Había mujeres y hombres de todas las nacionalidades, bien vestidos y con sombreros de copa ellos y ellas con sombreros apuntados, de jipijapa o calañeses. Frente a ellos, unos marineros alemanes se divertían con algunas pasajeras. Elena los observó, impresionada de lo comunes y silvestres que parecían, aparentemente incapaces de un mal pensamiento, sin la perversidad que Fanny les atribuía.

Los hombres podrían haber sido modelos de los dibujos de una novela de caballería, altivos, viriles, con grandes dientes blancos que contrastaban con los cabellos rubios que el viento hacía ondear como las banderitas del asta. Estaban, aparentemente, felices de cortejar a las damas, quienes los miraban con ojos engolosinados por esos uniformes impecables y ajustados que no dejaban nada a la imaginación.

Frente a ellos, la aristocracia mantenía un delicioso cotilleo alrededor de sus tacitas de porcelana, llenas de té inglés. El sonido de las conversaciones le recordaba la multiplicidad de nacionalidades: ingleses, franceses, alemanes, norteamericanos, italianos y hasta

portugueses. Era una tarde hermosa, llena de colores y de olores, sobre todo de la deliciosa pastelería que los pasajeros ingerían, ávidos.

De repente, dos paisanos suyos de segunda clase, vestidos de caftán y sombrero negros, caminaban hacia los marineros, desde la proa. Los hombres argüían sobre quién sabe qué dilema no anticipado por el Talmud o sobre los peligros de la irreligiosidad en el Nuevo Mundo, en donde sus correligionarios se olvidaban de las tradiciones judías. La conversación debió estar cautivante porque los religiosos iban distraídos, sordos de los demás.

De un momento a otro, uno de los marineros alemanes se les acercó, hizo una reverencia, le arrebató a uno de los paisanos el sombrero y lo lanzó al mar. Los otros compañeros hicieron lo mismo con el sombrero del otro paisano. Los dos pobres hombres quedaron atónitos, sin saber qué hacer, si reír, llorar o esconderse en estiba y nunca más salir de ahí. Las jóvenes que platicaban con los marineros estallaron en carcajadas. Entre más se reían, más los otros se animaban. "¡*Juden, juden!*", gritaban. Al calor de los gritos, el marinero más alto empezó a patearles el trasero y a decirles que se fueran de cubierta. "No queremos a los cerdos judíos en este barco, ¡vayan y hagan compañía a las ratas!"

Elena tampoco supo qué hacer, si meterse dentro de un bote salvavidas, tirarse al mar o ponerse a llorar. ¿Sabían que ella era judía? ¿Le arrancarían su pequeño sombrero celeste, el único que tenía y que su amiga Shosha le regaló antes de partir? -pensaba mientras se hacía más y más pequeña. Se había encogido tanto que era difícil que la vieran. Sin embargo, pudo observar las expresiones de los distinguidos pasajeros de primera clase, testigos oculares del atropello. Unos hacían que no habían visto nada y seguían tomando su delicioso té. "¡Maravillosas galletas!"- decían. Otros movían la cabeza en señal de desaprobación. Unos expresaban conformidad y se reían con los marineros, alzando su taza en señal de saludo. Algunos miraban con odio, sin atreverse a abrir la boca.

De repente, todo pareció guardar un sepulcral silencio: en el salón del té, las porcelanas callaron, nadie chistaba, y los idiomas y los acentos se esfumaron con la brisa marina. Todos se sintieron aliviados cuando los dos judíos corrieron hacia las escaleras y desaparecieron de sus vistas.

La joven estaba segura que sería la próxima. Su vívida imaginación le hacía creer que esta vez los marineros y los usuarios del salón de té se unirían para tirar su sombrero y patearla con más furia que a los religiosos. Después de todo, sus paisanos habían alquilado un camarote de "segunda" y tenían más poder y dinero que ella. Era común que entre más riqueza tenía la gente, más grande la invisible burbuja de protección que la rodeaba. Los pobres casi ni tenían y sus cuerpos eran la mar de fácil para pegarles. Si a los de "segunda"- los habían pateado en el mero rabo, los tripulantes de "tercera" tendrían aún menos consideraciones y en la moral de un barco dividido por clases, los pasajeros de aquella sección recibirían las peores patadas.

Mientras maquinaba cómo esconder su sombrero para no perderlo, un grito de mujer la sacó de su reflexión. Una atractiva dama de sociedad, de unos cuarenta bien llevados años,

vestida hasta la rodilla con un traje blanco coronado por un sombrero del mismo color, cuyo velo le cubría parte del rostro, irrumpió en la cubierta.

Venía del salón de té y había dejado en la mesa a varios pasajeros, que se quedaron tan anonadados como Elena. "¡Partida de salvajes y cobardes!"- gritó en perfecto alemán. "¿Por qué no le tiran la chistera a la salvaje de su madre?"

La dama de blanco se acercó a los marineros, se quitó el sombrero y frente a ellos, parecía una más. Todos blancos, todos rubios, todos de ojos azules, todos alemanes. La mujer le lanzó su tocado a uno de ellos: "Tírelo al mar, grandísimo cobarde, atévase a lanzarlo al océano para que me cuente después cuán hombre se siente".

Los marineros, las muchachas que cortejaban, el salón entero de té, los meseros, Elena y hasta las gaviotas se quedaron en el mayor silencio que puede darse en un barco de 500 pasajeros. En medio de la mudez se oía el ruido del mar y de las enormes máquinas propulsoras, pero la torre de Babel se había partido en dos, caído y hundido en el azul océano y nadie hablaba más.

El capitán del barco, a quien nadie había visto hasta el momento, desgarró este silencio que se asemejaba al de los cementerios, aunque sin el dolor que no sienten los difuntos. "¿Baronesa Gerffin, ¿qué sucede? ¿Tiene usted algún problema con estos señores?" La mujer volvió la cara hacia la autoridad y le dijo, sin siquiera abrir los labios más que lo necesario, como si miles de años de aristocracia habían ido reduciendo el espacio necesario para hablar: "Este trío de nazis mugrosos se ha burlado de unos pasajeros y estoy cansada de que dejen el nombre de los alemanes por los suelos". El capitán no tuvo que preguntar de quiénes se trataba antes de responder: "Señores, éste es mi buque y aquí no toleraremos que, por política, se moleste a nadie". Los viajeros de "primera"- algunos que antes habían celebrado la hazaña de los marineros, se levantaron de sus sillas y aplaudieron al capitán y a la exquisita mujer, que ahora resultaba noble y, seguramente, más rica que ninguno.

La baronesa no volvió a la mesa de sus amigos. Decidió quedarse para mirar el mar, como si esperara encontrar los sombreros de los judíos. Elena observaba sus delicados movimientos, su seguridad y sus ojos penetrantes, y no podía quitarle la vista ni moverse; estaba tan paralizada como el día que se encontró con la rata. La señora alemana se acercó al lugar en donde estaba la muchacha. "¡Que hermosa criatura!"- le dijo y le sonrió. "Nunca había visto un rostro más expresivo en mi vida"- le insistió. Pero en lo menos que Elena podía pensar era en su cara. Hizo un análisis *ipso facto* de su vestimenta: un traje gris con cuadros rojos y celestes que, de tanto lavar, se habían desteñido, el sombrero celeste de su amiga, zapatillas café que apenas resistirían unos tres paseos más, medias blancas cortas y un ridículo lazo rojo y celeste en la cintura. "¡Me debo ver como la empleada de la empleada de esta mujer!"- pensó para sí.

"Le agradezco lo que hizo por mis paisanos"- se atrevió a decirle en ídish. "¡No me agradezcas nada, querida, lo hice porque me da rabia esta chusma que ha llegado al poder en Alemania. Son una partida de gángsteres que quieren disfrutar a costa de otros lo que a nosotros nos ha tomado siglos de trabajo. "¿Y quiénes son ustedes?"- le preguntó Elena.

"Nosotros somos..."- dijo Claudia pero la muchacha no le pudo oír por los ruidos de los motores.

Bajo el sombrero que los marineros no se atrevieron a lanzar, estaba un rostro hermoso y con temple. La baronesa era del tipo que Elena siempre gustaba: de empuje, hermosa amazona, diosa griega independiente, capaz de alianzas y guerras, lista para enfrentar a los hombres, muy lejos de las "delicadas" féminas que el victorianísimo siglo pasado y el cine, en el actual, estaban imponiendo. "¿Sabes una cosa, preciosa? ¿Por qué no vienes a mi camarote para hacer una pintura de tu rostro? Me encantaría que habláramos de tu viaje y pintar esa cara tan especial que tienes. Ven mañana para el té y me buscas en primera, soy la baronesa Claudia Gerffin, para servirte".

La muchacha no pudo reaccionar, decir que sí o que no, preguntar, pedir, aclarar nada. Nunca había estado cerca de una noble, una dama que destellaba clase, respeto, dinero y algo que la hacía más atractiva que todas: poder. La baronesa tenía algo que la joven quería y que unía a ambas más allá de raza, religión, país o edad: la capacidad de mando, algo que alguna vez tuvieron las mujeres y se la habían arrebatado, y que debía ser reconquistada. Ella, pensó Elena, no habrá tenido que pedir permiso para asistir a un cuchitril de escuela, ni tenido que transferir, como Anita, sus bienes a nombre del marido, ni siquiera servirle a un hombre, como sucedía con las judías y las campesinas polacas que conocía. "¿Qué se sentía darle una cachetada a unos marineros y saber que nada podían hacer?"- le preguntó. "¡Estupendo!"- replicó la mujer, quien a su vez le explicó el origen de la pérdida del poder.

"Al principio, en la Biblia, nosotras -explicó la baronesa- decidimos dónde vivir. Abraham se fue para las tierras de su mujer". No obstante, en un mítico momento histórico las heroínas habían perdido su hogar. "Debes estar consciente de que los períodos de exilio son claves para las mujeres"- continuó la interlocutora. De acuerdo con ella, pueden representar la libertad o la esclavitud. En el caso del exilio a Babilonia, sería lo segundo. "Las mujeres bíblicas no eran débiles criaturas y participaban en la economía de la sociedad rural antes del exilio. No solo tejían y hacían los alimentos sino que también recogían la cosecha y pastoreaban los animales. También asistían al culto público y estuvieron presentes en la asamblea a la que Moisés dio sus leyes. De ahí que tuvieran un papel importante en la narrativa".

Sin embargo -continuó la baronesa-con el regreso a Palestina, en el año 538 A.C., en los tiempos del Segundo Templo, las cosas cambiarían. Los sacerdotes poderosos que compilarían las leyes, con el fin de reforzar el nacionalismo, tratarían a las mujeres como inferiores. Las acusarían del exilio por no haber sido estrictas en seguir los principios pentateucos y rezar cuando estaban menstruando. Para reforzar la familia, las colocaron bajo el dominio absoluto de los varones y las excluyeron del sistema de educación y del religioso. Su función sería la reproducción y el crío de los niños.

A la vez, los rabinos interpretaron la misma *Torá*. En vista de que el Génesis, por ejemplo, insinuaba que Eva había sido dotada de una inteligencia mayor que Adán, ellos concluyeron que aunque la mujer arquetípica pudo haber tenido mayor *bina*, el hecho que Adán era responsable directo a Dios, mientras que Eva a él, hacía imposible que ella intuyera, en toda su extensión, las implicaciones de su desobediencia. "El rabinismo

talmúdico que se fortaleció en el exilio nos quitó el poder e impuso la sumisión"- agregó la mujer. "Debes tener cuidado, ahora que vas a una nueva Babilonia, de que no te lo vuelvan a arrebatár"- le advirtió la baronesa.

Elena bajó las gradas hasta la tercera clase y juró que serían las últimas que, como mujer, descendería, aunque como judía no estaba tan segura. Al llegar al camarote en que los cuatro dormían, su madre le preguntó que dónde había estado todo ese tiempo. "Conocí a una baronesa que me quiere pintar mañana"- explicó. "Y yo soy la reina de Saba"- contestó Anita. Sin embargo, al otro día, Elena estaría puntual, porque "el tiempo no es para los pobres desperdiciar"- en el hermoso camarote de la baronesa.

Cuando preguntó por ella, la sirvienta de planta asumió que la muchacha vendría a limpiar las ventanas, sacudir los muebles de fino terciopelo negro, las deliciosas sábanas de lino y seda, las almohadas de pluma de ganso, el espejo de espléndida caoba, o el magnífico servicio sanitario con el mayor lujo de la época: agua caliente y tina de mármol. Pero no, "la joven ha venido a posar"- dijo y la recibió con una amplia sonrisa, dejándole claro a la mucama que no se trataba de ninguna empleada. "¡Pasa adelante, Elena, bienvenida a mi camarote!"

La baronesa era una excelente pintora; los cuadros terminados y los que estaban en proceso de serlo, se exhibían en las paredes y en las esquinas de la suntuosa habitación. La joven se impresionó por los colores tan vívidos de los paisajes, las caras geométricas de los personajes y el ambiente de ensueño. La baronesa pintaba una estrella azul encima de una vaca que estaba inserta en un cuadrado, sobre un pasto oscuro, y un cielo con el celeste más profundo que había visto. En otro, una bailarina, cuyo cuerpo se dividía en tres globos, danzaba en un bosque tropical, lleno de figuras onduladas con piñas, bananos y sandías, absolutamente sola.

Mientras la pintora hacía sus bocetos en el lienzo, intentando dibujar y cautivar el sentimiento que le despertaba esta joven tan hermosa, tuvo tiempo, mucho tiempo, para hablar. La baronesa quería saber todo de la muchacha, desde el día en que nació. "No es un retrato de tu cara, Elena, es un sentimiento, una idea, una ausencia, lo que quiero atrapar, aún ni sé lo que busco, ni siquiera si lo voy a encontrar".

La mujer hacía un bosquejo y lo tiraba al cesto de la basura, hacía otro y lo mandaba a volar; el siguiente tampoco le entusiasmaba y terminaba en el sofá. "Baronesa, con lo que usted ha botado en papel, mi familia come una semana"- le dijo la joven. "No me llames más baronesa, mi nombre es Claudia". "Pues le decía, Claudia, que usted desperdicia el papel".

"Mira, muchacha tonta"- le dijo la pintora en son de broma, "si crees que lo despilfarro por tratar de dibujarte, no tienes el menor sentido de lo que vales". Elena no podía parar: "¿Cuánto valgo, señora?, ¿cuánto cuesta una pobre judía en camino de la mera jungla?" La pintora agarró el cuarto o quinto papel y lo arrugó hasta hacerlo en un bodoque, volvió su rostro, le clavó los ojos azules más hermosos y le tiró el papel en la cara: "Una joven con alma de vieja vale todo un Potosí. Así de simple". La modelo sentía que había hablado suficiente sobre ella.

-¿Qué hace una mujer noble y rica en dirección al trópico?- indagó Elena.

-Voy a buscar a mi hijo, un hermoso joven que, después de mi divorcio, se fue con su padre y lo separaron de mi lado. Los nobles también tenemos problemas de exilios y separaciones, la única diferencia es que es más cómodo sufrirlos en primera clase, es todo. Si te sientes triste, un trago de *whiskey* te lo alivia; si quieres llorar, tienes a la mano unos pañuelitos soñados blancos de lino, si estás aburrida, un buen juego de tenis te reconforta, pero la miseria, Elena, es la misma, así de fácil-respondió Claudia.

Un silencio descendió como una pequeña nube desde la lámpara del techo, llena de lágrimas como las que ambas mujeres guardaban. "Hable señora, cuénteme la historia de su hijo, que quiero oír su acento, su idioma, su manera peculiar de hablar, que una no sabe si oye a una baronesa o a la misma Sara bíblica, antes de cometer el error de unirse con Abraham".

Claudia se soltó a reír. Le sorprendía que una muchacha tan joven la comparara con una mujer bíblica y sentía que ella y la modelo tenían algo en común: conciencia feminista.

"Eres una bandida, mujer"- le dijo la pintora, "también tengo que admitir que nunca me gustaron las heroínas de la Biblia pero reconozco que las cosas se pusieron peor en el Nuevo Testamento. Cada vez que en mi colegio religioso, porque me mandaron a uno, me hablaban de María, quería volver a leer sobre Judit. Por lo menos, la mujer era de armas tomar". Elena no podía creer que esta alemana pensara tan similar a ella, que compartiera los mismos deseos. "¿No le parece que la historia de Judit es la mejor de la Biblia?"- increpó la joven. "Completamente"- replicó. "Seguramente por eso la sacaron de la *Torá* y la dejaron como texto apócrifo"- insistió la baronesa.

El libro de Judit -según la pintora- es el que más cuestiona el papel tradicional de la mujer. "A diferencia de Eva cuya sexualidad es vista como la causa de la caída, ella representa la salvación del pueblo". Las fuerzas asirias, de acuerdo con ella, dirigidas por Nebucadnezar, están a punto de conquistar Betulia, en camino a Jerusalén. El pueblo, agobiado por el hambre, le ruega a los líderes que se rindan a menos que Dios indique lo contrario. Sin embargo, Judit -una hermosa viuda- les cuestiona por qué se atreven a establecer límites de tiempo a la intervención divina. Ella promete salvar a la ciudad.

La mujer-continuó la señora Gerffin- se va al campo enemigo y con la treta de que revelará el final del poblado, se entrevista con el general Olofernes, líder asirio, a quien, en un descuido, le corta la cabeza. Se presenta ante los israelitas con su trofeo y los alienta para que den un ataque sorpresa. Éstos resultan victoriosos y Judit es considerada la gran heroína y salvadora de la independencia. Aunque recibe el tratamiento real en Jerusalén, la guerrera regresa a su ciudad para rehusar los múltiples ofrecimientos matrimoniales hasta su muerte. "La historia impresiona, porque está inserta en el libro más patriarcal del judeocristianismo, como una daga en el orgullo masculino"- concluyó la mujer.

"Creo, como Judit"- continuó Claudia, "que las mujeres que buscamos ser protagonistas de la historia, estamos mejor sin la compañía de los hombres. Lo mismo pasa entre los cristianos y los judíos; no podemos querernos hasta que finalice la opresión y la

discriminación. Nadie respeta al más débil, Elena. Es matemática de la más simple". Sin embargo, pensó Elena, la baronesa parecía tener el poder de Judit, por lo menos con los marineros lo había demostrado: "¿Pero quién le puede a usted decir lo que debe o no debe hacer?"- le cuestionó.

La pintora prendió un cigarrillo, se fijó en la muchacha y empezó a hablar, sin tener mayor sabiduría. Le contó que se había casado con un general de Ejército alemán, un hombre atento al principio, "como todos los hombres antes de que pase la pasión". "Según la historia de Tristán e Isolda"- le dijo, "son tres días los que duran el amor pasional. En mi caso, tres años. Pero el amor se terminó y lo único bueno que quedó fue un hijo llamado Max. Sin embargo, su padre me acusó de ser infiel y vivir con otra mujer, lo que fue cierto, y me llevó a los tribunales. Me quitaron a mi hijo, a quien no le he vuelto a ver. Sé que se fue para Costa Rica y que trabaja en la Legación. Voy con el alma en la mano para que no me rechace".

Elena no había conocido nunca a una lesbiana, pero tampoco a una baronesa, una artista y una mujer independiente. Así que no sabía con cuál sorprenderse más. Quizás lo más familiar era lo primero porque sabía que su tío Samuel, el suicida, también amó a uno de su mismo sexo. Sin pensarlo dos veces, la abrazó y le dio un beso en la frente.

"Ningún hijo podría rechazar a una mujer tan maravillosa, Claudia, ninguno".

La mujer no pudo controlar el llanto y le dijo: "Ven a visitarme en el Hotel Costa Rica, no me dejes sola en ese país".

VI

En América, David Sikora tuvo un comienzo muy difícil. Fue uno de los dos judíos que llegó, en 1927, a aquel puerto del Atlántico costarricense. No hablaba ni una palabra de español y, en un pésimo inglés, adivinó que había un comerciante "alemán" que tenía un gran negocio en la capital, San José. Para su sorpresa, el dueño no era otro que Enrique Yanquemeleví, un paisano. Sin saber ningún oficio y mucho menos la agricultura que nunca practicó en su patria, optó por pedirle trabajo en su almacén, Cien Flores. Sin embargo, cuando se dirigía a la Avenida Central, se lo toparía, por pura coincidencia, frente a la Catedral. La primera conversación con Yanquemeleví fue rápida y provechosa.

-¡Qué maravilla encontrar a un paisano en este país tan lejano de Polonia!-dijo David.
-Para mí es una sorpresa encontrar a otro judío polaco en Costa Rica. ¿Qué sabe usted hacer?-preguntó don Enrique.

-Necesito ayuda. Solo he estudiado en una *yeshiva*. No tengo más que 25 dólares conmigo. Tengo que trabajar en lo que sea -exclamó el inmigrante mientras miraba hacia la iglesia de donde salía el novio, un hombre que parecía alemán y se desposaba con una mujer tica.
-Sin el español va a ser difícil que usted pueda hacer algo. Pero puedo darle trabajo en mi almacén, Cien Flores, como buhonero. Usted gana una comisión de lo que vende y busca clientes fuera del centro. Eso sí, déjeme su pasaporte de garantía-finalizó el dueño.

Los pocos judíos que habían llegado antes que él también trabajaban para este almacén. David tuvo que laborar como *klapper*. Su profesión consistiría en vender ropa y telas en los sectores urbanos y rurales marginales. Para 1930, según le contó el dueño del almacén, 99 judíos -prácticamente 9 de cada 10 de todos los que habían ingresado en el país - laboraban como buhoneros. Algunos más tarde le contarían que el almacén les ayudó a surgir y otros que los explotó y les quitó los pasaportes para tenerlos bajo su dominio.

El trabajo de David consistió en ir a vender mercadería a los pueblos rurales. Tenía que salir a caballo el día siguiente a Alajuela, segunda ciudad del país, y sus pueblos aledaños. Como no hablaba español, haría sus ventas por medio de las señas y los números.

Explicarle a sus futuros clientes las bondades de sus trapos, sin poder comunicarlo con palabras, sería un gran reto. Cuando llegó a la ciudad, se sentó con su valija en el parque central y llamaba con la mano a los que pasaban. Algunos se detenían porque les atraía este hombre de ojos y cejas tan negros que gesticulaba de forma tan extraña que lo consideraron un mago.

Los campesinos esperaban que el hombre sacara un conejo del sombrero o hiciera algún truco. Pronto una pequeña muchedumbre lo rodeaba, en el usualmente tranquilo parque sembrado de grandes árboles de mango y bordeado de poyos de concreto.

-Mirá, Abdulio- sonrió con ingenuidad don Paco, un gordo campesino de la ciudad de Naranjo a su amigo, oficinista del gobierno. No entiendo a este señor. Tengo varios minutos de esperar su truco y lo único que hace es enseñarme esta tela. No le veo nada

particular a abrir una valija y sacar un trapo. Además, usa un montón de ellos. Se los pone encima a la muchacha que está a la par mía como si quisiera hacer algún truco con ella. No habla español y dice palabras que no le entiendo nada.

-Es algo viejo que he visto en el circo en San José que llegó hace tres años. Dentro de unos minutos sacará un conejo de la tela y seguro que partirá en dos con un cuchillo a la mujer. Esperemos un ratito- le contestó Abdulio.

David no tenía la menor idea del desconcierto que estaba causando. El hombre trataba de explicarles que quería venderles la tela para hacer un lindo vestido. Los campesinos le aplaudían solo por cortesía ya que los malabarismos no les impresionaban.

"Debe ser muy bueno porque ha venido con su circo desde lejos"- se sorprendió Malaquíás, un tabernero del centro de la ciudad. "Pero no veo la magia"- le respondía el otro. "No se preocupe, nunca se sabe de dónde saltará la liebre".

Después de presenciar desde varios costados, el hombre sacó un pañuelo blanco de su bolsa, tomó una moneda de 25 céntimos y se la dio en agradecimiento. "¡Muy bien, muy bien!"- le explicó con una sonrisa. "Es el mejor espectáculo que he visto. Se merece una recompensa". Los demás, para no quedarse atrás, hicieron lo mismo y sacaron sus monedas, aplaudiendo con gusto. David hizo cinco colones en su primer día y no tuvo que desprenderse de un solo trapo. Con esta gran fortuna pudo comprar su almuerzo y cena.

"¡Qué gente más galante y extraña!"- pensó, "me dieron plata y no se llevaron la mercadería". David creía que los espectadores le estaban pagando solo por enseñarles las telas. En Polonia, nadie tenía un gesto así de amable. Mientras se alejaban del lugar, Malaquíás le guiñó un ojo a un compañero: "¡Qué buen espectáculo! ¿Se fijó usted cómo saqué más de 30 colones de las carteras de las mujeres mientras miraban a ese loco?" El tabernero se había aprovechado para desplumar a los espectadores quienes no habían sentido en sus monederos los finos dedos.

Sin saberlo, David había iniciado el fenómeno del *klapper*, que a partir de los años treinta se convertiría en la principal actividad de todos los que vendrían después. La experiencia fue universal y forzada. Muchos de los buhoneros, amigos del esposo de Anita, así se lo contaron en la sobremesa en el Hotel Central de Alajuela. Rogelio, por ejemplo, le admitió que no tuvo opción: "Yo hice lo mismo que el 99% de la comunidad en aquellos tiempos: trabajar como buhonero. Era la única alternativa real que teníamos". Jacobo, compañero de habitación, lo hizo a pesar de que lo odiaba: " No fui hecho para comerciante. Nací para político, pero no pude hacerlo porque tuve que trabajar de buhonero". Los que no quisieron laborar en este sector, tuvieron que dejar el país.

Como no sabían hablar español –le confesaron a David- les era imposible conocer las direcciones de los lugares donde vendían. Apuntaban las descripciones de las casas, a fin de recordarlas. La primera venta de José fue en una casa rosada en el Barrio Keith, en San José. Para recordar dónde estaba, apuntaba "casa rosada con dos ventanas, 100 varas de la línea del tren". Algunos, la mayoría, probablemente, vendían exclusivamente en el barrio dónde vivían, o en otros cercanos. Otros instalaron "tienda" en la calle, generalmente en

algún lugar con bastante movimiento tales como el Hospital San Juan de Dios o el Parque Central. Para los más ambiciosos o agresivos, la zona de trabajo era el área rural y sus pueblos "vírgenes" en cuanto a comercio se refiere. Tuvieron que salir al campo por varios días cargando la mercadería, ya sea a pie o a caballo, pagándole a veces a un peón para que llevara la valija.

La vida era dura para todos. Moisés, otro inquilino de su hotel, solía partir con su caballo hacia el campo los lunes en la mañana para volver -con suerte- en las altas horas de la noche de los jueves a San José. Herman, veterano de nueve años de estas faenas, le contaba que sus viajes a pueblos rurales y pequeños como Tres Ríos, San Pedro y Coronado duraban una semana entera y su única ayuda era su caballo porque "él no era de los "ricos" que podía costear un peso diario a un peón que lo ayudara.

Jacobó tenía un horario tan difícil como los huéspedes y compañeros de David: "Conseguimos crédito en los almacenes y tanto mi hermano como yo empezamos a vender en los pueblos. Se surtía al contado y en abonos. Yo, por ejemplo, despachaba el domingo en el cantón de Desamparados; en Santa Bárbara, el día lunes; San Antonio de Belén, Ojo de Agua y Río Segundo, el martes; Barva de Heredia, San Pablo, San Pedro, Barrio Jesús, el miércoles; Santo Domingo y Tibás, jueves; Santa Ana y Villa Colón, el viernes y todavía vendía en Sabanilla de Montes de Oca el sábado por la mañana, desde la Paulina hasta Mata de Plátano. Todo esto lo hice a pie durante un año y medio o dos años".

Los buhoneros se quejaban de las vías: "Era muy duro ese trabajo porque los caminos eran muy malos y en invierno me di más de una "sentada". En el trayecto de Mercedes de Heredia a San Roque, había que meterse dentro del barro hasta la rodilla. Aún aquí en San José los caminos eran pésimos. Recuerdo que el paso de Moravia a Tibás era difícilísimo. Más de una vez me caía". Otros, del mal tiempo: "No me gustaban los aguaceros ni tampoco tocar la puerta como pidiendo limosna. Nunca me gustó ser *klapper*". Salomón, por ejemplo, lamentaba otros peligros: "No todos pagaban puntualmente y una vez un cliente me salió amenazando con un machete por cobrarle una cuenta"..

Después de aquellas largas sesiones de conversación en el hotel, David volvía al otro día al mismo parque, en Alajuela, para continuar con sus "ventas". Nuevamente hacía sus gesticulaciones y los espectadores esperaban que saltara de la valija un conejo o una gallina. Sin embargo, aunque aplaudían en cada tela que sacaba, el circo no les convencía. David jamás había visto que la gente recibiera un trapo con tanto brío pero no comprendía por qué no lo vendía. Mientras sacaba un *shmate* y metía otro, una muchacha -que luego averiguaría era "mujer alegre"- conversaba con su compañera, igualmente absorta en el asunto.

-Laura, a mí no me parece que el mago sea nada bueno pero, ¿no ves qué linda tela usa para sus trucos? De ésa me puedo hacer un vestido precioso para la fiesta la semana entrante. Voy a preguntarle si lo quiere ofrecer.

-Pregúntale de una vez si me vende a mí el pañuelo con el que saca los conejos-contestó la otra.

La mujer le escribió en un papel "dos colones" y le señaló el trapo. David entendió perfectamente que era una oferta. Escribió, por su parte "3" y la retornó a Emilia. Ésta volvió a escribir "2.50" y le sonrió. David asintió y había hecho su primera venta. La segunda sería el pañuelo que vendió por 1.25 colones.

-¿¡Viste, Laura, qué buena compra hicimos!?

-Creo que eres una bárbara que le compraste al mago sus artículos de circo. El pobre se quedará sin nada con qué hacer los trucos.

-La verdad es que como mago es bien malito y mejor que los venda en vez de seguir perdiendo el tiempo.

Al otro día, la voz se corrió en Alajuela de que el mago se retiraba del negocio y estaba rematando todos sus chécheres. Las mujeres oyeron que Emilia había adquirido un metro y medio de tela a buen precio y que los pañuelos estaban bien baratos. De ahí que al tercer día la gente hacía fila para comprar el resto de la mercancía. Por medio de papelitos con números que iban y venían, se despachaban más metros y metros de telas. "Señor mago, señor mago, tome este papelito que quiero la tela con la que usted saca el tepezcuintle"- le gritaba una campesina. La amiga la corregía: "¡No seas tan maicera! El mago saca solo conejos".

David estaba feliz con su éxito inicial. Finalmente había logrado que los campesinos entendieran que podían llevarse los *shmates*. "La gente de Costa Rica"- pensaba por dentro, "es muy generosa. Me pagan por enseñarles las telas, cosa que en Polonia nadie hacía. Seguramente no tienen suficiente efectivo para llevárselas".

Al hombre se le ocurrió introducir el crédito y hacerles las cosas más fáciles. Unas de las primeras clientes fijas serían Emilia y su compañera, que lo invitaron a vender en su casa. Cuando David, tres meses después, hablaba suficiente español, iría a visitarlas. El lugar era un discreto burdel de Alajuela, al que llegaban los señoritos del pueblo. Ahí conocería a la crema y nata de la sociedad manuda, como se les decía a los alajuelenses. David contactó a más clientes y aprendió las discreciones de la vida sexual costarricense. "Venga a vender a mi casa"- le dijo un hombre atractivo de unos 30 años, "pero no se le ocurra contarle a mi esposa dónde me conoció".

Al prostíbulo llegaban unos hombres a quienes no les interesaban las muchachas. Uno de ellos lo sentó en su mesa y le pidió que le mostrara las telas. "¡Qué divina!"- exclamó el joven. "Se verá muy bonita en su esposa"- respondió David, leyendo de un papelito la frase. "¿Cuál esposa?"- respondió el muchacho. "Esta tela es para hacerme un vestido".

Unos minutos después, David observaba cómo este joven hablaba de cerquita con un hombre de San José. "Tengo un corte especial para la fiesta en la Casa del Terrón"- le decía. El muchacho que le pidió que lo llamara Chepa de ahora en adelante, lo pondría en contacto con sus amigos, la mayoría de San José. "Les presento a mi diseñador de ropa que acaba de llegar de Polonia"- decía. "Pueden comprarle a crédito y además, ser francas con él ya que sabe todo lo mío".

El submundo homosexual le depararía muchos clientes. No era cualquiera quien se atrevía a entrar en sus bares de "mala muerte"- como se les conocía. Algunos de ellos estaban cerca del Mercado Central y otros en los sectores más alejados de la ciudad. La mayoría no tenía nombre, solo un letrero en la puerta: "Fiesta Privada". Sin embargo, la policía no se tragaba el cuento porque los rótulos se caían de viejos. David mismo aprendería este truco de los bares homosexuales. Cuando adquirió su primer negocio en el mercado, pondría otro cartel permanente: "Liquidación Total Esta Semana". Muchos hombres famosos iban a ellos y ahí el vendedor sería invitado a casas de mujeres de la sociedad que también comprarían sus telas. "No se atreva a venderle a la esposa de Mario la misma que me dio a mí para el vestido"- le decía el amante del banquero. "Es más, le doy el doble si logra vender ese chuica café horrible que tiene de *hueso*".

Los lugares estaban llenos de quienes debían comprar a escondidas. No podían hacerlo en las tiendas porque todos se enterarían de su vida secreta. De ahí que fueran clientes "naturales" de los buhoneros. "¿Cómo se me vería este vestido rojo"- preguntaría un homosexual llamado Susanita. "Te hará ver como Salomé en la danza de los siete velos"- decía David. "Ojalá que sea así porque a Max, mi amante, le encanta hacer el amor con temas bíblicos".

Los homosexuales se sorprendían cómo un hombre "tan decente" socializara con ellos. Más les llamaba la atención que no se asustara con la policía, la que frecuentemente los extorsionaba. Sin embargo, David estaba acostumbrado. "En mi tierra, por ser judío, a uno lo detienen por cualquier cosa y lo presionan para que pague sobornos"- les decía. Una vez las autoridades cayeron en el bar y pusieron a todos contra la pared. Cuando les llegó el turno para revisarlo, un policía le comentó al otro: "Lo único que nos faltaba. ¡Un maricón polaco!".

El vendedor se identificaba con ellos. Sabía lo que significaba esconder su identidad, ser rechazado y perseguido por la iglesia cristiana. "Nosotros, los judíos, somos en Polonia como los homosexuales en Costa Rica"- les decía. Anni, un homosexual que gustaba vestir de mujer ocasionalmente, le preguntaba: "¿Y conoce allá a alguno como nosotros?" "Pues sí, un hermano de mi señora que se voló los sesos".

Los homosexuales le brindaron su amistad y algo más: el profundo conocimiento de la vanidad femenina. Susanita reprendía frecuentemente al buhonero: "Pero hombre, deje de vender estas telas españolas de flores tan encendidas, ¿acaso en este país somos gitanas?" Le enseñaba el gusto de las mujeres costarricenses: "Nos atrae lo femenino y la ropa con encajes, pero no lo chillón ni lo grande. Unas margaritas pequeñas con un fondo verde están bien pero jamás esas flores de ayote en un tafetán rojo".

David no volvió a comprar un *shmate* sin consultarle al homosexual: "¿Qué te parecen estos fulares de Estados Unidos?"- preguntaba. "Más maiceros que la gente de Cartago"- respondía.

La extensión del crédito a las clases populares fue en sí un hecho revolucionario en el país por no haberse puesto en práctica hasta la fecha. Las condiciones de los trabajadores tanto

rurales como urbanos eran malas. David averiguaría que su sueldo promedio era de 26 dólares mensuales. Las condiciones en las viviendas eran también precarias.

Las clases bajas –se dio cuenta el inmigrante- no podían adquirir sus artículos básicos al contado con estos salarios. Sin embargo, con la introducción de los "pagos polacos" se hacía posible. A diferencia de lo que sucedía en Polonia, el comerciante se dio cuenta de que el pueblo apreció la innovación. Se estableció así una alianza entre los judíos y las clases bajas. Susanita los defendía porque "sin ellos vestiríamos como pordioseras". Lo mismo pensaría La Polvera, una hechicera comunista: "Los polacos son pobres, no debemos dejar jamás que los comerciantes explotadores, dueños de la Avenida Central, nos vuelquen contra ellos".

Las buenas relaciones se reflejaban en el bajo nivel de deudas sin cobrar. En otras palabras, David se fijó de que "pagan porque no quieren perdernos". La experiencia de sus amigos era también positiva. Jacobo le decía a David que la gente lo ayudaba: "La gente me hace la vida más fácil. Cuando salgo a trabajar con la valija me encuentro siempre con señoras que se apiadan de uno y me dicen "Ay señor, pobrecito, venga y se toma un fresco o un vaso de leche con nosotras". David aprendería que la revolución del crédito ayudaría a algunos de los comerciantes establecidos. Una empresa como Cien Flores prosperó gracias a ellos. La rentabilidad de la compañía se incrementó gracias al aporte de los buhoneros judíos. A pesar del progreso, el nivel de ganancias de los buhoneros—como descubriría David- era modesto.

Con una tasa de rentabilidad baja no es de extrañar que muchos pasaran años como buhoneros antes de emprender actividades mejores y esto solo era posible con la ayuda de familias enteras, un subconsumo auto impuesto y mucha, mucha paciencia. Fue por ello que la impresión de Anita, que creía que David se gastaba el dinero en *curves*, era falsa.

Aunque es justo reconocer que Anita podría no haber estado lejos de la verdad y que la amistad con su clienta Emilia duró mucho tiempo y que algo pudo haber pasado durante los siete años antes de traer a su familia, ya que su única alegría era tomarse una copa en el bar y oír un poco de música antes de proseguir su camino. La mujer le tenía lástima: "¡Pobrecito David!"- le decía. "¡Tan lejos de su patria y su familia!" David sonreía y contestaba: "¡Pobre Emilia! Tan linda y tan sola". ¿Hubo amor entre ellos? Después de todo, ¿qué podría suceder entre un hombre relativamente joven y soltero, con bonitos ojos y mirada dulce, sin parientes, con una gran melancolía y buena experiencia en los artes amatorios, y una muchacha atractiva, en un país tropical en donde los cuerpos se muestran y se contornean, las noches son calientes, las miradas se clavan, los suspiros vuelan y los piropos tienen ecos?

VII

Después de navegar por tres semanas, Elena divisó, finalmente la tierra. "¡Limón por la proa!"- gritó un marinero. Sentía desde los últimos días un gran calor: se acercaban al trópico. La brisa venía cargada de agua y el cabello se le había enmarañado como una taza de fideos.

La última semana la pasó posando para Claudia, que estaba por concluir el retrato. A la usanza de la época, a la mujer le encantaban las figuras geométricas. Dibujó la cara de Elena dentro de un cuadrado de fondo lila y su cuerpo se había desintegrado en múltiples triángulos y círculos. Sin embargo, la pintura era hermosa. Los ojos estaban en el centro, como dos soles negros. Un ambiente de la mayor soledad se percibía del encuadre.

Claudia no pudo pintar un contexto, un fondo específico, ni un objeto que determinara un lugar. La modelo estaba guindando del espacio, sin los pies puestos en la tierra. "Te lo regalo, Elena"- le dijo. "Este cuadro es lo mejor que he hecho y no puedo conservarlo". Sin embargo, Claudia le habría pedido que se encontraran en San José y que allá pintaría uno distinto. "Tal vez te ponga algunas papayas o bananos en el fondo".

Si Colón se sintió emocionado al divisar la isla de Uvita, frente a Limón, la muchacha experimentó la mayor desilusión. El puerto del Atlántico costarricense estaba en decadencia por las plagas que azotaron al banano y era una pálida caricatura de lo que había sido a principios de siglo, cuando rivalizaba en desarrollo con la ciudad capital. Las casas de madera de estilo victoriano estaban en mal estado y les faltaba pintura. El parque, frente al mar, no tenía una sola flor y solo había unos árboles de pipa abandonados. Las únicas construcciones agradables eran las blancas iglesias protestantes con sus verdes jardines y el edificio aduanero. Había mucha gente pobre en las calles, aleladas por el sopor.

Desde que la omnipotente compañía bananera, la United Fruit Company, empezó a retirarse de la provincia, en vista de las plagas que afectaban los bananos, el desempleo estaba tan alto como en Varsovia. Le llamó la atención la gran cantidad de negros que había, algo que nunca había visto. Los jamaiquinos, inmigrantes como ella, vinieron a probar suerte en la construcción del ferrocarril al Atlántico, y se habían quedado en el nuevo país. Sin embargo, no eran residentes legales y no podían buscar trabajo en San José. Un "cordón sanitario" no del todo oficial, similar al que cercó a los judíos en guetos en el Este, se estableció con el fin de que no abandonaran esta provincia. No obstante, la muchacha quedó maravillada con la belleza de estos hombres y mujeres. Nunca había visto cuerpos tan perfectos ni sonrisas tan amables.

Al desembarcar, David no se veía por ningún lado. La desilusión no podía ser mayor. "¿Habrían venido de tan lejos para quedar desamparadas en medio de la selva atlántica, sin conocer una sola alma?"- pensaron Anita y Elena, ya que Samuel apenas tenía diez años y Sarita siete y no comprendían lo que significaba estar parados en el medio de la nada.

Los niños estaban impresionados con los paisajes alejados del centro de la ciudad: los palos de pipa, altos e inclinados, cargados de fruta y con la inmensa cantidad de árboles que

nunca habían visto. Cerca del mar, grandes bosques naturales, de impenetrable follaje, con copas del verde más intenso, cortezas de distintas tonalidades de café, frutas como mangos, piñas, bananos, papayas, caimitos, jocotes, nísperos, plátanos, llegaban hasta la mismísima playa. Cientos de plantas crecían unas a la par de otras, buscando un rayo de sol, peleándose por un centímetro de espacio.

Las flores eran magníficas: "belladonas" o "reina de la noche" blancas, amarillas y rojas, rosas, veraneras, aves del paraíso y muchas más. No solo se presenciaba una lucha entre plantas, sino entre decenas de monos. Éstos buscaban frutas y hojas tiernas, iban de árbol en árbol, haciendo rugidos como leones hambrientos y dándose de trompazos cuando alguno trataba de robar su fruta.

Mientras sus hermanos se quedaban hipnotizados al mirar la jungla tropical, Elena y su madre sentían la mayor desazón. "¿Sabía nuestro padre que llegaríamos hoy?"- preguntó la joven. "Pues no creo que a este agujero lleguen barcos de Europa todos los días o que nos confundiéramos de país"- respondió la encolerizada turista. "No te preocupes, me imagino que viene en carroza desde San José y pronto nos recibirá"- agregó con sorna.

La mujer no podía con su decepción. Miraba por todo lado para ver si reconocía al marido que había dejado de ver hacía siete años. "¿Qué haría si no se aparecía?". "¿Se habría tostado en el trópico y ahora era uno más de esos señores negros?" Para romper la tensión le dijo a Elena: "Pregúntale a ese si es tu padre". Elena no sabía si reír, llorar o buscarse mejor una madre negra.

De un momento a otro, una mujer bajita y rechonchita se le acercó a la familia y les preguntó en ídish: "¿Ustedes son los Sikora?" "¡Sí, claro que sí!"- respondió Anita, sintiendo que le volvía el alma al cuerpo. "Me llamo Amalia, su guía. Su señor esposo me mandó por usted para llevarlos a San José. Él está algo delicado de salud y prefirió no venir". "Pues dígame que nos iremos de compras a Nueva York mientras se repone"- contestó ella con el más cínico humor. "¿Y cómo me reconoció?"- preguntó intrigada. "Su esposo me dijo que buscara la cara más amargada".

Una hora después partirían hacia la capital, en un viaje de ocho horas y Amalia, que resultaría ser de Zellochow, les aconsejó tomar un refresco y comer algo. En esta ocasión probaron, por vez primera, el exquisito café costarricense y unas rosquillas nada memorables.

En el viaje, Elena notaría que en cada ciudad que llegaban tocaba una banda. Primero fue en Siquirres, luego en Turrialba y también en Cartago. Anita con su sentido del humor, le dijo a su compañera: "¡Qué maravilloso país que nos recibe con música en cada ciudad!" Amalia, que no entendía el sarcasmo de su nueva amiga, le explicaba con preocupación: "No, no, mujer, es que hoy viene el Arzobispo de San José y lo están recibiendo con conciertos en las calles".

La guía les contaría que San José era más "moderna" y bonita que Limón. Según la mujer, la elite cafetalera la había convertido en símbolo de su poder y en su ciudad capital, honor que le arrebataron a la antigua metrópoli, Cartago. Como fruto de los avances económicos y

culturales de la época, se habían establecido muchos centros de diversión, esparcimiento y sobre todo, lugares "finos" para la elite política. Había clubes de reunión y recreo de los caballeros, así como centros sociales de extranjeros y asociaciones profesionales e intelectuales. Las damas trabajaban en sociedades de caridad y dedicaban su tiempo libre a los indigentes y a los desamparados. "¿Oíste, Elena, ya tenemos qué hacer en San José?"-sonrió la madre. "El único problema es que los pelagatos somos nosotros"- agregó ella.

Cuando llegaron a San José, la impresión fue mucho mejor. Amalia, que mostraba cada vez preferir la ciudad a su pueblo originario de Polonia, empezó a darles una "lección cívica" al mostrarles el complejo escultórico del Monumento Nacional, que celebraba la victoria contra los invasores norteamericanos. Enormes figuras de bronce mostraban lo que fue la defensa del territorio nacional, gesta que mantuvo la independencia del país ante el embate de los filibusteros. Según Amalia, en la última década del siglo XX los liberales josefinos habían diseñado nuevos espacios para ser disfrutados por los "cultos" ciudadanos; el más importante por el impacto social que tuvo, fue el Paseo de las Damas que se iniciaba cerca de la estación del Ferrocarril al Atlántico.

Se podía divisar el bulevar del Paseo desde la parada de los trenes, cuyo nuevo edificio, con fachada *Art deco* y hermosos bancos del más fino cenízaro, se inauguró en 1908. De ahí se continuaba hacia el oeste por la avenida tercera, se pasaba por el recién bautizado Parque Nacional, por el costado de la Fábrica de Licores en donde se diseñaron bancas de reposo y, más adelante, el "Edificio Metálico". Éste era una imponente edificación de hierro, construida con la misma técnica que la Torre Eiffel, que llegó de Francia para algún país latino y terminó por equivocación en San José. A la par, se construyó un conjunto de jardines, a los que se llamó Parque Morazán, que cambiarían la vida de Elena

Para la mujer de Zellochow, San José era una ciudad "liberal" que daba importancia a la belleza y al ornato, como signos del progreso. No conozco París –confesó- pero esta urbe es lo que más se le parece en Centroamérica". Como prueba, indicó que alrededor de su Teatro Nacional, se encontraban varios restaurantes, que permanecían abiertos hasta las dos de la madrugada en las temporadas de teatro y nuevos hoteles, como el Hotel Costa Rica, el mejor de la ciudad. Anita y Elena, que tampoco conocían París, pero sí Hamburgo, pensaron que la guía estaba algo loca si creía que San José podía compararse con la Ciudad de las Luces.

“Ustedes no van a sentir que han dejado Europa, compañeras”- agregó Amalia. “Para nada –respondió Anita con sorna y haciendo manierismos sofisticados- con el capital que hemos traído, podremos ir de compras apenas nos recoja el chofer”.

Elena coincidió de que la cultura urbana se mostraba europeizada. Los cascos de las ciudades principales que había visto en el viaje del tren estaban llenos de boticas, oficinas, caballerizas, taquillas y billares. Las tiendas de San José ofrecían las últimas modas de París, quesos de Holanda, vinos franceses, manzanas americanas, jamones de Westfalia y un surtido exquisito de licores. Las librerías exhibían las obras de Sue, Scott, Byron, Smith, Bentham y otros escritores célebres, y el Teatro Mora, inaugurado en 1850 –según Amalia- era visitado por compañías extranjeras.

Pero lo que más le impresionó fue encontrarse con los cines. La mujer les contó que en San José, se exhibió una película por primera vez, el 17 de febrero de 1897, en el Teatro Variedades y la actividad se fue expandiendo hasta lograr cubrir todos los rincones. “Sí señoras y señores –les dijo la guía a Anita y a sus hijos- apenas dos años después de París, ya teníamos cine aquí. ¿No les parece maravilloso?” “Apenas desempaquemos –dijo con ironía Anita- iremos al cine”. Tanto ella como Elena pensaban si Amalia, que vendía *shmates* en la calle, había perdido conciencia que ninguno de ellos tenía un cinco para todos estos lujos y que tampoco habían en sus vidas visitado un teatro, cine, salón de bailes o centro deportivo.

Pero ésa era una San José, la de los pocos, los ricos. La otra, la de los obreros y campesinos desplazados por el latifundio, era menos atractiva. Sus casas eran de madera o adobe, sin electricidad, agua potable o espacio para la numerosa familia. Como los salarios apenas alcanzaban para comer, muchos parientes vivían juntos para reunir sus raquíticos ingresos. De ahí que la gente se apiñaba en condiciones paupérrimas y dañinas para su salud.

Éste era el caso de los judíos y Anita y su familia, después de apreciar las bondades modernas de San José, se darían por enterados. Tomaron rumbo al sur de la Avenida Central, cerca del Cementerio General.

Ahí, David había alquilado una casita para su familia. Hasta la fecha, el hombre había vivido, lo que era común, con otros paisanos en los pequeños hoteles que los judíos más asentados habían abierto. Uno de ellos, el de don Moisés Burstin, un familiar suyo, alquilaba cuartos por cinco colones al mes y colocaba hasta cinco personas por pieza. Pero con la llegada de la familia, era imposible continuar en el hotel. David había ahorrado sus colones para alquilar una nueva casa y abrir una pequeña tienda en el Mercado Central y se había mudado una semana antes. No obstante, no había podido comprar algo más que tres camas, el único mobiliario que tenía.

Cuando Amalia tocó la puerta de la casa y salió su dueño a abrirla, ningún Sikora pudo reconocerse. No era un mayor envejecimiento sino una mayor modernidad. Anita usaba ropa vieja de Polonia, gris y raída. David no vestía ya de la manera tradicional polaca. Se había cortado su barba y cambiado sus pantalones negros por un color crema, la camisa blanca por una guayabera celeste y los zapatos de cuero por unas botas café altas. Tampoco hablaba bien el ídish. Entre saludo y saludo, intercalaba una serie de vocablos en español que no entendían. Sus mismos gestos eran distintos y ni siquiera la esposa, que más lo conocía, podía creer sus ojos. Había una actitud más irreverente hacia lo religioso. David les contó que en Costa Rica no podía comer *kosher* y que tenía que trabajar los sábados, algo insólito para un hombre religioso.

Elena no supo qué fue más impresionante: la casa vacía o la ausencia de alegría. David las abrazó como extraños, ya que apenas los recordaba. Hizo una mueca cuando le presentaron a Sarita, la niña que había nacido después de su viaje. “¿Cuántos años tiene?”- fue lo primero que preguntaría. “Exactamente siete”- comentó Anita.

Samuel, el varón, se había criado sin padre y era un verdadero volcán en erupción, cosa que molestó a su padre desde el principio. Y a Elena, a quien dejó cuando tenía siete años, apenas la reconocía. La niña era ahora una joven hermosa y la que más se le parecía. "La niña jázara"- le dijo cuando la saludó con una débil sonrisa. Por su parte, la joven miraba a su padre como a un perfecto desconocido.

Después de agradecer a doña Amalia sus servicios, contar las aventuras de Dlugosiodlo, del viaje y del sinnúmero de cuentos de parientes y amigos, era hora de dormir. Al otro día, el padre los llevaría a trabajar a su negocio, porque "no había tiempo que perder". David tenía que recibir tratamiento médico y necesitaba la nueva mano de obra.

Elena notó algo que le llamó la atención. Desde el instante en que ingresaron en la casucha, Anita había experimentado una transformación, tan radical como la de José en Egipto, que hizo que su familia no lo reconociera. Sin embargo, el cambio en la mujer no era social: la pobreza era la misma, tal vez peor.

Su alteración era en el género. Ella, que había fungido de padre y madre en Polonia, controlado su dinero, comprado y vendido a sus maridos, ejercido control de su cuerpo y su tiempo, ahora había perdido, en un instante, la vitalidad. Su actitud, voz, manierismos, mirada, humor, se combinaron con el ambiente en que estaba y Anita dejó de ser ella misma. Desde ese momento, era la esposa de David, a merced absoluta de sus decisiones y humores, los que serían, para ella, siempre negativos.

El género, pensaba Elena, era algo tan maleable que se deshacía como el azúcar en una taza, al estilo judío, de té bien caliente. Ella misma lo había notado en el barco. Cuando los hombres se encontraban en situaciones nuevas se hacían más débiles y "femeninos" y dejaban que sus mujeres buscaran cómo socializar con los demás. Pero una vez en tierra, para Anita y el resto de las pasajeras femeninas, el viaje había terminado.

Su padre les explicó que al día siguiente irían a conocer la tienda en el Mercado Central y que ahí mismo empezaría las "clases" de español para que pudieran ayudarle con las ventas. Su instructor sería el carnicero que hablaba un idioma muy correcto por ser oriundo de Madrid. La única que entraría directo a la escuela sería Sarita. Elena y Samuel debían ayudarle en el negocio y lo harían hasta el próximo curso lectivo.

Mientras su padre daba órdenes e instrucciones, la joven intuía las nuevas reglas de su hogar en América. Desde ahora en adelante, él tendría el mando. Su madre quedaba relegada a un segundo y pálido lugar. La mujer que había llevado a costas el hogar "desde siempre" se convertía, por arte de magia, en la sumisa mujer latina. Se había iniciado el lento proceso de desempoderización de la mujer judía en el trópico.

No solo su mismo padre les informó que "era muy mal visto" que las damas fueran independientes y salieran mucho a la calle, sino que él ahora controlaba la plata del negocio, el arma más letal de intimidación: "Mañana les daré tres colones para que compren algo de comer". La hija comprendió que esos tres colones cambiaban las alianzas y si quería salir con vida de la nueva situación, tendría que usar su sicología para orientar, en turbias aguas, a la pequeña velera. "Padre, le regalo este retrato que hicieron de mí en el

barco para que tenga algo que poner en su habitación"- le dijo, y le entregó lo único que traía. David, por su parte, le dio un cachorro zahuate de bienvenida que llamaría Adolf.

Al día siguiente, la joven se fue al Mercado con sus dos hermanos. Ubicado en pleno centro de la ciudad, era un mundo aparte, lleno de colorido y de mercancías. Cientos de negocios competían, en un intrincado laberinto de callejuelas bajo techo, por satisfacer las necesidades del campesinado y de los obreros del país. Sin embargo, su padre le explicó que la recesión mundial tenía a todos preocupados porque desde 1930 las cosas "se habían deteriorado".

Según él, los precios internacionales del café, del cacao y del banano descendieron y así los ingresos. El banano, por su parte, no había perdido su valor pero sí su producción en vista de plagas en las plantaciones en el Atlántico como el "mal de Panamá" y la sigatoka. Con el fin de aminorar los efectos, el Presidente había declarado una moratoria de la deuda pública y aprobado la construcción de obras públicas para el fomento del empleo. Esto había hecho que el déficit se disparara y así la avidez fiscal. La única manera de pagar las deudas era por medio de los impuestos de aduana, que representaban casi la mitad de ellos, lo que "perjudicaba enormemente a los comerciantes importadores". "Te puedes imaginar"- le dijo a su hija, "el mal momento para que tenga esta enfermedad y que tenga que trabajar menos". Aún así se había atrevido a dejar de bregar como buhonero y, con sus ahorros, invertir en un negocio en el Mercado. "Estoy cansado de ser ambulante y no puedo seguir haciéndolo más"- le confesó.

David le contó que su decisión de dejar el comercio ambulante era compartida por sus amigos. Algunos, como David, no pasarían más allá de tener una pequeña tienda o taller. Otros, los que empezaron a avanzar más rápido, serían los que habían tenido una experiencia industrial en Polonia o habían podido traer pequeñas cantidades de efectivo para invertir. "Algunos amigos piensan establecer este año una pequeña fábrica de ropa"- le contó a Elena, insinuándole que habían judíos con más dinero que él. Entre los "pudientes" estaba José Compinski, que había tenido experiencia en una pequeña fábrica de tejidos de suéteres en Polonia y "había traído cierta maquinaria, moldes y mercancías".

Otros paisanos con buenas perspectivas, según David, eran Salomón y su hermano Adolfo Schifter quienes habían solicitado crédito a bancos canadienses o ingleses, como el Banco Anglo-Costarricense o el Royal Bank de Canadá, para comprar máquinas. Salomón se anunciaba en 1933 como pionero de la industria costarricense con su fábrica de tejidos de lana El Águila. "Apenas puedo, te lo presento. Si no te gusta, el hermano está más bonito pero tiene menos plata"- agregó el padre que no quería perder tiempo en deshacerse de la hija mayor. "Pero hombre -interpeló la madre- si nuestra hija apenas tiene 14 años, ¿cómo es que la estás casando?".

Su padre cambió el tema porque tenía una seria infección que tratar. Después de mostrarle las pequeñas tiendas que había alquilado en el Mercado, le dijo a Elena y a Sarita que se fueran a dar una vuelta por la Avenida Central mientras él daría instrucciones a su madre sobre cómo, a partir de ese día, debían manejar el negocio. Samuel se quedaría con ellos para que ayudara a bajar la mercadería de los estantes superiores. La niña y la joven se dispusieron a hacer su viaje de reconocimiento de la ciudad de San José.

Los negocios en la Avenida eran los más establecidos, donde compraban los pudientes y vendían los aún más acaudalados. Un negocio que les llamó la atención fue la tienda La Gloria, un almacén de importación de telas y ropa hecha a dos cuadras del Mercado. Su dueño, un español, traía artículos de su país y de Europa Occidental. Algunas de las telas eran simplemente estupendas, con colores y estilo para ellas desconocidos. En lugar de la tradicional lana y algodón, había fulares de estampados alegres, jerséis de colores, tafetanes y sedas de la China.

Cuando pasaron por la tienda **La más barata** una mujer les dio un panfleto que agradecieron aunque no pudieron entender.

Una cuadra más adelante, les impresionó las vitrinas de la tienda **La Verónica**. Unos vestidos dignos de una reina se lucían entre una maraña de espejos que permitían mirarlos por todos los costados. "Fíjate, Sarita, ¡qué precioso traje de noche!"- se maravilló su hermana. Era en realidad un modelo de seda blanca hasta la rodilla, con un cinturón negro del mismo material y unos bordados elaborados en la solapa. Mientras lo apreciaba, extasiada, se percató de unos ojos azules, parecidos a los de Claudia, que buscaban los suyos entre los espejos.

Elena sintió nuevamente la parálisis. Dejó sus ojos en el mismo lugar en que el espejo los transportaba hacia quien la miraba, sin poder quitarlos. Los ojos eran absolutamente bellos, repletos de ríos y manantiales, deliciosamente frescos. No entendía por qué este color la buscaba, la perseguía por todas partes, en los buques y en las ciudades, como si quisieran comerla, devorarla, atraparla. De un momento a otro, recuperó su movimiento. "Vayámonos ya" le dijo a Sarita" y la tomó de la mano, lista para el escape.

Sin embargo, esta vez el *dibuk* se le interpuso en el camino. "¿En qué puedo ayudarle?"- le dijo. Ella no entendió nada y lo intuyó todo a la vez.

El *dibuk* resultó, en realidad, ser un hombre, y las acompañó de regreso al Mercado. El viaje de vuelta fue una combinación de terror y la más absoluta felicidad, esto último un sentimiento nuevo. No prestaba oídos a nada de lo que le decía, ni comprendía los saludos de los comerciantes de la Avenida, o los piropos de los vendedores del mercado.

Miraba a Carlos como al vestido de la vitrina, demasiado hermoso para hacerlo suyo. Nunca había visto un cabello de matices de rubio, café y pastuso tan variados, ni una boca tan hermosa o dientes tan blancos y grandes. La sonrisa de su acompañante era cálida, tan reconfortante como la de los negros que había visto en Limón. Sin embargo, era un galán prohibido.

Elena no comprendía cómo los alemanes tanto la odiaban y a la vez, la perseguían. "¿Qué sentido tenía este truco de la naturaleza? ¿Era el mismo sino que le tocó a Samuel, el suicida? "- se preguntaba para sí.

Cuando le pidió que si podía volverla a ver, le dio un "no" que ni ella misma se creía. Cuando Elena tomó conciencia de que estaba a diez metros de La Peregrina, la tienda de su padre, Carlos se había ido por los sinuosos caminos del Mercado, como un Elías que voló al cielo.

Un terrible bofetón la sacó del embrujo. "¡Si te vuelvo a ver con ese alemán, te mato!"- la amenazó su padre.

VIII

"¡Están comiendo ramas como las vacas!"- fue el grito de Sarita cuando miró a dos individuos deleitarse con la caña de azúcar. La niña no conocía la planta y no comprendía cómo los costarricenses podían comerla. Samuel, el hermano intermedio, por su parte, se había comido un banano con todo y cáscara y la misma Elena había pelado un aguacate para casi quebrarse un diente con la semilla. Ninguno de ellos, estaba acostumbrado a viandas hechas de maíz. Ni conocían verduras como el chayote, el camote, y la yuca. Tampoco consumían frijoles negros, esos granos entre negros y cafés, pastosos con un sabor a tierra mojada, calientes y con un dejo de sabor delicioso a aroma tropical, parte de la dieta de la nueva nación.

En Europa, se alimentaban con papa, frijoles blancos, fideos, arenque, mantequilla, pan y salami. Los productos variaban de acuerdo con la estación: más grasas en el invierno y más productos lácteos en el verano. Pero en un país tropical, los platos del Viejo Mundo se tornaron en muy pesados y debieron ser abandonados.

También algo más importante para los Sikora: la comida *kosher*, que en el barco no la consiguieron, ni en Costa Rica, porque no había *shojets* que sacrificaran los animales. Para esa fecha y debido a casi una década sin carne *kosher*, los primeros inmigrantes habían abandonado la costumbre.

La joven tuvo, a la vez, que variar su forma de vestir. En la carta que le envió a su amiga Shosha, le contó que "debido a que en Europa se dan las cuatro estaciones y aquí es verano todo el año, la ropa es más ligera. Cuando me puse mis medias largas de hilo que usamos allá contra el frío, la gente se reía porque me veía cómica". La vida social también era distinta. Los paisanos se encontraron, de la noche a la mañana, convertidos en minoría psicológica.

En Polonia, aunque también eran menos que los cristianos, vivían como mayoría urbana. De ahí que en estos *shteitels*, se impusieran las celebraciones religiosas como centro de la vida cultural y social. Pero en el Nuevo Mundo, la vida social y recreativa pasó a ser secular. Y además, había algo ausente en los *shteitels* polacos: el cine. Según Elena, el nuevo arte le ayudaría a divertirse y expandir su mente: "El cine vino a ser el punto central de la actividad social. Éste, con sus anuncios luminosos, representaba para mí todo lo festivo. Las luces que se encendían y apagaban me atraían mucho porque en mi pueblo en Polonia no había electricidad".

Pero los cambios no se limitarían a los alimentos o el vestido. El idioma sería uno crucial.

En Polonia, los Sikora hablaban ídish, la lengua de los *ashkenazis*. Luego, dependiendo de la actividad y la necesidad, se hablaba el polaco. La mayoría de los paisanos lo dominaba a medias porque vivía tan separada, que la comunicación con los polacos era mínima. Pero en el nuevo país, el contacto social fue mucho mayor. Elena, por ejemplo, empezó sus clases con el carnicero del mercado para integrarse, como toda su generación, a las escuelas

públicas. La joven, en la misma misiva a su amiga en Polonia, describe cuán rápido tuvo que aprenderlo:

Lo primero que notamos fue que había que aprender el español. Como llegamos cuando estaban por finalizar las clases, mi papá me puso un maestro particular. Pero fue en la escuela donde lo pude aprender de verdad. Recuerdo que la ortografía la logré dominar rápido. En el primer dictado que hizo la maestra, una niña tuvo 70 faltas de ortografía. Cuando la maestra dijo ante todas que una de nosotras había cometido tantos errores, me eché a reír y pensé: ¡qué tonta! Buena sorpresa me llevé al descubrir que había sido yo. Al mes siguiente, en el segundo dictado, solamente cometí tres.

La joven no solo lo aprendió sin acento, sino que "por arte de magia" el polaco desapareció. Elena le escribió a su compañera del pueblo que "me pasó una cosa curiosa. Como usted sabe, había asistido a la escuela pública polaca y hablaba el idioma a la perfección. Mis padres, como los tuyos, hablaban en ídish. Pues en seis meses de estar aquí, se me olvidó totalmente el polaco. A mediados de este año ya no recuerdo nada".

Un factor que hizo difícil la comunicación entre David y su familia fueron los años de separación. Los siete años que se mantuvieron aparte crearon divisiones difíciles de ignorar. Su hija así lo había escrito a su compañera en Polonia:

Papá y yo estuvimos separados varios años. Al llegar nosotros a Costa Rica, tiempo después de que él lo había hecho, empezamos a acostumbrarnos el uno al otro. Yo me había criado sin padre y ahora me era difícil aceptarlo. Fue un comienzo duro, íbamos asimilando las costumbres del lugar y las suyas. Era una convivencia familiar diferente, había un hombre y todo giraba alrededor de él, del humor que podía tener, que casi siempre era malo. La vida era dura y me imagino que eso lo hacía a él serlo. Al principio, la dependencia económica que teníamos con él fue frustrante.

Estas transformaciones incidieron a la vez en la forma de llevar la religión. La joven se percató de que "nuestros padres se volvieron menos estrictos. Dejaron de asistir a la sinagoga los sábados" y eso había sido fundamental para que "yo haga lo mismo". Según ella, la razón para que los paisanos ticos se convirtieran en *Mechallel Shabes* era económica "porque aquí las tiendas, inclusive la nuestra, se abrían ese día, de siete de la mañana a las diez de la noche"- porque "era el mejor día de ventas". A pesar de que en Dlugosiodlo era lo más "lindo y sagrado"- en Costa Rica, "era un día cualquiera de trabajo. Mi padre iba a la sinagoga, pero la tienda no se debía cerrar".

Pero el puñetazo de su padre le hizo saber, desde su segundo día en el país, que algunas cosas, aparentemente, no cambiarían. "No quiero una *apikoiresteh* que ande con *goym*"- le gritó a su hija. "Aquí las cosas parecen distintas pero no tanto como crees. Una cosa es no comer *kosher* o laborar los sábados por necesidad y otra convertirnos. No voy a tolerar que mi hija deje el judaísmo, no mientras viva".

Su padre interpretaba, como toda su generación, que si los hebreos se casaran con cristianos, desaparecerían. "Mira lo que pasó con los judíos sefarditas que vinieron a este

país. Como se unieron en matrimonio con gente de aquí, ahora sus hijos son cristianos y les da vergüenza que sepan su origen hebreo. Lo mismo te pasará a ti si andas con ese hombre que es, para peores, alemán y -¡horror de los horrores!- casado".

La jovencita le dio la razón a su padre. Tenían bastantes problemas para añadir uno más. Le prometió que no saldría con Carlos y le reiteró que así se lo había dicho al caballero. Pero también le dejó saber que no la trataría como una criada: *Strasheh nicht nit!*, le gritó. A Elena, después de vivir en el matriarcado en Polonia, no le gustaba la expectativa de entrar en una dictadura patriarcal. Si su madre se hacía sumisa, la joven no tenía ningún interés en hacer lo mismo. Bastante esfuerzo les había costado mantenerse solas para ahora claudicar por una tienda cerca de los orinales. Después de todo, la gran mejoría en su vida parecía reducirse a vender en un cuchitril de mercado costarricense en lugar de un *shteitel* polaco.

Mientras la joven atendía a los clientes, aprendía el nuevo idioma, hacía labores domésticas y cuidaba a sus hermanos, el galán alemán no dejaba de acosarla. Escogía los días en que don David andaba donde el médico y buscaba los excusados del Mercado para admirar la belleza de la tendera judía.

La muchacha tampoco ocultaba que le agradaba ser cortejada por un varón tan galán. La misma Anita empezó a sospechar de las visitas a los servicios. "*Tojter*, ¿no te parece extraño que ese hombre orine tantas veces al día?"- le preguntó. "No, madre, seguro en el trópico la gente mea más". No obstante, la madre no quedó convencida. "No sé hija mía, no me parece normal. Debe ir a revisarse los riñones".

En otras ocasiones, el dueño de la floristería le traía unas rosas rojas a la muchacha. "Aquí le manda un cliente que está agradecido por la buena calidad de la ropa"- le comentaba al guiñarle el ojo. Anita no se lo creía: "¿En qué país del mundo te mandan flores por las compras?"- exclamaba sin entender qué pasaba. "Y si es así, ¿por qué nadie me envía a mí?" "Es que usted vende ropa de mujer y ellas son menos agradecidas"- contestaba la joven.

Un día la joven fue a visitar a su amiga Claudia al Hotel Costa Rica. La pintora quería hacer un retrato adicional. Se sentaron en la cafetería que daba a la calle para cotillear y observar a la gente. La baronesa le contó que había encontrado a su hijo y que las cosas habían salido bien. Estaba más tranquila porque había entregado una información y podido reconciliarse con él. La dama estaba, sin embargo, preocupada por su compañera de travesía.

"¿Cómo te ha ido en el nuevo país?"- le preguntó. Elena le contó sobre los cambios que había tenido que hacer, lo difícil de la nueva vida y las dificultades de adaptarse a un padre autoritario. Mientras conversaban sobre la flora y la fauna nacionales, no percibieron al hombre que se acercaba.

"¡Buenos días! No puedo seguir adelante, dijo en alemán, sin saludar a tan dos maravillosas damas". Mientras la baronesa se volvía para mirar quién las había interrumpido, la muchacha se tornó, por la sorpresa, blanca, roja, amarilla y hasta azul. "Mi nombre es Carlos Döning señora y me encanta encontrar a tan hermosas paisanas degustando un

delicioso café". Claudia lo saludó con una sonrisa y lo invitó a sentarse. "Elena, ¿por qué estás tan blanca?"- inquirió una baronesa ignorante de las cosas. "Claudia, perdone mi comportamiento, pero tengo que estar de vuelta en la tienda. Mañana continuaremos con nuestra plática y usted podrá seguir con el cuadro". Antes de que la baronesa pudiera decir ni pío, la joven corrió hacia la Avenida Central.

La decepción en la cara del hombre no admitía dudas. La baronesa no tuvo que investigar para darse cuenta de que estaba loco por la tendera. "Mi querido compatriota, me imagino que se ha metido en un gran lío. Si está interesado en esa joven, tengo que contarle que es hebrea y que no la dejarán salir con usted". "Además, ¿no cree que es muy niña aún para un varón hecho y derecho?"

El invitado tuvo que asentir a las observaciones de la nueva conocida. "Sé que debe ser molesto para usted lo que pasó y le pido que me perdone"- le dijo Carlos. "Conocí a esa muchacha en la calle y desde que la vi, no puedo quitármela de la mente". Sin embargo, quiso pedirle un favor: "Cuénteme lo que sabe de ella, así por lo menos sentiré que la conocí por usted". La mujer sonrió con lástima y miró fijamente los ojos del médico. Eran de un azul absolutamente estático, sin variaciones por los reflejos de la luz. "Sabe una cosa, cuando trato de conocer a un hombre y saber cómo es, me detengo a mirar sus ojos. Si cambian como los de mi anterior marido, salgo corriendo. Pero los suyos, son reflejo de una alma buena".

La baronesa le contó sobre su vida, su viaje, el encuentro con Elena y lo que sabía de ella. "Es una muchacha excelente, tan sabia como una bruja o una médica natural. Sin embargo, no cura con plantas sino con palabras. En mi caso, si fuera hombre, haría lo mismo que usted y no dejaría que me impidieran verla. No obstante, es una joven pobre, sin recursos, totalmente dependiente de un padre necio y conservador".

De ahí la baronesa pasó a tratar un tema aún más espinoso: la persecución de los judíos en Alemania. "Y como están las cosas, continuó la compatriota, no es el mejor momento para que los alemanes socialicen con ellos. Se lo digo yo que tengo una amistad muy cercana con una hebrea y hemos tenido que sufrir atropellos".

Carlos, una vez que la mujer compartiera un secreto, hizo lo suyo. "Mi padre, mi esposa y mi mejor amigo son antisemitas y tengo que confesar que yo hasta hace pocas semanas". "Es algo común en nuestros días, replicó la escucha. Sin embargo, creo sinceramente que el nazismo es un veneno, basado en puras mentiras y que nuestro país se ha vuelto loco". La mujer le explicó que estaba hastiada de la vulgaridad del nazismo, sus ataques furibundos contra la democracia y la intolerancia racial. "Usted y yo tenemos un problema Carlos"- le afirmó, "nos gusta lo opuesto". Él tuvo que coincidir: no quería seguir los pasos de su padre, su intolerancia y su salvajismo familiar. "Él quiere elevar al plano nacional lo que hizo con nosotros en la casa: resolver las cosas a patadas".

"¿Qué puedo hacer?"- preguntó a la mujer con dolor. La baronesa prendió un cigarrillo y tomó un sorbo de café. "Maravillosa esta bebida de Costa Rica"- le comentó. Sin embargo, no había ignorado la consulta.

"Depende de usted. Si lo que busca es una relación superficial, dudo mucho que tenga oportunidad. Si lo que anhela es llegar a conocer a esa joven maravillosa, tiene que hacer su tarea".

Carlos no entendió lo que le decía. "¿De qué asignación me está hablando?" La baronesa volvió a sonreír y a saborear otro sorbo. "Mire joven, le contestó. Si cree que su cristianismo es superior y todo lo que tiene que hacer es "rebajarse" a aceptar a una hebrea y esperar que ella se convierta a la "verdadera" religión, está mal encaminado. A mí me pasó lo mismo y pronto aprendí que las cosas no serían así de fáciles".

Claudia le explicó que detrás de ese hermoso rostro, "había una tradición milenaria, una religión, un código de ética, una experiencia histórica" que él ignoraba. "Pero, ¿no es cierto que los judíos son exclusivos, que no quieren conversos, que su religión y cultura son solo para ellos?"- indagó un angustiado galán. "¡Pamplinas!"- contestó la mujer. "Ésa es la actitud de los padres de Elena, pero no la de todos los judíos".

La dama alemana pidió disculpas para subir a su habitación. Mientras ingresaba en el hotel, Carlos se sentía como el ser más ignorante sobre la tierra. La mujer, pensó para sí, estaba en lo correcto. No podía buscar el amor en la ignorancia, ni como rebeldía contra su familia. Bastantes decisiones equivocadas había tomado por no tener la suficiente fuerza de resistir la corriente. Había abrazado el nazismo para complacer a su padre y a una esposa que no quería para llenar el bolsillo.

Mientras recapacitaba sobre su vida, la mujer volvió, unos diez minutos después, a la mesa. "Tengo algo que regalarle"- le dijo y le entregó un libro en alemán. "¿De qué se trata?"- preguntó con extrañeza. "Es el Oráculo Sibilino"- afirmó Claudia. Era, según ella, una colección de escritos apocalípticos que imitaban los oráculos paganos de la Antigüedad escritos, algunos, por judíos alejandrinos con el objeto de enseñar a la población de habla griega la excelencia de la religión hebrea. "Usted podrá apreciar aquí el error de creer que el judaísmo es una religión particular solo para los hebreos. El Oráculo fue escrito para defender el monoteísmo, enseñar la historia del pueblo, pero más importante que otra cosa, para convertir a los paganos. Indica que en la religión mosaica, existe una tendencia "universalista" antigua de no considerar la fe como la propiedad de un pueblo, sino de toda la humanidad".

La baronesa era una experta en el tema. Estaba convencida de que dos corrientes se habían presentado desde muy temprano: la "universalista" y la "particularista". La primera había nacido de la evolución de la religión de concebir al dios hebreo como una deidad nacional en una universal. Claudia señalaba que esa visión está presente ya en el profeta Amos, en el 800 A.C., cuando afirmó que Dios no era solo de los israelitas sino de todas las naciones. Con el exilio en Babilonia, la tendencia se acentuó porque Jeremías llegó a la conclusión de que los judíos podían adorar a su divinidad fuera del templo y de la tierra de Israel. Esto hizo que naciera la idea de un dios "portátil" que no se limitaba a una región o nación.

Un elemento adicional, prosiguió ella, fue la idea de que Dios castigaba los pecados. Si se aceptaba que existían castigos, en la tierra y en el más allá, se hizo necesario salvar a los idólatras de otros pueblos. Esto llevó a Isaías a establecer los pasos necesarios para la

conversión de los gentiles ya que si existe un solo Dios, no puede haber más que solo una religión para toda la humanidad. Zacarías proclama su programa para la conversión de los paganos. Entre los ritos estaban la circuncisión, la inmersión en agua (bautismo) y la presentación de un sacrificio en el Templo. En tiempos posteriores, los rabinos exigieron la sumisión a la Ley y a sus interpretaciones.

La actividad proselitista judía fue tan importante, insistía la mujer, que llevaría a Mateo a atacarlos: "¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas!, porque rodeáis la mar y la tierra por hacer un prosélito; y cuando fuere hecho, lo hacéis hijo del infierno doble más que vosotros". Según las cifras demográficas, en 586 A.C. solo había 150.000 hebreos mientras que para el primer siglo de la Era Cristiana, habían aumentado a 8 millones.

"La explicación más plausible es el proselitismo"- afirmó Claudia. El rabino Hilel era pro converso. Según la narradora "todo el mundo conoce la historia de aquel extranjero que quiso convertirse al judaísmo a condición de que le explicaran la *Torá* mientras se sostenía en un solo pie. El severo Shamai, otro rabino, rígido en sus principios, no quiso saber nada de eso y expulsó al futuro prosélito increpándole, porque no era posible así aprender la *Torá*. Hilel, por el contrario, encontró una solución dándole la célebre respuesta: 'Lo que a ti no te agrada no hagas a tu prójimo. Ésta es la *Torá* y lo demás son comentarios. Vete y estudia. El sabio ganó la apuesta y se ganó un nuevo hebreo"

La tendencia universalista -añadió la mujer- fue atacada, desde temprano por los "particularistas" que opinaban que los judíos tenían un papel y un convenio especiales con Dios, distintos de los demás mortales. De acuerdo con ellos, los gentiles solo tenían el requisito de practicar las leyes noajidas, otorgadas a Noé, y la misión hebrea, hacer que éstos las aprendieran.

Estas leyes exigían que todos debían prohibir la idolatría, incesto, adulterio, matanzas, profanación del nombre de Dios, injusticia, robos y la crueldad. Ezra y Nehemías, quienes asumieron como líderes religiosos, una vez de regreso del exilio, trajeron de vuelta la posición particularista y nacionalista de una religión para un pueblo.

Sin embargo, siempre perduró, añadió ella, el espíritu abierto porque se insertaron, como protesta, los libros más favorables a la conversión en la Biblia: Rut y Jonás. Ambos subrayan la universalidad de la fe hebrea y la misericordia de Dios, que se extiende a todos los hombres, inclusive los animales; el libro de Rut muestra que la estirpe más noble del pueblo judío, la casa real de David, descende de una extranjera.

La persecución cristiana, consideraba la baronesa, fue la que cambió las cosas. Para el siglo primero, el 10% de la población del Imperio Romano era judía y los cristianos empezaron a luchar por el alma de los paganos. Al quitar Pablo la exigencia de la circuncisión y de seguir las leyes judías, esta nueva religión hizo más fáciles las conversiones. A la vez, los emperadores romanos empezaron a perseguir a los hebreos.

Debido a las persecuciones, los rabinos empezaron a advertir a los candidatos que el pueblo estaba perseguido y afligido, las penalidades por la trasgresión de los mandamientos y el motivo de la conversión. La antipatía hacia nuevos prosélitos fue una respuesta lógica a una situación de desventajosa persecución.

Sin embargo, Claudia señaló que hubo muchos que continuaron con las conversiones, como el rabino Rashi y los tosafistas en Francia. Aunque la tendencia hacia el aislamiento, el seguimiento de las leyes y la esperanza de la reivindicación por un nuevo Mesías, pudo ganar "una batalla momentánea" en los guetos judíos, "la historia dirá la última palabra".

Carlos estaba hipnotizado. No podía creer que, por amor, hubiese aprendido lo que sabía. Pero ella lo rebatió. La baronesa buscaba la conversión porque estaba convencida de que la religión judía era mejor. "Nunca he podido aceptar la idea de un pecado original que esté relacionado con la sexualidad"- comentó.

Claudia no compartía la creencia de que el pecado tuvo que ser removido por medio de la muerte del hijo de Dios. Pensaba que existía el libre albedrío y que éste era más fuerte que el mal. "No somos criaturas desvalidas que necesitamos de hijos de Dios para que nos perdonen los pecados. Solo las personas a quienes hemos ofendido pueden hacerlo"- contestó.

"Menos pienso que Dios pueda ser dividido en partes, como sostiene la idea de la trinidad, ni en cielos ni en infiernos, ni en vírgenes, ni en leyes que no puedan ser constantemente revisadas, ni en el cuerpo como casa de la perdición, ni en la abstinencia sexual como algo a emular, ni que la salvación solo pueda darse por una sola religión, ni que con solo arrepentirnos nos perdonan los pecados, ni en casi nada de lo poco que quedó en el cristianismo de las enseñanzas de Jesús".

Claudia decidió que era hora de terminar la clase de religión. "¿Qué piensa hacer Carlos?"- preguntó la compañera de mesa.

"Conseguirme un Talmud"- fue la respuesta.

IX

La Peregrina había sido dividida, como el rey Salomón había querido hacerlo con el infante que disputaban las supuestas madres, en dos cubículos, uno frente al otro: la sección de "caballeros" y la de "damas". Sin embargo, los "departamentos" no eran más que unas cuantas apiñadas cajas de *shmates*.

Al principio, David envió a su hija Elena a trabajar a la sección de mujeres, pero pronto se dio cuenta de su error. Una fila interminable de campesinos buscaba el departamento de "ellas" con tal de mirar a su hija.

"¿En qué puedo servirle?"- preguntaba Elena. "Deme todos los talladores (sostenes) que tenga para mi mujer"- contestaba un agricultor de Escazú, el pueblo de los brujos en Costa Rica. "¿Y cuál sería su tamaño?"- indagaba la vendedora. "No podría decirle porque no los he vuelto a ver". Un cultivador de chayotes de Naranjo solicitaba un blúmer para su esposa. "¿Lo busca fino o de franela?"- cuestionaba la muchacha. "Véndame, mi cielo, el calzón más grueso que tenga, ojalá de saco de café, para no ver ni un pelo".

Aunque el negocio prosperaba, David se dio cuenta que, a la larga, el acomodamiento no le convenía. La semana siguiente había una cola igual de larga de mujeres que venía a devolver la mercancía. "Mi marido"- decía una mujer, "me compró este tallador tan grande que puedo meter mis dos senos y los de mis cuatro hijas en una copa". Otra campesina devolvía el calzón de franela: "Sudo tanto con esta ropa interior que parezco una vaca incontinente". David, entonces, remitió a Elena a la sección de hombres, a vender pantalones, camisas, calcetines y calzoncillos. Cuando el padre iba para su tratamiento, a ella le tocaba atender a los caballeros.

Las ventas se incrementaron. Los campesinos y los mismos vendedores del Mercado compraban como nunca antes. El carnicero, por ejemplo, no faltaba los viernes para adquirir un nuevo pantalón o una camisa para "lucir el domingo": "Elena- le decía- véndame todo lo que tenga, no me deje sin sus camisas que cada una que me pongo, me hace sentir en la gloria". El vendedor de aguacates compraba calcetines por docenas: "Con éstos no se me molestan los callos de los pies".

Pronto se regó el rumor de que un querubín trabajaba en el Mercado y que hacía, con sus manos, las prendas más soñadas de este valle de lágrimas. Aunque algunos notaban que la ropa era la misma de otras tiendas, otros veían en ella detalles peculiares. "No, no"- decía Paco, el zapatero, "mire el ruedo del pantalón de La Peregrina, tiene una costura perfecta, imposible de imitar". El comerciante de cueros también encontraba "prodigios" en los zapatos de Elena: "Parece el mismo cuero, pero el de esta muchacha dura el doble que los míos". El joyero consideraba que desde que usaba los pañuelos, se le había quitado la alergia: "Ahora que me sueno la nariz con este moquero, se me paró la estornudadera".

Tanta fama adquirió la tienda que un día llegó a visitarlas, y a comprar ropa para los peones, nada menos que don José Sánchez, uno de los hombres más ricos del país. El

gamonal era toda una leyenda porque, a pesar de su riqueza, "cuidaba sus cinco" como cualquier mortal. También porque era un hombre que, a sus cincuenta y pico de bien llevados años atraía los corazones de jóvenes y de maduras. El oligarca era un varón alto, de gran porte, bigote y cabello blancos. Su cara era fresca como las lechugas del mercado, con una voz gruesa y enloquecedoramente varonil. Un hoyo en su barba le daba un último toque seductor a su simétrica cara. Sus ojos eran café claros, ligeramente pequeños.

Había formado parte del gobierno de Cleto González Víquez y ahora fungía de asesor personal del Presidente Ricardo Jiménez. Le gustaba comprar barato y no buscar lujos "de los que mi familia un día no tuvo"- como solía decir. El cafetalero era, además, un liberal listo para conocer nuevos mundos. "He venido porque me han dicho que un ángel trabaja en este negocio"- le dijo a la dueña, "pero estaban equivocados, lo que hay es una diva fenicia". La madre no estaba para tanto galanteo. "Lo único fenicio en este local"- respondió Anita, "es la deuda para pagar el alquiler". Don José pensó qué contestar. Estaba acostumbrado a mujeres dóciles, coquetas y amables. Su rostro no mostraba ninguna de estas cualidades, pero, sin embargo, tenía un humor ácido y una mirada indagadora.

-Ay señora, me contaron que los israelitas, por ser el pueblo escogido, serán los primeros en entrar al cielo, así que, ¿para qué preocuparse por la renta?- le lamentó el hombre.

-Si es cierto lo que usted dice, entonces la entrada debe estar por detrás, ya que en la tierra, estamos de último y, ¿por qué mejor no se lo dice al dueño del local, quizás así quiera esperar que le pague en el más allá?- contestó Anita, dirigiéndole una mirada penetrante.

Don José se echó a reír como no lo hacía con las féminas que frecuentaba. Esta mujer era irreverente, igual que él, algo deliciosamente nuevo. "Me encantaría que mi esposa y mi hija la conocieran para que dejaran de andar pegadas a las faldas de los curas"- le dijo. "Si yo tuviera su fortuna"- le contestó la comerciante "estaría pegada a la suya". "Eso no lo creo. Soy muy mujeriego, pecado que me reclaman mi esposa y mi hija. Una mujer como usted sería demasiado para mí". "Mejor"- respondió Anita, "para viejos alborotados tengo suficiente con mi marido".

Elena oía ensimismada a los dos agnósticos discutir sobre el opio que era la religión, algo que los uniría por años. Sin embargo, la joven ardía en deseos de saber cómo el gamonal había logrado el capital. La gente de dinero, aparentemente, no había surgido del oro prometido a Colón. Elena había dejado la lectura sobre Costa Rica cuando los españoles no encontraron evidencia del metal por lo que la zona sería una de las más pobres y últimas en ser colonizadas por los españoles. Durante los primeros años del siglo XVI los exploradores se la pasaron buscando el preciado metal y peleándose entre sí para lograr que la Corona les reconociera el derecho a usufructuarlo. No obstante, no habían encontrado el metal.

"Entonces, ¿de dónde surgió su familia, don José, y cómo hicieron la fortuna?"- preguntó finalmente Elena. Anita, preocupada por la indiscreción de su hija, trató de cambiar de tema y mostrarle los pantalones caqui que buscaba. Sin embargo, don José, halagado por el interés de la muchacha, le contaría "con mucho gusto" su historia.

Don José era de la opinión de que los Sánchez participaron de la colonización inicial del país. En 1524, se estableció el primer pueblo en la región cerca del Pacífico, Villa Bruselas, que luego se llamaría Puntarenas, y que sería abandonado en vista de los ataques indígenas y de que Nicaragua prometía, para ese entonces, riquezas más grandes. Solo hasta 1564 los españoles se establecerían en el Valle Central, en la ciudad de Cartago, la antigua capital. En la lista de cimentadores de la ciudad aparecía un Sánchez, de oficio desconocido. Don José trazaba su genealogía hasta ese hombre: "Era de Galicia, de donde venimos".

La colonia de Costa Rica se caracterizaría por la pobreza. Don José contaba que su familia pudo haberse dedicado a la agricultura de subsistencia y a ocupar algunos puestos en el sistema colonial. Sin embargo, no era nada importante "porque la colonia estaba lejos de la Capitanía General de Guatemala, el centro político de la época". Del siglo XVIII don José preserva, sin embargo, una copia de la concesión de tierras de la municipalidad a nombre de Pedro Sánchez, antepasado suyo. Las fincas estaban en Tres Ríos, cuna posterior de su fortuna. "Muchos aducen que la miseria ayudó a crear una mentalidad "retraída" y apartada de la política entre los campesinos orientados a la subsistencia"- le contaría don José. "La mayor igualdad social restó la importancia a la casta militar y a los dictadores: no había necesidad de reprimir a una población socialmente homogénea". Según el oligarca cafetalero, esto ayudaría a fomentar las tradiciones democráticas y el pensamiento liberal de los Sánchez.

"¿Pero de dónde entonces habían surgido los grandes capitales?"- siguió preguntando Elena. Según su interlocutor, no hubo un sistema de grandes haciendas y latifundios como fue el caso de los otros países latinoamericanos. "Mi familia tenía tierras para el cultivo y para satisfacer la demanda interna, pero sin tener algo que exportar, ¿para qué acumularlas?" El poco desarrollo, entonces, promovería una sociedad más justa. Sin embargo, la muchacha averiguaría después en su escuela que la supuesta homogeneidad social del país era más mito que verdad.

El origen de la fortuna Sánchez, continuó el gamonal, ocurriría después de la Independencia. A partir de 1840, el café se convertiría en la principal fuente de acumulación de tierras y de capitales. Uno de los primeros campesinos que se aventuraron con el nuevo producto fue el abuelo de don José, Julio Sánchez. Habiendo conseguido los arbolitos de las embarcaciones inglesas a las que les vendía carne salada, el hombre decidió probar suerte por allá de 1843. En vista de que las tierras de la ciudad de Cartago estaban acaparadas por los cultivos de hortalizas, optó por sembrar unas cuatro hectáreas de café en la región de Tres Ríos, cerca de San José.

Cuando las matas se llenaron de la fruta roja, le pidió a su hermano que las llevara en carreta a Puntarenas, puerto del Pacífico, para venderla a las tripulaciones. En el puerto, terminaron de secar el fruto y lo molieron, como lo había instruido el capitán del barco inglés. Tomaron una muestra de la bebida y les gustó el resultado.

Desde este momento, la familia incorporaría el país al mercado inglés por medio de la exportación de café. Aunque al principio el cultivo democratizó a la sociedad costarricense al permitir a nuevos campesinos como los Sánchez beneficiarse del "boom"- a la postre sería también el principal factor de diferenciación social. Los cafetaleros que exportaban

compraría los beneficios e iniciaron su expansión a costa del productor. En 1860, Julio tenía más de 10 mil hectáreas dedicadas a la siembra del café.

El trato con los ingleses no solo le permitió a los Sánchez establecer una fortuna sino que también "abrir sus mentes". Don José aseguraba que los prestadores ingleses protestantes insistieron en que se reformaran las leyes del país. "No podíamos negociar con comodidad sin tener libertad de culto"- le explicaba a Elena. "Los británicos querían tener su propia iglesia, cementerio y escuelas religiosas. Sin eso, no estarían dispuestos a invertir". No sería nada extraño que los Sánchez apoyaran las reformas liberales, principalmente las de 1888, que establecerían los principios de respeto de culto. Tampoco sería un enigma que la Iglesia Católica los mirara como sus peores enemigos. "Los curas odiaban a nuestra familia porque decían que habíamos abierto las puertas a los herejes. No nos perdonaban que les quitáramos el monopolio de la educación". Don José y los Sánchez, por su parte, se convencieron de que los religiosos eran un obstáculo para el desarrollo: "estaban acostumbrados a vivir de las comunidades, tenían hijos ilegítimos y solo querían su bienestar y mantener a la gente ignorante". Sin embargo, el hombre reconoció que sus "aventuras" habían llevado a su mujer y a su hija a buscar consuelo en ellos.

Para la llegada de Elena a Costa Rica, ya don José y los cafetaleros habían concentrado la tierra tanto o más que en Polonia. La nueva elite cafetalera se organizó y tomó control de la política. Julio, por ejemplo, sabía que su prosperidad dependería de orientar la economía nacional hacia el mercado internacional. En lugar de estimular la autosuficiencia agrícola, creía que era mejor la especialización capitalista. Al mismo tiempo, era necesario contar con una amplia oferta de mano de obra, la cual era escasa.

Lo lograría comprando tierras. Al quitárselas a las comunidades agrícolas cercanas, el empresario tendría a su disposición jornaleros para la siembra, cuidado y recolección del café. Pronto sus tierras se extenderían a lo largo del camino de carretas hacia el Pacífico, cada vez más hacia el Occidente. "Nos vinimos hacia lo que son hoy San José, Heredia y Alajuela porque eran en aquel tiempo la frontera agrícola"- le dijo don Julio a su hijo. Esta expansión promovería la expulsión de miles de campesinos hacia las ciudades.

Gracias al empeño de familias como la de ellos, "Costa Rica sería el primero en Centroamérica en implantar los principios clásicos del liberalismo político" que sirvió, a la vez, para que la nueva clase económica cafetalera impusiera su modelo de desarrollo, según se jactaba don José.

En lo económico, los liberales defendieron el derecho de libre comercio, las puertas abiertas a la inmigración, la privatización de las tierras baldías y eclesiásticas y en lo político, las elecciones, la libertad de culto, de pensamiento y de prensa. La vida política se caracterizaría entonces por elecciones democráticas, con pocos períodos de excepción.

Después de dos golpes de Estado, el gobierno se mantendría en manos de presidentes liberales durante los años treinta y cuarenta. Uno de los más queridos por la nación fue Ricardo Jiménez Oreamuno, amigo de don José, quien se sentaría en el sillón presidencial varias veces y autorizaría la inmigración judía.

Para la década de 1920, la familia Sánchez se había convertido en una de las más importantes en el país. Julio había sido electo, en el siglo anterior, diputado y embajador en

Inglaterra y, desde ese entonces, sus familiares habían ocupado cargos de ministros, embajadores, gerentes de bancos, y hasta el sillón presidencial. El padre de don José, Andrés Sánchez, se había casado con una madrileña, republicana, que también defendía el anticlericalismo y compartía las ideas de la familia. Don José se había unido con una hija de otra de las familias importantes del país, los González Mirto, y establecido nuevas actividades como la exportación de azúcar a Europa, principalmente a Alemania. En 1921, creó una sociedad con la familia Mirkaus, alemana, para comprar ingenios de azúcar y ampliar la exportación a Inglaterra y a los Estados Unidos. De su matrimonio tuvo solo una hija, Yadira, heredera de la gran fortuna.

Don José era un típico liberal costarricense. Creía en la libertad de prensa y de culto, se oponía a la influencia desmedida de la Iglesia Católica y había luchado por coartarla. Consideraba que el país necesitaba progresar por medio de la educación, el capital y la mano de obra extranjera. Su padre fue uno de los precursores de la reforma liberal de 1888 que le quitaría a la Iglesia el monopolio sobre la educación. Esta reforma además, aprobó el matrimonio civil y el divorcio.

Don Andrés estaba convencido de la idea del "progreso" y la necesidad de educar al "pueblo inculdo". Debido a su arrogancia, a él y a su generación se les conocería como los del "Olimpo". Estimuló, por consiguiente, la alfabetización por medio de la impresión de miles de cartillas, cuyo objetivo era también promover la ciencia y el nacionalismo. "Los campesinos y artesanos, sin embargo, rechazaron la persecución de sus tradiciones y costumbres (especialmente la medicina popular), resintieron la presentación de sus creencias como supersticiones y se opusieron muchas veces a enviar a sus hijos a la escuela"- explicó el gamonal. Esta insatisfacción social fue aprovechada por la Iglesia que nunca aceptaría la pérdida de su monopolio. Las clases obreras, por su parte, se radicalizarían por las pésimas condiciones laborales. En vista de que el Estado promovía la educación general, muchos de los hijos de los más pobres se volverían contra el sistema que los había "salvado" de la oscuridad. "Las becas estatales"- se quejaba don José, "han sido un semillero de ideas revolucionarias y comunistas. Los muchachos que ayudamos a hacerse profesionales, nos pagarían con una puñalada en la espalda y llegarían a tener una influencia nefasta en la vida política del país".

Para los años de 1930, el Partido Comunista se había convertido en la segunda fuerza electoral del país y amenazaba con terminar con el reinado liberal. "La lucha contra el marxismo y el nacionalismo nos tiene, finalizó el cafetalero, entre dos bandos irreconciliables".

"Gracias a personas como nosotros ustedes pudieron venir"- decía don José. "Siempre quisimos que llegaran gentes con nuevas ideas y capitales para que lo desarrollaran". Según él, la idea de "progreso" estaba asociada con la libre migración. Estaba convencido también de que la democracia era el sistema más adecuado y que la dictadura era el "azote" de los pueblos. Sin embargo opinaba que la ideología liberal es menos polémica cuando todos creen en una misma religión, la población es homogénea y piensa parecido. "¿Pero qué pasaría cuando este consenso se fracturaba y los nuevos inmigrantes no serían todos cristianos, inversionistas o grandes banqueros?"- preguntó Elena. "Pues serían tiempos difíciles"- respondió.

A pesar de todo, los Sánchez no eran progresistas en lo que a las mujeres tocaba. Consideraban importante la educación únicamente para los varones. No se opusieron al gobierno cuando decidió, a fines del siglo pasado, construir el primer centro de estudio para féminas, el Colegio de Señoritas, pero ninguna de las Sánchez, incluso su hija Yadira, tuvo la oportunidad de estudiar una profesión. En vista de que se había cerrado la única universidad, la de Santo Tomás, las familias pudientes mandaban sus hijos a estudiar al extranjero. "No podíamos dejar que nuestras jovencitas vivieran solas en otro país"- le explicaría a Elena. Lo más que consistió fue que Yadira trabajara de secretaria en su compañía, "para que hiciera algo". La muchacha estaba algo "echada a perder" por el lujo al que había estado acostumbrada.

"Creo"- continuó don José, "que fuimos demasiado consentidores con ella y se hizo obcecada, dura y egoísta". A pesar de los muchos prospectos de marido que tuvo, ninguno le llamaba la atención. "Me empecé a preocupar porque Yadira no quería a ningún pretendiente"- decía don José. "No es que nosotros casemos a nuestras hijas como ustedes, sino que las aconsejamos y les presentamos candidatos. Si quieren bien y si no, también".

Pero su hija decía que todos los hombres costarricenses eran mujeriegos igual que su padre y que ella "no toleraría las infidelidades como su madre". Su padre no estaba contento tampoco con el interés apasionado de su hija en asuntos políticos. La joven quería seguir el ejemplo de sus antepasados y destacar en la vida nacional. "Le dije muchas veces"- agregó don José "que eso era cosa de hombres, que el lugar de ella era el hogar. No obstante, era una ávida lectora de los asuntos nacionales aunque, por su poco conocimiento, se dejaba llevar por las emociones".

Según el cafetalero, Yadira se había tornado excesivamente nacionalista y siempre lista a criticar a los mandatarios que querían acercarse a los otros países centroamericanos. "Ella está convencida de que Costa Rica nada tiene en común con los demás países de la región, por ser de gente blanca"- comentó él con ironía.

El gamonal vivía una pequeña guerra civil en su hogar. Las ideas liberales que tanto defendió su familia, habían empezado a ser cuestionadas por los comunistas y los nacionalistas. Los primeros querían terminar con el poder de los cafetaleros y con las condiciones paupérrimas de los trabajadores. Los segundos, querían un estado más fuerte que pusiera en su lugar a las nuevas corrientes socialistas y marxistas. Yadira se había puesto del lado de los que opinaban que la democracia no resolvería los graves problemas de la nación y que ante el auge de los comunistas, el ejército y la Iglesia eran las mejores armas. Su madre, devota cristiana, esperaba que la Iglesia convirtiera a su marido y a su país en "buenos cristianos" y los vacunara contra las nuevas ideologías.

Cuando la muchacha conoció a Carlos, "se le metió entre ojo y ojo que ese era el hombre que quería". "¿Qué fue lo que la interesó tanto en él?"- preguntó Elena.

De acuerdo con don José, el alemán compartía las ideas nacionalistas y racistas. Había sido influido por el pensamiento nazi que prometía terminar con los comunistas y con los inmigrantes extranjeros, preocupaciones comunes en Alemania y en Costa Rica.

"Yadira cree que nuestra nación peligrá ante la inmigración nicaragüense. Desde que el país vecino sufre inestabilidad, muchos temen que nos invada o que miles de refugiados se afinquen aquí. Por esta razón, ella está lista para apoyar toda posición nacionalista". Don José, consideraba que esto la había llevado a causas extremistas que no eran del agrado de los señores del Olimpo. "En las agrupaciones de derecha, las mujeres que no invitamos en nuestros partidos, son bienvenidas con el fin de usarlas en nuestra contra"- afirmó con preocupación el gamonal. "Ellas no tienen ni educación formal en política ni saben lo complicado que es dirigir una nación y por eso las embaucan en toda locura que se les ocurra"- sentenció.

Anita tuvo que interrumpir la historia de su comprador. Aunque disfrutaba las conversaciones con don José, no quería que le fueran con cuentos a su marido, quien no le permitía intimar con los clientes. De ahí que envolviera los pantalones para los obreros y le dijo que mejor volviera otro día para terminar la historia.

"Ese hombre"- le dijo a Elena, "está tan bueno que *Tsegait zich in moyl*".

X

"¿Señorita, ¿dónde me puedo sentar?"- preguntó la tímida joven cuando entró por vez primera al colegio. Acostumbrada cuando niña a buscar los últimos bancos en la escuela polaca, Elena rastreó las filas de atrás. La maestra de español se quedó conmovida. Pero María del Carmen no estaba para guetos en su aula. "Mi amor, ¿por qué va de última si es la que más necesita las clases de español?"- le indagó. "Es que en Polonia los hebreos nos sentamos ahí"- le dijo señalando el último banco. "Pues aquí en Costa Rica te sientas aquí"- respondió la maestra, indicando la primera fila.

Elena escribiría en su diario que su maestra era muy buena ya que "sabía muy poco español y me acuerdo que un día nos habló en la clase sobre la operación de dividir. No entendía la palabra y entonces se me acercó, cogió un pedazo de tiza y lo quebró delante de mí, con el fin de darme a entender lo que era dividir".

El sistema educativo costarricense estaba abierto, era cordial y nada anuente a discriminar. El profesor de biología, por ejemplo, les decía que el racismo y el chauvinismo no congeniaban con los países tropicales. Según él, el bosque húmedo mostraba la interacción de una enorme variedad de especies. "Observamos diariamente la cantidad inagotable de bichos raros que comparte la selva. Las ideas de dominio de un grupo sobre otro son ridículas en un sistema que se preserva a costa del triunfo de ninguno". El maestro costarricense no creía en la superioridad del más grande. Daba como ejemplo un reptil muy particular que a pesar de su tamaño, se inflaba cuando era perseguido y se transformaba, por unos segundos, en la cabeza de un feroz depredador. "Los que sobreviven no son los más asentados o grandes, sino los que, como esta lagartija, están listos para cambiar de personalidad". Si esto era así, pensaría Elena, los judíos sobrevivirían hasta el fin del mundo.

El menor antisemitismo rompió la tradición del Viejo Mundo y promovió una mayor integración entre judíos y cristianos. Elena empezó, por vez primera, a compartir con las compañeras de colegio. Una de las actividades sociales eran las retretas en el Parque Morazán. Todos los domingos en la mañana, diferentes bandas musicales tocaban en el quiosco de este centro josefino. Algunas eran bastante buenas, como la de Santo Domingo de Heredia que hasta contaba con un director extranjero. Mientras la banda tocaba, existía la posibilidad de tomar un refresco, mirar los autos pasar y también coquetear con los muchachos. Sobra decir que era el lugar ideal para los enamoramientos.

Claudia le había dado "el santo" de la pasión de la muchacha por las retretas y Carlos no perdería su tiempo. Cuando se acercó con dos helados y una gran sonrisa, Elena estuvo a punto, como la vez anterior, de salir corriendo. Sin embargo, había llevado a su mascota *Adolf*, la que al mirar el helado, se le hizo agua el hocico y la jalaba para la dirección contraria. Aprovechando la confusión, el galán no lo permitiría un escape: "¿No es deber de todo judío, según Isaías, ayudar a los paganos a dejar las idolatrías?"- preguntó el galán. "Los cristianos no son paganos porque creen en las leyes noajidas y no necesitan de nuestra guía"- le respondió la joven.

"Sin embargo, si Dios quisiera salvar a un judío que es perseguido por los infieles, haría como con Elías y le mandaría un carro de fuego para que huyera hacia el cielo". La joven no dio el brazo a torcer: "Sin embargo, Elías debía fugarse primero hacia el desierto de Damasco y buscar su sustituto. En mi caso, si me voy, ¿quién hará el almuerzo en mi hogar?"

Después de este intercambio bíblico, ambos se quedaron, nuevamente, alelados mirándose el uno al otro y no pudieron, esta vez, controlar la risa.

El médico compartía una historia similar. Había experimentado un régimen autoritario en el hogar, con un padre religioso incapaz de mostrar amor. Le confesó a Elena que no creía más en la religión organizada y mucho menos en el clero. "Todos los ejércitos -le dijo- traen a sus sacerdotes y capellanes. Todos bendicen sus propias armas e invocan para su "justa causa" la ayuda de Dios. Por lo general, la causa de cada uno es tan justa como la de dos tigres que se encuentran en la selva y se echan uno encima de otro".

Pensaba que "si las oraciones tuviesen efecto, quedaría profundamente decepcionado de la justicia y omnisciencia divinas". "Afortunadamente"- afirmó, "para nuestro buen sentido, no hay tal. Ninguna plegaria de santos -continuó- de piadosos o de inocentes niños, ha desviado una espada ni apartado una bala asesina". Finalmente, "como no es eficaz la oración, excepto como expansión mística o por su sugestión tranquilizadora, tampoco le encuentro sentido a los halagos de Dios, a las "alabanzas" que se ofrecen a diario en sinagogas, iglesias y mezquitas".

A pesar de las dudas, Carlos se había convencido -gracias a las discusiones y los documentos que le dejó Claudia- que el judaísmo tenía algo diferente: "Es la única que diviniza la ética, atribuye origen divino a la moral. No creo que sea incorrecto decir que el judaísmo es la que centra la religión en el hombre, en sus actos, en sus relaciones con los demás. Despojar al tirano de su fingida divinidad, al clero de su pretendida mediación entre el hombre y las fuerzas sobrenaturales- éstas son grandes conquistas hebreas".

La muchacha no estaba tan feliz: En el Este europeo la Edad Media se ha prolongado hasta el siglo XX, y usted puede ver a gente medieval en algunos grupos, especialmente en su trato hacia las mujeres". "Pero"- agregó la muchacha, "algunos cristianos les hacen compañía y hablan de "hombres" cuando también deberían incluir a las mujeres". Carlos no estaba de acuerdo: "es una forma de hablar que el masculino incluya al femenino". "Una cosa es representar -contestó ella- y otra es apropiarse".

El pretendiente supo respetar las ideas de independencia. Ella no quería ser ama de casa, depender del marido, ni criar hijos. "He visto el poder del dinero, su ausencia y su presencia. Desde que nos vinimos aquí, hemos perdido dignidad y mi padre nos hace sentir mal por cada cinco que nos da. Nosotras éramos pobres en Polonia pero independientes. Ahora, somos empleadas domésticas, sin poder para abrir la boca".

"No creas, respondió el hombre, que no sé lo que hablas. Mi mujer es la que tiene el dinero y la he odiado, por ello, toda la vida. También he sido pobre y sé lo que se siente. Pero vendí mi alma al diablo".

"No se juzgue con tanta dureza, le respondió, todos tenemos que hacer concesiones". Para aliviar la tristeza le recitó, de memoria, el pasaje de Deuteronomio 24: 1: "Cuando alguno tomare mujer, casándose con ella, y sucederá que si ella no le agradare, por él hallado en ella alguna cosa torpe, le podrá escribir carta de repudio y, poniendo ésta en su mano de ella, despedirla de su casa".

El galeno le contó sobre su periplo al Nuevo Mundo, su vida como agricultor y cómo hizo para sacar su carrera de medicina. Ella le habló de su experiencia como niña-madre en Polonia, el antisemitismo y la terrible orfandad que sentía. "Sé que le costará creerme, pero me arrepiento de haber sido antisemita. No sé qué basura tenía en la cabeza. La verdad es que ahora que lo pienso, es una especie de droga que nos dan. En Alemania, hemos sido los primeros en recibirla de los medios de comunicación de masas; después de nosotros, nadie podrá decir que no conocía su poder de persuasión".

Para romper el silencio que queda cuando se revelan ideas prohibidas, la muchacha sacó una cinta métrica de su cartera. El galeno no tenía la menor idea de lo que pensaba hacer. Lo puso sobre su cráneo y empezó a medirlo. "¿Qué haces?"- indagó Carlos. "Deseo cerciorarme de que los alemanes tienen un cráneo más grande que los judíos", dijo mientras ponía la cinta. Para no quedar atrás, el hombre le quitó el centímetro y se lo puso en la nariz, haciendo un signo numérico: "Ahora me toca a mí. Verificaré si los judíos tienen una nariz en forma de seis".

Los cuatro ojos se miraron. "¿Y qué haremos ahora para terminar con los estereotipos?"- preguntó ella entre risas. Tuvo que contenerse porque la boca carnosa del hombre se humedeció y el color rubio de su cabellera irradiaba luz. Pronto, los labios se le acercaron y los ojos azules se fueron cerrando. Mientras daba el primer beso de su vida, la banda tocaba, las compañeras se codeaban, los helados cayeron al suelo y el perro de Elena hizo, finalmente, fiesta con ellos. Como dice la canción, "cuando el amor llega así de esta manera, uno no se da ni cuenta".

A partir de ese momento, los dos enamorados iniciaron una relación que contó con obstáculos. El padre de Elena sería, al principio, el más feroz. Para un hombre tradicional, que esperaba alguna redención por los sufrimientos de miles de años, la idea de que su hija se casara con un hombre no judío, era un tormento.

"Si me he aguantado a la bruja de tu madre en vez de casarme con alguna mujer cariñosa, como Emilia, le dijo a su hija, ¿quién te da derecho a romper con la tradición?"

No obstante, David había sido ablandado, como un bistec, por los golpes. Quizá uno de los más decisivos en cambiarlo sería el trato que le dieron a su cuñado. Samuel siempre le cayó bien y lo encontraba inteligente, culto y chistoso. Solían comunicarse cuando se encontraban de viaje y su muerte significó una gran pérdida. Optaron por traerlo de Varsovia y enterrarlo en el cementerio de Dlugosiodlo. Sin embargo, el rabino y los principales del pueblo, no quisieron darle los ritos religiosos.

Cuando los paisanos le sacaron la Biblia para condenarlo por homosexual y suicida y no enterrarlo con los demás familiares, el hombre no toleró la humillación. En una nota al rabino de Dlugosiodlo, David cuestionó la decisión. Su hija conservaba la misiva.

Mi honorable Rabí Hillstein:

Quiero, en nombre de la familia de mi señora, protestar por la decisión suya de condenar a Samuel Brum, fallecido hace dos días, a ser enterrado contiguo a la tapia del cementerio, y no cerca de su familia. Aunque por lo general, la literatura rabínica es adversa al suicidio y considera que el suicida no tendrá parte en el mundo venidero y no se le rinden honores fúnebres completos (Sal. R. 150; Josefo: Guerras III,8-5), existen excepciones. El Midrash (Gen. R.34,13) perdona el suicidio de Saúl y también el de los sacerdotes que se arrojaron al fuego cuando fue incendiado el primer Templo. Sufrir el martirio antes de transgredir las leyes del judaísmo, se convirtió en uno de los altos principios religiosos. Si tomamos en cuenta que mi cuñado se mató por no poder vivir con la persona que quería, éste es un caso también de evitar sufrimientos injustos. Usted me ha respondido que "la homosexualidad" es otro crimen y que la pérdida de otro hombre no justifica la acción de Samuel. Sin embargo, hace interpretaciones antojadizas del verdadero sentido de las supuestas condenas bíblicas a la homosexualidad. Copio aquí los pasajes que usted usa para no darle propio entierro a nuestro familiar:

Levítico 18:22

"No te acuestes con un hombre como si te acostaras con una mujer. Eso es una abominación".

Levítico 20:13:

"Si alguien se acuesta con varón como se hace con mujer, ambos han cometido abominación (toebah): morirán sin remedio; su sangre caerá sobre ellos"

Estos dos pasajes del Levítico (18:22 y 20:13), que condenan el sexo entre hombres "están localizados en el Código de Santidad"- un sector que busca evitar los aspectos contaminantes de los pueblos vecinos. Se inicia precisamente con el capítulo 18 del Levítico, el cual dice: "No sigan las costumbres de Canaán, país al cual voy a llevarlos, ni vivan conforme a sus leyes". Practicar las costumbres de este pueblo será para los judíos una "Toebah"- que significa algo impuro, sucio, pero no algo moralmente incorrecto. Algo impuro consistía en violar las leyes rituales judías. Que algo sea impuro no significa que sea malo. De haber querido catalogarlo como algo moralmente incorrecto, la palabra hebrea correcta hubiera sido "Zimah" en vez de "Toebah".

La condena de las prácticas homosexuales por "impuras" tiene como intención condenar lo exógeno a esta cultura. En otras palabras, se trata de un pecado en contra de la identidad hebrea más que de un acto punible per se. El mismo versículo 24 (Levítico 18:24) que se encuentra seguidamente dice: "No os hagáis

impuros con ninguna de estas acciones, pues con ellas se han hecho impuras las naciones que yo voy a arrojar ante vosotros". El hecho de que los judíos consideraran que algunas prácticas gentiles (no judías) no eran buenas o puras no significa que fueran necesariamente pecaminosas o moralmente malas.

Sin embargo, las relaciones homosexuales entre judíos sí están en la misma Biblia. Yonatán se sintió atraído por David y llegó a compartir con él todo lo suyo:

Cuando David acabó de hablar con Saúl, el alma de Yonatán se unió estrechamente con el alma de David, y amóle Yonatán como a su propia vida. Desde aquel día quiso Saúl tenerlo siempre consigo, y no le permitió volverse a casa de su padre. Y contrajeron, entonces, David y Yonatán una grande amistad; pues amaba éste a David como a sí mismo. De aquí es que se quitó Yonatán la túnica que vestía, y dióselo a David con otras ropas suyas, hasta su espada y arco y aún el tahalí. (I Samuel 18: 1-4).

Cuando Yonatán se entera de que su padre tenía el objetivo de matar a David, los dos amigos sostienen una cita secreta y luego se despiden llorosos:

Y así que éste hubo marchado, salió David del sitio en que estaba, que miraba al mediodía, e hizo por tres veces una profunda reverencia a Yonatán, postrándose hasta el suelo, y besándose uno al otro lloraron juntos; pero David mucho más. (I Samuel 20:41-43)

Angustia tengo por ti, hermano mío Yonatán que me fuiste dulce. Más maravilloso me fue tu amor que el amor de las mujeres. (II Samuel 1:19:27).

Por todas estas razones, le solicito que el hermano de mi señora reciba el mismo trato que cualquier otro judío.

De usted con todo mi respeto,

David Sikora

Dlugosiodlo, 3 de enero de 1925

David perdió la batalla y el cuñado terminó enterrado frente a la pared del cementerio. Sin embargo, la ira por el trato recibido, inició una ruptura con la tradición. Más aún se acentuaría cuando el hombre llegó al Nuevo Mundo y obtuvo tantos clientes de la comunidad homosexual. Una vez relacionado con ellos, no podía sostener la misma posición de sus compinches. Además, el hombre no podía rechazar un buen argumento. Si aparecía el alma que debatiera sobre el Talmud, el comerciante dejaba hasta la tienda. Hasta la fecha, lógicamente, sus contrincantes habían sido judíos. Pero una mañana de poco movimiento en el mercado, entró un cliente rubio y alemán, que le vino a comprar mercadería. Lo reconoció inmediatamente porque era el que andaba detrás de su hija. El diálogo, al principio, sería tirante:

- Buenos días, señor, he venido a comprar ropa y pedirle un favor- saludó con nervios Carlos, mientras se secaba algo de sudor de la frente. David lo miró y no pudo negar que era un galán imponente, culto y elegante. Sin embargo, prohibido para su pueblo.
- Señor Döning, no me diga que vino a comprar ropa para sus negocios porque no se lo creería jamás- contestó el comerciante mientras hacía que sacudía los calzones que guindaban como pollos de carnicería. ¿En qué puedo servirle?- le preguntó con frialdad.
- Estoy enamorado de Elena y quiero pedirle que no me impida visitarla. Sé que es duro oírlo de alguien como yo, cristiano y casado, pero no puedo controlar lo que siento y estoy dispuesto a todo. Además, quiero pedirle un favor adicional- agregó el ahora más sudoroso pretendiente que se sentía listo para ser colgado como una gallina más.
- ¿Me puede decir qué otra cosa se le ofrece?- replicó el anonadado David ante la frescura del comprador. Pensó que no le bastaba con una hija sino que quizás quería llevarse a las dos.
- Quiero convertirme y que usted sea mi tutor- respondió el pretendiente.
- ¿Alguna otra cosa don Carlos? Quizás se le ofrece mi otra hija, mi mujer, la tienda o mis libros del Talmud- contestó con toda la ironía del mundo.
- Fuera de su hija mayor, me conformo que me preste el Talmud mientras consigo uno solo para mí- respondió con una amplia sonrisa.
- Mire don Carlos, aquí tengo la *Torá* y lea lo que dice el Deuteronomio 7:3: "Y no emparentarás con ellos; no darás tu hija a su hijo, ni tomarás a su hija para tu hijo" ¿No está claro para usted?- señaló el aprendiz de rabino que esperaba que el pretendiente se esfumara por donde vino.
- Ésa es una lectura don David. Sin embargo, su misma *Torá* dice que puedo hacer a Elena mía solo con cortarle las uñas y raparle su linda caballera. ¿Usted no querría algo semejante?- contestó el alemán con una sonrisa de pícaro.
- No sé de qué locuras me está hablando. ¿En dónde diablos se leyó usted el pasaje?- comentó David quien caía en su propia trampa.
- Está en el mismo libro del Deuteronomio 21:10-13, que usted acaba de citarme. Permítame y le leo con gusto: "Cuando salieres a la guerra contra tus enemigos, y el señor, tu Dios, los entregare en tu mano, y llevaos de ellos cautivos, y vieres entre los cautivos alguna mujer hermosa, y te enamores de ella de manera que quisieras tomarla por mujer tuya, entonces la introducirás en tu casa y ella raerá su cabeza y se cortará las uñas, y quitará de sobre sí el vestido de su cautiverio, y se quedará en tu casa, llorando a su padre y a su madre, por todo un mes; y después de esto podrás llegarte a ella y ser marido suyo, y ella será tu mujer". Sé que usted es un lector del rabino Risha y que lee las *tosafot* que hacen al Talmud. Risha era favorable al proselitismo y consideraba que era misión de los judíos convertir a los que quisieran. Él decía que la redención vendría precedida por los prosélitos adhiriéndose al pueblo judío. Los tosofistas fueron los primeros en decir que la ley exige la aceptación de los conversos. Pues aquí tiene uno- afirmó un más seguro de sí mismo interlocutor.
- Quítele el vestido y yo le corto a usted los *veitsim*, que son sus huevos- respondió el padre de Elena, ya sin armas para seguir la pelea. Si quiere estudiar la Biblia conmigo está bien, si quiere convertirse, está bien. Si quiere casarse con Elena, tendrá que hacer como Jacobo y esperar unos siete años. Solo así sabré si vale la pena y no creo que los aguante. ¿Pero por qué quiere convertirse?
- Trato hecho- contestó un eufórico pretendiente. Deseo la conversión porque estoy convencido como los jázaros, que la religión judía es la más ética y racional.

– Ahora hágame un favor usted a mí- respondió David. Vaya y le cuenta el acuerdo a la bruja de mi mujer para que nos quedemos los dos sin *veitsim*- terminó el tendero con una sonrisa.

A pesar de la valentía de los caballeros, ninguno tuvo el coraje de confrontar a Anita, a quien Stalin había desilusionado del comunismo y se tornaba más espiritual. Sin embargo, su animosidad contra la religión continuaba alimentada por don José, el gamonal que compraba en el negocio.

Mientras David y Carlos estudiaban el Talmud a escondidas, la mujer aprovechaba para atender al aristócrata costarricense. "Llegue los jueves en la tarde, don José, que no está mi marido y así podemos atenderlo más tranquilas"- le decía. No obstante, no había hecho nada inapropiado y solo había lanzado una mirada o una sonrisa coqueta. Después de todo, era una señora recatada.

Sin embargo, un evento la empujaría al pecado. Éste empezó el día en que un hombre raro, como Samuel, dejaba un sobre para su esposo. Aprovechando que David estaba en los orinales, no pudo contenerse y abrirlo. Cuando miró la colección de hombres en pelotas, pegó un grito al cielo: "¡David se me hizo *feigele!*"- lo cual, por suerte, nadie le entendió.

Anita había interpretado que su marido compartía la cama con un tal Susanita y se intercambiaban pornografía de varones. "¡Ese viejo me las va a pagar!"- prometió la mujer.

XI

“Así como lo oye Elena, con el mero rabino y en ese pueblo que no salía de la Edad Media. No crea usted que fue fácil aceptar a Samuel”- le confesó a su hija. La madre, asustada y obsesionada porque, una vez más, su familia se vería envuelta en un escándalo sexual: “Mi hermano abrazó la ciudad, los pleitos callejeros, los caracteres de la moderna Varsovia y se destruyó con ello”- le confesó a Elena, que no podía entender a qué se refería.

Desde que había recibido las fotos de Susanita, la comerciante parecía divagar en recuerdos. “Se empieza con un cambio pequeño y se termina en un remolino”- agregaba con una lacónica mirada. “No debí hacerle caso a las locuras de Samuel”- repetía la madre de Elena. “Si no me hubiera dejado convencer por las ideas socialistas que me llevaron a planificar, no hubiese sido tan tolerante con él”- añadía la mujer que parecía haber perdido la razón. “¿Pero madre de qué está hablando? -intercalaba la angustiada hija que no sabía por qué la conversación que había empezado con las sospechas de que David andaba en malos pasos, terminaba en asuntos de la reproducción.

“Elena, tienes que entender que estas ideologías modernas, sean socialismo, nacionalismo o feminismo, son todas iguales: tienen soluciones universales que se imponen a la fuerza. Promueven conductas que muchas veces van en contra de nosotras mismas”- le indicó sin explicarle a qué se refería con tanta frase extraña. Según Anita, la influencia del socialismo la había llevado a romper con ciertas tradiciones, como lo era tener “todos los hijos que el de arriba disponga”.

Cuando tomó la decisión de planificar, la mujer no se dio cuenta que cambiaba algo más: las milenarias reglas del género. “Vi que era posible cuestionar el papel de la mujer y del hombre sin que el mundo llegara a su fin”- agregaba con cierta satisfacción. “Esta pequeña revolución interna me llevó a apoyar a mi hermano, lo que a la larga, quizás fue un error. “No debí consentir la relación de Samuel con Lázaro”- dijo con pesar. “De haber cuestionado más las babosadas revolucionarias, quizás él estaría con vida”.

Como Elena no entendía una palabra de lo que hablaba su madre, le pidió que le contara el largo cuento de cómo la modernidad le robó a su hermano.

“Todo empezó -indicó la madre- con la segunda revolución industrial que se inició en Inglaterra para luego abarcar a Polonia, aunque a un ritmo más lento”. “El nuevo proceso de automatización incluyó esta vez, no los textiles, sino la industria de la química y del acero. El crecimiento industrial produjo que las urbes europeas cambiaran su fisonomía. Los grandes pueblos se tornaron, de la noche a la mañana, en centros de millones de habitantes, que parecían crecer sin parar”.

“Para los cristianos, de acuerdo con ella, la nueva economía y la vida “moderna” les prometía una serie de comodidades que incluía desde la electricidad, el automóvil, los buques trasatlánticos, el teléfono, el cine, el baño y otras maravillas”. “Para los judíos, la modernidad - agregó- nos ofrecía la oportunidad de participar en sociedades más ilustradas, tolerantes y competitivas en que las oportunidades se presentaban, en teoría, para todos”.

“No obstante, los cristianos, acostumbrados a ser dueños de su destino, miraron los cambios como experimentos, prestos a ser abandonados en caso de no mantener sus promesas”. “Cuando la economía se deterioraba, soñaban con volver al Medievo”. Según Anita, “los antisemitas dijeron que la modernidad era una invención judía ya que liberaba a los hebreos, iconoclastas naturales”. Algunos fanáticos culparon toda nueva disciplina, como la psiquiatría, de “ciencia hebrea”. “El inconsciente, según un crítico austriaco, era el gueto de la personalidad, el lugar en donde vivían los seres y los pensamientos primitivos”. “El marxismo, por su parte, era la “economía talmúdica” impuesta a los cristianos”. “¿Te imaginas Elena un peor disparate?”

“Pero los judíos –continuó la madre- a diferencia de los cristianos, no podíamos añorar a la Polonia tradicional, con sus progromos y su fanatismo. Apostamos a la modernización, como a un Moisés que nos liberaría de la esclavitud”.

De acuerdo con ella, la modernidad llegó, por varios caminos, al poblado de Dlugosiodlo. El *shteitel*, según Anita, se benefició, en los años de posguerra, del auge posterior a la independencia polaca. “Al principio, progresamos del comercio con la ciudad capital y como intermediarios de la producción de textiles de la ciudad de Bialistok”. “El flujo de textiles creó un pequeño *boom* económico que duraría hasta mediados de los años veintes”.

“Como la industria de Bialistok estaba en manos judías- indicaba ella con orgullo- algunos grandes comerciantes buscaron representantes exclusivos en las zonas rurales”. “Obtuve así contratos que me hacían viajar a las dos grandes ciudades y mirar por mis propios ojos los cambios que se estaban dando”.

“El *shteitel* era un *shteitel*” y “había que visitar Varsovia o Bialistok para darse cuenta que el mundo no era el mismo”. “No era el comercio la única razón de mis viajes”- añadió la comerciante. “Aprovechaba también para visitar a mi hermano Samuel quien había tomado la decisión, a principios de siglo, de buscar trabajo de obrero industrial en una fábrica de cajas de cartón en la capital”. “La ida para la ciudad –le dijo Anita a su hija- inició su lucha por conseguir que se le tratara con dignidad, lo que también se convertiría en mi anhelo”.

“Samuel se interesó en leer todo sobre la historia de su ciudad adoptiva. Me explicaba con orgullo que con la cuarta parte de su población judía, Varsovia era la nueva Jerusalén en el Viejo Mundo. Que él pudiera vivir en ella no había sido un logro fácil. Él mismo reconocía que en Warszawa, originalmente la capital de la región de Masovia, la población cristiana estuvo siempre reticente a permitir nuestro asentamiento y que la lucha apenas comenzaba”.

“Mi hermano había acumulado evidencia de resistencia. Según sus documentos que aún tengo conmigo, indicó la madre mientras le enseñaba unos papeles amarillentos, la primera excepción data de 1414 en que se menciona que 10 familias hebreas pagaban impuestos en la ciudad. Luego, en 1483 se les expulsó y en 1527, la urbe obtuvo el privilegio de *non tolerandis Judaeis*. La única salvedad para visitarla –me decía Samuel- era por medio de “tiquetes”- permisos de estadía por 14 días. “Los demás, quedarían como invitados temporales, sujetos a expulsión”.

“Con el advenimiento de Polonia Congresional y el desarrollo industrial, las restricciones perdieron fuerza y la comunidad judía creció hasta convertir a Varsovia en el centro de mayor importancia en Europa”- le indicaba Anita a Elena, con base en la información que había recabado Samuel.

“Mi hermano me explicó que con el fin de buscar una solución al antisemitismo y convertirse en ciudadanos con plenos derechos, los judíos varsovianos dependieron, primero, de la *haskalá* que venía de Alemania. “Buscaron aprender el polaco, la cultura occidental y el refinamiento de sus modales”- que no era otra cosa, según ella, que “vender el alma al diablo”. “Tomaron un papel activo en la vida cultural y llenaron los teatros y salones de música para mostrarse más polacos que los cristianos”- afirmó la madre de Elena. “Los paisanos abrazaron la cultura polaca como si se tratara de una nueva religión”. “En cada concierto de Chopin, los judíos fingían orgasmos con el fin de demostrar cuán nacionalistas eran”.

“De la misma manera que en Alemania” –continuó la progenitora- “la integración se definió como ‘desaparición’”. “Pero la conversión no era la única forma de luchar contra el prejuicio. Los inmigrantes como Samuel que no querían convertirse y perder su tradición, empezaron a soñar con proyectos modernos de liberación. “Mi hermano sostuvo que en vez de que los judíos cambiaran para ser aceptados por la sociedad polaca, ésta debía ser transformada”.

“Una corriente moderna que prometía el paraíso y que cautivó a Samuel era el socialismo. “Desde finales del siglo XIX, los grupos de obreros se fueron consolidando, bajo la dirección de Leo Goldman, y otros, en el *Bund*, partido socialista originario de Vilna”. Éste, según le había dicho Samuel, “ofrecía una solución más realista que llevar a Palestina tres millones de personas a sembrar papas”. De ahí que Samuel participara en la fundación oficial del partido en Polonia.”.

“Los socialistas se oponían al uso del hebreo, promovían la cultura ídish y la emancipación de los judíos por medio de cambios en el sistema capitalista polaco”. “Samuel, por años, combinó su trabajo en la fábrica con reuniones políticas, charlas socialistas y difusión de los programas”. “Su posición irreverente llegó a tal punto, que hasta organizaba comidas de cerdo entre los camaradas paisanos”.

“Cuando conoció en el partido a Fruncha -continuó ella- su futura esposa, ambos habían roto ya con muchas de las tradiciones. La primera fue mantener un cortejo sin la aprobación de las familias, que no aceptaban parientes socialistas. Una vez casados, decidieron tener un solo hijo”. “La judía moderna -decía Fruncha- no podía continuar con las grandes proles que la ataban al hogar y a la pobreza”. En sus visitas a Dlugosiodlo, ella haría campaña para que yo siguiera sus pasos. “No debes quedar encinta cada año como tu madre”- me advertía. “Yo no necesitaba la planificación- decía Anita con malicia- porque mi primer marido no daba señales de vida y no estaba convencida de que debía romper con la tradición”.

“Yo creía que como decía la religión”- agregaba con claridad la madre de Elena,” el control de la natalidad era una de las prácticas depravadas que trajeron el diluvio”. “¿Cómo puedes evitar los hijos -le decía a mi cuñada – si la única referencia en la Biblia a la planificación es negativa? ¿No te das cuenta que cuando Onán, para no preñar a su cuñada Tamara, que había quedado viuda y sin hijos, como requería la ley del *Levirato*, desperdició su semilla y la tiró al suelo, tanto molestó a Dios que lo castigó con la muerte?”.

“En aquellos tiempos estaba convencida de que la *Torá* era tajante: “Fructificad y Multiplicad” y que el Talmud interpretaba el control de la natalidad como un pecado cardinal”. “A mí me parece un *skandal*- le decía a Fruncha- que mientras usted planifique, yo no quede preñada. Quizás Dios me castiga por sus acciones y nos ha dejado estériles a las dos”.

“Pero Fruncha era buena para hacer que el Talmud dijera lo que ella quería”- prosiguió Anita echando un lánguido suspiro. “Con estas tretas me había enseñado el arte de la interpretación literaria”. “La cosa no es como usted cree”- me decía: “Fíjese que en el mismo Talmud se aprueba que la mujer recurra a tampones en caso de ser menor de edad o estar embarazada porque se creía que el coito pondría su vida en peligro”.

“No di el brazo a torcer porque mi primer marido era en sí un anticonceptivo”- le confesó a Elena. “Pero con tu padre las cosas serían distintas” –agregó- y “el viejo era más fértil que los conejos”. “Al tenerte a ti y a tu hermano y ponerse la situación económica tan mala, no vi otro remedio que hacerle caso a Fruncha”.

“Apenas teníamos para comer con cuatro bocas y una más nos llevaría a la ruina total”- explicó Anita. “En una reunión de la sección femenina del Bund, me dijeron que la mejor manera de evitar los hijos era usar un condón”. “Casi caí para atrás porque el Talmud era aún más drástico en contra de la planificación masculina”. “Tuve que ingeniármelas para convencer a tu padre”- confesó la mujer.

Elena, por su parte, quería saber más detalles. “¿Pero cómo lo hizo?”, indagó. “Pues le conté a tu padre que había oído que el semen era bueno para agilizar la mente y solucionar muchos problemas en el Talmud”. “Si se lo tomaba en el desayuno con un buen té de menta, le dije, se convertiría en un gran sabio”.

Las dos mujeres no pudieron contener la risa. Sin embargo, Anita perdió su sonrisa y admitió que “ese truco me hizo aceptar las primeras ideas modernas y luego pagaría caro por ellas”.

“La decisión de planificar me llevó a comprender mejor la lucha de mi hermano. Me fui interesando en los escritos socialistas que me hacían ver que los judíos pobres eran víctimas de un sistema capitalista despiadado. Poco a poco, asistía a las charlas marxistas y entraba en contacto con las utopías que prometían terminar con las odiosas diferencias sociales”.

“Me di cuenta que el capitalismo no sólo deterioraba la situación de los obreros, sino que promovía el crimen y la prostitución. Me hice marxista, a pesar de que el fundador de la ideología era un judío avergonzado y para colmo de males, un furibundo antisemita”.

“El anonimato y la gran “sobrepoblación” de la ciudad capital –agregó la madre- había repercutido en la conducta de sus habitantes”. “Varsovia exhibía, como nunca antes, redes de prostitución y crimen. Con el éxodo de cientos de miles de judíos hacia los Estados Unidos, se habían establecido bandas criminales para despojarlos de sus pertenencias. Muchos paisanos eran convocados en casas viejas en donde supuestamente se vendían visas, para terminar con una pistola en su cabeza y obligados a entregar todo el dinero y sus objetos personales”.

“Pero si Varsovia me había enseñado lo bueno y lo malo de la modernidad, un evento me confrontó con algo que no esperé jamás”- le contó a Elena.

“Samuel me había dicho que no solo había aumentado la prostitución y la criminalidad, sino que también la sodomía. La existencia de miles de hombres jóvenes en Varsovia, empleados en grandes fábricas, lejos de sus hogares y solteros, promovía una mayor libertad sexual. Lo que antes era impensable en una Europa rural, ahora, en una urbanizada, se hacía posible: la emergencia de una pequeña cultura homosexual. Muchos jóvenes hebreos buscaban consuelo entre sí en las tabernas y en los lugares públicos de Varsovia”.

“Algunos eran asiduos a los servicios de la estación central de trenes, en que podían tener, en el anonimato de la oscuridad, una simple descarga física. Otros, en pequeños bares de mala muerte a los que concurrían marineros, soldados y algunos diplomáticos extranjeros, perseguían algo más: relaciones pasionales. En uno de ellos, *Kozla Club*, situado cerca del mismo barrio judío, en la calle *Zamenhof*, existía un sector del bar para los hombres que buscaban hombres”. “Como comprenderás” – me dijo mi hermano- “tuve que hacer propaganda socialista en ese bar”.

“Yo intuía algo extraño en la historia”- le advirtió a Elena, dispuesta a continuar porque sabía que su hija no se escandalizaba con nada. “Sentía que me estaba tratando de decir algo y esperaba que le preguntara. No podía olvidar que cuando jugábamos de pequeños, él mostraba gestos particulares, que ahora habían desaparecido”.

“Samuelito era “fino” y esto se refería a niños que no gustaban las actividades típicas masculinas. No practicaba deportes agresivos y le encantaba, por el contrario, hacer concursos de muñecas. León, por ejemplo, solía burlarse y reírse de su manera de hablar”.

“Esto no me gustaba para nada”- le dije. “¿Por qué no busca un payaso en el circo?”. “Otras veces me encontraría a mi hermano bañado en sangre, llorando de vergüenza”- agregaba Anita con una profunda melancolía. “Creía que tenía un problema pero era mi familia y *mishpuje* es *mishpuje*, en otras palabras, para bien o para mal, en las *mishpuje-zachen*, nadie debía entrometerse”- le recordaba a su hija.

“Las cosas parecieron cambiar cuando se fue para Varsovia, optó por el socialismo y se casó con Fruncha”. “Sin embargo, cuando me contó sus visitas “políticas” a ese bar “no me atreví a indagar más –le confesó a Elena- y me hice la que no entendía nada”.

“No obstante, Samuel me dijo que la revolución socialista consistía en cambiar las reglas del juego en cuanto a las relaciones personales y que él quería empezar “por casa”. “No duré mucho más en darme por enterada”. “En una de sus visitas me lo encontré besándose con el rabino de Dlugosiodlo”.

“Así como lo oye Elena, con el mero rabino y en ese pueblo que no salía de la Edad Media”.

“Corrí desesperada de la plaza a mi hogar, me encerré en el dormitorio y me puse a llorar”- continuó la mujer. Él me siguió, entró en mi habitación y me dijo que era del tipo de hombre que amaba otros hombres, que tenía una relación en Varsovia y que nada lo haría cambiar”.

“No sabes lo mucho que he luchado –me dijo Samuel en sollozos- en contra de este deseo, que no tenía nombre para mí. Pero una noche en Kozla Club, cuando discutía con un religioso sobre el socialismo, él me clavó los ojos de una manera en que nadie me había visto jamás y me invitó a quedarme en la casa de huéspedes en que vivía. Esto no era nada extraño ya que era común que los hombres durmiéramos juntos en la misma cama. Cuando entraba la noche en Varsovia, era muy difícil regresar a los suburbios y varias veces me había quedado en casa de amistades. Sin embargo, esa noche, cuando nos desvestíamos, el muchacho *jasidim* se aprovechó de mi situación y me besó en la boca. Nunca había sentido algo tan hermoso y desde entonces, nos vemos constantemente”.

“Se llamaba Lázaro, un fanático religioso que no quería saber nada del socialismo y deseaba llevarse a mi hermano a Chicago”- explicó Anita. “Samuel se había enamorado como un chiquillo y me decía que el amor que sentía era el placer más exquisito sobre la tierra”. “No te dejes acobardar –me pidió- por los prejuicios. Si has podido romper con el capitalismo, también puedes aceptar mi sexualidad”.

“Sentí al principio que oía al mismo demonio Samael”. “Es que no es natural lo que haces”- le grité. “Tampoco lo es que usted use condones”- me respondió.

“Pero Elena, *mishpuje* es *mishpuje* y terminé por aceptar la doble vida”. “No sólo la relación estaba *Tsemisht* (equivocada) en términos de género sino que también de filosofía”- le dije a mi hermano. “He llegado a tolerar tu relación con ese barbudo, pero lo que no acepto es que te me hagas ahora *kosher* y ortodoxo, como el demonio de mi marido”- le recriminé.

“No obstante, Samuel y David habían hecho la paz y se caían bien..Si me quejaba de la relación, tu mismo padre la defendía y me aconsejaba que no me inmiscuyera en su vida personal.. Los socialistas son todos *Traifener bein*” -expresaba él. “Para tu padre, quien comía cerdo, también era proclive a probar otras carnes prohibidas”.

“Nos hicimos de la vista gorda de las indiscreciones de Samuel”- admitió la madre arrepentida. “Pero Fruncha no debía enterarse porque mi cuñada era solo liberal en el papel y si averiguaba la verdad, terminaría haciendo una locura”.

“Los *Bundistas* eran de avanzada en cuestiones políticas pero, como tú sabes, conservadores con respecto a la sexualidad” -indicó Anita. “La liberación sexual la miraban como un truco capitalista para desviar la atención de las masas. Si habían accedido a que las familias pudieran planificar era con el fin de que tuvieran tiempo para hacer la revolución. “En otras palabras –Elena- eran un montón de farsantes”.

“A pesar de los esfuerzos por mantener el secreto, Fruncha descubrió una carta de amor. Se enteró no solo que Lázaro era su rival sino que pensaba llevárselo a los Estados Unidos. La mujer sintió que se avecinaba el diluvio y que ella era la reencarnación de Lot”.

“Cuando trató de ‘salvar’ a Samuel, él reconoció que estaba hasta las narices en la relación con el *jasid*. Aunque su esposa le suplicó que entrara en razón, no quiso hacerle caso. Le pidió más bien que entendiera y que lo dejara irse con su amado”.

“Primero muerta” fue la respuesta-amenaza de Fruncha. La mujer estaba convencida de que si Dios no mandaba rayos y fuego contra Sodoma y Gomorra, ella lo haría”. “Un alma engañada – susurró Anita al oído de Elena- es una morrocotuda enemiga”.

“La socialista tenía una última carta: las leyes de inmigración norteamericanas que, como amenazas pendientes sobre las ciudades cananitas, prohibían la entrada a los ‘pervertidos sexuales’”. “Esperó la malvada –dijo Anita con dolor- que Lázaro partiera primero para América, como había sido convenido. Una vez fuera de su camino, llevó la carta de amor a la Embajada de los Estados Unidos”.

“Mi esposo es un degenerado sexual –le dijo al sorprendido secretario de inmigración mientras le entregaba la nota- y no deben darle la visa”.

“Fruncha, con tácticas terroristas, defendió lo que creía suyo. Como siguiendo las indicaciones de un Dios vengador – intercaló Anita- ella pensó que había obrado bien y que no debía mirar atrás”.

“Pero calculó mal las cosas”. “Mi hermano, cuando supo lo que había hecho Fruncha, se metió en su cuarto y no quiso volver a salir. Lloró desconsoladamente por días y pedía solo pan y agua. A pesar de los ruegos de su mujer, no le volvió a hablar”.

“Una noche de invierno, tan fría como el corazón del Faraón, tu tío se pegó un tiro. Jamás creí que se matara por amor”- le susurró a Elena. “Fruncha, una vez enterada de lo que había propiciado, enloqueció y no pudo volver a trabajar”. “La pobre terminó alquilando cuartos y culpándose por la tragedia”.

“De pobre nada –respondió Elena- ella no tuvo razón ni excusa para hacer tan vil traición”.

“Ahora te das cuenta el por qué estoy desesperada por las cosas de tu padre”- le confesó a su hija. “Si David anda en los mismos pasos con esa tal Susanita, va a terminar con una bala en la cabeza”.

Elena no pudo contener la risa: “Madre, mi papá es solamente amigo de los homosexuales y lo único que hace es ofrecer el apoyo que no tuvo oportunidad de darle a mi tío. El hombre está lejos de gustar de otros hombres. Recuerde lo que me acaba de contar de como maltrataron a Samuel por haberse suicidado; eso enardeció a mi papá. Él quiso que - ni vivo ni muerto- lo discriminaran. Además, el problema no es la homosexualidad sino el prejuicio. Los homosexuales son tratados como los judíos: aceptados pero convertidos”.

Sin embargo, una duda le quedaba sobre la historia: “Madre, si usted usaba condones, ¿cómo es que quedó embarazada?”

Anita se sorprendió de tan indiscreta pregunta y contestó con otra: “¿Quién te dijo que confiaras en la modernidad?”

XII

Ricardo Jiménez, tres veces presidente de la República, llegaba a más de ochenta años y estaba cansado de la política. Había resuelto no postularse en 1935 y apoyar a otro candidato de su partido liberal, el joven León Cortés, quien había sido su Secretario (ministro) de Fomento. Una de las cosas que tenía irritado a don Ricardo era la acusación de algunos allegados del presidente electo de que su administración había abierto las puertas a "una invasión judía". Don Ricardo, decidió, para defender su gobierno, pedirle a don José Sánchez, su asesor, que le ayudara a recolectar la información migratoria sobre los judíos.

"Usted sabe, don José, que soy un ferviente defensor de la libre inmigración. Este país está despoblado y necesitamos mano de obra e inversiones extranjeras. Además, creo firmemente en las oportunidades. Si no fuera así, no mantendría una relación escandalosa con una gran mujer, que la aristocracia hace a un lado. Pues con los judíos quieren hacer lo mismo y no lo voy a permitir. Este pueblo ha sufrido bastante y más bien tiene mucho que enseñarnos sobre el significado de la tolerancia".

"Sin embargo, como cada gobierno quiere en nuestro país"- le expresó, "dejar al anterior como un desastre, preparémonos para lo que viene".

Su asesor personal prometió no fallarle. Desde unos meses para atrás venía recopilando información sobre los judíos "por interés personal"- según le contó al Presidente. Don Ricardo le preguntó si es que tenía algo que ver con las andanzas de su hija y los comerciantes. "Para nada, don Ricardo, para nada. Mi hija está más loca que una cabra y no tengo nada que ver con ella". Como buenos liberales, ambos hombres confiaban en el poder de la razón y desconfiaban de los sentimientos apasionados. "Yadira terminará entrando en entendimiento"- le manifestó a don Ricardo antes de despedirse.

A don José no le molestaba el encargo presidencial. Había hecho amistad con Anita desde el año anterior, quien le serviría de contacto con la comunidad judía. Aprovechando la enfermedad de su marido, el oligarca disfrutaba sus conversaciones anticlericales. Esta vez vino a comprar unas camisas para los empleados de la hacienda y a preguntarle sobre el número de judíos en el país.

Anita estaba preocupada por la campaña anti judía en los periódicos y le solicitó su opinión. Don José le dijo no estar de acuerdo con las acusaciones, ni con el clamor de cerrar las puertas a nuevos inmigrantes. Le contó que al presidente le molestaba que se le inculpara de haber dejado que el país "se inundara de polacos". Sin embargo, admitió estar necesitado de toda la información sobre ellos, que el gobierno tenía incompleta.

Como un favor personal, don José le pidió que consultara con sus amigas acerca de las migraciones judías recientes para tener las mismas cifras y razones y "no meter las patas con los números". Por su parte, él le prometió hacer todo lo posible para que el gobierno no cambiara su política favorable a los "polacos". "No a los polacos, don José-contestó Anita con una sonrisa- nosotros somos judíos y aquí nos llaman polacos porque la mayoría de mis paisanos vino de Polonia, pero los que estamos en peligro somos nosotros". La mujer le

agradeció sus buenas intenciones y le prometió consultar con sus paisanas y con su esposo, quien a su vez se reuniría con representantes de la comunidad judía de Costa Rica para contestar las acusaciones de Otilio Ulate, dueño del periódico **El Diario de Costa Rica**, y otros antisemitas. “Sé que es importante para nosotros apoyar al Presidente Jiménez”- concluyó Anita. “Sí –respondió don José- es importante que ustedes y nosotros no nos contradigamos”, dándole un tono irónico a la frase y dejando la duda si las contradicciones eran los números, los pueblos o las suyas con Anita. Después de todo, le fascinaba la idea de hacer pactos secretos con la mujer, a espaldas de su marido pero con su apoyo implícito.

Don José estaba excitado por los eventos. El ataque contra Anita y sus paisanos era para él una afrenta, algo nada propio de los costarricenses. El gamonal le explicó con emoción que lo que pasaba no era parte de la tradición. Según él, “desde la independencia los gobernantes costarricenses habían intentado fomentar el establecimiento de colonias agrícolas extranjeras y habían solicitado como garantía que solo se dedicaran a ellas. Una fue la de Miravalles que atrajo a un grupo de alemanes. Sin embargo, los germanos, italianos o franceses que habían llegado a desarrollar las zonas alejadas, terminaron abandonándolas para dirigirse a las ciudades. Así lo hicieron porque la vida en el campo costarricense era extremadamente dura. Muchos inmigrantes europeos terminaron, entonces, como dueños de tiendas, restaurantes, hoteles, cines, bares, farmacias, bancos e instituciones similares. "Nadie dijo nada en ese entonces ni amenazó con quitarles el permiso de residencia”- dijo en voz alta don José a una Anita que le emocionaba ver a su amigo tan indignado.

Según él, además, algunos creían en una posible migración de "marranos" o judíos conversos a Costa Rica. Se decía que una de las razones del por qué la Iglesia Católica tuvo que forzar, en el siglo XVIII, a los pobladores de Heredia y de Alajuela a construir un templo, cosa que no habían hecho, es que muchos eran judíos. Otra, que muchos inmigrantes cultos españoles optaron por venirse a una colonia tan pobre y alejada por su origen "marrano". Según ellos, para escapar de la Inquisición, cuya sede estaba en México.

Algunos han sugerido- le dijo mirando a la mujer en sus ojos- que el carácter tan distinto del costarricense, que ha sido pacífico y renuente a los ejércitos y a la militarización es en parte debido a su ascendencia judía. "Es probable”- Anita, "que todos tengamos su sangre, inclusive don Otilio". La mujer le recomendó que no usara este argumento: "Pondrá usted a la gente más a la defensiva. Los peores antisemitas son los convertidos”- afirmó ella. Don José prometió hacerle caso.

Aunque lo anterior no se había comprobado, don José sabía que los primeros inmigrantes judíos al país habían sido los sefarditas, algunos de ellos "haciendo alboroto" ahora en contra de sus paisanos. Una de las familias era la de los Pazo. Alfredo Pazo Robles, fundador de varias empresas, llegó a presentarse como candidato a la presidencia de la Junta de Turismo y de la Cámara de Comercio (en esta última llegó a ser electo varias veces) Otra de las familias fue la de los Más Duro. Moisés Más Duro provenía de Saint Tomas aunque era ciudadano de Dinamarca y se naturalizó en 1882. En su solicitud al gobierno aducía que había ocupado "varios puestos públicos" desde nueve años antes. Los inmigrantes judíos como Facer y Yanquemeví, fundador del Almacén Cien Flores, también vinieron antes de 1927. El primero procedía de Estados Unidos y el último había emigrado

de Austria a Argentina en 1900 y se trasladaría a Costa Rica en el año 1922. "Estas familias son ahora poderosas, Anita, y no dejarán que echen a los judíos pobres"- la reconfortaba don José.

La comerciante no estaba tan segura. Según ella, la facilidad de la integración de las familias sefarditas se debió a sus matrimonios e inversiones con miembros de la sociedad costarricense y, con excepción de los Yanquemeví, su conversión al cristianismo. "Muchos de ellos no quieren tener nada que ver con los actuales judíos"- le rebatió. Un ejemplo es que la elite costarricense considera a los primeros como "ticos" y a los segundos como extranjeros. Damas como Sophie Fishel de Pazo y Techa Pazo de Cardoza eran mencionadas en los periódicos de la época como "entre las mujeres más bellas del país". Ninguna de las inmigrantes judías posteriores, decía ella, recibirían esta cortesía. "Vea a Elena que detiene, cuando camina, el tráfico de San José pero solo saldría en la sección de Sucesos en el Diario de Costa Rica". "Otilio Ulate" -aseguró la mujer- "diría que es una bandolera de caminos, el criminal más común de nuestra época".

Don José quiso saber las razones del por qué se había venido a una tierra tan desconocida. La mujer le prometió que reuniría a las amigas en su casa y le preguntaría a cada una por qué había terminado en tan lejana tierra. Los dos cómplices se pusieron de acuerdo para volverse a reunir en dos semanas y compartir la información.

El tiempo pasó muy lentamente para don José, quien empezó a contar los días para reunirse con Anita. Cuando la miró caminar hacia él desde la tienda de enfrente, en medio del mercado, sintió un cosquilleo en la garganta. Una vez que se saludaron efusivamente, ella lo invitó para que se sentara en la otra tienda. "Le tengo lo que usted quería", le dijo la comerciante.

"Me reuní con Golcha, Lupita, Ana y Pepita aquí mismo", susurró la mujer y mostrándole el espacio en donde solía tomar el café. De acuerdo con cada una de ellas, y las historias que pudieron recolectar de otros paisanos, la migración suya y de sus correligionarios, estuvo íntimamente relacionada con la imposibilidad de ingresar en los Estados Unidos. En 1921 -le había informado doña Sarita, una amiga- se había suscitado en ese país la primera victoria de los opositores a la libre inmigración. "La nueva legislación, que restringió la entrada de europeos orientales, terminaría con nuestras esperanzas, las de mi hermano que se suicidaría y las de cientos de miles de judíos polacos. Simplemente no tuvimos posibilidades de conseguir visa, así de simple", añadió la comerciante.

La alternativa para los judíos de Europa Oriental sería, entonces, dirigirse a otros países. Entre los que tenían una política favorable estaban Argentina, Canadá, Brasil y Palestina. El cierre de las puertas argentinas en ese año, redujo considerablemente las oportunidades de los inmigrantes judeo polacos, "quienes vimos mermadas las posibilidades a países como Colombia y Costa Rica".

Don José le explicó a Elena que era mentira lo que decía el panfleto que le habían entregado durante su primera visita a la Avenida Central, precisamente en la tienda de su hija, respecto a "que los judíos se comprometieron a dedicarse a la agricultura": "Las leyes de inmigración de Costa Rica eran, afirmó él, bastante benévolas. Hasta el 5 de marzo de

1931, la entrada fue casi libre. En ese año se exigió la suma de 25 dólares con el fin de demostrar solvencia económica. En 1933 se aumentaría la suma pero se dejaba la decisión de pedirla o no al Ejecutivo".

"Los primeros judíos"- continuó don José, "que ingresaron en los años 1925-1930 no tuvieron que presentar ningún dinero porque el Presidente no lo consideró necesario". La mayoría, unos 20 aproximadamente, ingresó antes de 1931 y lo único que necesitó "era tener deseos de mejorar la vida". Él lo podía afirmar "porque estuvo a la par del mandatario en todas estas ocasiones".

Anita continuó con su historia y dijo a don José que había reunido, dos días después, en su casa a las esposas de casi todos los comerciantes para preguntarles sobre cómo fue que llegaron al país. "Tuve que atraerlas con comida porque solo para hablar no hubieran venido"- dijo la comerciante. La mujer se las había ingeniado para que se corriera la voz que haría pasteles ese día. Aparentemente, sus artes culinarias tenían fama en la pequeña San José. "Mis queques de chocolate no me fallan", dijo la comerciante con orgullo.

"En la sala de mi casa las reuní a todas y me dijeron con sus propias palabras que se vinieron sin saber dónde iban"-agregó. "Éramos muy ilusos-dijo la mujer- ya que no sabíamos nada de mapas ni qué haríamos para ganarnos el pan de cada día. La mayoría creía que Costa Rica tenía frontera con Estados Unidos". Don José tuvo que controlarse para no soltar la risa. "¡No me diga! ¡No me diga!"- le respondió a la comerciante para que no notara la gracia que le hacía la ignorancia geográfica.

La comerciante que sospechaba la sorpresa de don José por el desconocimiento de fronteras, continuó sin inmutarse: "En mi propia sala la esposa de Salomón Lichter, me contó que se vino a Costa Rica de Tluste, Polonia, porque le dijeron en el puerto de embarque que Costa Rica tenía frontera con los Estados Unidos y que no había requisitos de entrada". "Doña Guita, la señora Lichter, continuó Anita, estará media loca pero nunca falla en cuestiones de viajes". Según la esposa de Jacobo Malemer, de Sieldce, Polonia, él tenía pensado migrar a Colombia en 1930. Sin embargo, las crecientes restricciones migratorias lo hicieron cambiar de rumbo: "Oímos de Costa Rica -le había confesado su mujer a Anita- y como no pudimos ingresar en Colombia, nos vinimos aquí".

Don José optó por terminar por el día con la discusión. El gamonal tenía cosas que hacer en la Casa Presidencial y redactar su primer reporte para el Presidente. Sin embargo, don José no podía dejar de dejar claro que debían continuar con sus reuniones porque "el asunto es muy grave y debemos dedicarle toda la atención que merece". La mujer le prometió que conseguiría de su marido y sus amigas toda la información necesaria.

La investigadora en migraciones no iba a abandonar sus pesquisas por miedo al enemigo. Menos cuando el amigo se le hacía cada vez más atractivo. Un mes después, tuvo otra reunión con don José. Los dos tenían noticias frescas y también unos grandes deseos de volverse a reunir. Don José llevaba en sus manos los informes del periódico *La Tribuna*, que probaban que no había habido una migración masiva de judíos como clamaba *El Diario de Costa Rica*. El hombre estaba feliz porque con este artículo su labor de proteger a Anita y a sus correligionarios se hacía más fácil.

“Mire Anita le leo lo que dice este periódico, que es amigo del gobierno y de los judíos”- le dijo. El artículo establecía dos pequeñas olas migratorias judías hacia Costa Rica. La primera, se extendió de 1917 a 1929 en la que entraron 30 judíos polacos del total de los 556 que lo hicieron desde 1917 a la fecha. Una segunda ola se dio después de 1930 en la que ingresan 526 individuos.

“El documento muestra”- dijo don José, “que usted y sus tres hijos llegaron el 11 de mayo de 1934 y que no fueron parte de ninguna invasión polaca”. El gamonal le mostró con orgullo la anotación del oficial de migración que incluía entre los inmigrantes a la “Señora Einia Brum de Sikora e hijos menores Sara, Jaia y Zelik”. “El día que siempre celebraré de ahora en adelante”, le señaló a su amiga que se sonrojó de la vergüenza.

“Ojalá que cuando lo celebre, no tenga que hacerlo porque nos echaron todos al mar”- respondió la mujer. Don José se fue poniendo rojo como un tomate listo para convertirse en salsa.

“Lo que me da cólera –dijo el hombre perturbado- es que los nazis están haciendo un escándalo de la nada solo por razones comerciales, usando las mismas patrañas que emplean contra los indios, los negros o los chinos. ¡Partida de animales!”- exclamó exaltado el político costarricense que tenía ante sus ojos el rostro de una judía que se había convertido en su aliada y en su amiga.

“No hable tan duro don José” –le aconsejó Anita, preocupada porque el gamonal hablaba demasiado fuerte y habían oídos hasta en las paredes. La comerciante estaba halagada de contar con un caballero latino, dispuesto a luchar por ella. En su vida se le hubiera ocurrido que la comerciante cuyos maridos habían sido una carga, tuviera ahora un buen mozo guardaespaldas cristiano. Mientras don José pegaba gritos de que nadie tocaría a su amiga Anita, ella se miraba de reojo en el espejo de la sala para cerciorarse que el maquillaje estuviera en pie, sin que el calor que la sofocaba hubiera corrido el rimel de sus avispadós ojos.

“Tiene usted toda la razón-respondió don José- me he excedido con mi indignación. Es que la injusticia y la mentira me sacan de quicio”. El gamonal sabía que algo más lo tenía alborotado pero aún no lo había llegado a descubrir. “Sin embargo –continuó la discusión- déjeme darle un consejo. Debemos aprovechar el apoyo del Presidente Jiménez porque no sabemos qué pasará en el momento en que llegue una nueva administración”.

Anita sintió un temor al oír las últimas palabras de su amigo. La mujer sospechaba que los nuevos candidatos presidenciales no mostraban la tolerancia de don Ricardo y las cosas podrían ponerse aún peor. Cuando estaba dispuesta a contarle lo que había averiguado con sus amigas, llegó un cliente y le pidió que le mostrara unos calzones. “Perdone, don José, pero tengo que atenderlo”- dijo ella mientras se dirigía hacia la caja de ropa íntima.

Don José se fijó que en el espejo de enfrente podía observar, sin que ella lo notara, a su amiga Anita. La mujer tenía una mirada tan intensa- pensó él- que parecía un pequeño volcán, uno más de los que provocaban alborotos y deslices de tierra en el país. Esos ojos

se le hacían cada vez más atractivos porque el hombre no había experimentado antes lo que se siente cuando uno de ellos explota y expulsa un tumulto de lava roja que derrite todo lo que toca. “Esta mujer es lo más parecido que he visto al Volcan Irazú”- se dijo para sí. Mientras pensaba en temblores y en erupciones, la mujer había vendido la prenda y el cliente estaba sacando su pañuelo en donde envolvía el dinero. “Buenos días”, dijo el campesino con mucho respeto al gamonal que miraba la transacción. Don José le devolvió el saludo, como si se tratara de un niño. “Veo que ha hecho una buena compra”- agregó.

Anita se disculpó por la interrupción y estaba ahora lista a contarle lo que había averiguado. Según ella, en su casa había reunido a las señoras Malemer, Laterman y Tifer y otras más. “Tuve que darles de comer porque cada una consume más pasteles que las dantas de Costa Rica”- le añadió a don José. “Sin embargo, entre un *strudel* y unos *blintzes*, pudimos hacer un verdadero análisis científico”, le dijo ella con orgullo, como si la tarea de sacar información sobre sus paisanos fuera una tesis de grado.

Las mujeres habían estudiado el origen de cada una de las 210 personas identificadas que solicitaron permiso para ingresar en Costa Rica en el período 1933-1936. Mientras Anita servía los pasteles, sus amigas anotaron la profesión de cada uno de los inmigrantes. Constataron que la mayoría era comerciante o artesana y provino de pueblos aquejados por la pauperización y el antisemitismo. “Ninguno sabía nada de agricultura”- agregó ella. En su mayoría, eran de Polonia Central (el área de Varsovia, Lublin, Kielce y Radom), con poblaciones que oscilaban entre 2,550 y 10 mil almas. Entre los 25 pueblos y ciudades identificados, existe una preponderancia de dos: Zellochow, comarca zapatera de la provincia de Lublin, y Ostrowietz, poblado de Polonia Central de 50 mil habitantes.

“Aparentemente –prosiguió ella- los fundadores de la comunidad judía costarricense provenían de ambos sitios y corrieron la voz entre sus amigos y familiares”. La señora Malemer le contó que José Rogerberg le había dicho que muchos de sus coterráneos de Zellochow se vinieron cuando Marcos Aizemer, quien había llegado en 1929, los incitó a hacerlo: “Él, de esta forma, nos entusiasmó para que nos viniéramos para acá. Se formó, a raíz de esto, una “cadena”- es decir se corría la voz de que Costa Rica era un país favorable para la inmigración y entonces se iban viniendo uno tras otro”- le había confesado a doña Malemer.

La madre de Elena le explicó a don José que la migración de sus correligionarios, a diferencia de la que se daría hacia los Estados Unidos, no sería de obreros o de empresarios sino de pequeños comerciantes. “De ahí que los Sikora y la mayoría de los inmigrantes a Costa Rica, tuvieron solamente 24 horas de experiencia urbana antes de partir.”La única tierra que habíamos labrado era la que se amontonaba en nuestras casas”- respondió la comerciante.

La discusión sobre las verdades de la migración judía llegó a su fin. Don José había quedado con una sensación de profunda simpatía con la historia de Anita y sus amigas. Su periplo no había sido nada distinto al que fue emprendido por los otros inmigrantes a Costa Rica, quienes también terminaron en estas tierras sin saber nada de ellas. Su familia –pensó él- habría podido haber llegado antes, pero lo había hecho con las mismas ilusiones y los

mismos riesgos que la de Anita. "Somos golondrinas, Anita –le dijo a su amiga-. "También bromelias, esas maravillosas plantas cuyas raíces crecen en el aire"- respondió la mujer.

La madre de Elena se comprometió con don José a ayudarle a su marido a redactar las cartas de protesta ante las tergiversaciones de la prensa antisemita. Don José, por su parte, tenía los datos para apoyar a la administración de Ricardo Jiménez. Aunque cada uno defendería lo suyo, los dos compartían una apreciación por la historia y una aprensión del pensamiento de la derecha. También una simpatía que crecía cada día, cuyas raíces por estar bajo el suelo no se hacían perceptibles.

"Envuélvame las camisas" -le dijo- "porque tengo que llevar esta información a la Casa Presidencial". Sin embargo, la comerciante paró en seco a don José con una pregunta: "Me contó Elena que quien le dio el panfleto en la Avenida Central no era otra que su hija Yadira, ¿cómo es esto posible?"

Don José pensó unos segundos antes de contestar. "Anita, el problema con mi hija es que no me perdona mis infidelidades. La muchacha ha sido apegada a su madre y me ha dicho que ha sufrido con los rumores de mis queridas. Creo que tiene una gran rabia contra mí y se ha puesto en contra de todos mis amigos. Tengo que confesarle que está metida en el Partido Nazi y detrás de mucha de esta campaña sucia".

El oligarca hablaba con un dolor en su corazón. De acuerdo con él, su esposa volvió a su hija en su contra. "Ella lloraba cada vez que oía un rumor o le llegaban con un cuento, se metía en su recámara y no volvía a salir". Yadira tuvo que vivir con una madre aquejada por ataques de nervios, que la postraban semanas en la cama. Según el hombre, la razón del problema radicaba en que él como hombre latino era promiscuo y no "podía vivir sin nuevas compañeras sexuales". Le admitió que había gastado fortunas en ellas "pero nunca le falté a mi esposa, ni en la cama ni en su mesada". Aunque sabía que la había hecho sufrir, no había podido evitarlo.

La comerciante, que como judía no estaba acostumbrada a la confesión, le indagó sobre lo que buscaba en las otras mujeres. "No lo sé, ni creo que haya encontrado nada. Existe un hueco en mi corazón, algo que no he podido llenar". "Quizás sea"- continuó el cafetalero, "la ausencia de una alma gemela".

Mientras don José miraba hacia el suelo, aquejado por su desconsuelo, la comerciante le preguntó cómo hacía con su hija. "He peleado muchas veces con ella. Le he dicho que está haciendo el ridículo apoyando la causa alemana y el veneno de los antisemitas como Otilio Ulate, su héroe particular. Sin embargo, me responde que los liberales somos unos grandes hipócritas, que decimos una cosa en público y hacemos otra en privado. Que no he cumplido con mis promesas con su madre ni con ella, que no soporta la hipocresía de los hombres del Olimpo".

"¡Pobre, don José! No crea que no lo comprendo. Yo también tengo aflicciones parecidas. Mi esposo me contó que Elena sale con un alemán y a pesar de los castigos, nada ni nadie la detiene. ¿Se imagina usted el peligro que corre? No sé qué hacer. Estoy desesperada".

Anita le explicó que habían huido de Polonia porque los trataban como animales y que aquí, en Costa Rica, su hija mayor había encontrado "esa alma gemela" en los brazos del enemigo. "Nosotros somos un pueblo perseguido que debe casarse entre sí porque de no hacerlo, desapareceremos del mapa. Si fuera fácil ser judío, don José, no me preocuparía pero usted sabe la verdad. De todos lados nos echan y nos persiguen, vea lo que pasa ahora en este país. He venido al Nuevo Mundo a perder a mi hija, que es lo que más quiero. Con mi marido, las cosas nunca sirvieron y ahora menos. Desde que llegué, está de mal humor y apenas me habla. El hombre me recrimina mi independencia anterior, como quizás a usted lo hace su esposa. Siento que me ha traído aquí para castigarme. Ahora el rufián hasta con hombres se relaciona. Vine a pagar las culpas de haber luchado sola por mis hijos".

La mujer no pudo contener su llanto. Quizás debería haberlo hecho desde el día en que llegó y haber respetado el duelo por la vida y la libertad perdidas. Sin embargo, hubo tantos cambios y una nueva lengua que aprender, que simplemente no había tenido tiempo. Ahora, en medio de todo un mercado, en el lugar menos apropiado, se había roto el cántaro.

Don José la abrazó y le expresó su cariño. Se sentía culpable por las acciones de su hija y no quería ningún mal para su amiga judía. "Si a usted la echan de Costa Rica"- le dijo para parar el llanto, "¿con quién podré hablar mal de religión?"

El tema era la excusa para conversar como cotorras. Se les había hecho común, necesario en sus vidas. Los obreros de la finca estaban felices porque "ningún patrón nos da pantalones y camisas nuevas". Las empleadas de su lujosa casa en el exclusivo Barrio Otoya habían empezado a hacer ganancias con las prendas. Como les regalaba decenas de calzones, empezaron a venderlos a otras *cachifas* del barrio. Lupita, su mujer, le decía con irritación: "¿Para qué compra tantos?" La esposa no lo podía acusar de regalárselos a sus queridas porque eran baratos, artículos de pobre que ninguna se pondría. Además, don José no salía como antes, se encerraba en su oficina a leer. "Este hombre está desmochándose"- se decía ella para sí. Un día lo miró leyendo un libro extraño, con unos garabatos que no entendía. Lupita le preguntó qué era y el hombre contestó: "el Talmud".

Esta vez, y sin habérselo propuesto, don José no pudo contenerse. Algo venía zumbándole en la cabeza desde hacía meses, sin entrar en su conciencia. Su libido disminuía y las amantes se quejaban de que no les ponía interés. Pensaba que podría ser la edad porque estaba en época de ser abuelo, aunque Carlos y Yadira no parecían tener deseos de procrear.

Cuando la amiga dejó de sollozar y alzó la cabeza para seguir la conversación, la miró sin decir nada. Ella, sorprendida, guardó silencio. No pudieron siquiera pestañear porque el pueblo decía que cuando se presenta un silencio así, es que está pasando un ángel. Quizás haya sido más bien un *dibuk* porque de un momento a otro, don José se fue inclinando hasta topar con los labios de la mujer. Cuando se dieron cuenta, sus lenguas se acariciaban con la mayor lujuria.

El Mercado entero pareció venirse abajo: un ronroneo de consternación se esparció entre los vendedores: nadie podía creer que don José y la polaca Anita se besaran ante todo el mundo. Las comerciantes de hierbas naturales sacaron frascos de amoniaco para los

desmayos. La dueña de la tienda contigua resbaló y cayó sentada en los tomates. La gerente de los excusados perdió el único rollo de papel higiénico que tenía. Los clientes le exigían papel a gritos. Tres hombres que usaban el orinal salieron asustados con sus pitos al aire: "¿Está temblando o qué?"- preguntaron con terror. De repente, en medio del tumulto, don José se sintió avergonzado. No sabía qué lo había llevado a esta afrenta, a este desliz inesperado.

-Anita ¡Perdóneme!, ¡Perdóneme!- le suplicó a la aturdida mujer. Sabía que no podía hacerlo, que era algo prohibido.

-¡Si hubiera sabido cómo se siente un beso así, jamás hubiera dependido de las casamenteras!- dijo la mujer antes de caer, ella también, desmayada, llevándose consigo al piso tres docenas de brasieres de copa.

XIII

En 1921, Carlos Dönning, esposo de Yadira, había viajado de Alemania para Costa Rica. Con poco capital y la ayuda de la familia de su esposa, pudo establecer la primera tienda de ropa fina en San José, conocida como **La Verónica**. Con el auge de la elite cafetalera y la urbanización de la ciudad capital, las ventas habían aumentado durante los primeros años de la década de 1920. Esto hizo posible que en 1928 invirtiera en comprar la panadería de al lado. Carlos no solo traería ropa de Alemania sino que de Francia también. La mercadería tomaba meses en llegar en vista de que era transportada por los barcos de la compañía bananera a Limón.

El comerciante inició, a la vez, un lento coqueteo con los nuevos sectores medios que surgían en el país. Estos grupos, vinculados con oficios estatales o de administración, habían crecido en los últimos años. Por esta razón, el importador empezó a vender ropa "más cómoda"- eufemismo para querer explicar que era barata. Le pidió ayuda a su mujer, Yadira, una costarricense de familia opulenta cafetalera, para que le surtiera el negocio con artículos de clase media. Su esposa, en 1929, se fue a buscar vestidos en los Estados Unidos.

Un vestido entero para caballero importado de Alemania podía costar hasta 200 colones en esa época. La comerciante lograría importar de Nueva York una línea más sencilla y venderlo por 80 colones. Una blusa de mujer francesa de 75 colones la consiguió por 30 en Filadelfia. Fue así como la mujer inició una especie de sucursal de La Verónica. Pero el crecimiento de la demanda la llevaría, en 1930, a abrir una tienda independiente: La más Barata.

A Yadira le gustaba ella misma atender a sus clientes. Una era Gloria, joven que trabajaba de traductora para la compañía bananera. La muchacha ganaba bastante bien, 300 colones mensuales, si tomamos en cuenta que un operario especializado hacía unos 40 colones semanales. Gloria se gastaba todo su dinero en ropa porque a los 24 años se sentía una solterona y tenía los ojos puestos en Mike, el abogado de la compañía. "Los norteamericanos son buenos maridos, decía ella, y no se fijan en chiquillas de a quince como nuestros hombres". Con tal de conquistarlo, la traductora lucía los mejores vestidos que podía.

"Yadira, si pudiera, te compro estos dos vestidos que están divinos"- le dijo un día Gloria con dolor. "No me puedo dar el lujo de que Mike no me vea bonita esta semana que es el baile de graduación de mi hermana en el Colegio de Señoritas y lo he invitado para que venga conmigo", alardeó con coquetería.

Pese a sus deseos, Gloria no tenía más que 100 colones para vestirse para esa ocasión, ya que debía invertir en zapatos y en maquillaje que "estaban en los cielos de dispendiosos". Aunque la dueña gustaba mucho de la traductora y la consideraba su amiga, nada podía hacer para complacerla. "Usted sabe lo estricto que es mi marido con las ventas"- le respondía.

Gloria prefirió dejar el dinero para el maquillaje, los zapatos y el perfume "ya que bailaré de mejilla a mejilla con mi gringo y prefiero que me vea bien de cerca"- le respondió con euforia. El baile prometía convertirse en la gran oportunidad de la traductora. Se despidió de la dueña, quien le dijo que la vería en la velada porque una prima también se graduaba ese año.

El Sesteo, centro social de San José, lucía radiante esa noche. Era la sala de baile más grande que se había inaugurado en San José. Yadira llegó con el galán de su marido, vestida con un traje exquisito, de seda, negro y perlas. El sombrero de plumas de ganso, que llegaba hasta medio metro de alto, la hacía una de las mujeres más lucidas de la fiesta. Mientras buscaba una mesa dónde sentarse, se topó ¡sorpresa de sorpresas! con su amiga Gloria.

La comerciante no se percató que la muchacha se mostraba perturbada hasta que reparó en que el vestido que llevaba era aún más despampanante que el suyo y, ¡horror de los horrores!, ni siquiera de su tienda. "¿Pero de dónde sacaste este traje tan hermoso?"- preguntó anonadada. Gloria lucía una indumentaria imponente de color verde estampado con margaritas amarillas que llamaba la atención de todo el mundo. Tan linda se veía que su acompañante, según ella misma confesaría, le había propuesto matrimonio esa misma noche. "Este vestido me trajo mucha suerte"- le respondió. "Se lo compré al polaco David, a pagos ya que no me alcanzaba, como usted muy bien sabía"- le dijo con sorna. "Además, el precio fue un regalo".

La hija de don José no podía con la ira. Nunca había oído algo semejante: un traje a pagos. "¿Está la gente loca o qué?"- se dijo por dentro. "¿Quién se va a degradar a hacer cobros?" La mujer no se lo podía explicar. Menos que Gloria, a quien consideraba su amiga, se atreviera a ir a comprar a quién sabe dónde. "¿Quién me dijiste que te lo vendió?"- le preguntó. Cuando Gloria le explicó que David vendía en la calle, la mujer casi cae de espaldas. "¡Esto es el verdadero límite!"- respondió y se fue a sentar con su marido.

-Carlos, ¿no oíste lo que me dijo Gloria? Se fue comprar un vestido a pagos... de polaco- exclamó furiosa.

-Es la nueva moda en Costa Rica, mujer- le contestó el alemán.

-Pero hombre, debemos hacer algo. ¿Nos vamos a quedar con los brazos cruzados?- respondió despechada.

Ella tenía sus razones para sentirse mal. Su marido era un alemán "guapísimo" pero sin dinero. Necesitó un buen matrimonio para obtener el préstamo inicial y abrir su negocio. La vulnerabilidad se la compensaría con un trato despectivo. "Los ticos son un reguero de holgazanes"- decía ante cualquier contrariedad. Si Yadira fallaba en alguna tarea, Carlos le recriminaba que "parece una india ignorante, ¿es bruta o qué?"

El trato que recibía la mujer en el Club Alemán no era muy diferente. Los amigos de su marido le hacían saber que "su país" era muy atrasado e inculto. "Los costarricenses no leen ni se educan, en Alemania se morirían de hambre"- oía cuando creían que no había un "mestizo" (ticos no del todo blancos) cerca. Yadira había hecho lo posible por "encajar". Cuando los alemanes iniciaron el club nazi, ella asistiría a las reuniones. "¿En qué se

diferencia un judío comiendo pasto y una vaca?"- preguntaba a sus compañeros nazis. "En la mirada inteligente de la vaca"- respondía ella misma. Los alemanes se reían a más no poder. Y en medio de las carcajadas, una voz le terciaba, de la misma manera, otro chiste: "¿Qué preguntarían los judíos a Dios cuando les ofreció la Biblia?"- indagó el hombre. "¿Cuánto cuesta?"- respondió él mismo. Atragantándose con sus carcajadas, Yadira reconoció la voz: era nada menos que Max Gerffin, el presidente del Partido Nazi.

La risa no era justamente lo que venía a la mente cuando pensaba en las ventas a crédito de David y sus correligionarios. Para ella, una dama casada con un alemán, representaría algo más que una competencia comercial: sentía que su reputación estaba en juego y que no podía perderla. Si los amigos germanos se daban cuenta de que su almacén sería desplazado por unos miserables judíos, ¿qué dirían de ella?

La noche del baile apenas pudo dormir y, cuando lo hizo, tuvo pesadillas. En una, un grupo de hombres con rabos largos le robaban los trapos de su almacén. Los demonios se parecían a las caricaturas de los judíos que salían en el Diario de Costa Rica. La mujer se despertó empapada en sudor: "¡Tengo que hacer algo!"- exclamó.

Al primero que se le arrimó fue a su primo Luis Gamboa, contador que laboraba en un almacén de importación de vestidos. El hombre le explicaría que las ventas al por menor en San José estaban en ese tiempo en manos de distintas comunidades extranjeras, establecidas con anterioridad, tales como la alemana, italiana, china y especialmente, la libanesa y la española. Los vendedores ambulantes, al no pagar ni patentes ni local propio, entrarían en conflicto irremediable con ellos. Al extender el sistema de crédito al consumidor, estos buhoneros estaban prácticamente revolucionando el sistema local, en perjuicio evidente de los grupos menos innovadores. "Si el dueño de este almacén no hace algo, nadie va a comprarle estos vestidos tan caros"-le confió a su prima que sudaba del sopor y la cólera.

Luis anticipaba algo peor ya que adicionalmente, unos pocos judíos habían empezado sus pequeñas fábricas de ropa con tal de vender masivamente y a precios inferiores. Estas empresas tenían como objetivo surtir a las clases populares, los que vestían mal porque no tenían dinero para pagar los altos precios de la mercadería importada. "Si no hacemos algo-querida prima-dijo el contador con una parca sonrisa- los importadores van a quebrar todos".

Yadira no se quedaría quieta. "No me voy a acomodar -pensó- a las nuevas realidades, sino combatir las". Unos días después de la triste fiesta, la cual no disfrutó para nada, llamaría a su tío, Alberto Sánchez, vicepresidente de la Cámara de Comercio. "Tío, ¿cómo es que no han hecho nada acerca de la competencia de los polacos? Si ustedes no los combaten, nos arruinan los negocios". Él reconoció que habían sido negligentes en este campo pero que "en vista del número de quejas"- pensaban protestar ante el gobierno. No obstante, el tío le hizo una advertencia: "Acuérdese de que su padre colabora con don Ricardo y siempre ha apoyado la libre inmigración".

La mujer no le dio importancia. "Una cosa es alentar que venga gente cristiana y otra la chusma judía. Papá jamás consentiría eso". Yadira insistió: "Confío en usted tío, porque no podemos tolerar esta plaga". "Sin embargo tengo que alertarte"- le dijo su pariente, "que el

Presidente es amigo de los polacos y hasta les compra ropa". "¡Tenía que ser ésa la razón!"- contestaba ella, "ese hombre se ha convertido en una desgracia para el país. Si por mí fuera me lo tumbaba de un golpe de Estado. Apenas pueda le pediré a mi padre que se aleje de este gobierno. Y por cierto, ¿cuánto paga por la ropa?"

Gracias a las presiones de don Alberto, desde mayo de 1931 hasta al menos febrero de 1934, fueron frecuentes las críticas emitidas por este cuerpo empresarial, sin encontrar eco alguno, al parecer, en los círculos gubernamentales. Esto no sería extraño porque el Presidente era un buen amigo de los judíos.

Cuando don Alberto se reunió en febrero de 1936 con el Presidente, éste mismo reconocería que había comprado en sus tiendas: "En la sastrería de Feingenblatt me han hecho prendas de vestir. La penúltima cuenta (150 colones) la pagó mi chofer el 12 de marzo de este año y la última, por dos pares de pantalones de caki, la pagué (51.15 colones) por cheque del 4 de este mes". Según el Presidente, los artículos eran más cómodos que en otros negocios y además, los buhoneros hacían algo que los europeos consideraban impropio: "Vendían como no vendían tras sus mostradores los tenderos; es decir, llevaban la mercadería a domicilio, y la daban casi siempre, más barata y a largos plazos".

Al mandatario, liberal de cepa pura, no lo convenció don Alberto con argumentos racistas. Jiménez consideraba que Costa Rica, a diferencia de Argentina o de Estados Unidos, necesitaba inmigrantes: "Nuestras condiciones son distintas. Aquí nos sobran tierras, y nos faltan gentes que con su actividad las hagan valer". Y de los judíos solo cosas buenas creía. Para él era una raza que había dado hombres como "Spinoza, el filósofo, a Heine, el incomparable poeta lírico, a Disraëli, el gran Ministro de la era victoriana, a Ballin, el de la hamburguesa, a Nordau el célebre ministro alemán de posguerra, a Einstein, el matemático..."

Don Alberto empezó a echar humo por dentro. "Este desgraciado tacaño y miserable abogadillo de Cartago- se dijo para sí mientras se despedía de abrazo de don Ricardo- lo han comprado los polacos vendiéndole barato". Aunque el comerciante juró para sí darle una batalla, después de esa reunión cayó enfermo de un ataque cardíaco. Unos días después, moriría sin realizar su sueño. Yadira, su sobrina y heredera política de las batallas de los comerciantes, prometió no defraudarlo: "Tío querido-le dijo sobre el ataúd cuando echaban la primera pala de tierra- los polacos fueron culpables de su muerte y pagarán a fuego lento por ello".

Esa misma tarde –cuando todavía estaba fresco don Alberto- la adolorida sobrina convocaba a una reunión de comerciantes. "Vamos a presionar al gobierno –les dijo mientras se secaba una lágrima de cocodrilo- para luchar por el sueño de mi tío". "El quería una Costa Rica cristiana en donde la mercadería se respete y no se venda a pagos, sino al contado, como la pagó nuestro Señor Jesucristo cuando murió por los pecados de todos nosotros". Don Paco, un español con mucho humor, la regañó: "Pero Yadira, no use ese ejemplo ya que nuestro Señor duró tres días en la cruz y los amigos de don Ricardo van a decir que eso no fue al contado". "Bueno, bueno, no entremos en pequeñeces y discutamos a lo que venimos"- replicó la furiosa mujer.

La reunión de comerciantes dio como fruto la contratación de dos abogados, Pepino y Lelino Tacio, quienes se encargarían de presionar para que se nombrara una comisión que prohibiera el comercio polaco. A pesar de los esfuerzos, las varias comisiones nombradas por la Cámara para estudiar "el problema"- conjuntamente con oficiales de la Secretaría de Gobernación, recomendaron básicamente el cobro de patentes a los ambulantes, junto con un impuesto especial que compensara a los que pagaban alquiler.

Yadira sabía que ponerse de acuerdo con los "impuestos"- era reconocer oficialmente el comercio buhonero. De ahí que la mujer –en concierto ahora con decenas de importadores- buscó otros senderos más torcidos. Llevó sus quejas en dos direcciones: a los periódicos y directamente a las municipalidades. Su primer ataque fue la acusación pública de que los buhoneros "polacos, checos y rusos eran propagandistas de ideas comunistas" junto con sus artículos baratos.

Ella se las ingeniaría para acusarlos. Haciéndose pasar por una oficinista, le pidió a David que le mostrara a ella y a un amigo (quien era un periodista del antisemita periódico El Diario de Costa Rica) las telas y los vestidos. Mientras el buhonero sacaba sus trapos, la mujer le hacía señas con el ojo al periodista para que se fijara en los colores. "Mire usted"- le dijo al oído, "¡qué montón de tafetán rojo tiene! Seguro es para hacer banderas comunistas". El periodista intrigado le preguntaría: "¿Pero es la bandera comunista roja con flores de ayote?" "Correcto"- le mintió Yadira, "el ayote es símbolo del Partido".

Como la imputación de comunistas no lograría embaucar al público, los comerciantes iniciaron una campaña sobre la ilegalidad de la migración judía. Se adujo en la prensa antisemita que los judíos habían ingresado con promesas falsas ya que habían prometido trabajar en la agricultura y no como comerciantes. "Nos engañaron"- diría a sus amigos de la soda Palace, centro de reunión de los importadores.

- Los polacos dijeron que iban a trabajar la tierra y se vinieron a vender géneros en San José-señaló la mujer.
- Bueno, eso no es buen argumento-le contestó el italiano Alonso Mariconi, dueño del Almacén Centauro-nosotros llegamos como agricultores también y terminamos en el comercio.
- Sí, pero ustedes hicieron lo posible para sacar a la comunidad agrícola adelante mientras que ellos ni hicieron el intento.
- Yadira, la acusación suya es fácil de rebatir-replicó el europeo.

Según Alonso, los judíos habían entrado bajo una política abierta de inmigración en la que solo debían presentar mil colones como prueba que no terminarían siendo una carga para el país. Sin embargo, cuando recibieron las cédulas de residencia muchos indicaron como oficio la agricultura, quizás para complacer a los funcionarios de migración. De esto se aprovecharon los comerciantes para cuestionar su ingreso. "Pero el gobierno encontrará muy fácil aludir que el único requisito de entrada había sido la señal de los mil colones y que el Presidente ni siquiera lo había solicitado ya que lo miró innecesario. Como los inmigrantes habían sido reclamados por sus familiares que habían ingresado antes, él ha dicho que se atuvo a los informes y recomendaciones de valedores que merecían su confianza".

De acuerdo con Alonso, el debate sobre las razones de la inmigración era irrelevante: "Tenemos que obligarlos a que paguen patentes. Eso es el meollo del asunto".

Las presiones de Alonso y otros empezaron a tener su impacto. Éstas lograrían convencer a varias municipalidades para que impusieran nuevas tarifas a los ambulantes. En 1931 las municipalidades de La Unión (Tres Ríos), Cartago y Paraíso habían acordado cobrar 75, 50, y 40 colones por trimestre respectivamente.

Pero contarían con oposición en San José, lo que demuestra el apoyo de otros sectores a los judíos. Yadira aducía que la política pro semita respondía únicamente a la posición personal del Presidente. Pero Alonso, por el contrario, creía un error atribuir la protección únicamente al Ejecutivo. Según él, una serie de comerciantes viejos y nuevos veían con buenos ojos la revolución "polaca". Esto lo confirmaría Yadira al visitar el Almacén Pague Menos, cuando trató de convencer a don Otto Odio, el propietario, de que colaborara para imprimir un panfleto contra la "plaga polaca" en el comercio.

-Queremos proteger los negocios establecidos que pagan alquiler y patentes en San José de esta competencia desleal- espetó ella.

-Doña Yadira, me la está poniendo usted algo difícil porque tengo algunos de ellos como clientes. Usted sabe que las ventas han estado malas este año. He tenido que facilitarles ropa para que me le vendan en el campo-respondió don Otto.

-¿Pero no se da cuenta de que si usted les presta mercadería nos va a arruinar a todos los comerciantes cristianos? He perdido un montón de clientes que se han ido a comprarle a los polacos. ¿Cómo podré competir si ellos no pagan alquiler, ni empleados?

-Sinceramente, le tengo que responder que no. A mí me sirve que vendan los huesos a los campesinos y no que se me queden pegados aquí en San José. Tal vez usted debiera hacer lo mismo. Estoy seguro de que tiene artículos que no puede vender. ¿Por qué no se los da a un polaco?

-No puedo creer que usted me esté proponiendo algo así. Es una lástima que pertenezca a la Cámara de Comercio y que a la vez nos traicione como Judas.

¿Quiénes somos "nosotros"?-cuestionó el hombre.

-Pues los cristianos costarricenses, don Otto. Pero a usted pareciera que la religión no le importa.

-No sabía que estábamos hablando de religión, señora Dönning. Creí que usted hablaba de negocios y de utilidades.

Alonso le contó a su aliada que el encuentro con don Otto insinuaba que la guerra sería dura. "La prensa oficialista –observó Alonso- informa que no todos los comerciantes están de nuestro lado". Algunas de las familias o individuos de los grupos tradicionalmente identificados con el movimiento "anti polaco" –agregó- mantienen relaciones de cooperación comercial, y hasta de cordialidad con miembros de la comunidad judía". "Mientras nosotros demandamos la nacionalización una serie de negociadores comercian con los judíos"- dijo ahora con cólera. "Prueba de ello son los padrinazgos en las solicitudes de ingreso en el país. Muchos libaneses, italianos, españoles y hasta alemanes han solicitado permisos de entrada para amigos o familiares de sus vendedores ambulantes.

“¡Manada de traidores!”- espetó la mujer.

Pese a ciertas derrotas, Yadira y los comerciantes continuaron con las críticas al gobierno y estas fueron calando en el ambiente político nacional.

Frente a las repetidas acusaciones en la prensa, por parte de Yadira, del ingreso ilegal de inmigrantes polacos, Ricardo Jiménez ordenó una serie de investigaciones y controles migratorios. Los judíos respondieron con campos pagados en que decían que "han estado al amparo de las leyes del país y trabajaban honradamente, prestando grandes servicios a las clases pobres en el comercio". Pero la presión de los comerciantes hizo que esto no fuera suficiente para parar el ataque. Para 1934, el Ejecutivo ordenaría una nueva revisión de los papeles de "todos los polacos residentes en Costa Rica". Al parecer, ésta no se hizo en su totalidad ya que el gobierno insistiría en que no había habido una fuerte inmigración, sino "solo el reingreso de varias personas ya residentes". “No obstante- dijo Yadira a sus compinches cuando se enteró de las acciones oficiales- estamos progresando”.

La mujer se enrojecía de la cólera cuando el periódico oficial señalaba que “era claro que los opositores a sus labores eran los comerciantes que resentían la competencia”. La gente del pueblo, agregaba este artículo, “con pocas excepciones protege a los buhoneros porque se identificaba con ellos y porque agradece sus servicios”. Yadira se daría cuenta que la prensa no mentía cuando se enfrentara con su amiga Gloria.

-Doña Yadira, vengo a pedirte un favor-le dijo la mujer, en medio de la tienda.

-Lo que sea, ¿en qué puedo ayudarte? –dijo la comerciante haciendo cara de santa.

-Desearía que dejés de hacer campaña contra los polacos. Creo que no sabés la difícil situación de ellos y las penurias por las que tienen que pasar. Conozco a varios y te puedo asegurar que no son comunistas, como dice la prensa.

-Seguro que te mandaron a pedir por ellos. ¿Te rebajaron algún vestido?

-No seas tan ingrata. Creí que éramos amigas y no que me vendrías a salir con una cochinado de este tipo. Si vengo a pedirte por ellos es porque conozco que son gente honrada y que no le hacen daño a nadie.

-Pues le hacen mal a Costa Rica y los costarricenses debemos defendernos de ellos y no entregarles nuestro comercio.

-¿Pero quién te ha dicho que el comercio está en manos de los costarricenses? Tu marido no es tico y la mayoría de los comerciantes son españoles, italianos, alemanes o libaneses.

-Pues vos tampoco sos la bandera nacional. ¿No es que te vas a casar con un norteamericano?

-No gracias a vos, que nunca me diste ni un cinco de crédito y que me cobrabas cuatro veces lo que valía cada chuica.

La mujer salió de la tienda, ofuscada. No sabía qué pensar ni de Yadira, su antigua amiga, ni de las cosas que estaba viendo ocurrir en su país.

XIV

Carlos y Max se habían conocido en la comunidad agrícola de Miraflores. Eran dos almas semejantes que habían terminado en un país lejano, más de huida que otra cosa. La relación de ambos con sus padres había sido pésima. Max había sido criado por su padre, un general del Ejército Alemán, que lo educó con una rigidez y dureza atípicas aún para su pueblo. El hombre había tenido un desencanto amoroso y le había quitado el niño a su propia madre. "Quiero que se me haga hombre"- solía decir cuando lo obligaba a los entrenamientos militares más rígidos.

Hijo de otro hombre feroz, este hombre nació signado por la misma suerte del padre. Una noche caliente en el Valle del Reventazón, los dos se sentaron a fumar un cigarrillo de marihuana, que les hacía más tolerable la soledad en el trópico y compararon notas sobre su infancia y las razones para terminar en este extraño país. Al día siguiente, ambos tenían que tomar una decisión en vista del fracaso aparente de la colonia agrícola y la carretera que se iba a construir. En varios de los encuentros anteriores, se había creado una especie de comunidad de intereses en dos seres que aspiraban a mejores vidas.

Carlos fue el primero en relatar su historia. Había nacido en Bade, Alemania. Fue el sétimo y último de los hijos de Pedro, pastor luterano, y María, ama de casa. Su crianza fue, según sus propias palabras "fría y estricta". Su padre era poco emotivo y extremadamente rígido. Esto significaba que su progenitor no mostraba el afecto y controlaba cada paso en su hogar.

Rezaban todos los días. Religiosamente, y a distintas horas. Durante las tres comidas, los hermanos debían estar presentes. Absolutamente limpios, y jamás tomar un bocado hasta que no se diera el agradecimiento. En las noches, antes de ir a la cama, la familia se reunía para más oraciones. En el caso de que alguno perdiera un rezo, el padre "lo castigaba a chilillazos".

Más control tenía sobre las tres hermanas que nunca podían decir una palabra soez, ni vestir más escotado que dos centímetros arriba del cuello. Su mujer era callada y también religiosa; trabajaba todo el día en el hogar mientras su marido lo hacía en la iglesia, atendiendo los asuntos de sus feligreses. "Tengo que admitirte que odié esta religión irracional que todo lo basaba en reglas y nada de análisis"- admitiría el narrador.

Las conexiones de su familia con Costa Rica habían comenzado cuando su abuelo, Alfred Dönnig, emigró en 1853 hacia un proyecto de colonización agrícola en aquel país. El objetivo era la producción de café, cacao y madera. Su abuelo abordó, en 1853, el bergantín "Antoniette". El barco salió el 24 de octubre de Bremen y llegaría el 14 de diciembre a Greytown en Nicaragua para proseguir el viaje en tierra hacia Costa Rica, que tomaría tres semanas más.

A pesar de los grandes esfuerzos del inmigrante, la falta de una infraestructura y las pésimas condiciones sanitarias lo obligaron, dos años después, a regresar a su país. Igual que muchos de sus coterráneos contrajo paludismo y "calenturas" en esta zona conocida

como "cuna de la muerte tropical". Por suerte no murió y pudo regresar. Ahí se casó y tuvo ocho hijos, entre ellos el padre de Carlos.

La vida de Carlos hubiera sido como la de cualquier hijo de pastor si no fuera por un problema particular: la violencia. Desde pequeño, tuvo que mirar cómo su madre y sus hermanos mayores eran víctimas de los ataques de cólera y la disciplina férrea. Aunque era común que los niños fueran reprendidos en su pueblo, el grado de violencia era atípico. Pedro sacaba sus frustraciones en los cuerpos de las personas que estaban bajo su poder. Un día golpeó salvajemente a su madre porque salió sin permiso a visitar a un médico al pueblo. "La mujer del pastor no puede andar en la calle haciendo visitas a extraños"- le decía mientras utilizaba el chilillo.

Carlos sentía una tristeza enorme en su corazón. A veces creía que era el joven más solitario en el mundo. Aspiraba a encontrar a una persona con la que pudiera razonar las cosas y no sólo hacerlas por órdenes o convencionalismos, pero, durante su juventud, jamás la encontraría. Soñaba con una religión menos rígida y más racional, que explicara y convenciera más que impusiera. Pero no era ésta la que se practicaba en su hogar.

El pastor tenía dos manías. Una era el control estricto del cuerpo y otra el odio por los judíos. En el primer caso, creía que las emociones eran malas. No admitía el llanto, ni las carcajadas. No toleraba exceso en las comidas o en las bebidas. Para que nadie violara sus normas, ponía espejos en el pasillo. Así se cercioraba desde las expresiones de la cara hasta de que no se usara en exceso el servicio sanitario.

En el segundo aspecto, miraba por todo lado maquinaciones judías. Después de la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial, el pastor inculparía a los judíos de haber traicionado a la patria y provocado la derrota. Creía la *Dolchstoss von hinten*, o sea la leyenda de la puñalada por la espalda: "Fueron los malditos *juden* en alianza con los marxistas los que nos traicionaron para establecer la república judía alemana, como antesala de su dominio mundial".

Un día, cuando Carlos tenía 12 años, Pedro llegó tarde. Era una noche fría y ventosa y la casa rechinaba de los arañazos de las ramas de los cipreses. El joven estaba acostado porque eran las diez de la noche. Su padre los tenía amenazados de que debían estar dormidos a las nueve y media, "ni un minuto antes, ni un minuto después". Más peligrosa era la situación para él porque estaba contiguo a su dormitorio. El progenitor tenía, por medio de los espejos, un control absoluto de su hogar. Solo él podía cerrar su puerta. "Papá nos decía que a través del espejo miraba qué cosas hacíamos en la noche y así nadie se atrevería a tocarse". Sin embargo, Pedro también era ojeado. "En casa, imperaba el panoptismo: cada uno espiaba al otro"- manifestó con tristeza.

Su hijo estaba despierto. El ruido de los árboles lo atemorizaba y lo mantenía en alerta de gnomos, duendes y espectros que podían escapar del frío del bosque y meterse en su cama. Pedro entró en su recámara y cerró la puerta. "Diría mejor que trató de hacerlo pero el viento la fue abriendo"- le confesó a Max. Unos minutos después, recordaba que el espejo lo mostraba desnudándose y enseñándole su trasero. La madre estaba acostada y la luz de la luna iluminaba su rostro y él se fue quitando la ropa. Nunca lo había visto desnudo y

mucho menos con ella. Una vez que se quitó todo, se volteó y vio el pene erecto, enorme comparado con el de un muchacho de su edad. "Sigue, sigue"- insistió su entusiasmado escucha.

Vio perfectamente cuando le quitó la cobija y esperó que ella se desprendiera de la ropa. Si haberlo visto desnudo fue una gran impresión, más lo sería con ella. Pedro se puso a besarle los senos, que eran grandes y redondos y ella empezó a gemir. Era un ruido desconcertante. El hijo sentía una emoción nunca antes experimentada, entre gusto y asco, cólera y culpa y miedo y excitación. Nunca había visto a sus padres siquiera besarse y ahora presenciaba algo tan fuerte. Por otro lado, sentía que "había dos vidas en ellos, una en el espejo y otra fuera de él, como si lo que se veía a hurtadillas era mejor que lo que no".

El muchacho desarrollaría una pasión por la medicina y por los espejos. Pensó en la psiquiatría pero Pedro jamás lo dejaría ejercer "esa ciencia judía". Ser cirujano representaba para él una forma de estudiar los cuerpos con el fin de aliviarlos. "Me encanta mirar la carne como es, sea de hombre o de mujer. Mucho más la de ésta última porque adoro los senos hermosos"- solía decirle a sus compañeros con una sonrisa maliciosa. "Cuando saco un tumor siento que hago una limpieza y a la vez, un bien".

Muchos cuerpos debieron haber pasado por las manos grandes de Carlos, pensaría Max, tanto de pacientes como de quienes se le entregaron por su belleza. A los 25 años era un hombre imponente: ojos verdes que parecían reflejos de cáscara de aguacate, un pelo de color de plátano maduro, una boca simétrica y carnosa como la más dulce sandía. La sonrisa tan fresca como un matutino jugo de naranja.

"A este hombre dan ganas de comerlo"- pensó para sí el interlocutor. "¿Y qué hay de los espejos?"- le preguntaría Max para quitarse los malos pensamientos.

Al principio, Carlos compartiría el racismo de su padre. Nunca había visto a un judío de cerca porque en su comunidad casi ni había. Ellos partieron a principios de siglo a Prusia y a Sajonia y vivían principalmente en las ciudades, no en pueblitos como el suyo. Sin embargo, cuando su padre le contó en 1919 que habían asesinado al Primer Ministro de Baviera, Kurt Eisner, que era hebreo y a quien culpaban de pacifista al servicio del sionismo, reconoce haber experimentado "una gran satisfacción". Fue una de las pocas veces que tiene memoria de que él y su padre se abrazaron de la felicidad. "Un judío menos"- gritaron los dos a coro y lanzaron unas buenas carcajadas. "Las pocas veces que compartimos algo fue el odio hacia ellos".

Ese mismo año un amigo, Antón Drexler, fundaría el Partido Obrero Alemán e invitaría a Pedro para que participara en su constitución. Pedro recibiría la tarjeta número 9 de los fundadores. El poseedor de la número 7 del exiguo grupo era el antiguo cabo del ejército alemán y pintor sin trabajo, Adolph Hitler.

-Te felicito, Antón, por venir a poner orden en este país- le dijo un emotivo Pedro a su amigo.

-¿Y quién es éste joven tan apuesto?

-Es mi hijo menor.

-Este jovencito es todo un alemán, Pedro, es como todos deberíamos haber nacido- indicó Drexler.

En mayo, después de la caída de la República Soviética de Munich, sus jefes, Gustav Landauer y Eugen Leviné, fueron fusilados sin juicio por los soldados reaccionarios. Pedro estaba extasiado. "Se está iniciando el proceso"- le dijo a Carlos, "de terminar con la plaga judía que es la que está destruyendo nuestra patria". En su sermón del domingo les contaría a sus feligreses la historia de Judas y de Jesús como analogía de la relación entre los judíos y los alemanes: "Jesús sabía que su discípulo lo iría a traicionar y a vender por unas monedas. Pero él era el hijo de Dios y esperaba la muerte para la redención. Una nación, sin embargo, no puede dejarse matar: debe proteger a sus niños de los peligros que la acechan".

"El sermón de tu padre ha sido maravilloso"- relató Carlos que le dijo una oficinista del pueblo, "es uno de los más profundos que ha dado y una inspiración para todos. Debe usted estar muy orgulloso de él". "Lo estoy señora, lo estoy".

"Sin embargo"-le admitió a Max- "él tenía sus dudas".

Pedro predicaba amor pero aborrecía con pasión. Además, su vida sexual se hacía cada vez más brutal. Carlos miró una noche cuando obligó a su madre a tener relaciones y le tapó la boca para que no gritara. En otra ocasión, fue la paliza por ir al médico. Esta visita sería la razón de la ruptura entre padre e hijo, tanto en términos personales como ideológicos.

Carlos esperaba que su padre indagara más sobre los extraños contactos con el galeno. Tal como lo anticipó, Pedro preguntó inocentemente, como si nadie se hubiera enterado del golpe a la madre, por qué su madre había acudido donde el galeno "semita". Carlos fue al grano y le confesó que la idea había sido suya, porque conocía al doctor. "He estado conversando con él, Leopold von Dittel, que hace maravillas con el bisturí en los cálculos y me gustaría ser su asistente"- dijo el muchacho de una vez, sin darle más vueltas al asunto.

¿Pero no es von Dittel judío?"- preguntó Pedro alarmado. "Sí, padre, pero es uno de los buenos, no es comerciante, ni banquero, ni comunista"- respondió el muchacho. "Carlos, no hay judío bueno y mucho menos un médico. Son todos infames. Ahora entiendo por qué tu madre ha ido a consultarle".

El joven admitió haber sentido un frío en la garganta. Había conversado, le explicó a Max, con von Dittel y no se había percatado, al principio, de que era judío. Cuando se dio por enterado, ya había aplicado para trabajar como su asistente mientras haría su carrera en la universidad. Sin embargo, necesitaba su apoyo.

"Padre, a mí tampoco me gustan. Los odio como usted. Pero es una realidad que tienen una gran influencia en la escuela de medicina. Es mi única oportunidad". Pedro no quiso ceder.

Desde 1918 los precios venían subiendo de manera vertiginosa y el sueldo de un pastor apenas alcanzaba para alimentar a la familia. Los sectores medios eran los más afectados por la inflación y muchos culpaban al *Finanzkapital* judío por ella. Pedro se había

radicalizado aún más. "Ellos están creando monopolios"- decía. Sus amigos del partido nazi no le perdonarían tener contacto con ellos. Sin embargo, Carlos soñaba más con ser médico que caza judíos e insistía en un compromiso. "Prefiero verte muerto que trabajando para un *juden*"- terminó el padre la discusión sobre la carrera de medicina.

El joven se sintió defraudado. Aunque entendía el antisemitismo "quería que él pensara en mí primero y en los hebreos después"- le señaló a su amigo. Sin embargo, "no fueron así las cosas". Pedro escogió de manera egoísta y desde ese momento, su hijo no supo si odiaba más a los judíos o a los antisemitas enloquecidos. Empezó a cuestionar la supuesta supremacía de seres como su padre y perdió interés en la causa aria. "Me harté de tanta pasión y sentimientos negativos. Me di cuenta de que por ellos, se sacrificaba lo que uno más quería, sin importar las consecuencias. Había una falta de ética en todo el asunto, una discusión pausada de lo que era bueno o malo"- afirmó el hijo del pastor.

Ante el no rotundo, "tuve que buscar suerte". En el periódico de su pueblo había aparecido un artículo sobre colonias agrícolas en América Latina para jóvenes alemanes con iniciativa. Una de ellas estaba en Costa Rica y prometía brindar un gran futuro para los que asumieran riesgos: "Estos pueblos primitivos necesitan la inteligencia y habilidad alemana para sacarlos de la pobreza y la pereza. Sus poblaciones indígenas son vagabundas, atrasadas e inútiles para el desarrollo. Si usted es un hombre ario, viril, fuerte, que desea hacer fortuna, consulte con la Empresa Agrícola Intercontinental"- informaba el articulista.

Se añadía por declaraciones del presidente de la compañía, que el gobierno de Costa Rica ofrecería una serie de condiciones atractivas. Entre ellas, la adquisición de una buena cantidad de tierras, préstamos para maquinaria y oportunidades para conseguir la residencia y la nacionalidad. Los fundadores de estas colonias agrícolas debían pagar una suma a la empresa que tramitaría los permisos y "solamente tener deseo de triunfar y llevar la civilización a los lugares más primitivos"- decía el periódico. A diferencia de lo que había sucedido con su abuelo, esta vez las posibilidades de infraestructura parecían mejores.

El joven, a sus 22 años, optó por emigrar. Aunque Pedro se opuso al principio, "vas a fracasar igual que mi padre"- no tuvo más que ceder. La vida en Alemania, con su gran número de desempleados, miles de *hungerstudent* y profesionales en bancarota, no ofrecía mejores alternativas. Pedro no podía pagarle una carrera universitaria y las probabilidades se miraban mal. El viajero canceló la cuota de 50 dólares a la compañía que su progenitor esta vez sí facilitó y tomó uno de los barcos holandeses que iban para Costa Rica: el Colombia. El precio del boleto de tercera clase de 70 dólares le dejó apenas otros cincuenta de capital para iniciar su empresa agrícola en el Nuevo Mundo. "Cuídese mucho hijo mío y mantenga siempre en alto el nombre de la patria y no mezcle su sangre alemana con los indios de allá"- le dijo en la despedida.

El trayecto le permitió descubrir que más que los cincuenta dólares que llevaba, su atractivo físico era su capital. Aunque en su colegio religioso no tuvo novias, el joven practicó sus relaciones sexuales con campesinas del pueblo. Años más tarde, reconoció tres relaciones sexuales antes de ese viaje. "No era común en aquella época que los jóvenes lo hicieran antes del matrimonio". De ahí que el viajero no tuviera una idea clara de su atractivo. "Era

alto, rubio, ojos verdes, joven y así había cientos de miles en Alemania. No me consideré nada especial".

En el barco notaría la atención de las mujeres. Muchas damas europeas y latinas viajaban en el Colombia. El buque tenía una capacidad de 500 pasajeros y se dirigía a Curazao, Limón y Barranquilla. El periplo duraba tres semanas y tenía buena actividad social. El salón de baile era amplio y ¡sorpresa de sorpresas!, con espejos en todas las paredes. En cada uno de ellos el joven alemán encontraba ojos que se fijaban en él y lo hacían sentir nervioso porque no sabía la razón del interés.

"¿Tendré algo raro en el rostro?"- se cuestionaba. Aprovechaba un momento en que la banda tocaba una conga y la gente se distraía para mirarse en el espejo. "¿Qué veías?"- preguntó Max. "Miraba una cara asustada que no sabía a dónde iba. Un muchacho fracasado por culpa de los judíos. No veía nada más".

"¿Pero fue tu padre quien te impidió que siguieras la carrera?"

"Sí, en el fondo lo sabía en aquél momento y ahora lo sé mejor que nunca, pero no en 1922, no todavía".

La vida en la colonia de Miraflores fue otro revés. Los inmigrantes alemanes que llegaron con Carlos no estaban acostumbrados a trabajar en climas tropicales, lejos de los centros urbanos y sin infraestructura. Mucho menos conocían los suelos, los productos agrícolas, el mercado o la fuerza laboral. Una vez en el país y después de recoger sus dineros, la compañía había desaparecido del mapa. No podían entonces reclamar a un representante de la empresa y la única opción era el gobierno de Costa Rica. Pero éste tampoco podía hacer cumplir las promesas que hizo la compañía.

"Lo sentimos mucho"- dijo el secretario del Presidente a los inmigrantes alemanes, "pero nunca suscribimos un contrato en el que les daríamos las casas construidas y el agua potable o la electricidad y mucho menos, médicos en esa zona tan peligrosa. Si en San José la mitad de las casas no los tienen, ¿cómo vamos a poder dárselos a ustedes?". Les brindaron las semillas y los abonos iniciales pero nada más. "No nos construyeron ni las casas, ni las carreteras, ni nos brindaron el agua para los riegos"- le dijo a su amigo, entonces, "¿cómo íbamos a sobrevivir?"

El joven trabajó sembrando café pero pronto se dio cuenta de que las tierras del norte no eran apropiadas. Con el fracaso del "grano de oro"- optó por sembrar legumbres. La mitad de la primera cosecha terminó en los estómagos de una plaga de ratones de monte que inundó la comunidad. En el segundo, una sequía destruyó la cosecha. Optaría por sembrar maíz pero una epidemia de langostas lo acabaría. Los colonizadores se empezaron a ir hacia las ciudades. Carlos, por su parte, no estaba dispuesto a darse por vencido y le aseguró a su amigo que solicitaría un préstamo a sus compatriotas que vivían en San José y eran dueños de los ingenios azucareros.

"No sé qué harás vos, pero yo me quedo aquí hasta hacer que la tierra me alimente"- le dijo a Max.

XV

Max inhaló más humo del puro de marihuana antes de iniciar su narrativa. La noche estaba fresca y había tiempo para hablar. Le contó a Carlos que había nacido en Berlín, en la región de Brandeburgo. Desde su casa, construida en el siglo XVIII, situada en la histórica calle de *Under den Linden*, podía divisar la Puerta de Brandeburgo, el arco del triunfo alemán. Desde pequeño, tuvo contacto con lo mejor de la sociedad berlinesa. Su padre, el General del Ejército Gustav Gerffin, tenía las mejores conexiones y su madre procedía de una aristocrática familia de Baviera, pero él recordaba poco de ella. En las recepciones en su hogar, desfilaba la inteligencia alemana, entre ellos judíos de la Universidad Humboldt. "Mi padre era un general de la vieja guardia"- recordaba el berlinés. "No era tan furibundamente antisemita como el tuyo, pero tampoco los quería"- agregó. El joven tenía algunos compañeros judíos en la escuela, que estaba cerca del distrito de *Oranienburger Strasse*, centro de la comunidad hebrea.

Su padre se había separado y distanciado de su madre, Claudia Köner, después de un tórrido divorcio. Gustav llevaría a su mujer a la corte, la acusaría de infidelidad y algo aún más grave, de "habitar escandalosamente" con su profesora de Historia, Henny Sherman. No obstante, el juez le indicó que era imposible condenarla por este "crimen" ya que el artículo 175 del Código Penal solo se refería a la homosexualidad masculina. Optaron por acusarla de prostitución, lo que la hacía merecedora de años de prisión y perder la custodia de su único hijo.

La vida con el militar fue un martirio. El General vivía obsesionado con la guerra y terminaría devastado cuando Alemania firmó el armisticio con los aliados, lo que puso fin a la Primera Guerra Mundial. Como consecuencia, la nación heredó una gran deuda en "reparaciones" que él consideró "humillantes" para Alemania. Su hijo era otra preocupación. Gustav lo envió a una escuela y colegio militar y lo mantuvo bajo la más estricta disciplina. Un temor perseguía al padre: que no repitiera los pasos escandalosos de Claudia. Su objetivo, en la vida, era luchar por el armamento germano y una nueva oportunidad de saldar cuentas con los franceses, esta vez en manos de la nueva generación de alemanes, la de Max.

No obstante, un reporte del maestro de gimnasia del colegio militar desencadenó una crisis irreparable. Llamado a comparecer ante aquél, el padre temió lo peor. Una tarde oscura, encaró al mismo director del colegio.

-General Gerffin, le agradezco mucho que haya venido. Es para mí muy difícil tener que llamarlo y sacarlo de sus muchas actividades para contarle una triste noticia. Para ir al grano, tengo la obligación de comunicarle que la semana pasada encontramos al joven Max en actividades escandalosas en el dormitorio.

-¡Por favor, profesor Jensen, sea más específico!- apuntó el militar.

-Me da algo de vergüenza tener que ser más explícito. El muchacho fue encontrado en actos deshonestos con uno más joven que él. Usted sabe que su hijo tiene doce años pero está muy desarrollado para su edad y no es un niño. Como los demás se enteraron del escándalo, varios de los padres se han quejado de que tengamos a Max en este colegio. En vista de su

gran prestigio profesional y honor, quiero aconsejarle que busque ayuda para su hijo y lo traslade, sin hacer mucho lío, a otra institución, quizás menos rígida que ésta.

El General no pudo, esta vez, dar más que las gracias. Una nube negra se posó sobre su cabeza y alborotó las conexiones eléctricas. Su crío, a quien había tratado de disciplinar al estilo prusiano, repetía así la terrible aberración de su mamá. "¿Cómo era posible?"- pensó para sí, "que un niño separado a tiempo de su progenitora y educado para guerrero, inserto en las escuelas más rígidas en cuanto a disciplina, se tornara también en sodomita?"

El padre concluyó que algo malo debía heredarse de los Köner. Gustav lucubraba sobre la posibilidad de que la inmoralidad se colara por la leche materna, mientras caminaba como sonámbulo hacia el dormitorio de Max. Cuando entró en la habitación se abalanzó en su contra, le quebró tres costillas y no paró de darle patadas hasta que su hijo perdió el conocimiento. Cuando despertó, estaba de vuelta en su casa en Berlín.

Esa misma semana el General y su hijo fueron a una consulta con el doctor Magnus Hirschfeld. El galeno había ganado fama en Alemania por sus investigaciones sobre los uranios que pronto se conocerían como homosexuales. También defendía que el mal era hereditario, lo que tenía al militar convencido. De acuerdo con sus vastos estudios, el doctor consideraba que los homosexuales eran *zwischenstufen*, en limbo entre la masculinidad y la feminidad. A diferencia de muchos, Hirschfeld veía la homosexualidad como un problema hormonal de desarrollo y no un acto inmoral o criminal. Por ello había establecido el Comité Científico Humanitario, un grupo para informar sobre el tema y luchar contra la persecución de los homosexuales. Fue precisamente una carta de este Comité, publicada en un diario berlinés, la que orilló a Gustav a pedirle ayuda. El militar entró como un gatito al Instituto de Hirschfeld, esperando ser eximido de toda culpa.

En el despacho de Hirschfeld, ubicado detrás de una enorme biblioteca, y también con las paredes llenas de libros, el General se sintió como pocas veces en su vida, reducido.

-Doctor Hirschfeld he venido con mi hijo porque tenemos un problema muy grave. Tengo que confesarle que la madre de mi muchacho era homosexual y por eso hice que le quitaran la custodia de Max. La semana pasada me voy enterando de que mi hijo anda en los mismos pasos. No encuentro otra explicación para esta desviación que existe algo en la familia de mi mujer que transmita el mal. He venido a pedirle que salve a mi hijo.

-General Gerffin, me es muy grato tenerlo aquí en mi oficina y en mi instituto. Como usted sabe, he luchado, por muchos años, para repeler el Artículo 175 del Código Penal porque precisamente considero que la inversión sexual es hereditaria y no puede ser inculpada a quienes la practican. Mi teoría es que es producto de desórdenes hormonales y que poco podemos hacer para cambiarla. Sin embargo, existen casos de invertidos que son suficientemente masculinos y pueden, fácilmente, dejar su condición. Eso depende de la cantidad de hormonas femeninas que haya en su cuerpo.

-Me imagino que, en este caso, la herencia viene por la madre. Sin embargo, ¿cree usted entonces que pueda hacer de Max un hombre normal?

-No puedo prometerle nada. No sin antes hacerle un examen minucioso con el fin de establecer cuán "intermedios" son su cuerpo y su mente.

Max confesó que ingresar en la oficina de Hirschfeld fue uno de los peores momentos de su vida. El galeno le preguntó que si sabía por qué su padre había pedido la cita. El joven asintió para no tener que mencionar la fatídica palabra. Sin embargo, el médico no consintió en usar eufemismos.

-Tu padre tiene sospechas de que usted sea invertido y quiere que lo ayude.

-No es lo que usted se imagina, señor, si estoy aquí por lo que pasó en el colegio, eso fue un juego inocente- sonrió con falsedad el muchacho.

Estaba paralizado, y ni una sola palabra más pudo salir de su boca. Había vivido confuso desde hace años. Su padre, lo había arrebatado de su progenitora y, cuando se enojaba, le gritaba que ambos eran "degenerados". El joven no se atrevió nunca a pasar la invisible barrera que le prohibía indagar más. Por otro lado, sentía una atracción especial por los niños "desde los siete años"- le explicó a Carlos, lo que lo llevaría a tener masturbaciones con ellos y después, prácticas "más maduras".

A diferencia de su compañero de trópico, que nunca había visto un hebreo y cuyo odio fue transmitido por su padre, Max tuvo a los *juden* más cerca que nadie. Su antisemitismo no fue, entonces, nutrido por su padre, sino por la hostilidad hacia Hirschfeld, judío que asociaría con la humillación. El joven le narró a Carlos el suplicio que lo hizo pasar en el famoso instituto y por el que odiaba "a todos los de su raza".

"Como yo no podía hablar y estaba paralizado del miedo, Hirschfeld me pidió que me desvistiera. Quería, según él, hacer un análisis de mi cuerpo para descubrir 'anomalías hormonales'. De acuerdo con la cantidad de rasgos femeninos, me dijo, así eran mis posibilidades de recuperación". El galeno no le permitió dejarse la ropa interior. Lo primero que observó y tocó fueron sus órganos genitales.

"Tiene un miembro más grande de lo común"- fue lo primero que dijo.

"¿Es eso un defecto?"- doctor, le preguntó.

"Para nada muchacho, es más bien una buena señal"- le respondió.

Luego, pasó a los pectorales, el cuello, la boca, los brazos, las piernas y hasta midió el tamaño de los pies. Max le notaba la respiración agitada, como si no pudiera contener un deseo. Finalmente, le pidió que se volviera y le enseñara el trasero. Le hizo preguntas atrevidas como si se lo había entregado a algún hombre. "¡Jamás!".

"¿Está seguro de que no tiene el deseo de que un varón lo posea?"- me repitió.

"¡No, doctor!".

El narrador tuvo que detener su relato. La marihuana provocaba miedo y el tema se había puesto candente. Después de todo, no sabía cómo reaccionaría su amigo ante tal confesión, lograda en el medio de una selva tropical, lejos, muy lejos del lugar de los hechos. "¿Crees

que me estoy excediendo en las confesiones?"- le preguntó a Carlos. "No, hombre, no tengo problemas con el tema. Debió haber sido muy difícil pasar por ese examen. Créeme que lo entiendo porque mi padre era también un hombre agobiado por la sexualidad y nunca me gustó cómo la escondía. Considero que es un fenómeno del que se debe hablar y que no podemos juzgar a nadie, si no estamos en sus botas".

Según el paciente de Hirschfeld, las visitas médicas fueron "una pesadilla". El galeno le contaba las historias de muchos invertidos, quienes sentían deseos de convertirse en mujeres, "algo que nunca me pasó por la mente". Una vez le confesaría que él mismo gustaba hacerlo. Max no daba crédito a sus oídos. El doctor era un hombre viejo "de unos cincuenta y cuatro años"- de aspecto respetable, y no lo podía imaginar con ropa femenina. "¿Para qué lo hace?"- le indagó. "Pues porque creo que tengo más hormonas femeninas que usted. Fíjese en mi cintura y en mis caderas, ¿no las mira poco masculinas?" Max las miró, pero lo único que veía eran dos caderas gordas y flácidas. Le costaba pensar que otro hombre se interesara por su médico.

Después de varias citas, Hirschfeld consideró que su paciente tenía buenas posibilidades de "dejar" la inversión. El galeno le había mostrado figurines de hombres y de mujeres desnudas y había "medido" la reacción de su miembro ante ellos. De forma "científica"- copiaba observaciones y datos en la hoja médica. "Hoy le mostré el dibujo de una mujer atractiva y el paciente tuvo una buena erección"- apuntaría. Pero la mayor sorpresa fue cuando leyó, mientras el doctor hablaba por teléfono, escrita con su puño y letra que "el paciente es hijo de una homosexual femenina". Max no pudo contener su asombro y sintió deseos de quemar todo el local, inclusive a su médico. Ahora, finalmente, entendía por qué del divorcio, la separación con su madre y la obsesión de su progenitor.

"Creen que he heredado el mal"- se dijo para sí.

En vista de que el joven se excitaba con imágenes de mujeres desnudas, Hirschfeld optó por mandarlo a la "casa alegre" del distrito. Según el galeno, debía iniciarse sexualmente con una prostituta y olvidarse así de su condición. "Fue muy gracioso"- le dijo a Carlos, "ya que mi primera noche con una mujer fue mejor que la que usted recientemente me contó. La prostituta que era una mulata que había llegado de la zona del Rin, en donde los argelinos se habían estacionado en la Primera Guerra Mundial, fue de mi total agrado".

El narrador aspiró otro bocado de la droga, que por cierto era de gran calidad, y detalle a detalle continuó con la historia de su primera noche. "La mujer tenía unos senos enormes y unas caderas como nunca había visto. En el burdel se consumía opio, aunque de menor calidad del que se consigue en el Paso de la Vaca. Cuando me encerré con ella, un deseo lujurioso se me vino encima. Quería poseer a la mujer pero de la manera en que lo hacía en el colegio. Me le tiré encima y a punta de trompadas la hice mía. Fue una noche excitante porque la sangre, los gritos, la resistencia, me ponían más y más excitado".

El muchacho se sintió curado. Después de esta ocasión, inició una larga cadena de aventuras amorosas con diversas mujeres. Su atracción principal eran las muchachas oscuras, exactamente contrarias a él. "Es la atracción de los opuestos"- le explicaría a Carlos. El doctor estaba, por su parte, convencido de que Max no era un invertido. "Su hijo

es muy viril para serlo"- le confesaría a su padre. Sin embargo, Hirschfeld le recomendaría al General que no "tentara a Max en el Ejército ni en academias solo para hombres" porque podría obstruir su curación. La recuperación del "sexo normal" debía estimularse con la permanente exposición a las mujeres. Gustav no supo si sentirse feliz o traicionado. Si no podía seguir sus pasos en el Ejército, ¿qué curación era ésta? De ahí que perdiera todo el interés por el futuro de su hijo y lo mandaría a que hiciera el colegio lo más lejos que podía. El joven terminaría la secundaria en Munich, en el colegio *Geisela*. El hijo, por su parte, consideraría que Hirschfeld le había arruinado su vida.

El joven volvería a tener relaciones sexuales con varones antes de lo esperado. En este colegio tuvo como mentor a Peter Granninger, quien no pudo esconder su preferencia por el nuevo alumno. El maestro lo inscribió en el *Wandergovel*, movimiento juvenil alemán al estilo de los *Boys Scout*. Muchas cosas le atrajeron de esta organización. En primer lugar, era lo más parecido que había experimentado desde el internado: hombres jóvenes solos que acampaban y dormían juntos. En segundo lugar, encontraría un mundo homosexual que nada tenía que ver con lo que el galeno judío le había explicado. Finalmente, en una fiesta en casa de uno de los grandes patrocinadores, Wilhem Janzen, en 1922, conoció a Ernest Roehm, quien le enseñaría "la otra cara de la moneda".

Ernest, de 35 años, era, además de un apasionado antisemita, un misógino. Pensaba que las mujeres no podían aspirar al desarrollo intelectual masculino ya que "carecían de inteligencia". Su única función debería ser la reproducción. Sostenía la idea de que los judíos y otras razas inferiores eran "femeninos"- incapaces de compararse con la virilidad y la valentía de la nación teutónica. El futuro director de la S.A. alemana era masculino y detestaba el amaneramiento. Desde hacía años pertenecía a un grupo de derecha dentro del movimiento homosexual "masculino" asociado con Benedict Friedlander y el mismo Wilhem Janzen. Ambos hombres habían fundado, en 1902, el *Gemeinschaft der Eigenen* (La Comunidad de los Especiales), organización que se oponía a Ulrichs y luego a Hirschfeld en el asunto homosexual.

Según ellos, la homosexualidad no era una inversión del género y quienes la practicaban eran más hombres que los heterosexuales. Deseaban volver a la época griega con las parejas de amantes, en Tebas, Creta y Esparta, que luchaban y morían juntos. De acuerdo con su punto de vista, el cristianismo con su religión "amanerada" y "judía"- había degenerado y castrado a los pueblos teutónicos. Por medio de las organizaciones juveniles, Janzen pensaba reclutar a los jóvenes para su causa.

Ernest Roehm era amante de Peter Granning. Pronto lo convertiría en procurador de nuevos jóvenes. El hombre no era atractivo, tenía libras de más, un cuello pequeño, ojos chiquitos de "cochinito" y cicatrices en la cara. Sin embargo, su poder y conexiones eran vastos. Ernest había sido "reclutado" y "sodomizado" nada menos que por Gerard Rossbach, héroe y fundador del movimiento juvenil y el puente entre el Partido Nazi y el *Wandergovel*. Gracias a esta relación, pudo ayudarlo a establecer otra organización juvenil, Schilljugend, que con sus camisas caqui, llegarían a formar las famosas tropas de choque *Sturmabteilung*, conocidas después por su acrónimo, S.A. Ernest se unió al grupo terrorista Puño de Hierro y ahí trató de dar un golpe de Estado, por lo que más adelante tendría que escapar a Bolivia. Sin embargo, antes de huir, ayudó a convertir, en 1921, al Partido Obrero Alemán en el

Partido Obrero Nacional Socialista. A la vez, descubriría y promovería a un joven que, en los años de 1907 a 1912, Ernest decía que había practicado la prostitución en Viena, Adolfo Hitler. Sin embargo, no tenía evidencia.

El militar no confesaría intimidades de la relación con Hitler, pero le había dicho a Max que lo ayudó por "su gran atractivo". Después de todo, el líder nazi no podría ser solo uranio ya que tenía relaciones con mujeres, aunque todas terminaban mal. Ernest creía que él era coprófago y que también le gustaba el sadomasoquismo. Además, necesitaba un demagogo que atrajera las masas al partido nazi y el hombre sabía dar buenos discursos y mesmerizar al público. Max creía que podía haber algo más. El abogado personal de Hitler, decía Ernest, Hans Frank, era homosexual, y también lo eran Walter Funk, quien sería Ministro de Economía, y Herman Goering, segundo en el mando. Ernest ayudaría a Hitler a que consiguiera la presidencia, en 1921, del Partido. Sin embargo, Max estaba convencido de que el dinero y las conexiones con los industriales las tenía Roehm, no Hitler, y que esto era causa de "celos y rencillas".

Cuando Max conoció a Ernest, jamás pudo pensar que un capitán del Ejército le mostrara interés. El militar lo invitó a su departamento para conversar sobre el futuro de su país. Entre copa y copa y una buena dosis de heroína, se dio cuenta de que habría algo más. El político se excusó en medio de la conversación y le dijo que quería darse un baño porque al día siguiente tendría que partir a Berlín.

Mientras saboreaba una copa de brandy, su anfitrión salió con estrechos bóxers. El joven, que empezaba a sospechar sus intenciones, siguió bebiendo hasta que sintió una mano sobre sus partes íntimas.

"Usted sabe lo que quiero, ¿no es así?"- le preguntó mientras apretaba su virilidad.

"No, no sé lo que quiere, ¿por qué no me lo dice?"- contestó el muchacho.

"Quiero meterlo en mi cama"- fue lo único que manifestó.

De todas maneras, tenía, en su misma mano, evidencia del interés del muchacho. Lo abrazó y lo besó, cosa que el invitado nunca había hecho. El beso de un hombre era una sensación muy poderosa -confesó Max- ya que el contenido de la saliva era "más salada"- el peso y la extensión de la lengua "superiores" y se sentía "una gran fuerza" en la penetración.

Las sorpresas apenas empezaban. La recámara estaba llena de parafernalia nazi y de fotos de compañeros de tropa desnudos. Se impresionó al mirar la gran cantidad de líderes nacional- socialistas que, sonrientes, posaron sin ropa y con sus "armas" ante la cámara. Los retratos venían con leyendas, seguramente escritas por ellos. La foto de Karl Ernst, de la S.A. decía "Que este rifle te traiga recuerdos felices. Ahora tengo un cuarto de millón de hombres a mi disposición". "Nunca olvidaré el baño de sangre"- estaba apuntado en la frente del capitán Rohrbein, a quien el militar señaló como su antigua pareja. "Siéntate en este sillón solo para ti"- se escribió en el miembro de Herman Goering. "Ese se viste de mujer"- dijo Ernest. "¿No es, el chofer de Hitler?"- preguntó Max anonadado al ver a un

hombre con un descomunal miembro que recibía felacio de otro. "El mismo"- le respondió el anfitrión. Contiguo a estas fotos, otras más atrevidas mostraban fiestas de sexo grupales.

El dueño del departamento sacó de su armario un látigo de cuero negro, esposas de acero y dos sobres de cocaína pura. El joven nunca la había probado. El militar se la puso en la lengua para que sintiera cómo se le adormecía. "Imagínese cómo atrasa la relación si le pongo a la de abajo"- le manifestó. Max había visto suficientes fotografías para entender lo que debía hacer. Empezó, cegado por la lujuria, a darle latigazos, tantos que la sangre salía de la espalda y de las posaderas.

"Y así seguimos hasta el amanecer"- dijo el narrador, que quería terminar la historia porque sentía que había hablado demasiado. "¿Qué más hicieron?"- tuvo que preguntar Carlos ya que no podía quedarse sin el último detalle. "Te conté que nadie toca mi trasero, ¿o no?"- fue su respuesta.

La inserción en el mundo homosexual de Munich lo llevó a mirar una cultura que le era desconocida: el sadomasoquismo hiper masculino. Ernest y Max acudían frecuentemente al bar **Bratwurstglockl** en donde tenían siempre una mesa reservada. En este lugar no admitían "maricones" como se referían a los homosexuales femeninos. "Me sentí engañado por ese judío de mierda de Hirschfeld, que me hizo creer que todos eran afeminados"- explicó Max. Desde ese momento, lo culparía por haberle enseñado un mundo homosexual falso. Paralelamente a los invertidos que gustaban vestirse de mujer y se sentían "almas femeninas" atrapadas en cuerpos de hombres, existía un paraíso de hombres viriles. Hasta publicaban una revista, **Der Eigene**, que mostraba a hombres imponentes y bien dotados y acusaba a Hirschfeld de engañar al público y hacerlo creer, para ganarse su simpatía, que los homosexuales eran inversiones del género.

"He aquí el problema de mi relación con Ernest"- admitió el narrador. "Me había enamorado de él pero no quería serme fiel, me decía que había muchos hombres que disfrutar, que la vida era corta y que nunca se sabía cuándo terminaría". Berlín, a la que acudían frecuentemente, era en los años veintes un paraíso homosexual, con numerosos bares, como **Eldorado**, en que cada noche se podía escoger un nuevo ligue sexual. "Fueron años de absoluta lujuria y miles de hombres los que desfilaron por mi cama"- comentaría con nostalgia.

No obstante, en 1923, las cosas se complicarían. De acuerdo con Max, Ernest había usado, el 1 de mayo, las tropas S.A. contra los obreros de Baviera en un intento de golpe de Estado. Fue derrotado por el ejército y tuvo que renunciar. Hitler temía que si Ernest continuaba en Alemania, perdería el apoyo de los sectores militares de derecha. Le sugirió que se fuera a Bolivia y que llevara a Max a Costa Rica, un país totalmente insignificante en la diplomacia germana, pero bueno como trampolín para el futuro. Aunque la ciudad de San José era de unas cincuenta mil almas, cuando llegó en 1925, existía un mundo para satisfacer sus múltiples apetitos.

Uno de ellos era su adicción a la heroína, droga que ayudó a importar por medio de las compañías farmacéuticas alemanas. Él calculaba que llegaría a surtir a casi 23 boticas, principalmente en el sector obrero de Barrio México y del Hospital San Juan de Dios.

Exportaba, también, grandes cantidades a Panamá. A pesar de las campañas para coartar su venta, el negocio prosperaría gracias a la participación de otros importadores y boticarios. El precio de un sobre de un cuarto de gramo se vendía a un colón mientras el salario de un obrero era de cuatro colones diarios. Aunque caro, Max había logrado que un 10 por ciento de la clase obrera se iniciara en el consumo.

Con respecto a las mujeres, el diplomático pudo encontrar, en Limón, una réplica casi exacta de su primera relación. Ahí conocería a Lady, una mulata de grandes senos y posaderas que sería su amante durante los primeros años. La compañera le serviría de socia en el comercio de la droga pero luego se daría cuenta de "que me robaba para huir con un negro de Limón y tuve que despacharla". Para dar una imagen de legitimidad a sus ingresos, optó por pedir trabajo en la Secretaría de Transportes y ayudar al gobierno de Costa Rica en asuntos de construcción de carreteras, lo que lo había llevado a la colonia de Miraflores.

Carlos quiso saber qué había pasado con su vida homosexual. "Costa Rica no es tan atrasado como parece"- le respondió. Max le contó que había descubierto algunos bares en la zona del Paso de la Vaca, uno de los sectores obreros. Sin embargo, los homosexuales eran más que todo del tipo "invertido" y no se encontraban "hombres hombres"- como los llamaba. Los únicos más abiertos eran los amanerados. A los bares josefinos, acudían generalmente oficinistas, peluqueros, maquilladores, empleados de almacén, quienes usaban pronombres de mujeres. Cuando cerraban las puertas, "se vestían de mujer" y ahí había iniciado la relación con Susanita, un homosexual con el que "Hirschfeld estaría feliz de encontrarse". "Es toda una dama y la trato como una mujer porque creo que estos tipos sí tienen desórdenes hormonales".

Aunque la vida social era activa, jamás tan abierta y liberada como en Alemania. Por esta razón, Max debía hacer lo posible para ir más frecuentemente a Berlín. "¿Pero no te da temor ser visto en estos lugares de mala muerte?"- preguntó Carlos. "La verdad es que no. Mucha gente de la alta sociedad los visita también"- afirmó. Según él, había encontrado ahí a señores del gobierno y hasta del Ministerio de Relaciones Exteriores. Si la policía ingresaba, se le pagaba una "propina" y los dejaban en paz. Algunas autoridades eran también clientes asiduos.

Al finalizar la historia, Carlos quedó extasiado. Nunca se imaginó que en medio de una zona tropical, en tan lejano lugar, llegaran las intrigas del poder del país más poderoso de la tierra. Fumó un último cigarrillo de marihuana y le dijo a su amigo: "Te deseo lo mejor, pero ten mucho cuidado".

Al día siguiente cada uno tomaría un camino diferente. Carlos a pedir dinero prestado y Max, de regreso a la Legación Alemana en San José.

XVI

Carlos se presentó en las oficinas de Marco Mikaus, acaudalado alemán que había hecho su fortuna con la exportación de azúcar. Para 1920, el pequeño sector de comerciantes alemanes había logrado obtener más de la mitad de toda la producción. A la vez, había incursionado en la banca y en el café. El agricultor solicitó un préstamo de 500 dólares que era, en esa época, todo un capital.

-Sé que no se decepcionará de mí, le digo con sinceridad, don Marco. Soy hijo de pastor luterano, honrado y trabajador. Simplemente es que el gobierno y la compañía no cumplieron con lo que prometieron- imploró el joven mientras observaba con angustia al azucarero.

-Lo siento mucho, Carlos, pero es que han llegado muchos compatriotas nuestros a pedir prestado. Ninguno ha cancelado lo que les hemos adelantado y dicen las malas lenguas que se lo han tomado en cerveza. Me doy cuenta de que la tierra no es como la nuestra y que hace un calor terrible, pero no es tampoco razón para que terminen bebiendo como latinos- sería la respuesta. Mientras se aprestaba para retirarse, una joven ingresó en la pequeña oficina para ofrecerles un café.

-Le presento a Yadira Sánchez, hija de mi socio- remarcó Marco.

El hombre sintió una mirada similar a las que vio en el espejo del salón de fiestas del Colombia. Desde que vivía en la colonia agrícola, sus relaciones se habían limitado a campesinas de la zona. Los alemanes tenían un bar al que llegaban personas de la comunidad a compartir unas cervezas y buena música. En algunas ocasiones, algo más. El joven apenas tenía tiempo para la diversión y sus relaciones habían sido esporádicas. Sin embargo, en la colonia se decía que muchas querían casarse con él. También que durante el primer año, un repertorio de chiquitos claros y rubios había nacido entre los campesinos. "El Señor nos está bendiciendo con angelitos del cielo"- decía el sacerdote del pueblo. El médico, por su parte, era más pesimista: "El diablo nos está llenando de putas".

La ojeada de la hija de don José Sánchez mostraba un interés algo intenso. La dueña de esos ojos diminutos era blanca, pelo negro, bajita y coqueta, una mujer que no llamaría la atención en la calle.

-Mucho gusto Carlos, ¿qué hace usted por aquí?- le preguntó con picardía.

-Vengo de Miraflores- replicó mientras la miraba a los ojos.

-He oído que es un lugar muy "guarero"- según el correo de las brujas- le dijo con una sonrisa.

-No crea en cuentos- dijo el hombre en un buen español- somos trabajadores pero no nos ha ido bien.

-¿Y cuál es la razón de su visita?- indagó con interés.

-He venido a pedir un préstamo- respondió bajando la mirada.

-Don Marco no es prestamista y no sé cómo le ha respondido, pero lo invito a que nos visite antes de irse, sé que a mi papá le encantará conocerle- dijo la muchacha, que se despidió y salió de la habitación.

-Como le iba diciendo - retomó don Marco la conversación- no estamos para préstamos pero le aconsejó que trate a mi socio, el padre de mi secretaria, que es más osado para los negocios- le dijo mientras se levantaba de la silla para mostrarle la puerta.

-Ni tiempo me dio para tomarme el café- se dijo Carlos antes de despedirse.

En el hogar de la hija de don José, las cosas serían distintas. La muchacha estaba interesada en el agricultor y él en su dinero. El padre de ella, en casarla. "Mamá, me gusta ese hombre, ¡es bien atractivo!"- exclamó Yadira cuando oyó que tocaban a la puerta. "Remedios, fíjese quién es y me avisa para que baje a la sala"- le dijo a la criada. "¿Piensa usted que le guste?" "Sí, hija mía, eres una muchacha preciosa y de excelente familia, ¿cómo no le vas a gustar?" La joven corría por toda la habitación para buscar un traje apropiado. Se puso uno de algodón blanco con un sombrero pequeño de la misma tela y color. Se miró en el espejo, se pintó los labios con un rojo más fuerte y se puso más colorete en las mejillas. La criada entró a comunicarle que su visita había llegado.

-Señora, parece un ángel de hermoso. Nunca había visto a un hombre más atractivo en mi vida. ¡Qué afortunada!- la felicitó la empleada.

-No me hable babosadas Remedios, parece una gallina clueca, tráigame el perfume de la mesita y la toalla que está en la cama debajo del mosquitero- le dijo con impaciencia.

La criada hizo lo solicitado y salió a contarle a la cocinera, al jardinero y a las otras dos empleadas, que había llegado el Arcángel Gabriel a visitar a la señorita.

El agricultor germano no sintió más que una leve y casi ingrátida atracción. Le parecía, a pesar de su linaje, una mujer inculta. Le molestaba la facilidad con que expresaba sus sentimientos, tanto la risa como la cólera. La joven podía pasar, en términos de segundos, del sentimiento más hermoso al más diabólico.

-¿Cree usted, Remedios, que ese hombre me ame?- le preguntó a la criada con inseguridad.

-Sí señora, ¿quién no se enamoraría de una señorita tan buena?- le dijo mientras pensaba por dentro: "¡Oh bruja más tonta! ¿No se da cuenta de que ese hombre es demasiado para ella? ¡Le va a poner los cuernos a diestra y siniestra!"

El inmigrante, por su parte, aún tenía presentes las últimas palabras de su padre: "No mezcles tu sangre con la de los indios". Más pudo el interés y la necesidad. Carlos y Yadira se casaron en una ceremonia en la Catedral de San José, el 24 de enero de 1927.

El hombre se veía imponente en su *smoking* negro, corbata gris y un sombrero de copa que contrastaba con su cabello rubio y brillante como el sol de la mañana. La gente que pasaba por el parque no podía dejar de mirarlo. Cuando sonreía, las muchachas se codeaban y se pellizcaban como tontas. "¡Qué dichosa la que se casa con ese galán!"- se oía decir en las filas de los convidados que abarrotaban la iglesia. Cuando Yadira ingresó, con un precioso vestido francés de seda y algodón blanco, con una larga falda incrustada de perlas, los comentarios eran para su vestido. "¡Qué traje más divino!"- exclamaban sus amigas y agregaban con envidia: "Lo trajeron de Panamá porque aquí no se consigue algo tan hermoso".

La ceremonia sería calurosa, era un día de verano. El novio hubiese querido que terminara más rápido y finalizar con tanta pompa. Al salir del templo y saludar a sus invitados, un sudoroso Carlos no pudo dejar de observar que dos hombres extraños se reunían en el parque. Vestían trajes oscuros y tenían largas barbas.

- ¡No puede ser que los judíos hayan llegado a este país!- se dijo a su fuero interno.
- Padre, ¿quiénes son esos hombres?"- preguntó al sacerdote.
- Son polacos- respondió a Carlos que los miró y no pudo controlarse.
- ¡Malditos!- fue lo único que pudo decir.

Carlos pensaba que no eran el uno para el otro. "Nunca debí casarme con ella y hubiera sido mejor haber esperado más. Me dejé llevar por la necesidad"- le admitiría luego a Max. El matrimonio lo ayudaría a obtener el dinero, no para sacar adelante su finca sino para abrir un negocio de importación de ropa en San José. "Lo único bueno que me dejó la boda sería el conocimiento de que se necesitaba una tienda bien fina para las clases pudientes. ¡Haber importado el traje de novia de Panamá costaba toda una fortuna!"- reconoció el antiguo agricultor quien "no sabía nada del tema". Venía del campo alemán y no entendía ni gustos ni modas. No obstante, las clientas le enseñarían sobre los deseos de las mujeres ticas de la alta sociedad.

"Mi almacén empezó mal porque mi primera orden de ropa femenina era muy 'masculina', o sea vestidos de colores pasteles y rígidos. En ese tiempo, estaban de moda los sacos para las mujeres y las corbatas al estilo de Greta Garbo. No vendí uno de ellos. Cuando doña Paquita de Elizondo llegó a probarse uno, me daría la lección de mi vida"- le confesaría con una sonrisa a su compinche.

"Era una mujer de más de cuarenta años y, para la época, toda una matrona"- agregó. Sin embargo, se había casado con un gamonal y Teniente de Ejército que le doblaba la edad. Pronto empezaría los rumores de que la mujer gustaba de los peones jóvenes en la hacienda de café. Cuando eran las famosas "cogidas" del grano, Carlos creía que Paquita no se perdía una. "Mi amor, voy a la finca a supervisar la mano de obra"- le indicaba a su esposo y desaparecía por tres días.

Viajaba frecuentemente a Nueva York y a París, de donde traía los últimos gritos de la moda. "Las malas lenguas decían que Paquita no estrenaba los vestidos porque se la pasaba en la cama con los botones de los hoteles"- le contó a Max. Sin embargo, la damisela tenía una gran fortuna y establecía lo que se usaba en el pueblo de San José. Cuando asistía al Teatro Nacional, las jovencitas ricas josefinas copiaban sus modelos y les pedían a sus padres que les compraran vestidos "iguales a los de Paquita". "Papá, fíjese bien en ella para que sepa qué traerme de Inglaterra"- se oía en el vestíbulo del Teatro Nacional.

Carlos compartiría con Max el secreto del día en que Paquita entró a **La Verónica** a examinar la ropa. Se probó varios vestidos y ninguno le gustó. Buscó una cartera y le enseñaron una de "cocodrilo salvaje". "¡Salvaje es el precio que cobra!"- le dijo a la dependiente. Sin embargo, aunque no le atrajo la mercancía, sí otra cosa. Aprovechando que la empleada había ido a buscarle un té en la panadería de al lado, "la mujer me llamó al vestidor"- le confesó a Max.

-Carlos, quiero enseñarle el capricho de la mujer de Costa Rica porque usted no lo conoce bien- dijo desde el cubículo.

-¡Claro que sí, doña Paquita!- respondió al mirar por la puerta entreabierta que estaba desnuda y pensaba que aunque no era joven, mostraba unos senos redondos y parados, unas buenas piernas y una boca ardiente como un volcán.

-¡Pase, don Carlos, está usted en su casa!- le dijo al alemán que no pudo hacer otra cosa que sonreír mientras cerraba la puerta del vestidor.

-¿Qué quiere de mí doña Paquita? Estoy para servirle- Enséñeme el gusto de las mujeres ticas- le respondió mientras le tocaba el busto.

-Don Carlos, nosotras somos coquetas de nacimiento y nos gusta lo femenino. No me compre más vestidos de saco, ni corbatas, ni pantalones abombados y ahora béseme porque me muero por tenerlo- le indicó la señora al tomarlo entre sus brazos.

Carlos se fijó en un uno y otro espejo y se miró desnudo con una mujer que podía ser su madre.

"Con las visitas de la dama, mi negocio empezaría a prosperar"- le confesaría a Max. No obstante, su mujer no estaba del todo feliz.

-No compro nada que Paquita no apruebe- le decía Carlos a Yadira- Esa mujer es una experta en modas y me da buenos consejos.

-¿Y qué más te da?- preguntaba ella con sorna.

-Nada. Soy yo quien le da buenos regalos- respondía encolerizado- Uno de ellos, por cierto, es apoyarla en que abra un negocio más barato, algo como el que usted quiere- le agregó.

-Estoy segura de que Paquita sabe mucho más que cualquiera. Se rumora que imparte sus conocimientos a varios peones de la finca- dijo ella con ironía.

-Aunque me ha confesado que el agradecimiento de ellos no es tan grande como el mío- le respondió Carlos para hacerla rabiar.

El hombre empezó a hacer fortuna con los vestidos. Sin embargo, su relación con Yadira lo desesperaba ya que se "aburría como una ostra". Decidió, entonces, iniciar estudios de medicina en México. Se iría para ese país en 1930. Dejaría las tiendas en manos de Paquita y su mujer. Al final, las dos harían las paces y trabajarían juntas en el Comité en Pro de la Nacionalización del Comercio. En 1934 regresaría con el título de médico cirujano de la Universidad Nacional Autónoma de México. Allí se toparía con su antiguo amigo Max.

-Fue un respiro para mí arrancarme por cuatro años a esa mujer- le confesaría mientras tomaban una cerveza en el bar del Club Alemán.

-Su padre estaría orgulloso de usted- le dijo su amigo que, por su parte, había ido a visitar a sus compinches en Alemania y acababa de regresar al país-. Necesitamos médicos en Costa Rica y la comunidad alemana, apoyo en estos tiempos difíciles. Ven a nuestras reuniones del grupo nazi que sé tu padre aprobaría de todo corazón. Estamos ante una invasión de judíos de Polonia y no podemos cruzarnos los brazos- le terminó diciendo.

Max Gerffin se había convertido en un leal servidor de la Alemania nazi. Costa Rica tenía cierta importancia para el III Reich por su situación estratégica cerca del Canal de Panamá.

En caso de un conflicto, los alemanes podían contar con comunidades amigas en este país y sabotear las comunicaciones. Algunos especulaban que podría convertirse en un puente para tomar el control de esta importantísima vía marina. De ahí que Gerffin hubiera venido con órdenes específicas de neutralizar la posición del gobierno costarricense en un posible conflicto con los Estados Unidos.

Esa misma noche los dos antiguos camaradas asistieron a la primera reunión nazi en el Club Alemán, centro social, desde 1890, de esta comunidad. Entre los compañeros de mesa estaban prominentes hombres del mundo de los negocios: dueños de librerías, ingenios de azúcar, bancos y de seguros. Max lo introdujo como un convencido nacional socialista y amigo directo del líder del partido, "ya que él y don Pedro, su padre, estuvieron entre los fundadores". Carlos agradeció la invitación y admitió que no sabía mucho de don Pedro porque él no era buen escritor de cartas. No obstante, estaba seguro de que apoyaría "de corazón" a este pequeño grupo nazi en Costa Rica. Al dedicar un brindis a Hitler, miró el reflejo de la mesa en el espejo que estaba detrás del bar y una sombra que abrazaba a Max.

En la reunión se trataron temas diversos. El grupo nazi daría prioridad a la lucha en contra de la migración judía y buscaría su expulsión de Costa Rica. Al mismo tiempo, debían apoyar a los sectores que se oponían al liberalismo de Ricardo Jiménez, principalmente a León Cortés que era un gran amigo de Alemania. Algo muy importante sería continuar patrocinando al Diario de Costa Rica, "un aliado de los alemanes" y enemigo acérrimo de los judíos. "Tenemos que cuidar que don Otilio Ulate, su director, no se nos mariposee a una posición pro norteamericana"- les dijo Max. "Él es un hombre que sabe muy bien el peligro que representan los judíos y la necesidad de combatirlos"- agregó. Finalmente, buscarían alianzas con las comunidades española e italiana para apoyar al General Franco y presionar para que el gobierno de Costa Rica, igual que los otros países centroamericanos, rompiera con la República Española y reconociera al gobierno nacionalista.

En vista del gran trabajo, el alemán propuso que fundaran una ala femenina para que ellas "prepararan los cafés y las comidas del comité y redactaran las cartas y los panfletos". Yadira fue electa directora por unanimidad.

"Muchas gracias, es uno de los días más felices de mi vida. Tengo ganas de llorar"- dijo la mujer. Sin embargo, una fulminante mirada de su marido le hizo saber que no aprobaba estas cursilerías. Aún así, no pudo dejar de hacer un pequeño discurso:

Como costarricense es un honor dirigir el ala femenina del partido nacional socialista en nuestro país. Creo que todos compartimos el mandato divino de construir una comunidad en donde la raza y la religión sean sus baluartes. Hemos sido bendecidos por no haber tenido muchos indios en nuestro país y que nuestra población sea blanca y europea. Eso nos hace diferentes del resto de los países centroamericanos. Tenemos, eso sí, problemas similares a los de nuestra otra patria, Alemania. A la par nuestra viven poblaciones mestizas y salvajes como los nicaragüenses que son como los polacos para ustedes. Creo, eso sí, que nuestros principios deben ser pacíficos y no violentos, porque esto es señal de civilización.

Carlos se percató de que algunos de los miembros del grupo se codeaban cuando Yadira mencionaba que "los ticos eran blancos y europeos"- pero se quedó callado. Aunque la población fuera más "blanca" y europea que en el resto de la región, no era un secreto que se había mezclado con indígenas y negros y que para los arios alemanes, no era nada "pura". No obstante su aparente solidaridad, no se sentía más a gusto con Max. De la misma forma que su padre, él tenía dos caras. Por un lado, despotricaba contra los mestizos y los "cruzados con monos" como él los llamaba y por otro, era harto conocido que vivía con una mulata de Limón. No la llevaba a una reunión del Club, pero sí se le veía con ella en los lugares públicos como el Cine Adela, algo retirado del centro.

También decían por ahí que el hombre "no salía de los prostíbulos de San José" y que le gustaba todo tipo de prácticas extrañas. Una de ellas era precisamente levantarse homosexuales de los bares del Paso de la Vaca. Según una amiga, se le veía con Susanita, un homosexual que trabajaba en una tienda de modas. Algo de verdad podía haber en ello porque sentía que el líder nazi tenía un interés especial en él. Algunas veces cuando se bañaban en la piscina del Club, había sentido su mirada en sus partes íntimas. En los vestidores, notaba por los espejos al varón observándolo.

Por todas estas razones, Carlos no le dio mucha importancia a su vida política. Sus actividades se dividían entre su práctica médica, los negocios y las ocasionales reuniones en el Club Alemán. Él apoyaba las iniciativas contra los judíos pero dejaba a Yadira que lo representara en las actividades porque tenía poco tiempo disponible. Últimamente ni siquiera estaba en el negocio. Sin embargo, esa mañana de mayo de 1934 no faltó y tuvo "ese presentimiento de que algo iba a suceder".

A las tres de la tarde, "ni un minuto más, ni un minuto menos"- una muchacha con una niña se paró a mirar los vestidos en la ventana. Carlos no las notó por un buen rato. Vestían muy pobremente y podían ser de las muchas campesinas que miraban las vitrinas para no comprar nada. Prefirió estudiar los pedidos que debía hacer a Nueva York. Tenía que tener cuidado porque muchos negocios estaban quebrando y a veces se hacían transferencias bancarias para enterarse luego de que estos bancos habían dejado de existir. No obstante, no pudo concentrarse. Dejó las cuentas sobre su escritorio y volvió a mirar hacia afuera, un reflejo casi mecánico en los dueños de almacenes. Las féminas seguían frente a la vitrina y al volver la vista, miró su reflejo en el espejo de la ventana. Una de las ellas por unos pocos segundos lo vio y las miradas se entrecruzaron.

Un escalofrío le recorrió la espalda. "Nadie, jamás, lo juro, me había mirado así"- escribiría en una carta. Carlos salió agitado del negocio.

-Señorita, ¿se le ofrece algo? ¿Puedo atenderla?- preguntó nerviosamente a la joven que no le entendía

-*Can I do something for you?*- No había respuesta.

¿Pero de dónde podía ser esta muchacha que tenía los ojos más hermosos que había visto?- pensó para sí.

-¿Entiende alemán?- reiteró

-Un poco- le respondió en *ídish* la muchacha.

-¿Cuál es tu nombre y de dónde vienes?- insistió.

-Vengo de Polonia y me llamo Elena, señor. Ayer llegué- le dijo mientras alzaba la mirada.

-¿Y qué hace aquí?- le indagó con dulzura.

-Me vine a vivir ya que mi padre está desde hace años. Me imagino que nos quedaremos por mucho tiempo- respondió Elena mientras la otra niña se incomodaba de la situación. Quería proseguir su camino y jalaba la falda.

- Tiene una ropa muy linda en la ventana señor, en mi pueblo vendía también vestidos- le dijo al hombre que no oía nada más y se había quedado en algún lugar entre una palabra y otra, escondido entre las sílabas y en el espacio musical que se creaba cuando abría su boca.

-¿Cuáles vestidos?- respondió alelado mientras miraba un rostro demasiado hermoso para mirarlo más que unos segundos.

No pudo indagar más. No era justo lo que le estaba pasando. No sabía qué hacer.

-¿Te puedo acompañar a tu casa?- preguntó con ansiedad.

-No se moleste, voy para el Mercado Central en dónde mi padre tiene una tienda- sería la respuesta que él no podría respetar.

El hombre la acompañaría sin poder dejar de mirarla. No podía controlar sus ojos. Para no incomodarla, la espiaba por los espejos de las otras tiendas. En una carta que le enviaría luego confiesa no acordarse cuánto duraría el camino desde su negocio al Mercado. Eran unas siete cuadras de distancia y un periplo desde la oligarquía cafetalera hasta el pueblo pero ese día "el tiempo se hizo más extenso". En la calle, hombres y mujeres los miraban de reojo. De un momento a otro, la ropa parisién y los artículos importados habían desaparecido. Las tiendas se iban tornando más populares. "Buenos días, don Carlos"- lo saludaba Pepe, el español dueño de la botica. "¡Salúdeme a su suegro!"- le dijo la dueña italiana de la zapatería. Carlos solo oía el cuento de las moras en los bosques polacos.

Llegaron al Mercado Central. En cientos de *chinamos* baratos se asomaban los juguetes de los pobres, los animales domésticos, las bolsas para chorrear el café, las escobas, muchas de ellas, las candelas blancas y de colores para los santos y los maleficios, la comida para los chanchos y las gallinas, lavanda para atraer la buena suerte, los pétalos de rosas y raíz de manzano para el amor, la madre selva para las depresiones, el jazmín para aumentar el amor propio, la artemisa para inspirarse, el café y las frutas como la sandía, la piña, la guayaba, la mora, el nance y los jocotes, y las carnes de res, de cerdo y de pescado. Los olores eran intensos. La canela, la vainilla, el jengibre, el limón y el pescado competían por las narices de los miles de clientes.

"¿Le puedo ayudar en algo? ¿Qué busca? ¿Qué quiere? ¿Qué se le ofrece? Vea y pase adelante"- se oía por todo lado, el himno fenicio del mercado. Mujeres y hombres que vendían de todo. Comerciantes como ellos que compartían la segunda profesión más vieja.

"¡Santo Cielo! ¿De dónde ha salido este semental?"- exclamaba la vendedora de gallinas. "¡Ésos son los mejores huevos que he visto!"- agregaba como piropo. El comerciante de quesos pegaba un grito: " Mi amor, ¡qué leche más pura le dio su madre! ".

El vendedor de aguacates no se quedó callado: "Tengo una semilla igual de dura". "Pepe, mire a la mujer que viene con ese gringo"- le indicaba el del puesto de tapas de dulce al de

los chayotes. Cuando pasaban por ahí, el comerciante le ofrecía a la muchacha su amor eterno. "Mi corazón es como este chayote, le decía, duro por fuera y tierno por dentro". La vendedora de bananos sería la más atrevida: "Machito, ¿dónde compró ese racimo que lleva en su bolsa?" Los dueños de los *chinamos* se asomaban para averiguar el por qué de tal alboroto que parecía la entrada del mismo Jesús al templo.

"¿Pero qué diablos pasa?"- le preguntó la vendedora de ropa de chiquito a la de las sombrillas. "Es que viene una pareja que dejó como locos a todos estos degenerados".

En los sinuosos caminos del Mercado, pronto los olores se deterioraron. Estaban llegando cerca de los excusados y los orinales. Una fila de huecos, sin otra cosa que la carbolina para atenuar el olor, servía de alivio para los clientes. "35 centavos el turno y 10 centavos el papel"- decía el rótulo. Desde adentro se oían los gritos de una clienta: "¡Santa María, se me fue la cartera en el hueco, necesito ayuda!"

Las tiendas vecinas eran las más pobres y las menos concurridas. Sin embargo, sus vendedores no eran menos románticos. "Mamacita, con usted cerca no huelo más que perfumes"- le dijo el dueño de la carnicería. La mujer de los pescados no se iba a quedar callada: "Papito de mi vida, macho rico, venga y lo pelo todito". La tienda de David quedaba exactamente en dirección diagonal del orinal y enfrente de la de los inciensos y remedios naturales.

Carlos no debía acercarse más. Sin embargo, el padre de Elena se percató del acompañante. A pesar de que lo habían visto, no pudo contener su emoción: "Señorita, tengo que volver a verla. No me diga que no porque no podría resistirlo". Esto era nuevo para él: un deseo que le brotaba sin control y que lo ponía, por vez primera, ante la merced de una chiquilla de catorce años, un hecho inusitado.

"Le digo que no. Mi padre me está viendo con cara de horror. Si lo volviera a ver, me echaría de la casa y de este país. Diría *quadish* en mi memoria y nunca me perdonaría.

¿Para qué vamos a invocar a los demonios?"- fue la respuesta.

"¡Que nos lleve la trampa!"- murmuró Carlos.

Cuando regresó, hipnotizado, a su negocio, lejos del Mercado y de los pobres, de los malos y de los buenos olores, el hombre estaba en un conflicto terrible. La muchacha no podía tener solo 14 años, pensaba, era más vieja de lo que parecía. Debía ser una mujer que había reencarnado y venía desde lejos, tan lejos que nadie sabía su origen. Pero, ¿de dónde la sensación de cercanía? No le dio permiso para visitarla pero no importaba, conocía la tienda de su padre. Iría todos los días hasta que explotara algún volcán, se inundaran los ríos o se viniera otro terremoto como el de 1910.

"¡Maldición, Dios mío!"- repetía. "¿Tuvo que enviarla judía?"

XVII

La llamada desde La Paz entró, como siempre, el lunes a las diez de la noche. Max estaba solo a esa hora en el Consulado, sin nadie que pudiera escucharlo. Su socio le había advertido que había oídos hasta en la taza del baño y que debían cuidar sus conversaciones.

El tema principal estos días era las transacciones comerciales que no calzaban. El cargamento de cocaína que se había enviado a Panamá mostraba un peso menor del que se reportaba en San José. Ernest tenía sospechas de que alguien se había dejado una tajada de los dividendos. En vista de que los cargamentos se enviaban desde Bolivia vía Limón, el problema parecía ubicarse en ese puerto. "Están reportando a San José una cantidad menor de la mercancía de lo que he enviado. Alguien se ha dejado de un 10 a un 15 por ciento en ese puerto"- le informó. Max no estaba tan seguro. "A veces tenemos que dejar un poco en manos de los aforadores aduanales para que se hagan de la vista gorda"- le contestó. Sin embargo, le prometió que investigaría el asunto.

El diplomático en Costa Rica quiso saber, además, qué había pasado con las conversaciones con Hitler. "Quiere que vuelva a Alemania y le he dicho que lo pensaría"- fue la respuesta de su socio. Ernest estaba haciendo una fortuna con la cosecha de coca en Bolivia, la que exportaba a Panamá para ahí comprar opio y heroína, los que distribuía, a su vez, en toda la región.

De ahí que no estuviera convencido de que regresar sería una buena idea. El negocio de la droga era "políticamente correcto" porque se había logrado bajar los costos y hacer la heroína más accesible a los sectores obreros, tanto en los Estados Unidos como en Latinoamérica. "Una forma de lucha contra el comunismo"- decía el militar. Sin embargo, Max, antes de colgar, le advirtió que la prensa costarricense, azuzada por los Estados Unidos, hacía un escándalo diario sobre la adicción a la heroína entre las clases obreras y que debían "cuidar sus espaldas".

La única persona con acceso a las cuentas del empresario era Lady, la amante mulata. Como era costumbre de Max y Ernest, nunca hubo división entre el sexo y los negocios. Ernest le había enseñado que ningún hombre de confianza llegaba a los estratos superiores de la S.A., sin antes pasar por su "inspección". Además, el ex capitán del Ejército había descubierto un gran aliado en la tecnología del siglo XX: la cámara fotográfica personal. Gracias a ella, tenía la colección más grande de pornografía de hombres poderosos en el Partido Nazi que, en pelotas, posaron para él.

No era de extrañar, entonces, la cantidad de jóvenes hermosos, sin experiencia militar, que habían ocupado posiciones de poder, agradecidos y potencialmente sobornables por el voraz Ernest. Tampoco que Max hiciera lo mismo en los trópicos. Desde que había regresado a San José, una vez que la carretera de Miraflores se paralizó, la mujer le había ayudado, en la cama y en los negocios, a realizar muchos de sus sueños. La joven era una fiel exponente de la belleza de su raza y atraía tanto a hombres como a mujeres.

Las malas artimañas, cuando son efectivas, se pasan, a la usanza griega, de mentor a pupilo. Max había iniciado su propia colección de fotografías de políticos y gamonales

costarricenses, quienes habían sido inducidos por su atractivo personal, el de Lady, el contador de ésta en Limón, Susanita y otros ligues más, a memorables bacanales. Los altos consumos de cocaína, marihuana y heroína, los estupefacientes de moda en las pueblerinas San José y Limón de la década de los veinte, permitían tomar fotos totalmente embarazosas.

Si Lady era un buen cebo para los hombres heterosexuales, su contador, William Pop, lo era para los bisexuales. El joven no solo sabía llevar los libros de contabilidad, sino que a docenas de hombres a la cama, quienes le ayudaban luego a meter toda la droga posible. Su amiga, Lady, confiaba su dormitorio y su chequera al contador, con el que tenía una relación secreta. Max, en sus visitas a Limón, no se perdía una relación con este "hermoso ejemplar de hombre". Sin embargo, jamás había sospechado que William estaba locamente enamorado de Lady y que tenía planes de fugar con ella.

No le tomó, sin embargo, mucho tiempo suponer que William le robaba con el conocimiento y la participación de su socia. Por medio de un aforador en la Aduana de Limón, el alemán averiguó las cantidades exactas que llegaban en los barcos germanos de Sur América y las pequeñas cantidades que se despachaban como soborno. La diferencia, dedujo, estaba en bancos panameños, a nombre de la compañía "Pop Sociedad Anónima"- en que Lady tenía una de las dos firmas autorizadas para los retiros. "¡Me las van a pagar ese par de desgraciados!"- se prometió.

Cuando habló dos semanas después con La Paz, los socios decidieron "ultimar" el asunto en el viaje próximo de Ernest a Alemania. Hitler le insistió que quería su regreso y él estaba dispuesto a abandonar sus lucrativos negocios, siempre y cuando dejara empleados de su entera confianza. Si las cosas salían mal, necesitaba un lugar donde regresar y un negocio que lo mantuviera. Bolivia, con su producción doméstica de cocaína y sus infranqueables vías de transporte, era el lugar ideal para la operación. Costa Rica, por su cercanía a Panamá, sin contar con la injerencia directa de los Estados Unidos, era un buen puente para el mercado norteamericano. Ambos hombres se pusieron de acuerdo en que "resolverían" el asunto en diciembre de 1930.

Unas semanas antes del viaje, Ernest le contaría a Max que Hitler lo había llamado para ofrecerle nuevamente el puesto de la S.A. Él debería acompañarlo en este viaje pero quería que se quedara al mando de sus negocios en América Latina. De esta manera, ambos tendrían un refugio en caso de que la situación se deteriorara. Desde el Consulado en San José, Max podría viajar a La Paz y supervisar las plantaciones de coca. Podía también ir a Berlín las veces que quisiera. Antes de partir, para dejar las cosas en orden, "finiquitarían"- el asunto en Limón.

Ninguno de los dos solía empezar o terminar un negocio fuera de la cama. Ernest creía que la discreción era una cobardía de los invertidos y afeminados, no de hombres viriles como ellos. Cuando se reunía con miembros del partido, fuera en Munich o en Berlín, prefería hacerlo en los bares de homosexuales, ante la vista de los demás. Para nadie era un secreto que importantes reuniones de la elite nazi se sostuvieron en el *Bratwurstglockl*. Para resolver los problemas con sus socios, no pudieron pensar en nada mejor que en una orgía de "despedida".

Esta vez, a diferencia de otras, participarían solamente los cuatro. El lugar de la cita, como siempre, era el famoso Hotel Wellington de Limón, cuyos dueños eran la mar de discretos y los empleados sabían muy bien que debían callar y limpiar las habitaciones. "En boca cerrada no entran moscas"- decía el letrero de recepción. El que hiciera una pregunta sobre los desfiles de menores de edad, los ruidos en las habitaciones o las jeringas en el suelo, tenía los días contados. Algunos de los indiscretos habían terminado en la jungla del puerto, devorados por coyotes, perros y gatos de montaña.

Lady preguntó por qué, esta vez, no deseaban que trajeran chiquillos y chiquillas. Aunque no sospechaba que había sido descubierta, no dejaba de prestar atención a los cambios. Max le contestó que Ernest venía cansado del viaje y que solo podría estar dos días con ellos. Además, le confesó, ella sabía la atracción que él sentía por las proporciones descomunales de William, de las que quería gozar, antes de irse a Berlín, "una última vez".

El jamaiquino estaba de muy buen humor porque la mercancía que le habían mandado era de "excelente" calidad y se estaba vendiendo bien en el país. El hombre esperaba que, si las cosas seguían así de bien, pronto podría regresar a su querida isla de Jamaica. Así se lo había prometido a su hermano Miguel, un joven que trabajaba en las plantaciones de banano. "Te voy a llevar algún día a nuestro país para que cultives tu propiedad y no te dejes explotar por la mísera *United Fruit Company*".

La noche se desarrolló como otras anteriores: primero buenos tragos de *whiskey Old Scotch*, preferido de Ernest, unas rayas de cocaína para "despertar el deseo" y unos buenos minutos de masajes, poses y besos, acentuados con sendos "pinchazos" de heroína. El militar prefería, al principio, observar la acción y hacer su despliegue de fotógrafo profesional frustrado.

"William, muéstrale a la cámara lo mucho que tienes"- ordenaba. "Lady, dale un buen beso francés a ese maravilloso aparato". Max, por su parte, iba y venía de la habitación, trayendo y llevando artículos "para estimular la pasión"- desde látigos hasta cepillos de raíz, los preferidos del diplomático para los "masajes de espalda". Una hora después, los cuatro se volvieron a inyectar heroína y encendieron el primer "puro" de marihuana. "Este hachís es traído directamente de Kingston para usted"- indicó Lady. Ernest fumó varias veces y se retiró al baño. Max ordenó a William que le hiciera el amor a la mujer "como si fuera la última vez". El socio regresó para terminar su sesión fotográfica, con una botella de champán envuelta en un paño, para celebrar la "venida".

Lady debió haber sospechado algo cuando Ernest le dijo, con sarcasmo, que para él, su lealtad representaba uno de los principales "regalos" de la naturaleza. Pero estaba tan encumbrada que no le dio importancia. Ella sabía que el militar alemán era un hombre extraño y temperamental y a veces decía estupideces. A pesar de ello, estaba convencida que el militar había sido "hechizado" por las artes amatorias de su compañero y que jamás podría matar a "la gallina de los huevos de oro". Además, pensó, desde que andaba con un sodomita josefino, había perdido interés. Mejor para ella, se dijo, porque estaba cansada del sadomasoquismo en las relaciones. Tampoco se extrañó que para la sesión sexual de la noche participarían solo ella y William. Eso era frecuente en las relaciones con su jefe,

quien prefería, algunas veces, solo tomar fotos. Aunque Max se veía incómodo, siempre estaba ansioso, y Lady prefirió, sin darle vuelo a sus suspicacias, seguir con el teatro.

Mientras los dos alcanzaban el orgasmo, o lo fingían, del paño de Ernest salió, como por arte de magia, un largo cuchillo. El hombre no lo pudo ver porque le daba la espalda, pero Lady sí, quien pegó un grito que se confundió con placer. "¡No, no, por favor, no!"-alcanzó a exclamar. William, en lugar de reaccionar, siguió cabalgando, sin tomar conciencia del otro puñal que se le venía por detrás.

"Regarse es una forma de morir"- le dijo Max, quien sacó debajo del colchón otro de igual tamaño y se lo pasó a Lady por la garganta, añadiendo: "¡Regarse es morir!". Con unos pocos segundos de diferencia, Ernest hacía lo mismo en la espalda ancha y fornida de la víctima. El formidable hombre apenas pudo quejarse de la primera estocada. El verdugo sacó el arma y la volvió a clavar en la espalda, una, dos, tres, cuatro y cinco veces mientras gritaba: "Nadie me roba dinero y queda vivo para contarlo".

Los dos murieron uno sobre el otro, desangrados, no sin antes sufrir por minutos. "¡Tenga piedad de mí"- le dijo una moribunda Lady, "termine de clavarme el cuchillo en el corazón!".

No la tuvieron. "Tome fotos de los cadáveres y úselos para advertir al próximo desgraciado que se atreva a engañarnos"- concluyó el militar. "Ahora llame a los empleados de confianza para que limpien este desastre". Con ayuda de cuatro sirvientes del hotel, se llevaron los cadáveres a la selva limonense y los tiraron en un río de cocodrilos. En pocos segundos, desapareció la evidencia.

Una vez en Alemania, Ernest retomó el comando de la S.A. y lo convirtió en una fuerza militar más grande que el mismo ejército. Para 1933, las tropas de choque tenían nada menos que dos y medio millones de hombres. Los dirigentes militares del *Vikingkorps*, que reclutó Ernest, eran casi todos homosexuales, amigos de los baños turcos o de orgías privadas. El Führer lo sabía y no parecía importarle. "Después de todo, había estado solo con otro homosexual, Rudolf Hess, en la prisión de Landsberg"- se ufana Ernest. Tanto intimaron los dos, le dijo a Max, que cuando Hitler salió de la cárcel, usó cariñosos diminutivos austriacos para lamentar que Hess se quedara preso: *Ach mien Rudy, mein Hesserl*.

La relación era tan estrecha que cada vez que el líder nazi recibía un regalo que le gustaba o una maqueta de algún edificio, corría a enseñárselo a Rudolf, quien era conocido como *Fraulein Ana*. "Parecen dos travestidos a veces"- decía. Finalmente, Max averiguaría que Hitler conservaba como mayor tesoro una carta de amor del rey Ludwig II a su amante y escudero. "No sé si él practica o no la homosexualidad"- le dijo Ernest, "pero está rodeado de maricones y no nos va a perseguir por ello".

A pesar de los pronósticos, Hitler y Roehm empezaron a distanciarse. Una razón, según aprendería Max, era por culpa de las intrigas de otros amigos de Hitler, Jorg Lanz Liebenfels y Guido von List. Lanz, un monje cisterciano que fue expulsado del monasterio por prácticas homosexuales y que era el padre espiritual del líder del nacional socialismo.

Una vez fuera del claustro, había fundado una asociación oculta, *Ordo Novi Templi*, a la que se dice perteneció Hitler y en la que se practicaban ritos sexuales tántricos. Fue él quien escogió la esvástica rosada como símbolo del movimiento ya que ésta representaba al dios teutónico Wotan, padre de las tormentas y quien sería la inspiración de las fuerzas de choque, o "tropas de tormenta" según su equivalente en alemán.

Lanz advirtió a Hitler del poder rival que tenía en Roehm y que éste había pasado la línea entre la homosexualidad viril y la degeneración total. "Una cosa es el amor entre dos hombres en la tradición griega"- le decía, "y otra poner el rabo a todos los soldados de la S.A." Pero algo preocupó más a Hitler que sus prácticas "degeneradas"- las cuales conocía desde hace años. "Roehm tiene el poder" -le dijo- "de llegar a controlar el Ejército alemán y los militares están dispuestos a dar el golpe de Estado para evitarlo". El político salió de esta sesión "espiritual" más preocupado que aliviado.

El mismo Max estaba angustiado por las indiscreciones de Roehm. En una fiesta en la casa del jefe de propaganda nazi, Joseph Goebbels, Ernest había organizado una orgía e invitado nada menos que a los guardaespaldas de Hitler. Heinrich Himmler se quejó con el Führer de que era vox pópuli que los puestos en la S.A. se daban por sexo. "Lo que determina los buenos cargos no es la lealtad ni el coraje sino el tamaño del órgano sexual"- le dijo. Según Himmler, Ernest llevaba a la cama a muchos de sus confidentes para luego tener pruebas en su contra. "Mi adorado Führer" -le dijo Himmler- "es hora de que haga algo porque el Ejército comenta que el único territorio alemán que se está extendiendo es el esfínter".

El compañero le había advertido que dejara de ir a los baños turcos y que destruyera la colección de fotos. "Usted está en la misma posición que Hirschfeld"- le decía- "ya que tiene información explosiva". Pero Ernest no hacía caso. Su apetito por muchachos arios de los colegios de Munich era insaciable. Un día le pidió a Peter Granninger, su antiguo compañero, que le trajera once imberbes del colegio. Además, colocó en planilla a este hombre, con un sueldo mensual de 200 marcos, solo con el fin de que le consiguiera "carne fresca". Una de estas "comilonas" se llevó a cabo en el departamento que compartía con Max.

Cuando el compañero entró en su departamento y encontró a Ernest en pelota y tomando fotos a los jóvenes, algunos hijos de militares del Ejército, armó el peor escándalo del año. Empezó a golpear a los despavoridos muchachos, quienes minutos antes únicamente recibían atenciones, y amenazó echarlos desnudos a la calle. "La heroína te está poniendo loco. Lo único que haces es buscar hombres para que te sodomicen y lo peor de todo, es que estás tan bruto, que no puedes parar de tomar fotos. ¿No te das cuenta de que algunos de estos mierdosos son hijos de figuras políticas del Partido y que sus padres, tarde o temprano, se vengarán?" El jefe de la S.A. no estaba para escenas de celos, cogió todas sus pertenencias, fotos y películas y lo echó a la calle.

Hitler decidió implementar, en su rivalidad con Roehm, la "solución final". En febrero de 1933, prohibió la pornografía homosexual, cerró los baños turcos, los bares y las organizaciones en pro los derechos homosexuales como el Comité Científico de Hirschfeld. El 6 de mayo, las tropas del Partido Nazi entraron al Instituto de Sexualidad y arrasaron con su biblioteca y quemaron miles de libros y de documentos. El líder de la S.A. no vio los

pasos de animal grande porque consideraba que la quema de todas las carpetas, libros y películas borraba la evidencia de la homosexualidad de miles de nazis, inclusive la suya y la de Max. "Hitler lo hace para protegernos"- le contestaría. Ernest así lo creía porque las organizaciones homosexuales "masculinas"- como la Sociedad por los Derechos Humanos (SR), no habían sido tocadas. "Ésta es una purga de los maricones afeminados, no de los viriles"- afirmó.

A principios de 1934, Max se fue para Costa Rica con tal de coordinar los negocios. La migración de los judíos al país le preocupaba porque no quería que lo acusaran de ser blando con respecto a los enemigos de la nación germana. Esto ameritaba incrementar las labores políticas del partido nazi, que había ayudado a establecer. Una era hacer frente común con los comerciantes que se sentían preocupados por la competencia de los buhoneros. Además, un cambio de aires le haría bien. La relación con el jefe de la S.A., desde el último altercado, se había deteriorado. El director de la S.A. tenía docenas de nuevos jóvenes con quien consolarse y lo único que le interesaba de la relación con Max era que cuidara su lucrativo tráfico de drogas.

En mayo de 1934, en la bucólica ciudad de San José, se llevaría la sorpresa de su vida. Una mujer alemana había pedido una cita con urgencia al encargado de negocios. No había querido decir sobre qué quería tratar porque era de "total privacidad" y no había dejado más que su nombre de pila, Claudia. A las tres de la tarde del otro día, la dama ingresaba en su oficina.

-Bienvenida señora, me dijeron que su tema a tratar es de suma urgencia. También que es tan peligroso que no quiso dar su apellido. ¿En qué puedo servirle?- preguntó el oficial con curiosidad.

-Tu nombre es Max Gerffin, ¿correcto?- le contestó la mujer con otra pregunta y tratándolo con una extraña familiaridad.

-Así es- respondió un intrigado funcionario que no podía dejar de percibir algo familiar del rostro de esta dama germana.

-Max, quisiera haber hecho esto de una manera más gradual y no con tanta premura. He venido de Hamburgo, solo para entrevistarme contigo. No he confiado ni en cartas, telegramas u otro medio de comunicación. Lo que le tengo que decir es estrictamente privado. ¿Puedo confiar en que guardarás el silencio?- le dijo la mujer que se había sentado del otro lado de su escritorio.

-Absolutamente, puede contarme lo que desea- fue lo único que le pudo decir antes de recibir lo que presentía serían malas noticias.

-Pues he tenido amistad con algunos militares allegados a mi antiguo esposo. Él es un general retirado pero con muchas conexiones y yo, por mi parte, he mantenido contacto con ellos. Pues en algunas fiestas he oído que existe un gran recelo en ciertos círculos del poder contra tu amigo, Ernest Roehm. Se rumora que el señor Roehm quiere tomar control del ejército y que Hitler teme un golpe de Estado de las fuerzas armadas para evitarlo. Para congraciarse con los militares, me han dicho que piensa hurgar un plan contra el líder de la S.A.-le confesó la misteriosa mujer que había prendido un cigarrillo y lo fumaba con extraña intensidad.

-Lo que usted me dice es muy grave. Sin embargo, ¿cómo puedo saber que usted habla la verdad si no la conozco? ¿Cómo quiere que le crea si no sé quién es usted?- preguntó un preocupado Max.

-Sí me conoces, y perdona que tenga que decírtelo de esta manera, pero soy tu madre- finalmente reveló la baronesa y dio así respuesta a la sensación de familiaridad.

El diplomático pidió permiso para ir a sentarse. La noticia eran tan avasalladora que apenas podía respirar. "¿Era esta mujer la madre que no veía desde que tenía cinco años? ¿Era la degenerada a la que su padre le había prohibido hablar? ¿Podía ser esto una trampa?"- se repetía todas las preguntas. Mientras pensaba en éstas y más posibilidades, Claudia continuó el diálogo.

-Sé que debe ser terrible oírlo de esta forma. Me imagino que te han dicho cosas horrendas de mí. Sin embargo, quiero decirte que nunca te abandoné por mi propia voluntad y que si he venido a ayudarte, es porque no quiero que te hagan daño- le dijo mientras le ponía la mano encima de la suya y lo miraba directo a los ojos.

-Es tan repentino lo que usted me cuenta que no sé qué decir- dijo Max, casi sin habla.

-Quiero darte una señal-, agregó la mujer- ¿Te acuerdas de la canción con que te hacía dormir? Te la cantaré para que sepas que soy yo.

Mientras entonaba con su dulce voz la canción de cuna, Max no sabía si abrazarla o darle una bofetada. Por el momento, optó por hablar de negocios.

-¿Quién le ha dado la información sobre los planes de Hitler?- le increpó con angustia.

-No lo puedo decir, Max, prometí no abrir la boca- respondió la madre.

-¿Pero cómo sabré que no es una mentira?- insistió el funcionario alemán.

-La única forma de que lo averigüe, dijo la mujer abandonando el tuteo, es que preste atención a los acontecimientos. Hitler tiene una reunión el 14 y 15 de este mes en Venecia con Mussolini. Mi informante me ha dicho que ahí se decidirá la suerte de Ernest. Aparentemente, Mussolini ofrecerá ayuda militar en caso de que haya un golpe de estado, no sin antes pedir la cabeza de su amigo. A Mussolini no le agradan las prácticas homosexuales y no confía en Roehm- le advirtió mientras estudiaba las expresiones del rostro de su hijo.

-Pero si no gusta de él, ¿para qué lo quiere en la reunión?- insistió el hijo.

-Para tenderle una trampa- respondió Claudia.

Max hizo lo posible para que su madre hablara. Sin embargo, la mujer se mantuvo reservada.

-Quiero que sepa una cosa y que la oiga con atención. Usted no puede hacer nada por ese hombre. Su suerte está echada. Hitler ha tomado la decisión de quitarlo del camino. No sé ni cómo ni cuándo, pero sí que lo hará. Lo único que puede hacer es salvarse. No vuelva durante estos meses a Alemania y saque todo lo que tiene en casa de su amigo- le hizo la advertencia y apagó el cigarrillo.

-Eso no es problema porque Ernest me echó todas mis cosas a la calle- dijo Max.

-Dale gracias al Señor por tan buena suerte- volvió Claudia a tutearlo. Y una cosa más- dijo la baronesa- Si alguien sabe que nosotros hemos hablado o que he estado en Costa Rica, tu cabeza y la mía rodarán por el suelo. He usado un pasaporte falso y nadie tiene que saber

que estuve aquí. De hacer algo que me comprometa, Hitler averiguaría que fuiste avisado y que te alejaste por ello. Daría con quién me dio la información y todos moriríamos. Así de simple. Aprovecha estas semanas o meses para deshacerte de todos los negocios que tengas con ese hombre- serían sus últimas palabras antes de levantarse y dirigirse hacia la puerta.

Claudia invitó a su hijo al hotel para hablar de las cosas de la familia. Cuando él llegó al día siguiente, le enseñó algunas de sus mejores pinturas aunque al joven no le impresionó la calidad de las figuras geométricas y los colores tropicales. A pesar de ello, Claudia le regaló una pintura para que la expusiera en su oficina. "Di que te la regalé en Alemania"- le dijo su madre.

Hablaron de sus vidas y lo difícil que había sido la relación con un militar. La baronesa le confesó que había huido con otra mujer, Henny Sherman, su compañera. "Tu padre no me lo perdonará jamás"- le señaló. También le admitió su preocupación por la intolerancia nazi con los judíos. "Debes saber que Henny lo es".

Max prefirió no dar una opinión aunque le pareció reprochable: "No me importa si es mujer, pero sí judía". Sin embargo, prefirieron evitar un tema que no compartían. Claudia le aseguró que supo de la relación entre su hijo y Ernest por "el correo de las brujas" en los bares homosexuales de Berlín. La madre acudía de vez en cuando a Eldorado y había oído sobre los nuevos romances de Ernest. "El hombre es insaciable. Debes tener cuidado con él". Con esta última frase, se despidieron y se vieron pocas veces durante las semanas en que se quedó en San José.

El diplomático alemán estuvo mal por varios días. Había sido tan cortante con su madre, que no sabía cómo pudo haberse contenido. Pero los acontecimientos se suscitaban tan velozmente que no reaccionaría hasta años después. El 13 de mayo Roehm lo llamaría para confirmarle que iría a Venecia. Max le solicitó que se asegurara de que ningún documento de la compañía tuviera el nombre de ellos. Ernest le dijo que podía estar tranquilo porque "jamás cometería un error de principiantes". A su regreso de Venecia, le admitiría que el viaje había sido "fantástico" y que en el hotel tuvo una orgía con varios militares italianos. "No se imagina las fotos que tomé y la cantidad de barbaridades que hicimos". Ésas serían las últimas palabras que cruzarían.

El 28 de junio de 1934, el líder de la S.A. había planeado una "fiesta" con los mismos italianos que conoció en Venecia y lo mejor que la S.A. podía ofrecer. La fatídica velada se conocería como "La noche de los cuchillos largos" porque Hitler b asesinaría, junto con más de 200 de sus compinches. El Führer la racionalizaría como una "purga de degenerados". Sin embargo, las cabezas que rodaron fueron las de Ernest y sus allegados, no las de otros de los muchos homosexuales de la S.A. Varios de los asesinos eran también homosexuales como Wagner, Esser, Maurice, Weber y Buch. Uno de los planeadores de la "limpieza de homosexuales" fue Reinhard Heydrich, otro amante de los hombres quien, cuatro años después, planearía otra famosa cacería, esta vez contra los judíos, la *Kristallnacht*.

Max quedó en deuda con su madre. Gracias a su información, salvó el pellejo. Decidió, entonces, quedarse en Costa Rica y no volver más a Alemania. Desde este país demostraría

su fidelidad al Führer al apoyar la política exterior alemana y preservar el lucrativo negocio de su difunto compañero.

A mentsh on glik is a toyter mensh.

XVIII

En las elecciones de 1940 apareció una nueva figura en la política costarricense: Rafael Ángel Calderón Guardia, un médico de la oligarquía costarricense. Había obtenido el apoyo de la administración de León Cortés (1936-1940), de los grandes cafetaleros y de la Iglesia. Cortés lo impulsó con el fin de evitar otra candidatura de Ricardo Jiménez; la Iglesia para obtener el monopolio como la religión oficial y los cafetaleros, para preservar su dominio. Estas tres fuerzas estuvieron tan fuertemente unidas que únicamente se les opusieron el Partido Comunista y una pequeña alianza regional en la provincia de Guanacaste. Calderón obtendría una abrumadora mayoría del 86% de los votos. Costa Rica parecía continuar con sus gobiernos elitistas.

En mayo de 1940, León Cortés llamó a su amigo Max para que no faltara a la fiesta de inauguración del nuevo Presidente. Aunque se podía hablar de un continuismo político, "nunca se sabe con qué va a salir una nueva administración"- le había dicho. El ex mandatario tenía preocupación de que el país variara su política de absoluta neutralidad con respecto a la guerra europea. Cortés había sido - según sus propias palabras- "neutral" durante la Guerra Civil Española "a pesar de las presiones".

En 1936 se había fundado el Centro Pro República Española y en 1937, la Sociedad Falange Española Tradicionalista, las que hacían campaña cada una para su bando. Miles de personas se lanzaron a la calle para protestar por la neutralidad de Costa Rica: unos a favor de la República y muchos más por Franco. Sin embargo, a diferencia de otras naciones en la región, Costa Rica no rompió con la República Española hasta abril de 1939, una vez que esta última había sido derrotada.

El ex presidente esperaba que Calderón se mantuviera firme ante las presiones norteamericanas, en caso de entrar en guerra y no apoyara a ningún sector en pugna. Después de todo "no podemos"- le diría a Max, "perder el mercado alemán para nuestro café; sería la ruina". El diplomático añadió que Costa Rica tenía grandes comunidades alemanas, italianas y españolas que apoyaban a Hitler y que "sería una locura contrariarlas". El alemán prometió asistir al evento con algunos miembros del Partido Nazi con el fin de "mostrar presencia". En vista de que no podía pedirle a Susanita que lo acompañara, se lo solicitó a Yadira. Carlos había desaparecido del Club y no iba a ningún lado con ella, así que no anticipó problemas.

Yadira corrió a comprarse un vestido para el elegante baile en el Club Unión, centro social de la oligarquía. Estaba tan furiosa con su marido, que optó por ir a buscarlo donde la competencia. La única tienda que traía ropa adecuada, aparte de La Verónica era La Dama Fina, propiedad de Máncer Vignon, un francés radicado en el país. Para sorpresa de su dueño, la esposa de su competidor venía a comprarle.

"Seguro viene a comparar precios"- le susurró Vignon a su asistente, José Carraspero, que no era otro que Susanita. El francés prefirió que José la atendiera, con el fin de "no dar información que pueda usar en contra mía". El vendedor no estaba nada entusiasmado con el arreglo. Su jefe no sospechaba que él tenía aún más secretos.

- Buenos días, ¿me puede atender joven?- preguntó con un dejo de amabilidad Yadira.
- Señora, ¿en qué puedo servirle?
- Necesito el mejor vestido que tenga para ir al baile del Presidente en el Club Unión. Debo verme divina y además, quiero que sea alemán. ¿Tiene un vestido de ahí?- indagó mientras se fijaba en las perchas.
- Claro que sí, señora. Tenemos varios que nos han llegado de Panamá de la casa de modas Stern de Berlín- le indicó el vendedor mientras le señalaba el lugar de la nueva colección.
- No será de judíos, espero- preguntó, ahora preocupada, Yadira.
- Pues no sé, porque es difícil saber la religión de un traje- respondió con sorna Susanita.
- ¡No sea insolente! El vestido no tiene religión pero sí quien lo vende. Además, este precio ningún cristiano lo cobraría. De todas maneras... deme estos dos para probármelos. El negro con perlas blancas me parece exquisito- expresó de mala gana y se dirigió hacia los vestidos.

Mientras Yadira tanteaba los vestidos, el dependiente no podía ocultar lo mucho que le disturbaba. Sabía, por parte de Max, que tenían "sus cosas" y se la pasaban maquinando contra medio Costa Rica. Su amiga La Polvera, su hechicera y confidente, había leído en un té que tendría una contendiente diabólica. Pero mientras la infidelidad de su amante se canalizara hacia el sexo femenino, Susanita no se complicaba. Su sufrimiento hubiera sido tener a un varón de rival. "Esa tonta no es competencia"- pensó. "No debe hacer otra cosa que abrir las piernas".

- ¿Cómo le quedó, señora?- le preguntó del otro lado de la puerta.
- Me gusta el negro, pero el azul con rojo se ve más adecuado para la ocasión. Es el color del Partido Republicano. Me gustaría combinarlo con un sombrero de color blanco. Esta noche quiero que mi Comité en Pro de la Nacionalización del Comercio esté bien representado- contestó Yadira desde dentro del vestidor.
- Con su presencia lo hará brillar- fue la fingida alabanza de Susanita.
- ¿Lo cree usted? ¡Qué amable!- contestó Yadira sin creerle.
- Gracias. ¿Y se puede saber qué celebra su comité?- quiso indagar el vendedor.
- El triunfo del Doctor y la derrota de Ricardo Jiménez. El viejo cacreco, sabiendo que no podría contra Calderón, no se atrevió a competir y con eso nos salvamos todos. Como usted sabe, estamos enfrascados en una guerra mundial y en una particular contra los judíos y sus clientes, como don Ricardo. Espero que los negocios como el suyo nos ayuden en la campaña para nacionalizar el comercio- respondió Yadira mientras salía, con el vestido en la mano.

Susanita se ofuscó. "Esta arpía está en complot con Max hasta la coronilla"- pensó para sí, "y ambos esperan que el nuevo gobierno siga la persecución". La mujer no pudo dejar de pensar: "Este muchacho es raro. No parece varón. Debe ser, ¿cómo los llaman ahora?... homosexual".

Max y su acompañante llamaron la atención en el baile. Según Yadira, la gente admiraba su vestido y a su pareja. "Más de una se muere por estar en los brazos del cónsul alemán"- pensó. El caballero de los ojos azules y el bigote negro, por su parte, pensaba que el asistente de don Alberto Echandi, Secretario de Relaciones Exteriores, estaba "para comérselo". Había venido acompañado de Paquita Elizondo y Yadira lo llevó a conocerlo.

"Debe pertenecer a nuestro club"- murmuró en voz baja para sí. Sin embargo, su acompañante pudo oírlo: "¿Me decís que Pepe es nazi?"- le preguntó antes de estar frente a la pareja. "No, mujer, estaba pensando en otro club"- respondió Max de mala gana. Los presentaron formalmente y las damas se fueron al tocador y a saludar a varios ministros; Max se aprovechó y se dirigió hacia el asistente.

-Caballero, déjeme darle mis más calurosas felicitaciones por su victoria electoral y nombramiento como asistente de don Alberto- le estrechó la mano y lo miró a los ojos.

-Muchas gracias, ¿nos han presentado?- contestó el sorprendido funcionario tico.

-No en esta vida, lo recordaría. Soy Max Gerffin, de la Legación Alemana- dijo, mientras le estrechaba convenientemente la mano.

-Encantado. Soy José Flores, de la Secretaría de Relaciones Exteriores. ¿Le gusta nuestro país?

-Me encanta, creo que tiene muchas bellezas naturales y además, gente muy hermosa- le indicó con una maliciosa sonrisa.

-Ustedes los alemanes no se quedan atrás. Estuve hace poco en Berlín y conocí la vida nocturna. Me atendieron muy bien y me llevaron a todo tipo de lugares que usted no se imagina- sería la respuesta del diplomático.

-Lo imagino, lo imagino. Siéntese aquí conmigo para tomarnos un trago y le cuento en dónde lo ubico en Berlín- le expresó el alemán al oído y lo condujo del brazo hacia el sillón.

Mientras Max hacía su levante, Paquita se había ido a saludar a unos amigos y Yadira había quedado sola en la fiesta. Buscó inmediatamente a su amiga Elizabeth. La mujer era nada menos que la esposa del Vicepresidente de la República, quien la llevaría con el flamante Primer Mandatario y su señora, Ivonne de Calderón, de nacionalidad belga.

-Señor Presidente, mis felicitaciones por su gran triunfo en las elecciones políticas y en las del amor, ya que su mujer es toda una primera dama- dijo Yadira mientras lo saludaba con una sonrisa.

-Gracias Yadira, es para mí un honor tenerla aquí en esta fiesta. ¿Está su padre con usted?- preguntó el Presidente.

-No, vine con Max Gerffin de la Legación Alemana, que desapareció entre tanta gente. Por cierto, ¿qué planes tiene su gobierno en esta nueva guerra?- indagó con curiosidad.

-Neutralidad absoluta. Ésa no es nuestra y nos mantendremos a la distancia- respondió con seguridad el nuevo mandatario.

-Sin embargo, señor Presidente, esperamos su apoyo para que el país no se llene de gente que hace problemas en todo lado y que nos ha llevado a este conflicto mundial. En esto el comercio nacional está de nuestro lado porque esos individuos han venido a quitárnoslo- agregó la mujer mientras estudiaba la reacción del político.

-No se preocupe Yadira, mi administración respetará la ley, tanto en lo doméstico como en lo internacional. Pondremos en su lugar a estos seres indeseables, que usted menciona, ¿verdad Ivonne?- dijo volviéndose a su esposa.

-Como Primera Dama no debo meterme en política. Pero, ¿me podría decir quiénes son los indeseables?- preguntó con malicia y recelo.

-No vale la pena ni mencionar su nombre para no echar a perder tan linda fiesta, doña Ivonne- respondió la costarricense con ligera altanería.

-Es que, como belga, no estoy segura de quiénes son- terminó la fría conversación la esposa del presidente.

Yadira prefirió retirarse y dejar la discusión. Hubiera querido que Max la hubiera oído. El Presidente era un aliado, sin lugar a dudas, "pero no esa venenosa Primera Dama extranjera"- se dijo para sí. Buscó a su acompañante por todo lado hasta que lo encontró en gran conversación con el ayudante del Secretario de Relaciones Exteriores. "Max no sabe a veces con quién hablar"- pensó. "¿Qué importancia tiene un pinche asistente cuando debería invertir su tiempo en el Presidente y sus ministros?"

La administración de Calderón Guardia cumpliría con la promesa hecha a Yadira. En primer lugar, preservó la prohibición de la entrada de judíos al país. En su mensaje de toma de posesión, Calderón los atacó veladamente e insinuó su apoyo a la ley de nacionalización del comercio:

El comercio debe ser una empresa de personas arraigadas en el país para evitar concurrencia desleal. No debe, en consecuencia, consentirse el ingreso de extranjeros cuyos fines no sean laborar la tierra, mejorar con industrias o enseñar las artes y las ciencias.

El 28 de mayo de 1940, Francisco Calderón Guardia, hermano del Mandatario y Secretario de Estado, le informó al Ministerio de Relaciones Exteriores que "toda petición de ingreso de nacionales de cualquier país europeo, sin ocupación fija y sin fundamento determinado, ha quedado suspendida". La política de restricciones del nuevo gobierno incluyó negros y chinos. El 27 de agosto de 1940, el Cónsul de Costa Rica en Jamaica informó de que se presentó Linda Keer Clarke a solicitar una visa para Costa Rica y se le "hizo presente la prohibición legal para personas de su raza" por lo que se le rechazó su aplicación a pesar de haber vivido 20 años en Costa Rica. El 20 de junio Francisco Calderón rechazó solicitud de Amasa A. Powel de "raza negra" en Puerto Armuelles. El mismo Calderón, el 24 de septiembre, envió una nota a Enrique Pucci, Cónsul de Costa Rica en Colón, Panamá, en que le recordaba:

...el exacto cumplimiento de la circular del 13 de marzo de 1940, publicada en la Gaceta del 29 de octubre de ese año que dice que la prohibición a que se refiere la ley de 22 de mayo de 1897 comprende no solo a los chinos de nacionalidad, sino que a los de raza también, de modo que aunque nacionalizados en cualquiera de nuestras repúblicas de América, dejan ver en su apariencia solo, que son orientales de origen.

Más adelante, Calderón, irónicamente, acusaría al ex presidente Cortés de haber permitido "...la mayor invasión polaca a Costa Rica... 30% de estos elementos ingresó en forma irregular" e inició inmediatamente un estudio del "problema judío". Con esta acusación, y respondiendo a una interpelación de parte de 120 "comerciantes nacionales" que incluía a Yadira de Döning, el nuevo gobierno, bajo el liderazgo parlamentario del diputado Ricardo Toledo, procedió a establecer una Comisión Investigadora, que desató la peor campaña antisemita en la historia de Costa Rica. El razonamiento por establecer dicha Comisión

encontró clara expresión -en términos bastante crudos- en el periódico oficialista, La Tribuna:

Todos los países, menos el nuestro, defienden su comercio... (de la competencia) de gentes trashumantes, sin arraigo en nuestra sociedad, que van por el mundo sin más norte que el de buscar la riqueza allí donde se encuentre, sin importarles un pito ni la nación, ni sus instituciones, ni el pueblo del que viven y del que se ausentan en cualquier momento para ir a plantar su tienda en la latitud en que encuentran más propicia la realización de su sueño de hacer dinero, dinero y más dinero.

Al mismo tiempo, en una caricatura en el mismo periódico se quejaban de que "al pobre comercio no le ayudan ni quitándole la plaga polaca". Una carta publicada por el mismo periódico tenía como título: "Sinagogas de Satanás en Costa Rica". El gobierno anunció que "todos los polacos mayores de 16 años que no se hubiesen presentado ante la mencionada Comisión Investigadora, serían declarados en rebeldía".

La posición de Calderón le ganó el apoyo especialmente de El Diario de Costa Rica, de Otilio Ulate, que publicaba todo artículo antijudío que se le enviara. La edición del 16 de junio de 1940 salió a la calle con grandes titulares con información tendenciosa de la Comisión, como "la mayoría de los polacos que están en el país no poseen sus pasaportes"; y el 7 de julio de ese año una que decía "algunos polacos se declararon en rebeldía contra el llamado de la Comisión Investigadora del Congreso. El 21 de agosto, Calderón recibió apoyo también de grupos fascistas como la Unión Patriótica Costarricense que ante ataques de los judíos contra su política, increpó a sus representantes con toda clase de epítetos y fuertes acusaciones personales. Por último, la Legación Alemana mostró su complacencia en artículo publicado en su boletín informativo, acaso escrito por Yadira, en que pedía la expulsión de estos "garrapatos (sic) del país".

Max Gerffin estaba satisfecho a medias. La nueva administración parecía aún más firme que la anterior en la campaña contra los judíos. Había averiguado "por el correo de las brujas" -que esta vez tenía nombre, Pepe Flores-, que el presidente de la Comisión, José María Llobet, estaba dispuesto a ordenar la expulsión de los judíos de Costa Rica.

El alemán estaba bien informado. En marzo de 1941 el Congreso de Costa Rica acordó imponerle a la comunidad judía, como condición para quedarse, "no trabajar en el comercio, ni en la agricultura, sino dedicarse a industrias nuevas no establecidas en el país y la expulsión de todos los poloneses un año después de concluida la guerra europea". Asimismo la Comisión negó la estadía a varios miles de judíos alemanes y austriacos que estaban de tránsito y habían adquirido una hacienda llamada Tenorio. Al oponerse a esta solicitud, los señores de la Comisión acusaron a los solicitantes de "deshonestidad" y pronosticaron su pronta dedicación al comercio.

La campaña antisemita de 1940 estuvo vinculada con el auge del nazismo en Costa Rica. La Legación norteamericana notó el avance de sus planes desde que Francia fue derrotada por Alemania.

La derrota de Francia ha venido, de una manera considerable, debilitando nuestra posición en este país. Un número de costarricenses que era hasta la fecha proaliado, ha ido cambiando de posición y apoya ahora a Alemania, no porque considere que esté en lo correcto, sino porque admira a una nación capaz de lograr tantos triunfos. El latino promedio quiere estar del lado del triunfador y el sentimiento que impera aquí es que Alemania ganará la guerra.

Hablé hoy (Vicecónsul Zweig) con cinco franceses nacidos en Costa Rica quienes estuvieron de acuerdo con el hecho de que existe peligro de que la serie de victorias en Europa causaría que la colonia alemana y sus simpatizantes creen disturbios en San José.

En lo que se refiere a los costarricenses simpatizantes de la causa nazi, hablé hoy (Ministro Hornibrook) con un hombre que me dijo que no confiaba en su hermano, con quien trabaja en un negocio en común, ya que tiene inclinaciones nazis. Me dijo que su hermano manda a sus hijos a la escuela alemana y lo han llevado a creer que una victoria nazi y el control de Alemania de Costa Rica, serían beneficiosos.

Pero el representante del Reich no se contentaba con una simple expulsión de los judíos. Sentía que aunque Calderón prometía más legislación antisemita que Cortés, su política exterior era menos pro alemana. Además, había un hecho que le preocupaba más que cualquiera: la política de Costa Rica hacia las embarcaciones de su país. Si el gobierno de Calderón hacía firme la promesa de incautar los barcos alemanes, el alemán veía amenazada la política exterior de su país y peor aún, la suya personal.

Desde 1939, unos barcos alemanes estaban detenidos en el Puerto del Pacífico, precisamente cuando se dio el período de transición de la administración de Cortés a la de Calderón. Los cargamentos no habían sido autorizados para ingresar en el país y a los buques se les impidió salir del puerto. Algunos comerciantes alemanes trataban de ver cómo despachar la mercancía pero el proceso era lento y burocrático. La misma Yadira había notado que su aliado estaba obsesionado con esos buques y había perdido de vista "las victorias que habían cosechado".

Max empezó a distanciarse del nuevo gobierno y a manifestarle a su aliada que debían tomar "medidas drásticas". Ella había conseguido lo que quería: la expulsión de los judíos. Eso no era nada inconsecuente ya que ninguna otra nación latinoamericana había tomado una medida tan draconiana. La mujer estaba feliz con el nuevo Presidente que "se había atrevido a hacer en pocos meses lo que Cortés no hizo en cuatro años". Cuando el diplomático germano vino con sus quejas, se mostró desanimada: "¿Cómo es que estás en contra del Doctor si tanto me ha ayudado contra los polacos?" "Porque una cosa son tus intereses comerciales y otros los internacionales"-le contestó él. "Si Calderón sigue con su coqueteo con los gringos e ingleses, tiene que caer, tiene que caer".

La directora del Comité se sentía perturbada. El nazi, del que se había enamorado "como una loca"- había hecho amistad con el tal Pepe, de la Secretaría de Relaciones Exteriores y

no se fijaba en ella. Cuando se quejaba de que no se veían, él le decía que tenía que salir con el muchacho que le "daba la información del gobierno" y que era una "pieza estratégica". Sin embargo, la mujer no estaba tan convencida de que la "estrategia" fuera solo política.

Pero aquello no tenía nombre para ella. "¿Qué podía haber entre dos hombres viriles?"- pensaba. No lo imaginaba. Una vez le preguntó qué era lo que tanto sabía Pepe. "Mucho. Ayer me contó que Calderón ha tomado la decisión de apoyar a los Estados Unidos en la Conferencia de La Habana y que nos va a quitar los barcos en Puntarenas. Él me ayudará a que este gobierno caiga como un mango maduro y Cortés asuma el poder". "¿Pero qué pasará con los polacos?"- preguntaba incómoda. "De éstos nos encargamos los nazis. Prefiero tener que matarlos que permitir una alianza de Calderón con los malditos gringos" "¿Pero Max, cómo vas a matar a más de mil personas?"- interrogó la mujer. "Unas cuantas bombas en la sinagoga terminarán con la mayoría. Los demás saldrán huyendo para Panamá"- fue su respuesta.

La señora Dönning no quedó satisfecha. "Una cosa es echar a los polacos al mar y otra volarlos en pedazos"- pensó para sí. "¿Para qué sacrificar lo logrado por una guerra que al país en nada beneficiaba?" Sin embargo, su curiosidad se dirigía en otra dirección. "La única forma de averiguar si Pepe era un espía o "algo más" era ir donde José, el dependiente de la tienda de modas"- se dijo. "Ese tipo es raro y algo debe saber". Con la excusa de que su traje necesitaba un ajuste, volvió a La Dama Fina.

Encontró a José ocupado en acomodar cajas en los altos estantes de la tienda, pero de inmediato fue al grano.

-José, tengo algo que preguntarle y no quiero me lo tome a mal- le dijo mientras lo miraba a los ojos.

-¿Qué será señora?- ¿en qué puedo ayudarla?- preguntó el asombrado dependiente.

-Usted es un varón internacional, educado y fino. Figúrese que tengo un "primo" que dicen por ahí que a veces va a los bares del Paso de la Vaca. También me han dicho que usted asiste. No quiero causarle problemas, ni provocar un mal. Sin embargo, tengo que saber si ha visto a mi "primo" porque sospecho una relación prohibida con un muchacho de la Cancillería- le dijo la mujer con angustia.

-¿Quién es su "primo"- Yadira?- preguntó José, que para entonces estaba frío como el hielo.

-Si le digo, me jura que no lo repetirá. ¿Lo jura por lo más sagrado?- insistió ella.

-Lo juro... si usted me promete que lo mío tampoco.

-Prometido. Se llama Max Gerffin- confesó Yadira.

Susanita quedó paralizado, incapaz de fingir. "¡Oh grandísimo hijo de las mil putas!"- gritó. ¡Max lo había traicionado con otro hombre! El muchacho sintió que quería ir a cortarse las venas y si no tuviera la mirada suplicante de Yadira, se hubiera bañado de sangre sobre los trajes de Berlín, de París y de Nueva York.

¡Se las pagaría, pensó enloquecido, se las pagaría! "¡Sí, sí, lo he visto en los bares!"

-contestó cegado de la rabia. Mientras la compradora salía despavorida del local, el vendedor se echó a llorar. Una vez que recuperó las fuerzas, pidió permiso en el trabajo y se fue directo al departamento de Max para confrontarlo.

No estaba ahí. Susanita, de à cólera, optó por buscar evidencia de la nueva relación y hurgó, como todo amante despechado, en las cosas de su pareja. Para su sorpresa, encontró en el armario, envuelto en una bandera nazi, nada menos que parte de la colección de fotografías. Contaba con cientos de hombres desnudos con los que "Max derrochó semen como otros lo hacen con el vino"- pensó. Sin embargo, lo que le llamaría la atención serían las fotos "locales". Susanita reconoció a muchos políticos de la alta sociedad en poses que harían caer las murallas de Jericó.

"¡¿Pero qué es este desastre?!"- se dijo para sí. Entre las fotos, estaban unas recientes del famoso Pepe. "Tiene unas nalgas más fofas que un tamal para Navidad"- pensó. El homosexual echó en el bolso las fotos principales de los hombres ticos que conocía, inclusive la de Pepe con todos los orificios llenos y unos documentos comprometedores, pero que le llamaron la atención por los títulos: "Pepe Flores me informa que Ivonne tiene a toda su familia en Bélgica"- "El Canal de Panamá" y otro que decía "Plan para derrocar a Calderón por el Partido Nazi". "El hurto no lo notará, se dijo, porque ese degenerado tiene miles de fotos y papeles como para llenar un estadio".

Mientras Susanita se robaba las fotos y los documentos de Max, la señora de Döning corría, atontada, por la Avenida Central, hasta llegar a su almacén. "¡Me las pagará, me las pagará!"- gritaba.

XIX

"Usted, madre, se está encogiendo"- fue la respuesta de Elena ante el embate de Anita. La mujer, finalmente, se había percatado de su romance con Carlos.

Le vino a exigir que lo dejara porque se arriesgaba al peor alboroto y a la expulsión de la comunidad. *Oy, a shkandal!* (Qué escándalo!)- gritaba. La hija no pudo más. Desde que se vinieron de Polonia, un nudo se le había formado en la garganta. Las mujeres, sentía, habían perdido gran parte de su poder. Aunque el país era tan patriarcal como del que venían, algo no se podía obviar: la suspensión de las relaciones de género. Madre e hija habían quedado solas en Dlugosiodlo, pueblo con colores grises y con árboles inmensos, unas veces con ramas tupidas, otras, vestidos de blanco. Allí había aprendido que lo masculino y lo femenino variaba como las mareas. Miles de años de cultura patriarcal fueron guindados en el espacio como las gallinas en una carnicería china. Quedarse solas y luego salir de Polonia, había sido como esos suspensos que Elena había percibido en el bote: las mujeres ganaban confianza en sí mismas y probaban el néctar de la independencia. Quizás, si no hubiera sucedido el periplo, habrían continuado con sus costumbres durante miles de años más.

"No me diga que el papel de la mujer es la casa si nosotras trabajamos toda la vida"- le respondió. La muchacha temía que el camino hacia la libertad se convirtiera en una calle sin salida. "Madre, la comunidad judía, una vez que han pasado los peores años de lucha, ha empezado a erigir las diferencias odiosas entre hombres y mujeres. Es como si Dios cerrara el mar que partió para que saliéramos de la esclavitud egipcia". Elena presentía que la transición hacia el Nuevo Mundo había permitido visualizar otra forma de hacer sus vidas, pero que sus paisanos volvían a sus antiguas costumbres. "Algunos han empezado a mandar a sus mujeres a la casa, después de que ellas los ayudaron a establecer los negocios"- le dijo. "Otros se han empezado a identificar con el machismo de estos países y consideran que tener mujeres independientes, es una fuente de problemas"- agregó. La joven intuía que si el cielo se había abierto, los hombres volverían a cerrarlo.

"Nosotras teníamos más control de nuestras vidas. Por lo menos usted manejaba el dinero. Desde que se vino al trópico, nuestro padre ha tomado posesión de nuestros cuerpos, mentes y almas. No permitiré que me domine como a usted y no salí del Medioevo para volver a él. Si la comunidad se escandaliza, que tomen remedios para los nervios".

"Pero Elena, si por dos mil años nos han tratado como su propiedad, nos han casado, vendido, apaleado, explotado, ¿cómo pretendes cambiarlo? Desde que te reuniste con esa pintora en el barco, que por dicha se fue del país, se te han metido unas ideas locas", dijo la mujer que ahora se preocupaba de que sus ideas feministas habían llevado demasiado lejos a su hija.

La madre estaba preocupada porque temía las consecuencias de que una mujer asumiera control de su vida. "Si no es la pintora es entonces ese hombre quien te está llenando la cabeza de ideas revolucionarias. Tu mismo padre se ha puesto de tu lado. Pero sabemos que don David es un hombre de escándalos, bueno para nada, que se la pasa rodeado de la peor gente, pero usted no puede seguir tan mal ejemplo". Elena intuía que su madre no sabía de

lo que hablaba. "Carlos se me está volviendo ortodoxo, lo último que necesito. No le eche la culpa a él porque mis ideas sobre la condición de la mujer son más"- dijo la hija.

Anita no sabía que mientras Carlos incursionaba en el mundo laberíntico del Talmud y buscaba una alternativa racional a su religión dogmática, Elena viajaba en dirección contraria. Las discusiones religiosas le parecían admirables hasta que llegaban al tópico femenino. Desde ese momento, una irritación, parecida a la de Anita con respecto a los asuntos de clase, se le amontonaba, como ropa sucia en la pila.

"No me diga, Carlos, que ahora usted empezará a bendecir a Dios tres veces al día, como dice la religión, por no haberlo hecho mujer". La joven tenía razones para sospechar que la religiosidad talmúdica trabajaría contra sus intereses. Había presenciado la iniquidad del sistema patriarcal del *shteitel*. No solo las mujeres no votaban, como en Costa Rica, sino que ni tenían derecho a la propiedad o al estudio. Su madre que había sufrido en carne propia las desigualdades femeninas, ahora venía a oponérsele.

"¿Cómo me puede decir que son ideas revolucionarias si el dinero que las dos hicimos en Polonia se invirtió en la tienda en el mercado y todo está a nombre de mi padre?" "No madre, no me diga que así tiene que ser porque no lo acepto"- fue la respuesta de la hija. "Usted está dispuesta a luchar por la revolución obrera para que éstos sigan con el mismo sistema en el socialismo. Mire lo que ha hecho Stalin de las luchas feministas en Rusia".

Las quejas de la joven, sin embargo, carecían de nombre. Tenía una legítima rabia contra las actitudes en su comunidad. Pero no conocía en este país, hasta la fecha, otras iras similares. Sin embargo, Gloria, la mujer que enfureció a Yadira cuando se hizo clienta de David, la llevó a su primera conferencia de la Liga Feminista. La mujer, casada con un abogado norteamericano, había aprendido que en Estados Unidos las féminas gozaban de mayores libertades que en Costa Rica. Gradualmente, había perdido interés en la ropa, en los maquillajes y en ser la típica ama de casa latina. En sus visitas a ese país, había asistido a reuniones de las sufragistas y especialmente a las charlas de Emma Goldman, una anarquista judía que le impresionó mucho. Se convenció de que más importante que un lindo vestido, era una chequera en el banco a su nombre. Cuando regresó a San José, buscó mujeres que pensarán de la misma manera.

La invitación a Elena surgió un día que compraba una tela y le preguntó a la joven que le contara cómo eran las cosas para la mujer en su pueblo. Una vez que la muchacha le dio detalles de las costumbres, la compradora no pudo dejar de exclamar: "¡Pero si están tan mal o peor que aquí!" La curiosidad de la dependiente se azuzó. "¿Existe un lugar en que no estemos así de fregadas?"- le indagó. "Bueno Elena, hay unos mejores y otros peores. Pero, ¿por qué no viene conmigo a una reunión de las feministas? Por lo menos ahí podemos estar un poco mejor"

La noche del mitin, en la sala de conferencias de la Escuela Buenaventura Corrales, cerca de la Cancillería, había cuarenta mujeres, la mayoría maestras o funcionarias públicas. La conferencista, Ángela Acuña, hablaría sobre la necesidad del voto y de la educación de las féminas. Para la joven inmigrante, sería la primera vez que se reunía con sus congéneres

para hablar solo de ellas mismas. Además, la expositora era mujer y no un hombre, como sucedía en la comunidad judía.

En algunas reuniones en el Centro Israelita les habían recetado cómo debían ser las esposas. "La mujer hebrea es el centro del hogar y todo gira a su alrededor"- afirmó el conferencista, un dentista que se preciaba de sus conocimientos sobre la moral y la familia. Cuando le preguntó a su madre porqué debía ser así, Anita le contestó que "para marearnos y evitar que salgamos huyendo". Aunque su progenitora tenía conciencia de que los hombres, cuando hablaban de ellas, lo hacían para su propio beneficio, tampoco se atrevía a ir más allá. Temía que un poco más de feminismo y ninguna de sus hijas se casaría. "Tengo miedo"- le dijo a Gloria. "Siento como cuando nos reunimos los judíos y tememos que nos pongan una bomba o nos tiren piedras"- agregó. "No te preocupés, todavía no lo harán porque están ahora preocupados con ustedes. Pero una vez que los dejen en paz, siguen con nosotras"- le respondió su amiga.

Las dos se sentaron tímidamente, atrás, y esperaron que se iniciara la conferencia. La joven no pudo dejar de observar las caras de las asistentes. Había de todas las edades y tamaños y le llamó la atención que a pesar del poco maquillaje y ausencia de una excesiva feminidad, se respiraba un aire de placidez y de sororidad.

Le recordaba algunos buenos momentos en su Dlugosiodlo cuando las matronas se reunían para cocinar. Mientras les cortaban los cuellos a las gallinas, las paisanas se reían de la arrogancia masculina. "¿Sabes Anita, le decía doña Golcha, que el cuello de esta ave es más grande que la *potz* de mi marido?" "Pues en mi caso, contestaba doña Miriam, no es tan pequeña pero está igual de muerta". Las demás cocineras se morían de la risa. De un momento a otro, doña Charna, quien desplumaba un pollo, le dijo a doña Rebeca que así se sintió cuando su marido huyó con la *curve* del pueblo. "No me dejó ni un *zloti* para comer"- le explicó. La casamentera, por su parte, le preguntaba a doña Guita, que había quedado viuda, si quería un nuevo marido. "Prefiero un buen salami"- le contestó la otra. Estas reuniones tenían el sabor de la complicidad femenina y la dulce venganza de los de abajo y de los ratones cuando los gatos han salido. "Esto es lo más parecido a las reuniones de cocina en Polonia"- pensó Elena.

Ángela Acuña, una mujer, abogada, sencilla y de anteojos, entró con seguridad, sonrió a las participantes, les guiñó un ojo a las "nuevas"- como Elena y Gloria, e inició su charla. Según la expositora, la sexualidad estaba influida por el desmedido poder que ejercían los hombres gracias a su mayor capacidad económica. Para ella, había un problema de desigualdad en la pareja que necesitaba equilibrarse por medio del empoderamiento de la mujer.

La exponente confesó a su público que, desde temprano, había aprendido su papel subordinado de los pequeños detalles y mensajes que le dieron sus padres. Desde la cantidad de comida que le servían en la mesa por razón de género (a los hombres se les daba más de comer) hasta el ejercicio diario de las decisiones (los hombres decidían acerca de dónde vivir, cómo hacerlo y con quién), ellos tenían preferencia"- agregó. En la mayoría de los casos, "cuentan con el mismo apoyo de sus mujeres".

Esto tocó un nervio ya que Elena se percató que su misma madre caía en el juego de prestar más atención a las necesidades de los hombres en su hogar. Cuando su padre hablaba, aunque dijera la tontería más grande del mundo, las mujeres debían escuchar y asentir. En las pocas ocasiones en que invitaban a cenar a amigos de la comunidad, los hombres y las mujeres se reunían aparte, ellos para hablar de las cosas importantes del mundo, como la política y los negocios y ellas, para discutir sobre cocina y modas. Elena odiaba estos patrones y hacía lo posible para sentarse con los hombres porque le aburrían los temas "femeninos". Sin embargo, era Anita la que más se escandalizaba: "Van a decir que somos raras"- le decía. Su hija no podía creer que su madre se había hecho tan sumisa en el trópico. "Madre, si usted sigue haciéndose la víctima, no me pida ayuda cuando le tenga que pedir dinero a su esposo"- le contestaba Elena.

"Como profesora"- continuó la expositora, " puedo decir que es fácil observar cómo a las mujeres se les presta menos atención. "Somos más interrumpidas cuando hablamos y se escucha con más cuidado las preguntas de los niños. En la Iglesia Católica no se miran mujeres ejerciendo el sacerdocio, ni determinando su política. El mensaje es que cumpla con sus obligaciones como esposa y como madre". La conferencista les pidió a las asistentes que ayudaran a terminar con esta opresión: "Señoras, si no podemos votar, no podremos cambiar nada. Las mujeres tenemos que luchar por el sufragio de la misma manera que nuestras hermanas en los Estados Unidos y en Europa".

Las ochenta manos no dejaron de aplaudir. Elena estaba emocionada: había encontrado su hogar y se le había ocurrido un plan para darle una estocada al patriarcado. "Esperaré a que mamá se quede sin dinero y ya veremos si las mujeres no somos capaces de pelear juntas"- se dijo para sí.

Cuando terminó la clase magistral, se inició el debate sobre su condición. Primero, discutieron sobre las razones de la subordinación. De los comentarios se deducía que a muchas las tenían convencidas de que los hombres eran fuertes, agresivos, asertivos, sexuales, trabajadores y que las mujeres, sumisas, pasivas, vanidosas, coquetas y delicadas.

Elena pidió la palabra y les habló a las participantes: "Quiero compartir con ustedes mi experiencia. En el pueblo de donde vengo, me decían lo mismo que a la compañera, o sea que las mujeres éramos, por naturaleza, más débiles. Sin embargo, mi padre se tuvo que venir a Costa Rica por siete años y nos dejó a mi madre y a mis hermanos. Me di cuenta de que muchas de las cosas que no hacíamos cuando él vivía con nosotros, aprendimos a hacerlas. Así que no creo que las hormonas sean las culpables. Creo que es el poder que no tenemos lo que hace nuestros cuerpos más débiles". Una vez que terminó la diatriba, miró que ochenta ojos estaban sobre ella. Las mujeres se conmovieron con las palabras tímidas de la joven y empezaron a aplaudir.

Las feministas costarricenses, notó Elena, tenían una forma especial de mirar las relaciones entre hombres y mujeres. Aunque aceptaban, no como ella, diferencias "naturales" y que los hombres y las mujeres eran intrínsecamente distintos, no las veían como válidas para el dominio. Aspiraban a una relación de complementariedad y de especialización. Pero existía un peligro. Si se reconocía que existían diferencias genéticas u hormonales lo suficientemente grandes como para justificar la especialización en el trabajo, el salto a la

discriminación era entonces muy corto. Los científicos alemanes –sabía Elena- se dedicaban ahora a probar que las razas inferiores tenían cráneos más pequeños y que las mujeres no eran del todo civilizadas.

Finalmente, el consenso general era que el voto y la educación eran la solución a sus problemas. Ana, una americana que estaba de paso, les afirmó que solo cuando pudieran ejercerlo, los hombres escucharían sus demandas. "Si son sus maridos los que votan por ustedes, nunca les harán caso". Elizabeth, una dentista, defendía la educación. "En el momento en que cada una de ustedes ejerza una profesión, el control y la falta de respeto terminarán".

El esfuerzo por conseguir el voto para la mujer le parecía importante pero no una panacea. Sin embargo, la lucha por el voto le hizo percatarse que ella debía dar la suya por la aceptación de sus decisiones: "Debo pensar en algo para que mi madre acepte a Carlos", se dijo para sí.

Una vez que terminó la charla, se fue a preparar la cena para sus padres. Mientras corría hacia su hogar, que quedaba a media hora, pensaba que, a pesar de no compartir todas las ideas, jamás se había sentido tan emocionada. Era como si alguien hubiese abierto un closet y sacado una serie de trajes mágicos para ella: vestidos de doctor, sotanas de abogado, gabachas de ingeniero. "Quiero una profesión"- fue lo que se dijo para sí.

Cuando llegó a su casucha, sintió una ráfaga de viento que la hizo estremecer. "Alguien ha estado en la casa"-pensó. Aunque todo estaba, aparentemente, en su lugar, el olor de extraños se sentía por todas partes. Trató de no darle importancia, pero tuvo un presentimiento de que algo malo estaba por suceder. Cuando llegaron sus padres se los hizo saber.

"¿Pero qué ladrón va entrar en esta casa si no hay nada que robar?"- inquirió su madre. "No te preocupes, seguro fue tu imaginación". David buscó en los dormitorios y no encontró, por el momento, nada fuera de lugar. Cuando ella se enteró que faltaba el retrato de Carlos de su dormitorio, su padre le hizo saber que seguramente había sido Anita quien se lo había escondido. "Usted sabe cómo su madre no le gusta que sus amigas paisanas lo vean", le dijo para tranquilizarla y para intranquilizarla.

Se sentaron a cenar y a conversar de otras cosas. "Estás tan nerviosa"- le dijo Anita, "que le serviste menos pollo de lo usual a tu padre". "No, madre, desde ahora en adelante, él comerá tanto como usted".

La sororidad tenía sus límites. Uno de ellos se evidenciaría meses después de la conferencia cuando una mujer vino de compras a La Peregrina. No sería otra que Yadira, a quien reconoció inmediatamente. Nunca podría olvidar que el segundo día de su llegada al país había recibido, de sus manos, un panfleto contra los polacos. Esta vez, le traía otras malas nuevas.

- Buenas tardes señora, ¿en qué le puedo servir?-dijo la dependiente.
- ¿Sos Elena?-preguntó con dureza mientras observaba la mercadería.

- Sí, soy yo, doña Yadira- le hizo saber que no valía la pena disimular no conocerla.
- Pues te voy a ser clara. Sé que andás con mi marido y que desde que llegaste, el hombre ha perdido un tornillo y solo lee libros de tu religión. También reconozco que he cometido mis errores y que no sos la primera con quien ha tenido relaciones -afirmó la mujer para crear el caos. Sin embargo, he venido a conversar con vos para dejarte saber, una, que lucharé por reconquistarlo y dos, que quiero hacerte un favor- le dijo mientras volvía a ver la ropa con el mayor despecho posible.
- ¿Y se puede saber cuál es el favor que piensa hacerme?-preguntó una Elena absolutamente incrédula.
- Sabés que he pertenecido por mucho tiempo al Comité en Pro de la Nacionalización del Comercio y que he luchado contra la política de puertas abiertas a inmigrantes como ustedes. Esto lo he hecho con la seguridad de que mis acciones son honestas y que no engaño a nadie. No obstante, nunca he querido participar de acciones violentas, ni verme involucrada en actos vandálicos. Pues hasta hace poco he trabajado con algunos amigos de la Legación alemana y me he enterado de que planean un golpe contra la comunidad. Como comprenderás, algunos de mis compañeros comerciantes no apoyamos este tipo de acciones y no queremos que se nos vincule con ellas- explicó la mujer sin titubear- Pues para no darle más vueltas al asunto, quiero que hablés con tus paisanos y les informes que piensan poner una bomba en la sinagoga para la Semana Santa de ustedes.
- ¿Pero por qué me lo ha venido a contar a mí?- indagó confundida la joven.
- Muy sencillo. Quiero que sepás que he hecho un favor por ti y que más adelante pueda pedirte uno de regreso. Así es la vida, después de todo, las dos somos comerciantes, ¿o no?- dijo con toda la ironía del caso- Sin embargo, quiero que actúen con precaución y que no revelen mi nombre a nadie. Si se enteran de que pasé esta información, a mí me pondrán la bomba.

La historia era demasiado increíble para asimilarla inmediatamente. La joven no comprendía por qué Yadira se volcaba en contra del partido nazi y sus planes contra los judíos. Una vez que la mujer se despidió, Anita que veía todo desde la tienda de enfrente, corrió a preguntarle:

- ¿Qué quería esa mujer?- indagó con ansiedad.
- Decirme que habrá una bomba para *Pesaj*- le contestó la hija sin todavía haberlo asimilado.
- ¿Pero por qué te lo ha contado? ¿No será una trampa?- volvió a insistir la madre, quien desde que su relación con don José se había calentado, se había tornado más comprensiva con los enredos de su hija.
- No lo sé pero no tiene lógica. Será muy fácil averiguar si es o no un engaño, madre, tenemos que alertar al Centro Israelita para que tomen cartas en el asunto. Mañana mismo iré a informarlos. Después de todo, tienen su oficina detrás de la sinagoga y podrán revisar los asientos en cada momento.

A la mañana siguiente, Elena se fue a visitar a los miembros de la Junta Directiva, en ese tiempo bajo la presidencia de Salomón Shifter, hermano de unos de los pretendientes que su padre le endilgaba. La sinagoga y las oficinas quedaban frente a la Fábrica Canada Dry, en plena Avenida Quinta. El lugar era pequeño y consistía en un salón de reuniones, un

lugar para los rezos en donde se instaló la "sinagoga" y al fondo, otro más angosto en donde se reunía la Junta Directiva. Las reuniones políticas judías eran solo para hombres y Don Salomón recibió a la muchacha con aprehensión. Los directivos consideraban que las mujeres no debían meterse en política y estaban molestos que Anita hubiese estado a cargo de llevar, por medio de José Sanchez, informaciones migratorias al gobierno de Ricardo Jiménez. Ahora resultaba que su hija tenía otros contactos con sectores aún más peligrosos. Hicieron que Elena se quedara fuera de la reunión para "votar si la dejaban entrar o no". Don Abraham Picoda, secretario de actas, objetó que una mujer fuera invitada a la reunión.

-Don Salomón no creo que sea conveniente que oigamos cuentos de una Sikora que parecieran que vinieron a este país a meterse donde nadie las ha llamado- objetó con molestia el secretario. Además, es hija de Anita y don David que malos ejemplos están dando a la nueva generación. Usted sabe que los Sikora tienen fama de revoltosos y que andan con malas compañías.

-Señor Picoda, entiendo que esto no es usual pero tampoco lo es la situación que estamos viviendo y si la compañera Elena tiene algo que decirnos, considero que es importante oír-la- contestó el Presidente del Centro, quien solía resultar más previsor que algunos de los otros miembros.

-Le reitero mi oposición- insistió don Abraham- golpeando la mesa y jalándose los pelos de la barba para intimidar a su adversario.

Elena, afuera, se hacía chiquita. Tenía algo importante y grave que compartir pero necesitaba un permiso especial para hablar, como si las mujeres no contribuyeran con su trabajo a sostener también esta organización. Pero esta joven era decidida y no estaba para esperar que las murallas de Jericó se vinieran abajo. Sin pedir permiso, abrió la puerta y dejó fría a la Junta Directiva con sus palabras:

-Perdonen la intromisión señores pero no tengo tiempo que perder y ustedes menos. Me han contado que pondrán una bomba en la sinagoga para *Pesaj*- dijo la hermosa mujer, dejando con la boca abierta a los directivos, no tanto por las malas nuevas sino por la osadía de la mensajera en romper con un bastión masculino.

Aunque le preguntaron quién se la había dado, Elena no podía faltar a su palabra. No obstante, la información era creíble. Desde que la sinagoga se había establecido, en 1934, había habido vandalismos de todo tipo. La campaña antisemita estaba en lo peor y por otro lado, el Congreso había aprobado la deportación de los hebreos, lo que revelaba que el gobierno no los ayudaría. "Nos están atacando por todos los frentes, Elena"- le explicó don Salomón, quien fue el primero en reconocer la valentía de la mujer. "Los nazis dicen que nos quieren fuera de Alemania pero cuando lo hacemos, nos vienen hacer lo mismo en todo lado. Ahora quieren echarnos de Costa Rica, ¿adónde vamos a ir?"-hizo una pregunta retórica.

-No tenemos que dejarnos intimidar por los nazis e irnos a ningún lado y lo que debemos hacer es organizarnos para combatirlos. Si en Polonia las cosas han sido terribles, no hay razón para que aquí se tornen de la misma manera. Los que apoyan a los antisemitas son los

comerciantes y no el pueblo. Debemos aliarnos con los obreros y el Partido Comunista- replicó la mujer para escándalo de los miembros de la Junta Directiva.

La conservadora asociación no estaba dispuesta a unirse con el partido comunista, mucho menos ahora. Sin embargo, la seguridad de Elena los hizo considerar seriamente la posibilidad de un atentado. “Debemos contratar agentes de seguridad para que revisen cuidadosamente cada lugar en la sinagoga”- terminó aceptando don Abraham Picoda.

Pero antes de planear las medidas de seguridad, él insistió que “una mujer no debe estar en la reunión porque podría contar el secreto a sus amigas”. Don Salomón no pudo más que reírse de tal tontería: “Si ella no ha dicho quién le dio la información sobre los nazis, ¿cómo es que va a dar la nuestra?”- le indagó con desprecio. No obstante, la mayoría de los otros miembros era deudora de don Abraham, quien prestaba dinero al interés y la tenía bajo su control. “Elena, es mejor que nos deje solos para continuar la reunión”-terminó cediendo don Salomón, quien sabía la importancia de mantener el consenso.

La mujer salió de la oficina y rezó para que por, esta vez, los machos supieran qué hacer.

Tal y como lo predijo Yadira, una bomba fue encontrada la noche anterior a *Pesaj*. Pudieron, con la ayuda de uno de los norteamericanos que vino a entrenar al Ejército de Costa Rica, desmantelarla antes que explotara. Otras estallaron en casas particulares de judíos, sin causar pérdidas de vidas. Sin embargo, la de la sinagoga hubiera liquidado a cientos de personas.

"Le debemos un gran favor a la persona que te dio la información"- le explicó, días después un sonriente don Abraham a Elena.

“No, señor- interrumpió don Salomón- nuestro agradecimiento es también para una mujer judía”.

XX

Anita era una experta en cortarle el cuello a las gallinas y, según las estrictas leyes *kosher* que seguía en su hogar, dejarlas sangrar hasta morir. "Dicen los *shoijets* que no sufren las pobres –le decía con tristeza a Elena- pero creo que es mejor retorcerles el cuello que dejarlas consumirse en un charco de sangre. Muchas cosas estaban siendo cuestionadas en este Nuevo Mundo y la mujer no quería romper con una tradición más.

No obstante, las aves daban más guerra de lo acostumbrado. "Elena, creo que estas gallinas tropicales son más listas que las del Viejo Mundo"- le confesaba a su hija. "Fíjate que las que nos comimos la semana pasada no se dejaron agarrar por horas, como si sospecharan de mis intenciones".

Su hija no estaba tan convencida. "No, mamá, ¿cómo iban a saberlo?"- contestaba sin interés. Ella creía que únicamente los seres humanos podían ser engañados. "Los animales nunca se engatusan acerca de los designios de sus depredadores"- argüía. Pero Elena detestaba la carne de gallina, consideraba que había sido castigada a comerla desde niña y le daba náuseas pensar que estos bichos tuvieran alguna sabiduría. En los trópicos, había optado por incrementar su consumo de vegetales y de frutas y dejar sobrevivir a más de estos animales. "La verdad es que desde que usted habla con don José se le vienen las más extrañas ideas"- le respondió a su madre. "Como si todo el mundo se hubiera enterado de su amistad y la estuviera espiando por eso. Las gallinas le representan sus temores de ser descubierta".

La madre se quedó callada y tuvo que admitir que su hija no estaba del todo equivocada. No solo el trópico había hecho más listas a las gallinas sino que introducía un elemento desconocido para ellos: el amor romántico. La mujer que hasta la fecha había comprado a sus maridos como lo hacía con las aves en el mercado, cerciorándose de escoger las más rellenitas y sanas, sentía que era víctima de un nuevo mal. Desde que había conocido a don José, un sentimiento extraño había aumentado su confusión en el Nuevo Mundo. Esperaba que el gamonal llegara como se anticipa la fiesta del *Shabat*, con una alegría desconocida. Se percató que unos gusanitos hacían cosquillas en su estómago y la obligaban a dirigirse, una y otra vez, hacia el espejo. Un día decidió pintarse los labios; otro, comprar un nuevo vestido. Su pelo largo y amarrado con un cordón tan firme como el de los salchichones del mercado, lo soltó y lo tiñó con un tono más claro. La mujer estaba, como se decía en estos lugares, totalmente acaballada.

El nuevo pensamiento le traía las más crudas críticas por parte de otros mercaderes judíos del mercado. Doña Golcha, que tenía una tienda a corta distancia de la suya, solía asomarse cada vez que don José venía de compras y era la vocera para el resto de la comunidad. Anita sabía que su vecina del mercado era lo que se conocía como una *yenteh* que vivía de chismes y de los escándalos de los demás. No había ni siquiera llegado don José cuando doña Golcha dejaba de llenar el crucigrama del periódico para apuntar en su diario lo que creía oír y mirar. "Anita dejó tirada a una clienta con tal de hablar con ese hombre. ¡Que me corten la lengua si ellos dos no tienen algo *shmutsik!*"- escribía subrayándolo con vehemencia. La espía judía estaba segura de que desde que don José venía a visitar a su correligionaria, más de los 300 diablos que había identificado el rabino Yojanán cerca de la ciudad de Shijin, se habían mudado al Mercado Central de San José. Anita se percató que

su vecina la fisgoneaba y optó por encontrarse, en la soda del mercado, con su amigo. Cuando era la hora de la cita, la mujer se ponía un ridículo sombrero de paja y unos anteojos tan negros como su conciencia y pasaba frente la tienda de doña Golcha, como si ésta no la reconociera. "La depravada de Anita cree que no sé que es ella"- volvía a escribir en su diario.

La pobre Anita buscaba un lugar en la soda del mercado y pedía un café. Pensaba en las tretas que inventaba para encontrarse con su amigo que no eran nada distintas a las de Samuel, el suicida, cuando se veía a solas con el rabino de Dlugosiodlo. Los amantes ilícitos tenían que actuar como criminales, pensó para sí, fueran hombres con hombres, mujeres con mujeres, o judíos con cristianos. Quizás algún día la revolución socialista terminaría con tales embelecó –razonaba en silencio- pero cada vez lo creía menos. En el momento en que don José se aproximó, la mujer hacía que se encontraban por casualidad y lo invitaba a sentarse. Este teatro era conocido por todos los comerciantes, inclusive doña Golcha. Tanto era así que ella le puso el apodo de "Anita la Garbo" porque decía que su paisana era toda una estrella de cine.

Los demás comerciantes eran menos críticos. Después de todo, muchos de los compañeros de mercado eran también infieles y la cultura latina más tolerante para que hombres y mujeres tuvieran sus deslices. "No se haga bolas –le aconsejó con ironía el mismo don José- ¿no ve que los cristianos podemos hacer de todo siempre y cuando, al final, nos arrepintamos y usted, como buena judía, lo está desde el principio?".

"¡Ay mi amigo!- contestaba la mujer, es que los judíos nos sentimos culpables de todo, inclusive de lo que no hacemos". El gamonal se echaba a reír y lo único que le pedía era que se quitara los anteojos negros porque en el mercado no entraba ni un rayo de sol y parecía más bien un mapache que una mujer infiel. "Si no le puedo mirar los ojos, ni tomar la mano, ¿qué mal cometemos?"- le preguntaba. "Vaya y se lo dice a la bruja de Golcha que me está arruinando la reputación en la comunidad"- le respondía la mujer.

Anita titubeaba y aceptaba quitárselos para ponérselos, con una rapidez de lince, cada vez que se acercaba un paisano suyo. Don José, por su parte, se extasiaba al mirar a su compañera de mesa que parecía un pajarito de reloj suizo quebrado. La pobre comerciante no se percataba de que todos conocían su ritual y cada vez que se acercaba un judío, los compañeros de negocios cercanos hacían un acto teatral.

La mujer de los chayotes, por ejemplo, cuando Anita se ponía las gafas, tiraba una verdura hacia arriba. El carnicero le cortaba la cola a un pescado; el vendedor de huevos se rascaba los genitales; la mujer de las tortillas amasaba con fuerza para hacerlas sonar como tambores; la dueña de la floristería se apretaba un seno y el que vendía zapatos silbaba "La Cucaracha, la Cucaracha, ya no puede caminar, porque le falta, porque le falta, una pata para caminar...". Sin que la pobre Anita se percatara, todo el mercado participaba en la espontánea obra musical. "No sé por qué hacen hoy tanto alboroto"- comentaba la distraída mujer. Cuando volvía a la tienda, mirando para todos lados, principalmente hacia la tienda de doña Golcha, que se hacía como que no estaba en nada, los demás se retorcían de la risa.

Una danza distinta bailaba su marido. David, cuando optó por la tienda, había rehusado dejar algunos clientes de su época de *klapper*. Le explicaba a su mujer que sentía una gran lealtad por los que le compraron durante los primeros años y que prefería seguir vendiéndoles en sus casas o negocios. Todos los domingos, cuando cerraba La Peregrina, el comerciante, con la excusa de que iba a vender chécheres, se desaparecía, para el enojo de Anita. "Tu padre nunca se la pasa un domingo en la casa" –le recriminaba a su hija. La madre sospechaba que su marido disfrutaba de sus escapadas furtivas y que lo hacía tanto para alejarse de ella como para visitar a sus compinches de mesa de tragos.

La mujer temía confesar a su hija el único secreto que guardaba: su sospecha que su marido estuviera envuelto con Susanita. Para proteger a su hija de tal vergüenza, solo se atrevía a insinuarle que creía que su padre tenía "una relación demasiado cercana" con ese homosexual. "No es que a mí me importe –le decía a Elena- pero usted sabe cómo es la gente aquí en América con respecto a eso". Su hija se reía por dentro porque conocía que su padre era solo amigo de Susanita y que si de alguien debía sospechar era de Emilia y sus amigas.

Elena tenía, una vez más, la razón. David se iba los domingos para los bares de mala muerte en donde se rozaba con lo mejor del bajo mundo. La vida era dura y cruel y llena de desilusiones, pensaba el comerciante, y sus conversaciones con los que una vez soñaron con ser una cosa y terminaron siendo otra, le daba paz a su espíritu. El hombre salía velozmente al bar de Emilia para consolarse con los tragos y las conversaciones. Cada domingo por la tarde se reunía con Emilia, Susanita y un travesti viejo de Barrio México que se conocía como La Polvera para discutir sobre sus miserias, aspiraciones y sentido de la vida.

Las tertulias, más que un intercambio de ideas, David las tornó ese día en una competencia de quejas. El tema era cuál de ellos era más perseguido y discriminado, o sea si un judío, y casado por necesidad, la prostituta, el sodomita o el travestido. La discusión se centraría en estudiar cuál había ganado más derechos con el proceso de la civilización.

El comerciante era bueno para retorcer los caminos, al estilo talmúdico, y no dejar que nadie le cuestionara el monopolio del sufrimiento. Esta vez, sin embargo, los demás participantes habían adivinado los trucos del comerciante para hacerse el mártir y no querían darle una fácil victoria. Como Epistófenos modernos, peleaban por el mérito, como pretendía Platón en el Simposio, de definir cuál sexualidad era la mejor y cuál la peor. Las discusiones se tornaban en tal competencia plañidera que aún los cristianos usaban palabras del ídish para lamentar quién sufría las peores *tzures*. "David, no se preocupe de que su matrimonio sea un fracaso –le decía su amiga Emilia- la vida no es de color de rosa y fíjese en mí que quise tener un marido y terminé como puta". "Pero mujer, usted por lo menos espera cada noche algo nuevo mientras yo tengo que ver siempre al mismísimo Samael, el rey de los demonios"- contestaba el hombre. "Además, continuaba David, en este país usted se arrepiente, y queda perdonado".

Susanita que no se perdía las discusiones de ambos, se insertaba en la conversación: "El único que mira al *pisuicas* es quien habla y no hay multa que yo pueda pagar para dejar a Max y a la sodomía"- le explicaba a don David. El homosexual sentía que a diferencia de

Emilia, su condición era más difícil y mucho menos dolorosa que la del judío. "No existe grupo más discriminado que el de los sodomitas, decía. Los hombres como Max –se quejaba- se aprovechan de una y tarde o temprano nos dejan tirados".

Pero David no daba el brazo a torcer. "Usted Susanita, a pesar de que todo el mundo se le oponga, puede amar a quien escogió. En mi caso, me tuve que casar sin haber elegido y no hay nada peor que eso". "Pero don David –replicó el homosexual- dígame la verdad, ¿nunca disfrutó con su mujer?" El comerciante no pudo, aunque hubiera querido, negar la verdad: "Al principio sí. La mujer era caliente y algo morbosa. Le gustaba mirar mi trasero firme y duro y me decía que era un excelente amante. Sin embargo, la maldita pobreza y los pleitos por la plata nos apartaron"- confesó con una lágrima en los ojos, que ninguno se la creyó.

Cuando le tocó el turno a La Polvera, el travestido se mostró de mal humor y sin paciencia para discutir sobre tales "babosadas". Con una sabiduría que solo se aprende de los años, el hombre no quiso discutir quién estaba mejor o peor. "Ustedes están perdiendo el tiempo con estas discusiones absurdas –les dijo- ya que para las minorías la modernidad nos está convirtiendo en presa fácil de los nazis y solo la revolución comunista nos dará la salvación. Para La Polvera, los pobres y los marginados estaban en peligro y ninguna se había beneficiado del progreso.

"Mire bien las cosas, David"- le explicó el travestido. "Lo que hoy es una práctica mañana lo convierten en una personalidad"- apuntaba. Esto mismo lo estaban haciendo con los judíos. Antes eran vistos como miembros de una religión para los que existía, ante las amenazas de los antisemitas, la posibilidad de escape por medio del bautismo. Sin embargo, ahora los nazis los han definido como una raza de la que nadie, ni con el bautismo ni el matrimonio mixto, se escapa. Hitler ha determinado que ser judío es tener tres abuelos que lo sean, no que practique la religión"- explicó.

Según La Polvera, lo mismo estaba pasando con los homosexuales y las prostitutas. "Hace veinte años una puta podía pagar un impuesto y dejar de serlo. Un sodomita podía casarse y nadie chistaba. Un hombre se vestía de mujer y lo hacía sin que provocara recelo. Mientras ahora –afirmaba el travestido- nos están convirtiendo en personalidades, en individuos con un pasado que nada puede borrar. No se engañen de que estamos progresando y que somos naciones más civilizadas".

Como no se llegaba a un consenso si la vida de prostituta, de sodomita o de judío pobre y casado por *shidaj* era peor, David tenía una última carta para ganar la contienda. Según él, los otros dos habían escogido su forma de vida mientras que él terminó, a pesar de haber soñado con ser rabino, como comerciante. "Ustedes no comprenden lo que sufro teniendo que vender *shmates* cuando pude haber sido un excelente estudioso del Talmud"- les decía. "De no haber sido pobre me hubieran respetado y acatado mis sabios consejos".

Pero Emilia no se dejaba ganar. "Pues yo elegí ser puta y terminé pobre y dando consejos"- le contestó. "Usted no sabe cuántos clientes vienen a contarme sus miserias cuando lo que quiero es que terminen y se vayan rápido". La mujer no entendía qué gracia podía haber en

hacerse rabino para decirle a los demás cómo debían vivir. "Si de todas maneras, nadie hace caso, ¿qué satisfacción puede haber en dar consejos?".

Mientras David conversaba con sus amigos, su hija se encontraba con Carlos en la retreta del Parque Morazán. Elena era más osada que su madre y que su padre. No tenía interés en ocultar su amor. Sabía que en un país de medio millón de habitantes, no había escondite. Además, estaba locamente enamorada del galán y éste de ella. Cuando la química es correcta, los cuerpos parecen responder a todo menos la razón. Y entre ellos, la atracción era tan grande que no había cómo controlarla. Ambos esperaban los domingos por la tarde para encontrarse y mirarse, como perfectos ilusos románticos, sin hablar. Muy grande debió ser este amor para enfrentar la reprobación absoluta de sus comunidades de origen. Y desaprobación hubo. Tanta que los dos se quedarían solos, sin amigos que comprendieran lo que pasaba en sus corazones. Pero las personalidades se complementaban en formas tan misteriosas que no habían ni Biblias ni Talmudes que pudieran separarlos.

Elena y Carlos eran inmigrantes, sobrevivientes y almas solitarias que no encontraban sosiego en la tradición. Habían dejado de creer en dioses particulares y en tradiciones eternas. El destierro y la miseria los había abierto al mundo, al torbellino de modernidad que prometía arrancarlos de sus pueblos y expulsarlos hacia una nueva sociedad. Ninguno sospechaba que ésta enfrentaba a su peor enemigo.

Los acontecimientos en Alemania parecían tan lejanos desde el trópico que los hacía pensar que nunca llegarían a afectarlos. "Hitler no durará mucho"- le decía su iluso enamorado. Sin embargo, desde 1935, los matrimonios entre judíos y alemanes, de acuerdo con las nuevas leyes raciales, estaban prohibidos. El beso de amor que se daban en San José, los pondría en la mera cárcel en Berlín. "Carlos, debemos parar esta locura, le decía Elena sin creérselo. Estamos jugando con fuego".

No solo los amantes tenían citas furtivas. David y Carlos se encontraban los domingos por la noche para discutir el Talmud. Los dos habían llegado a gustarse y aceptarse. Los encuentros eran tan polémicos como los que se suscitaban por la tarde. Para ambos, sus discusiones sobre las escuelas rabínicas, les era miel para el espíritu. Carlos había encontrado una religión, la de Hilel, que se debatía en interminables discusiones sobre la justicia y la moral y que era flexible al cambio. David optaba por la escuela de Shammai que mantenía una posición rígida ante la ley y la tradición.

Hilel hacía una interpretación más humana –que David consideraba como floja- de las leyes y más sensible a las realidades de sus seguidores. Shammai consideraba que si una mujer cuyo marido había desaparecido y se presumía muerto pedía el divorcio, la petición debía ser denegada si se basaba en un solo testigo. Hilel, al contrario, consciente del sufrimiento de una mujer abandonada, lo aceptaba. Shammai era rígido: El hombre no podía divorciarse a menos que descubriera adulterio ya que dice la Biblia: "por haber encontrado en ella algo indecente"- pero Hilel sostenía lo contrario: el hombre se podía divorciar por cualquier defecto, inclusive si la mujer echara a perder la comida, porque dice: "por haber encontrado en ella algo inapropiado".

David, que se había casado con la mujer gracias a que el rabino del pueblo le había concedido el divorcio por razones de impotencia, optaba por apoyar a Shammai: "Si no le hubieran dado el *get* a Anita, razonaba él, no me hubiera casado con ella y estaría ahora libre. Para mí, el divorcio no es justificable a menos que la mujer cometa adulterio"- argumentaba.

Carlos no consideraba justo que las personas tuvieran que quedarse de por vida con la primera persona que habían desposado: "Usted, don David, como no se atrevió a dejar a su mujer, quiere que todo el mundo se mantenga atado e infeliz"- le replicaba el alumno.

El futuro converso estaba asustado de que al no haber rabino en el país, David ejercía un gran poder en las decisiones de la comunidad sobre la *halakah* y utilizaba la oposición al divorcio para no reconocerle moralmente el suyo con Yadira. De ahí que David estuviera proponiendo que la comunidad judía de Costa Rica no aceptara ningún *get*. "Existe un paisano que por plata está divorciando a todo el mundo y si lo dejamos, no quedará una pareja en los próximos años"- le explicaba a Carlos. "La solución es pasar una ley que no permita sacar provecho de los fracasos de los demás"- replicaba.

Sin embargo, a David las discusiones con Carlos, le hacían aprender que el judaísmo era algo más que un pueblo o una religión. Lo empezó a mirar como una forma de pensar, que podía ser apreciada por un gentil como Carlos. "Al principio creí que era una locura tener estas lecciones"- le decía. "Sin embargo, lo miro a usted cada vez más judío y testarudo".

El padre de Elena no estaba convencido de que la boda de su discípulo era la mejor solución. "Se enfrentan ustedes a tantos problemas con un matrimonio mixto"- le decía, que "no podrán aguantarlo". "Si casarse es un error con una persona del mismo pueblo, imagínese lo que será con una del opuesto"- le decía a Carlos. David era de la opinión que la pasión era pasajera y un mal principio para el matrimonio. "Aunque los *shidajs*, como el mío, pueden resultar en un desastre, la verdad es que son más duraderos que los que se basan en el amor pasional"- le cuestionaba a Carlos. "Creo que es mejor para Elena casarse con uno de su pueblo aunque no lo quiera"- continuaba el padre. "Después de todo, aprenderá hacerlo en el futuro". El hombre cantaba ahora una canción distinta a la de la tarde en el bar de Emilia.

Pero Carlos no se dejaba intimidar. "No me explico cómo hizo usted para poder tener relaciones con una mujer que apenas conoció la noche de bodas"- lo cuestionó. "Si tuviera que irme a la cama con alguien que me presentan el día de la boda, me sentiría el hombre más miserable del mundo". Para el joven enamorado, si la pasión era, como decía don David, mal consejera para el matrimonio, peor era dejar que otros escogieran por uno. "Si como usted dice la atracción física es efímera, ¿no sería mejor disfrutarla mientras dure que nunca tenerla?". "Además, continuó Carlos, ¿cómo es que usted defendió a Samuel cuando optó por enamorarse de otro hombre y ahora no deja que su hija haga lo mismo?"

"¿Pero no se da cuenta, replicó David, que él se enamoró de un judío y no de un cristiano?"- contestó con burla. "La verdad es que, continuó, existe un paisano que anda detrás de mi hija y si tengo la oportunidad, prefiero que se case con él que con usted". "¿Quién es?"- indagó un celoso pretendiente. "Pues un tal Adolfo, hermano del presidente

del Centro Israelita"- replicó con orgullo el padre de Elena. "El pretendiente es un primor, aunque nada inteligente, pero por lo menos es judío y me ahorraría un escándalo"- confesó el padre de la muchacha.

"Usted es un bribón"- espetó Carlos- "busca un hombre con plata y no le importa si hará feliz o no a su hija. Recuerde que existe una maldición para quienes solo buscan lo material". "Pero si eso es lo único que añorara para ella -respondió David- lo preferiría a usted que es más rico que el rey Salomón. Además, si tener dinero es una maldición, ¡maldígame cien veces que estoy harto de ser pobre!"

El aprendiz de judaísmo se quedó pasmado ante tal afrenta porque el Talmud mismo prohibía que uno se maldijera a sí mismo, según estaba escrito. "¡Don David, lo van a castigar por tener la lengua tan suelta!"- le reprochaba. "¡No solamente hará a su hija infeliz sino que usted terminará más pobre que una rata!"- le advirtió Carlos.

Las discusiones sobre el amor continuarían por la noche en casa de Anita. La mujer esperaba a su marido, de mala gana, dispuesta hacerlo pagar por haberla abandonado durante el día. "¡Ya era hora que su majestad, el Rey David, se dignara llegar a la casa!"- lo recibía con toda la ironía del mundo. Anita le reclamaba, inmediatamente, que se la pasara con Carlos estudiando el Talmud mientras Yadira se iba a los mítines con los nazis: "¡Bonita compañías las que ha buscado usted: por la mañana, putas y sodomitas y en la noche, nazis y alemanes!"- le reprochaba. "No es de extrañar que esta casa está patas para arriba y que nadie sepa qué hacer con sus vidas. Usted ha provocado este caos con sus andanzas en el bajo mundo de esta nación. En Polonia, ya le hubiéramos impuesto el *herem* por licencioso y por vivir con los herejes".

Ella no se oponía tanto al noviazgo de su hija por razones religiosas, que no le importaban, sino por ideología y clase social: "Ningún hombre rico se va a divorciar y casar con una mujer pobre como Elena y mucho menos un nazi"- le decía. David, para llevarle la contraria, ahora defendía a los tórtolos que había atacado por la tarde: "Si Carlos estudia el Talmud por amor a Elena es mucho más de lo que usted ha hecho por mí durante todos estos años"- le recriminaba.

No se ponían de acuerdo aunque ambos estaban conscientes de que las cosas eran más "modernas" en este país tropical y que el gusanillo del amor andaba suelto, invadiendo los hogares tradicionales y apoderándose de los corazones de los judíos. "En Dlugosiodlo, respondía Anita, nadie se había casado por amor y el único que lo había hecho, Samuel, había terminado con una bala en la cabeza". "Quizás tenga usted razón -afirmaba David- pero nadie murió con tan amplia sonrisa de felicidad".

XXI

Una alma engañada es una morrocotuda enemiga. Cuando averiguamos que nuestro amado se cita, a escondidas y repite promesas que fueron más que nuestras, somos capaces de sinrazones. Nuestro ego es un duende pequeñito, dictador intolerante que no admite competencia. Yadira se sentía destrozada hasta los huesos. Esa noche soñó con Max, que se veía más hermoso que nunca y lucía un vestido entero nuevo. La amante, que no creía ni en Freud ni el psicoanálisis, se percató de que el traje representaba a su rival. Mientras su cabeza parecía estallar, tomó una decisión: "¡Ese infeliz no me tratará como a un chuica viejo!"

A la mañana siguiente, tenía lista la revancha. Llamó a su padre y le pidió un pequeño favor: -Papá, ¿puede usted conseguirme una cita con William Hornibrook, el Ministro de la Legación Norteamericana?

-Sí, puedo. Pero, ¿decidiste pasarte de bando?- se burló él- Solo vas a la Legación Alemana y ahora, ¿qué diablos vas a hacer dónde los gringos?

-En la guerra y el amor, contestó, todo es permitido. Además, no fui quien se pasó de bando.

Aunque don José trataría de sonsacarle las razones, su hija se mantuvo incólume: "Hablaré de la guerra, ¿de qué otra cosa?" Sabía que los norteamericanos, ante el sabotaje de algunas firmas alemanas a El Diario de Costa Rica, habían decidido financiarlo, porque el periódico era antisemita pero también pro norteamericano, una de esas contradicciones en los países tropicales. Si los estadounidenses podían negociar con los antisemitas, ¿por qué no ella?

Si para su padre la cita sonaba extraña, más lo sería para el diplomático. Hornibrook estaba enterado de que la mujer era simpatizante del Partido Nazi de Costa Rica e instigadora principal de la campaña anti judía. Conocía, además, su relación especial con Max Gerffin, quien figuraba como potencial enemigo de su país. Dos días después, Yadira entraba en la Legación Norteamericana.

-Señor Ministro, gracias por recibirme. Sé que usted es un hombre muy ocupado. Trataré de no quitarle mucho tiempo-dijo la visitante mientras aceptaba sentarse.

-Es un placer que me haya venido a visitar. ¿En qué puedo ayudarle?- le preguntó el diplomático que volvió a su silla.

-Mire don William, estoy muy preocupada. Usted sabe que he trabajado para que se respeten las leyes en Costa Rica y que no se permita la entrada libre a cualquiera. Sin embargo, soy, ante todo, tica. Tengo temor de que nuestro gobierno no sea lo suficientemente firme para resistir las presiones de potencias extranjeras. Usted sabe que el Ministro Alemán, Otto Reinebeck, está en Guatemala, y su representante en el país es Max Gerffin, que también ayuda y labora para el gobierno en asuntos de infraestructura. Aunque he compartido con él, tengo informes de que un tal Pepe Flores le da información sobre secretos de Estado- dijo Yadira mientras hizo una pausa.

-¿Qué evidencia tiene?- preguntó el diplomático, tumbándose, sorprendido, en su sillón de cuero.

-Estoy enterada que Alemania conoce la posición oficial que llevará Costa Rica a la Conferencia de La Habana, la cual usted apoya y que el Ministro Reinebeck está preparando un golpe de estado para terminar con un gobierno que él dice "es un títere" de los Estados Unidos. Si esto no fuera verdad, ¿cómo sabría que en La Habana se piensa impulsar un tratado interamericano contra el nazismo y el principio de no aceptar la transferencia de colonias de países invadidos por Alemania?- preguntó la mujer con una enigmática sonrisa.

Hornibrook se quedó de una pieza. La información era, hasta la fecha, secreta. Pepe conocía la estrategia de La Habana pero no los detalles específicos del acuerdo que se iría a presentar. Él había venido trabajando sepulcralmente con el gobierno de Calderón para que éste se sumara a un frente antifascista. Washington sentía que la posición de neutralidad estadounidense era insostenible. Si por alguna razón, se entraba en la gesta militar europea, el Canal de Panamá, y por consiguiente, Costa Rica, eran de importancia estratégica. Un gobierno tico neutral o simpatizante de los alemanes sería inaceptable. Para ello, el Ministro había establecido varios contratos de mutua ayuda, promovido las conversaciones para arreglar la disputa de límites entre Panamá y Costa Rica, aumentado las cuotas de café en el mercado norteamericano y realizado promesas de ayuda militar. Sin embargo, ahora venían a decirle algo que él sospechaba: los alemanes estaban tramando, por medio de un golpe de Estado, sabotear los planes de una Costa Rica pro aliada.

Hornibrook buscaba, a toda costa, controlar la situación que estaba sucediendo en su despacho.

-Doña Yadira, lo que usted me dice es muy grave. Si es cierto que se planea un golpe de Estado y que existen espías alemanes en el gobierno de Costa Rica, necesitamos comprobarlo. Sin embargo, usted, permita mi atrevimiento, ha estado muy cerca de la política de Alemania y ahora pareciera que no lo está. ¿Cómo puedo confiar?- haría la pregunta clave mientras observaba las manos de la mujer que se mantenían apretadas y firmes.

-Vea don William, le voy a ser muy cristalina. El gobierno de Calderón ha aprobado la expulsión de los judíos. En eso, le soy franca, busqué apoyo de Max y de la Legación Alemana. Sin embargo, ahora quieren más. Resulta que quieren tumbar a Calderón por asuntos internacionales que no me competen. Si tengo que ser consecuente con mis creencias, ¿para qué voy a apoyar un golpe en contra del Doctor que nos ha dado una solución del "problema" judío? Los quiero afuera y punto. Sin embargo, ustedes han tomado decisiones contradictorias también. Sé que han decidido financiar a El Diario de Costa Rica porque aunque don Otilio apoya la expulsión de los judíos, es un aliado de Inglaterra. ¿No es esto tan paradójico como lo mío? Siempre defendemos nuestros intereses primero, ¿no es así?- añadió Yadira mientras observaba la foto del Presidente Roosevelt.

-¿Y cómo podríamos entendernos? Usted sabe que necesito pruebas- insistió el Ministro.

-Digamos que se las consigo. Y "digamos" que usted se convence de que hay un espía en el gobierno. Y "digamos" que usted se entera de que este espía trama un golpe. Y "digamos" que su país decide que él debe desaparecer- increpó la mujer con un tono de burla.

-Digamos- doña Yadira, que para que este funcionario desaparezca, usted me da pruebas contundentes- replicó Hornibrook repitiendo el acento en la repetida palabra.

-Me gusta tratar con usted, don William. Espere usted que el Ministro alemán para Centroamérica dé muestras de que tiene información sobre sus planes "secretos" para la Conferencia de la Habana. Yo, por mi parte, me sentaré a esperar un imprevisto, un ligero descuido y ¡pum!, un tiro accidental que no se sabe de dónde salió- dijo la costarricense antes de levantarse y buscar la salida de la oficina.

Al salir la señora Sánchez de Dönning, Hornibrook se secó el sudor de la frente. Llamó inmediatamente a su Vicecónsul, Zweig y le dio instrucciones urgentes: "Averigüe todo sobre Max Gerffin y Yadira de Dönning". El ministro estaba preocupado porque Pepe, su agente secreto, pasaba información confidencial a los alemanes para hacerlos creer que tenían acceso a los planes de Washington. Sin embargo, lo que la mujer le había revelado no podía haber provenido de Pepe porque era en verdad de máxima seguridad. "Alguien más - pensó- estaba obteniendo información clave en el gobierno tico". De inmediato, le envió un largo cable al Secretario de Estado de su país:

La propaganda alemana aquí ha sido efectiva y ha echado raíces. Los americanos, en este momento, tienen cierto favoritismo, pero el temperamento oscilante del latino puede cambiarlo en un día. Los alemanes han diseminado el mensaje, con éxito, de que Hitler ganará de seguro, y esto ha debilitado nuestra posición diplomática... Tengo el sentimiento desagradable de que algo siniestro se mueve en América Latina, una brisa, un viento, una vuelta a la visión antiimperialista que tuvieron estos países durante el período republicano. Estoy convencido de que esto se debe a la creencia en muchos sectores de que Alemania podría ganar, y que ésta es el único mercado para el café costarricense y, desafortunadamente que los Estados Unidos no están suficientemente preparados para defender el Hemisferio Occidental contra la agresión externa... la posibilidad del derrocamiento del actual gobierno por parte de León Cortés y de sus seguidores alemanes es algo que, en mi opinión, debe mantenerse en la mente del Departamento.

La corroboración de las palabras de Yadira no tardó. El 27 de junio de 1940, Otto Reinebeck, Enviado Extraordinario y Ministro del Reich en Costa Rica, desde su sede en Guatemala, envió una fortísima carta al gobierno de Costa Rica en que lo acusaba de permitir propaganda antialemana. Reinebeck había recibido una carta contra Hitler de un ciudadano costarricense en calidad personal, y sin contemplar ninguna regla diplomática, amenazó al gobierno:

No quisiera dejar de poner en conocimiento de V.E. el escrito adjunto, firmado por José Rafael Morera, que me fue dirigido desde San José de Costa Rica. Si bien su contenido está muy lejos de poder afectarme, sin embargo rinde una triste prueba adicional por el embrutecimiento moral que ha venido a ser corriente, debido a una instigación inescrupulosa contra Alemania, desgraciadamente tolerada por las autoridades estatuales (sic) de esa República.

El diplomático alemán envió una circular el 1 de julio de 1940 a todos los gobiernos de Centroamérica en que les expresaba su punto de vista en contra de posibles mociones

desfavorables a Alemania en la Conferencia de La Habana. Admitía conocer y deploraba una posible incautación de barcos de su país estacionados en puertos americanos:

No quisiera dejar de llamar ya ahora la atención de V.E. sobre el hecho que el gobierno del Reich, en caso dado, se vería precisado a considerar la utilización de barcos alemanes, actualmente en puertos americanos, por un estado americano, y sin el consentimiento de Alemania, como una actitud contraria a la neutralidad e incompatible con las relaciones amistosas entre Alemania y las naciones americanas.

Finalmente, el Ministro alemán advirtió, el 1 de julio, que no se debería apoyar medida alguna contraria a los intereses de su país:

Además de esto, estoy encargado de expresar en general la firme esperanza del gobierno del Reich que los trabajos de la Conferencia mencionada, de acuerdo con sus finalidades, se lleven a cabo dentro de una política bien entendida, y que en ella no se tomen resoluciones que directa o indirectamente se dirigieran contra Alemania.

Hornibrook tenía "su evidencia" de que Alemania conocía los acuerdos de antemano y estaba dispuesta a hacer todo lo posible contra Calderón. Alarmado por las presiones alemanas y el conocimiento de que la información se filtraba, llamó al Presidente ese mismo día a la Legación, "para preservar la total confidencialidad". El mandatario no tardaría en llegar. Entraría apesadumbrado y seguro de que algo malo se fraguaba.

-Señor William, gracias por recibirme- señaló un mandatario angustiado por la cita.
-Bienvenido don Rafael Ángel, ésta es su casa. Permítame explicarle la razón de mi invitación. Como usted sabe, he estado negociando con don Alberto Echandi, su canciller, detalles sobre la conferencia a realizarse próximamente en La Habana, en que discutiremos asuntos vitales de la seguridad hemisférica. Entre éstos, que con el fin de salvaguardar nuestra neutralidad, no debemos aceptar que Alemania "tome control" de las colonias holandesas y francesas en la región. Habíamos acordado incautar las naves alemanas que, al iniciarse el conflicto bélico, se encontraban en puertos americanos. Sin embargo, muchos de los temas por discutir eran solo conocidos por nuestros gobiernos y se mantuvieron en total secreto. Ahora resulta que el Ministro alemán en Guatemala no solamente los conoce sino que amenaza con represalias. En vista de esta ruptura de la confidencialidad, hemos investigado la posibilidad de que haya informantes en la Secretaría de Relaciones Exteriores. Una fuente no identificada así lo ha indicado y, peor aún, que el Ministro Alemán ha tomado la decisión de fomentar un golpe de Estado a favor de don León Cortés-explicó el Ministro norteamericano.

Calderón confirmó sus peores temores. El Presidente, aquejado por una paranoia incipiente, comprendía que su país estaba dentro de la "esfera de influencia" de los Estados Unidos y que no podía buscar un aliado mejor para quedarse con el mando. Sin embargo, temía que los grupos pro alemanes y nazis, quienes presionaban para distanciarlo de los estadounidenses, lo derribaran antes de que la ayuda se materializara.

- ¿Conoce quién es el informante en la Cancillería?- preguntó el Presidente.
- No lo sé aún. Sin embargo, la persona que me dio la pista me ha dado pruebas de que su información es fidedigna. Tendremos que esperar para averiguar quién es el culpable. Tenemos, si está conmigo en esto, que tender una trampa.
- Totalmente. Pero tengo una gran inquietud. Usted bien sabe la pésima preparación del Ejército de Costa Rica y que además, no cuento con ninguna protección adecuada. Si decidimos hacer una operación "preventiva"- quisiera que usted me apoye con una guardia móvil. Además, necesito un préstamo para estabilizar la economía y reducir la dependencia en Alemania e Italia - solicitó el mandatario.
- En el momento que mi gobierno se dé por satisfecho de la cooperación estratégica del suyo, haré las gestiones del caso- fue la respuesta tajante del norteamericano.
- Usted tendrá inmediatamente pruebas tangibles del compromiso de mi país con la política exterior de nuestro gran aliado. Pierda cuidado- le aseguró Calderón.

El gobierno de Costa Rica no tardaría en dar sus muestras de cooperación. El 5 de julio de 1940 se publicó una nota de la Cancillería en que decía que "Centroamérica mantendría una actitud uniforme en la Conferencia de La Habana". Ese mismo día, Calderón llamó a Hornibrook para informarle de que había escogido como su delegado a la conferencia a Luis Anderson, por su posición "pro norteamericana". Además, el Presidente le envió una nota muy sugestiva:

Deseo que, con este gobierno, sienta usted la libertad de expresar, con franqueza, cualquier punto de vista que tenga con respecto a los asuntos extranjeros y domésticos. Deseo su ayuda y su cooperación. Cualquier sugerencia que haga recibirá la mayor atención en estos momentos críticos que tan tristemente lo necesitan. No se limite, por favor, a que sus observaciones se relacionen con asuntos exteriores.

Hornibrook se apresuró a cumplir sus compromisos. Una semana después le solicitaba al Departamento de Estado ayuda militar para Calderón:

Deseo urgentemente un préstamo o donación del gobierno norteamericano de armas y municiones para su defensa interna (del gobierno de Costa Rica), debido a que lo que existe es viejo y anticuado. El Presidente está sumamente preocupado por las actividades nazis y comunistas.

Ese mismo mes el gobierno norteamericano aprobaba una suma de 8 mil dólares para crear una unidad móvil para la defensa del Presidente. No obstante, la noticia no sería, en todos los sectores, bien recibida. Mientras Calderón se sintió "eufórico" por contar con su milicia privada, los "cortesistas" y los militares consideraron que el Presidente estaba creando una fuerza paramilitar.

Mientras el romance de Calderón y los norteamericanos ingresaba en una fase ardiente, Yadira pensó que sería buena idea ahora distanciar a los grupos comerciantes anti judíos de los nazis y la Legación Alemana. La mujer creía que debía seguir los pasos de Otilio Ulate: antisemita furibundo y aliado de los Estados Unidos. Con don Otilio a su lado, ella ganaría apoyo de otros sectores. Además, tendría a Hornibrook de su parte. Y con respecto a lo que

haría con Pepe Flores, se le vino a la cabeza una frase: "Me sentaré a esperar que por mi puerta pase el ataúd de mi enemigo". Visitaría a Max en su casa y presentaría su renuncia al Partido Nazi.

Yadira fue directamente al grano.

-Max, querido, tengo que hablar con vos. Quiero que sepás que no podré seguir asistiendo a las reuniones del Club porque estoy con el Comité en Pro de la Nacionalización del Comercio asegurando que el gobierno haga cumplimiento del decreto del Congreso con respecto a los judíos.

-Pero no veo por qué tienes que separarte de nuestro partido. ¿Acaso no puedes hacer las dos cosas al mismo tiempo? Sabes que te necesitamos y que no queremos que nos abandones- dijo un desconfiado Max.

-Pues cada día menos, pareciera que no hago falta- respondió ella con ironía.

-No es cierto. Sabes que he estado muy ocupado con cosas de la Legación. Además, he preparado informes al gobierno sobre el estado de los puentes y de los caminos- respondió el hombre mientras la miraba fijamente.

-Estoy segura de que has estado abriendo nuevos caminos, pareciera que sos muy bueno en eso- contestó ella mientras se sentaba desvalida.

-No sé lo que me estás hablando- exclamó el varón con nerviosismo.

-Pues de nada. Solo que he oído que uno de los caminos es el del Paso de La Vaca- dijo Yadira acumulando toda la sorna que pudo.

-Te juro que no sé qué insinúas- aseveró Max, mientras sentía en la frente unas gotas frías de sudor.

-Me imagino. Aunque ahora el preferido parece ser el que lleva a la Cancillería. ¿No es así?

-No es lo que piensas. Creo que me estás comparando con tu marido, que sí anda por malas vías.

-Pero no son las de él las que me interesan. No cambiaré de posición con respecto al partido. Prefiero dedicarme al Comité- le dijo con firmeza.

Max no podía esconder su desazón. Yadira quizás sabía demasiado. Intuía peligro y tenía que tener cuidado. No debía dejarla ir antes de averiguar qué tanto sabía. Además, su enojo le provocaba temor y excitación. El peligro le atraía y lo percibía con una terrible claridad. Las indirectas eran estimulantes para su voraz apetito. Una mujer traicionada y celosa, ¡qué bocado irresistible!

-Yadira, si quieres dejar el partido, hazlo, pero no me dejes a mí- le murmuró al oído.

-No te entiendo Max, si me has abandonado estas semanas, ¿qué te importa?- respondió ella mientras lo empujaba con suavidad.

-Me importa, me importa- le susurró mientras se le acercaba otra vez.

-No lo hagás, por favor, no lo hagás. No tengo energía para amar y ser abandonada después. Estoy cansada de ello- suplicó Yadira sin volverlo a empujar.

Las negativas eran para él un cebo en el amor. Los hombres y las mujeres que había poseído siempre empezaban con ellas y era su arte y su placer convertirlas, de una u otra manera, en respuestas positivas. Esta vez, oliendo como un perro los néctares químicos de hormonas perturbadas, se fue lentamente quitando la ropa. Una vez desnudo, se retiró hacia

la gran cama blanca con almohadas de satín rojo y negro y se acostó. "Ven a mis brazos"-le ordenó.

La mujer apagó la luz y, una vez más, hizo caso.

XXII

“¡Polaco de mierda! ¡Vaya para Polonia!”- sería el insulto que oyó Samuel cuando se montó con su padre en el bus. El impropio le hizo recordar que lo mismo le habían dicho en Polonia, pero esa vez con el pedido que se fuera para Palestina.

Samuel volvió a su infancia. Cuando ingresó en la escuela de Dlugosiodlo, los niños polacos cristianos hicieron fiesta de los compañeros hebreos. Uno de los deportes del pueblo era precisamente el lanzamiento de piedras a los pobres y asustados párvulos israelitas que debían, desde la Primera Guerra Mundial, asistir a los centros de enseñanza públicos. Los maestros, tan antisemitas como sus estudiantes, nada hacían para evitar el atropello. “Ellos (los niños israelitas) se lo merecen porque nadie les pidió que nos inundaran las escuelas con piojos”-decía el profesor de matemática de la escuela.

El niño-a diferencia de su hermana que se capeaba estoicamente las piedras- optó por buscar defensa entre sus paisanos. Desde el principio, algún gene especial lo hizo rebelarse en contra de la categoría de ser inferior y buscó por medio de la fuerza rectificar las relaciones de poder. Consciente de que los agresores eran niños más grandes que él, Samuel usó su inteligencia. Entre los párvulos israelitas mayores había uno que otro de gran estatura y presto para el deporte del boxeo. Uno de ellos era Jaimito Techman que tenía 12 años, medía más de metro y medio y era bueno para los golpes. Samuel le prometió panes y rosquillas con el fin de que lo defendiera cuando los niños polacos le lanzaran objetos voladores.

En vista de que Jaimito era temido entre los polacos, su socio pudo evitar, en más de una ocasión, los ataques cristianos. “Quien tenga problemas con Samuel se enfrenta conmigo”- gritaba el guardaespaldas mientras contaba los bollos de pan que le traía su protegido. “A los polacos no debemos temerles porque se nos montan encima”- repetía el muchacho a Samuel y a otros niños paisanos. “Si les dan problemas, no duden en llamarme”- concluía Jaimito, que se beneficiaba del antisemitismo tanto como los mismos polacos.

Sin embargo, algo le llamó a Samuel la atención de su protector. Él era hijo de don Salomón Techman, el líder sionista de Dlugosiodlo. Aparentemente, su inclinación por la pelea provenía de las enseñanzas de su padre.

“No le hagas caso a los Techman -le aconsejaba Anita a su hijo- porque son unos locos sionistas y quieren llevarnos a sembrar papas a Palestina”. La madre -convencida socialista- no quería asociarse con la ideología nacionalista de los judíos. Desde que había leído el libro de Teodoro Herzl “El Estado Judío”, que proclamaba la necesidad de colonizar Palestina para los hebreos, la mujer consideraba a esta ideología como un peligro. “Lo que hace es dividirnos y establecer una rama burguesa dentro de la lucha por la liberación del capitalismo”, solía decir la mujer.

Pero su único hijo varón no le haría caso. Samuel se fue interesando en los cuentos de Jaimito acerca de la necesidad de que los judíos volvieran a *Eretz Israel*, la tierra de sus

ancestros. Según le contaba su aliado, el sionismo era la única ideología que resolvería el problema del antisemitismo, separando para siempre a los cristianos de los judíos.

“Nunca nos van a aceptar y no importa cuánto hagamos por parecernos a ellos, nos echarán o nos matarán tarde o temprano”- repetía Jaimito, que lo oía de su padre. El muchacho le contó cómo el fundador del sionismo moderno, Teodoro Herzl, se había convencido de la imposibilidad de la asimilación, cuando miró a las masas francesas antisemitas condenar al judío Dreyfus como traidor de la patria. “Encontraron muy fácil echarle la culpa a un paisano de un espionaje en el ejército simplemente porque los hebreos, para ellos, no podían ser leales a Francia”.

Aunque los militantes sionistas en el pueblo se contaban con la mano, no dejaban de tener su impacto porque la situación del antisemitismo se había agravado en los últimos años. Durante la independencia polaca, el país se había vuelto más nacionalista y esto significaba menos tolerante de aquellos que no calzaran en la imagen de lo que debía ser un polaco.

Samuel empezó a asimilar los sueños de vivir en una nación en donde todos fueran judíos. Cada vez que miraba a su madre hacer un trámite de migración, le rogaba que se fueran para Palestina. “Madre, no nos lleve a América, compre un boleto para Palestina”- le decía el hijo. “Si en mí estuviera, me iría para Moscú y no a *Eretz Israel* donde van solo los locos”- le respondía Anita con cólera.

Pero no todos los habitantes del pueblo pensaban como ella. Ante el embate de los nacionalistas, algunos de los sionistas de Dlugosiodlo optaron por organizarse primero y luego emigrar a Israel y laborar en los *kibbutzim*. Los sionistas empezaron a impartir clases de hebreo, de defensa personal y de agricultura en el poblado. Su filosofía era que debían de iniciar una reconversión para volver a practicar todos los oficios, como había sido la norma en la época bíblica.

Las clases de defensa personal eran de tanto atractivo para Samuel, que asistía a escondidas de su madre. El muchacho sabía que tarde o temprano debería independizarse de Jaimito y que debería luchar por su propia cuenta. Para ello, debía aprender a pelear.

Los sionistas escandalizaban a los religiosos al permitir la plena participación de las mujeres en su movimiento. Las incluían hasta en los cursos de manejo de los viejos fusiles polacos. Los socialistas, por su lado, resentían que los sionistas se burlaran de su querido idioma ídish y que prefirieran el hebreo como medio de comunicación.

Los sionistas, por su parte, consideraban a los bundistas como ilusos que pretendían crear una república socialista judía independiente en Polonia. Muchas de las tácticas de defensa personal terminaron siendo usadas, no en contra de los antisemitas polacos, sino entre judíos.

La fuente principal de los problemas era que ambos grupos compartían la escuela como centro de reuniones. Cada vez que se topaban, cualquier chispa encendía la mecha. Un día los bundistas, para demostrar su independencia de la Torá, hicieron una cena con nada menos que, ¡horror de los horrores!, jamón ahumado. Los partidarios religiosos del *Agudat*

Israel, escandalizados que sus hermanos hebreos se atrevieran a tal profanación, se arremetieron a golpes con ellos y quebraron todas las sillas de la escuela.

En otra ocasión, serían los sionistas quienes optaron por hacer un baile de canciones hebreas, en que hombres y mujeres danzaban de la mano. Esto motivó a que los religiosos nuevamente les hicieran la guerra y terminaran en otra lucha campal. “¡Herejes!”- gritaban los miembros conservadores del partido religioso mientras se agarraban a trompazos con los sionistas.

El sionismo nunca alcanzó el apoyo de la mayoría del pueblo. La burguesía judía temía que la propaganda en gran escala perjudicara su posición y amenazara las conquistas de la emancipación. Los religiosos objetaron su inclinación de hacer por sí mismos las cosas que, en teoría, le correspondían a dios o al Mesías.

Los bundistas, por su parte, lo miraron como una distracción burguesa y un enemigo de la solidaridad obrera entre cristianos y judíos. Anita, por su parte, se burlaba de que para los sionistas, cualquier tierra era buena ya que negociaban con los ingleses para que les dieran Uganda. “Quizás a usted y a su hermana les serviría mejor irse para África”- comentaba la madre. “Calzarían perfecto con su color de turcos”.

Emigrar a Palestina no era una posibilidad para los Sikora. El país de los antiguos israelitas no era más que un desierto, sin industrias, ni comercio y los pocos judíos que habían emigrado, pasaban más hambre que en la misma Polonia. Cuando llegaron los tiquetes, optarían por otra tierra prometida. “Quizás Costa Rica sea la nueva tierra que el mesías nos iba a dar”- les dijo Anita con toda la ironía. “Dios puede prometer una tierra y luego darnos otra. Lo importante es que podamos comer de ella y no ella de nosotros”.

Una vez en el Nuevo Mundo, Samuel no tendría más protección ya que Jaimito se había quedado en Dlugosiodlo. Esta vez, el muchacho debería vérselas por su propia cuenta y depender solo de sus clases de defensa personal. Sin embargo, su cuerpo se había desarrollado y el antiguo niño gordo y apacible, se había tornado en un adolescente hermoso y viril. Pronto mostraría una fuerza física envidiable y también un rostro que enloquecía a las mujeres. La mirada tenía una furia similar a la de un toro español, listo para cornear a quien se le pusiera por delante. Los ojos eran café claro, poblados por unas impresionantes cejas que hacían suspirar a todas las jovencitas de su colegio.

El joven, a diferencia de sus hermanas, no tenía intenciones de establecer una familia en Costa Rica. Desde que llegó buscó la forma de obtener información sobre cómo emigrar a Palestina. Sin que sus padres se dieran cuenta, empezó a estudiar hebreo en el hotel de un amigo sionista en San José y a practicar el tiro al blanco con otros dos paisanos.

Cuando le tocó hacer su *bar mitzvah*, a diferencia de sus otros compañeros, él entendía perfectamente el hebreo que leía. “Lo voy a necesitar muy pronto”- le decía a sus amigos. Aunque su padre le presentaba muchachas judías, hermosas y con dinero, con el fin de hacer un buen *shidaj*, Samuel no mostraba el menor interés. Después de cortejarlas y enamorarlas, les decía que aún era muy temprano para el matrimonio. “Me casaré-le decía a Elena- bajo el cielo de Jerusalén”.

Cuando el hombre le gritó a su padre que se fuera de Costa Rica, David no estaba preparado para tal agresión. Hasta la fecha, los incidentes antisemitas habían sido pocos. Las más de las veces los costarricenses se burlaban de su extraño acento o se quejaban de los precios de sus mercaderías. En una u otra ocasión, había sido mal atendido en algún negocio u oficina de gobierno, sin tener claro si era por antisemitismo o por mal genio del dependiente. Pero una confrontación abierta y de tono tan hostil, no era común.

No obstante, las constantes diatribas antisemitas del *Diario de Costa Rica* empezaban a hacer mella en la población. Un día el periódico acusaba a los judíos de adulterar la leche en los almacenes. En otra ocasión, escribía que estos habían vendido a Jesucristo, como si Judas y judío fueran la misma cosa. Unos días más adelante, el pasquín reportaba que los hebreos pensaban comprar una provincia entera para establecer a millones de sus paisanos en tierras ticas. Cuando el gobierno optaba por hacer un registro de judíos, el periódico informaba que estos rehusaban cooperar y que habían atacado a los policías. Igual que sucedía en la misma Alemania, el veneno antisemita inundaba los espacios y los corazones. “Polacos se resisten a revelar el contenido en sus valijas”- decía uno de los artículos recientes.

Pero los días de los tosteles y los panes para comprar protección, habían llegado a su fin. Samuel, levantándose de su silla en el bus, se dirigió hacia el hombre que había insultado a su padre. El tipo era un oficinista, empleado de gobierno, ni pobre ni rico, ni bruto ni inteligente. Una de esas almas llenas de envidia que desean echarle la culpa a otros de su propia miseria y que nunca logran reconocer su infinita mediocridad.

Al darse cuenta que el hijo de David se le venía encima, se paró también de su asiento y lo esperó con pose amenazante. Pronto los dos hombres, o digamos un hombre y un muchacho, se miraron a los ojos, llenos de odio y de incomprensión. Dos mil años separaban estos cuatro ojos, que aún se disputaban si dios podía convertirse en hombre, dividirse en tres y morir para resucitar luego. Controversias que si no fueran tan desgraciadas, los harían, en otra ocasión, morir de risa.

“¿Me puede repetir lo que le dijo a mi padre, por favor?”- le preguntó Samuel con los puños cerrados y con una mirada del toro que ha visto una capa roja. “Lo que usted oyó polaco de mierda”- le respondió el oficinista. Antes de que el empleado de gobierno pudiera terminar la palabra, Samuel se le había lanzado encima e iniciado su primera confrontación en el Nuevo Mundo. El cristiano le dio tres golpes en la cara, dejándole sangrando la ceja izquierda. Samuel pudo lanzar un derechazo que le rompería a su contrincante en tres pedazos la nariz.

Su padre miraba consternado el altercado. La religiosidad no le permitía a David aceptar que su hijo se fajara a golpes con un antisemita. Era de la opinión que la violencia había sido aprendida del sionismo, que clamaba que los judíos debían hacerse de un estado antes de que el Mesías volviera y cumpliera su compromiso de regresarlos a Jerusalén, como estaba escrito en la *Torá*.

Cuando su retoño se le acercó para buscar algún consuelo, éste le dio un manotazo y le dijo que sería la última vez que se involucrara en una pelea. “Pero padre, ¿por qué me voy a dejar que nos insulten?”- clamaba Samuel que no podía creer que su propio progenitor lo tratara de esta manera. “Nadie le pidió a usted que se metiera a darse de golpes con un hombre tan vulgar y tan bajo como ese nazi”- fue la respuesta.

Desde que sus hijos habían regresado, David sentía una gran desazón porque ninguno había seguido sus pasos, ni mostraba mayor interés por leer la *Torá* o el Talmud. El padre culpaba a su mujer por haber mal guiado a sus retoños. Elena, con sus ideas feministas, era para él una hija desobediente que se había apartado de las costumbres de su pueblo. Pero las de Samuel le parecían aún más escandalosas. No solo rompían con la tradición sino que con la autoridad de los padres.

David estaba dispuesto a encaminar a su hijo a punta de golpes, que era el único aprendizaje de pedagogía que había realizado. Desde que había llegado, le molestaba su independencia, su inquietud y más que todo, su sionismo. El muchacho solo hablaba de aprender un oficio que le permitiera emigrar a Palestina y se reunía, a sus espaldas, con otros sionistas costarricenses, como Moisés Burstín, el dueño del hotel de paisanos. En varias ocasiones, el furioso padre fue a sacar a su hijo de mítines para obligarlo a vender ropa en la tienda. “¡Maldito cabrón!”-gritaba David-, “¿quién cree usted que es para perder el tiempo con éstos buenos para nada sionistas?”

Entre más golpes recibía el muchacho, más se acentuaba su deseo de buscar otra forma de vida. No creía que la asimilación fuera a resolver el problema judío y sospechaba que tarde o temprano, éstos serían traicionados por sus aliados ideológicos, fueran socialistas, marxistas o feministas.

“Elena”-le decía a su hermana -, “¿no se da cuenta que las feministas le darán una patada en el *tuges* apenas obtengan el voto?” Él las veía conservadoras, dispuestas a apoyar a antisemitas como Ulate, siempre y cuando éste reconociera su participación política. De acuerdo con su punto de vista, las amas de casa burguesas, una vez obtenido el sufragio, se volcarían en contra de las “malas costumbres” y los supuestos enemigos de la “familia” costarricense.

“Los valores de esas mujeres son similares a los de los nazis, van a quemar los libros que consideran pornográficos y los bares del Paso de la Vaca ya que lo que desean es terminar con la libertad sexual de sus maridos”- le increpaba a su escandalizada hermana.

Desde que habían venido al Nuevo Mundo, los hermanos se habían separado. Sarita era aún una niña, aquejada por el asma y demasiado débil para tomar partido. Había sido la única que no había abrazado ninguna ideología. Pero Samuel y Elena optaron por luchas distintas. Ella se había tornado en una luchadora por los derechos de la mujer y él por los de su pueblo. Aunque en teoría no existía una razón para el distanciamiento, la realidad era que no compartían ni amigos ni amantes. Su hermana se había distanciado de los judíos y se enamoraba de lo que él consideraba el enemigo. Samuel, por su parte, socializaba solo con los sionistas, que criticaban a quienes salían de la manada.

En el hogar de los Sikora, ni el padre ni la madre servirían de contención. Anita, por su parte, no gustaba ni del feminismo de Elena ni del sionismo de Samuel. Consideraba que ambos estaban equivocados en sus preferencias políticas. Ella estaba, a la vez, consumida – igual que Elena- en la pasión romántica y no tenía ni tiempo ni energía para conciliar las diferencias. Su única preocupación era lograr una mayor independencia económica que le deparara más libertad. “Tu padre no me da un cinco de lo que gano en la tienda”- le decía a Samuel. “En vez de pensar en liberar Palestina, ¿por qué no haces algo para que tu propia madre salga de la esclavitud?”- le decía a su hijo.

Cuando Samuel regresó al hogar, con la ceja rota y con moretones en la cara, Elena se puso furiosa con él. A pesar de que ella consideraba que la lucha feminista era legítima y necesaria, no podía apoyar que su hermano arriesgara su vida enfrentándose con los nazis. “No puedes luchar solo en contra del enemigo”- fueron las palabras que usó para mostrar su desaprobación. La mujer no apoyaba la causa sionista y mucho menos si esta amenazaba la integridad de su único hermano varón.

Pero entre algodón y algodón que con el alcohol hacían arder la herida, Samuel le pidió que lo ayudara para comprar el tiquete e irse a la tierra prometida. “No quiero quedarme aquí y tener que vivir nuevamente con tanto odio alrededor. Desde que Ulate inició esta cacería de paisanos, las cosas se han vuelto terribles. Aún en la escuela, en que también nos trataron al principio, algunos maestros han empezado a pedir que los polacos no podamos llevar la bandera nacional en los desfiles escolares. Doña Virginia, la directora, se ha puesto de su lado y ha dicho que no quiere a los polacos en las fiestas patrias. Esto es lo mismo que vivimos en Polonia y es hora ya de hacer algo y no seguir de arrimados”- le confesó con ganas de llorar.

Elena sintió una gran lástima por su hermano. “Quisiera Samuel hacer algo para que no tuvieras que marcharte e ir de país en país. Quizás las cosas se compongan, tu sabes cómo el antisemitismo sube y baja sin explicación. Un día las cosas están mal y bien el otro”. “Si estuviera en mis manos, te daría el dinero para que probaras suerte, aunque me dolería mucho perderte. Sin embargo, sabes que no tengo dinero y que nuestro padre todo lo mete al banco, esperando gastarlo en un futuro lejano. Ni siquiera nuestra madre tiene un cinco a su nombre. Él jamás consentiría en usarlo para comprarte un tiquete de partida”- le dijo Elena para que se resignara a su sino.

Pero Samuel no era de los que tiraban la toalla con facilidad. “Es cierto que nuestro padre se opondría a que yo me vaya para Palestina pero si convencemos a nuestra madre, los tres podríamos presionarlo para que lo acepte”- afirmó con seguridad y mirando a Elena a los ojos para observar su reacción. No obstante, ella no estaba tan segura. Su madre podría ser más receptiva a los cambios pero jamás apoyaría una causa sionista y mucho menos para perder a su adorado hijo. “Doña Anita no va a arriesgar su relación con nuestro padre para que usted se vaya del país”- agregó la hermana. “Además, ella no quiere hacer ningún trato con nosotros porque está en contra de mi relación con Carlos”.

Sin embargo, el muchacho tuvo una idea. “Es probable que nuestra madre no me apoye solo por razones ideológicas ya que no cree en el sionismo, pero si le ofrecemos algo que

ella pueda ganar de la lucha contra don David, otro gallo cantaría”- agregó el hermano con una sonrisa de pícaro.

“Pero Samuel, ¿qué puedes darle para que ella esté dispuesta a darte apoyo?”- inquirió Elena que pensaba que su hermano había perdido un tornillo. “Lo único que puedes ofrecerle a doña Anita para que se vuelque a nuestro lado es una sopa de su propio caldo”- respondió él sin querer revelar aún sus planes maquiavélicos.

De acuerdo con Samuel, su madre estaba en una situación difícil porque se había enamorado de don José y su vida y su fortuna corrían peligro. Lo único que ella había apreciado había sido su libertad y su independencia, que había perdido desde el mismo día en que bajó del barco. Desde ese entonces, era su marido quien tenía la última palabra. “Si pudiéramos proponer a nuestra madre recuperar su independencia, o sea que don David comparta las ganancias de la tienda, la haríamos nuestra aliada”.

Elena empezó a interesarse en el plan que se parecía mucho a la idea suya que aprendió de las feministas. Desde la vez que asistió a sus reuniones, pensaba que la única forma de defensa era un ataque. Estaba consciente, a la vez, que lo que su hermano le proponía podría depararle a ella también sus beneficios. Desde que andaba con Carlos, su madre se había convertido en su peor enemiga y no quería saber nada de su relación. Le hacía la vida imposible y hurgaba por todo lado para encontrar evidencia de que los dos tórtolos se encontraban a escondidas. “Si mi madre mirara algún beneficio en pactar conmigo, me dejaría de molestar”- había pensado ella desde la reunión con Ángela Acuña.

Pero una cosa era la teoría y otra la práctica. Los hijos de don David no podían concebir qué cosa podían prometerle a su madre con el fin de terminar con su pobreza. Su padre defendería sus cuatro cincos como los hebreos pelearon para no dejar caer Masada en manos romanas. “Samuel, debes estar loco si crees que papá dejará ablandarse con los lloriqueos y ruegos de nuestra madre”- le reprochó a su hermano. “Mi padre no dejará que todas las trompetas del mundo tumben las paredes de su Jericó, o sea su cuenta bancaria”- concluyó ella.

“¿Pero quién dijo que íbamos a usar la súplica para obtener nuestra victoria?”- le contestó Samuel quien creía que era el momento apropiado de compartir su plan de guerra. “¿Entonces cómo?”- inquirió una Elena cada vez más confusa.

“Con una huelga”- respondió el muchacho, logrando que su hermana buscara dónde sentarse para no caer del susto: Ambos habían llegado, por distintos caminos ideológicos, a concebir la misma idea.

XXIII

Susanita no pudo volver a su trabajo ese día y del departamento de Max se dirigió, con todas las fotos y los documentos, a casa de su amigo La Polvera, bruja, maga y arpía. La hechicera era también especie de "abuela" que había sido, en el mundo homosexual, madre y padre sustitutos. El hombre que prefería los pronombres femeninos había aprendido en la selva sobre las artes del amor. Aunque era un "anciano" de casi 70 años, estaba lúcido y coherente. Había trabajado de cocinero en las posadas del siglo anterior y en los primeros "restaurantes" de San José. Ahí había aprendido de los negros y de los indios brebajes que curaban desde las verrugas hasta las penas de amor.

Se decía de ella que había atrapado a un italiano con los propulsores mágicos que le echó en los macarrones. Por muchos años, había laborado en la cocina de diversos campamentos de obreros de la compañía de Minor Keith. Ésta era la constructora del ferrocarril al Atlántico y gestora de una gran fortuna, que posteriormente daría luz a la United Fruit Company. Tres cosas había encontrado, aunque no se acordaba en qué orden, en estos "duros" años de trabajo: las artes ocultas, la explotación obrera y la sodomía.

La Polvera salió de los sofocantes campamentos en la ruta hacia el Atlántico convertido en el homosexual abierto del país. A la vez, en partidario del socialismo y del comunismo y de las artes ocultas. "Fui fundadora del Partido Comunista en 1931"- decía con orgullo. Ahora, casi cincuenta años después, el "sodomita de Barrio México"- como se le conocía en este distrito obrero de San José- estaba retirado. Vivía solo en una pequeña casa y a la vez, dependía de las consultas de los infelices en el amor y de la caridad pública ya que, en esos tiempos, no había pensiones para los trabajadores.

Susanita irrumpió en la pequeña sala de su amiga, sin siquiera tocar la puerta y aprovechando que ésta estaba siempre abierta, costumbre que le quedó de los tiempos de cocinera "para que los picapedreros italianos disfrutaran su postre"- como solía decir.

- ¡Polvorita, polvorita!- vengo hecha leña. Acabo de descubrir que el desleal de Max anda con un sodomita nada menos de la Cancillería. Además, lo he oído de la arpía de Yadira, que es peor que una plaga de ratones. Estoy desconsolada porque el individuo me gusta y no puedo concebir que me haya dejado. ¡Necesito tu poción más fuerte!- pidió a gritos el homosexual.

-Pero mijita, usted me había contado que Max era peligroso. No sé si seré arcaica o no pero en mi tiempo ningún caballero amarraba a su dama a la cama o la tiraba del cabello cuando le daba un beso. Mucho menos dar zurridos en las posaderas. Usted está anonadada con esos tratos. Ahora resulta que también tan camelada como perra en celo. Se lo había advertido: no se meta con *fachos*. Si le gusta pelear, váyase mejor a Nicaragua en donde están siempre en guerra civil. Pero si va a tener una relación, que sea de amor. Un día va a terminar con el cuello retorcido como pato en restaurante chino- le advirtió la bruja.

-Hay algo más. No sé si le conté, pero creo que él mató a la mulata cuando dejó de servirle y temo que me toque el mismo sino. Un día encontré un puñal con sangre en su maletín y

ese día Max había dicho que mataría a los ladrones. Creo que es capaz de eso y mucho más. ¡Temo por mi vida, Polvorita! No sé qué hacer. Estoy destrozada- exclamó y se puso a llorar.

La Polvera era una sodomita sabia. Había aprendido que nadie hacía caso de los consejos y que los brebajes, cuando la mente está confusa, no funcionan. Creyó, para apaciguar los ánimos, más pertinente contar su historia en los campamentos de los obreros italianos. Ahí había aprendido a escoger entre Dios y el diablo.

"Eran tiempos muy distintos. Mi padre era un agricultor que perdió sus tierras y terminó trabajando para el hombre que se las compró, un señor de apellido Sanchez. Mi madre se empleó como cocinera de los nuevos terratenientes porque con el salario no alcanzaba para mis nueve hermanos. A pesar de que mi padre me quería en el campo, sentí, desde muy temprano, que ese no era trabajo para mí. Anidaba desde chiquita una atracción hacia las cosas de las mujeres. Llamaba la atención de los jornaleros compañeros de mi familia, los que decían que tenía un niño "muy risueño y fino" que no parecía suficientemente fuerte para esos menesteres. Sin embargo, me vieron la potencialidad para otros. Un día cuando mi señor padre fue a cobrar a la hacienda, un compañero se aprovechó de mi inocencia. Tenía unos siete años cuando Ramón, uno de los jornaleros, me encerró en el establo de las vacas. Al principio, todo parecía normal. Me dijo que quería enseñarme cómo ordeñarlas. Una vez que aprendí cómo hacerlo me sacó otra cosa que usted se imagina y me pidió que "ahora me toca a mí". Así comenzó nuestra relación que duraría casi cinco años. Nunca en mi casa sospecharon que hacíamos esas cosas"- le explicó La Polvera.

"¿Pero usted sabía entonces que la sodomía era pecado?"- inquirió la intrigada Susanita. "Si va usted a interrumpirme, no cuento más"- respondió la narradora..

"Perdone que le interrumpa, pero cuénteme cómo era Ramón, no me deje sin esa información"- increpó el escucha.

"Era apuesto, viril, pelo negro y grandes dientes blancos. Tenía un hoyo en la barbilla que lo hacía mirarse muy atractivo y además, ojos de color chocolate que atraían a la gente. Sus manos, recuerdo, eran anchas y podían, decía él, "servir de asiento para las posaderas". Sin embargo, no puedo decir que me gustaba. Era cruel, egoísta y celoso hasta la médula. Si me veía hablando con otro, me daba unas azotainas brutales y no me permitía salir al pueblo. En cuanto a mis sentimientos, era aún muy joven para entenderlos. Hacía lo que hacía sin placer y como obligación, una tarea doméstica más. Cuando cumplí los quince años, para ser exacta, me dijo que se iba a la zona Atlántica a trabajar en la construcción del ferrocarril. Me había conseguido un puesto de asistente en la cocina y le dijo a mi padre que le pagaría por mí un adelanto".

"Bueno, ¿pero dónde era que iban exactamente y cómo era el trabajo?"- volvió a preguntar Susanita. "¡Qué mujer más necia! Ya se lo contaré pero, por ahora, ponga atención"- contestó la bruja.

"Nos tocó el campamento de Las Ánimas que quedaba a 30 millas inglesas de Cartago, en dirección al Atlántico y en el área conocida como el Valle del Reventazón, una zona temida por la selva, las enfermedades tropicales y la lejanía de todo poblado. El campamento era para 146 italianos de los más de 1200 que había ese año. Según Ramón, nos pagarían un

buen sueldo, darían de comer, proveerían médico y tendríamos que trabajar solo 10 horas diarias, seis veces por semana. El salario que me ofrecían era de 5 pesos al día que equivalía a 5 dólares".

-¿Y Ramón qué trabajo tendría?"- inquirió Susanita.

"No tuve idea clara de cuáles serían sus funciones"- respondió la hechicera. "Me había dicho que los norteamericanos querían "gente del país" para que vigilaran la buena conducta y trabajo de los italianos. Su papel era de intermediario e informante para la compañía de cualquier incidente, robo o motín. Debía ir de campamento en campamento hasta cubrir los nueve en total. A mí, por cierto, me tocó recibir al grupo de inmigrantes que provenía de Mantua. Venían en el buque Australia y llegaron un día de diciembre. A su arribo, el gobierno y la compañía tenían que hacer revisión de los trabajadores y dar fe de su estado de salud. Ramón y yo acompañamos al doctor Juan Ulloa, que venía por el gobierno, y al doctor Calnek por la compañía. Como les gritaban en italiano "tutti li"- o sea, "todos allí"- para que pudiéramos hacer la revisión médica, la gente los llamarían "tútiles" y así les quedó el apodo a todos los italianos en Costa Rica".

Ramón esperaba problemas porque había visto el contrato firmado con ellos en Italia y el que se iba a poner en práctica en Costa Rica. Según Ramón, a los italianos les habían prometido mejores sueldos en Italia de lo que les darían ahora. También les habían prometido servicios médicos, facilidades de regreso en caso de enfermedad y buena comida, que no se cumpliría a cabalidad. Antes de zarpar, el trato decía que podían tener derecho a los fines de semana de descanso, lo que no se acataría".

"Te decía que esperábamos problemas pero no los que enfrentaríamos. Cuando subí al barco, no me esperaba encontrarme con 562 hombres italianos, de 18 a 22 años de edad, en la flor de su juventud, más hermosos de lo que había visto en mi vida. Esa mañana me di por enterada de mi particular disposición. Uno a uno iban pasando, sin ropa, ante mis ojos, decenas de bellísimos hombres, fornidos, alegres, y dispuestos a emprender una aventura como lo era construir un ferrocarril en el medio de la impenetrable selva. Se detenían ante nosotros y el doctor hacía una minuciosa revisión. Yo, por mi parte, hacía la mía.

Los inmigrantes, por su parte, venían de una sociedad en donde la sodomía era más común. El mismo doctor Calnek, que era oriundo de Londres, decía que Italia era el paraíso vacacional de los "sodomitas". Algunos me guiñaban un ojo al mirar en dónde colocaba mi mirada. El médico del gobierno, que estaba pendiente de ellos, se reía y me decía inocentemente: "Usted seguro les recuerda a alguna novia".

-¡Ésta es la mejor historia que me has contado! Con sólo pensar en 562 campesinos italianos desnudos y en saludo militar con sus dagas inferiores, me pongo a castañetear de la envidia. Me imagino que hiciste una tragantona"- expresó Susanita.

-No fue solo fiesta. Sufrí y aprendí- respondió la narradora.

"Una vez en el campamento, percibí las injusticias de la compañía. Ramón era un soplón que trataba de sacarles el zumo a los pobres trabajadores. No respetó los salarios y pagaba lo mismo a campesinos, canteros o picapedreros y albañiles. Algunos días el pan estaba

rancio, en otros, les dábamos macarrones pero con gusanos. Si me quejaba, Ramón me decía que los moliera. Por los problemas de transporte, había siempre atrasos con los salarios".

-No me hable tanto de economía y cuénteme sobre amores- la interrumpió otra vez Susanita.

-Los amores y la política no pueden ni deben separarse- replicó La Polvera.

"La vida en el campamento, sin un vecino a la redonda y con solo una "sodomita" en el cuartel, era muy ajetreada. La verdad es que tuve a decenas de esos hombres que llegaban de noche, cuando otros dormían, y tocaban la puerta de mi habitación." "Pero no crea - continuó la narración- que todo el campamento dependía de mis servicios. En ciertos bodegones oscuros, los más ardientes se satisfacían con otros que cobraban. Algunos hacían más dinero de estos favores que de picar piedras. Otros vendían opio que mitigaba los dolores del cuerpo y del alma. Ramón estaba metido en todos los negocios sucios del campamento y se robaba mucho del dinero que la compañía le daba para medicinas".

"No es de extrañar - le contó- que pronto los italianos, robustos y fuertes, empezaran a enfermar de paludismo, calenturas y disentería. Había días en que la mitad de los trabajadores estaba en las literas. Sin embargo, los médicos apenas venían una vez al mes. Cuando teníamos medicina, se les daba un tónico ferruginoso hecho con ron que bajaba la calentura. Pero a veces no había y muchos empezaron a morir. Conté treinta muertes en solo nuestro campamento. En vista de que el malestar aumentaba, varios líderes hablaban de hacer una huelga, algo insólito en el país".

"Nunca los trabajadores se habían organizado -aseguró La Polvera con orgullo- y no sabíamos siquiera cómo hacer un paro. Pero Ramón se enteraba de quiénes eran los "cabecillas" y cuando se enfermaban, hacía que las medicinas ´desaparecieran´". En otras ocasiones, se ´presentaba´ un problema para el traslado de los enfermos a los tres hospitales y se les dejaba morir en los camarotes".

Para octubre de 1888, la situación era insostenible y se hablaba más y más de una huelga general. "Lucharemos por nuestros derechos y no dejaremos que la compañía nos explote más"- gritaban en italiano. Querían médicos en los campamentos, macarrones en vez de frijoles, vino en lugar de café, los salarios prometidos en Italia, horas extras por la labor en los fines de semana y la posibilidad de regresar a su tierra".

-¿ Pero qué tiene esto que ver con mi situación, no le entiendo?- se quejaba un fastidiado Susanita.

-Si me deja terminar, quizás podría- replicó la bruja.

"Ramón no dejaba nuestro campamento porque estaba enterado de que era el más explosivo. Había oído que el líder principal de los inconformes era Giorgio Dimani, un campesino con ideas anarquistas. Me era bien conocido porque fue mi gran amor. La huelga había sido planeada para el 22 de octubre, que era martes. Ramón pensaba que el lunes en la tarde habría un ´alud´ en el lugar de trabajo de Giorgio".

Susanita empezó a darse cuenta del paralelo de sus vidas. Sin embargo luchaba contra la idea.

"Opté por ir donde Giorgio y pedirle que adelantara la huelga para el domingo 20 de octubre ya que su vida corría peligro. "Lo quieren matar y debe actuar con premura"- le dije. El campesino me miró con ternura y me preguntó cómo lo sabía. Le tuve que confesar que era el mismo Ramón quien planeaba el "accidente". En vez de agradecerme la información, me dijo que estaba preocupado por mí.

Giorgio me dio un beso caliente y me hizo su compañero. Ésa sería la última vez que estuvimos juntos".

"Si me matan en la huelga"- me dijo- "escríbale a mi familia por qué morí. Nunca baje la cabeza por ser sodomita, lleve con orgullo lo que usted es porque es algo bueno"- me dijo al oído.

"Algún día dirán que fue el amante de Giorgio quien salvó la primera huelga obrera en este país"- me pronosticó.

La Polvera le explicó a su interlocutora que esa huelga sería la primera de los obreros en este país y que serviría de modelo para las que vendrían después en los campamentos de la compañía bananera. "Me dejó como regalo - señaló La Polvera con orgullo- "el pensamiento socialista, el ejemplo de cómo organizar una huelga y mi aceptación como sodomita, fuera de un matrimonio tan respetable como el de mi madre". Pero Susanita ardía de la curiosidad.

-No me cuente de política, me muero por saber qué pasó con Giorgio-.

"El domingo, cuando estalló la huelga, Ramón se puso como loco. Alguien había revelado su plan. Buscó a sus amigos e informantes para averiguar el nombre del culpable. Nadie sabía o dijo nada. Sin embargo, cuando entró en mi habitación, encontró un pedazo del cirio rojo con nuestros nombres grabados. También el brebaje de milenaria que había usado para cautivarlo. Yo no supe que él los había hallado. Buscó un veneno para ratas y lo cambió por mi poción de milenaria, la que usaba para ganarme el amor de Giorgio. Yo misma maté esa noche a mi marido"- confesó en sollozos.

Susanita, al oír el fin de Giorgio, lloraba como una loba en celo.

-No dejés que corra la sangre de gente inocente y mucho menos de los judíos que lo único que hacen es ganarse la vida- remarcó la hechicera.

El escucha no sabía qué decir. "Tal vez espero un milagro que me traiga de regreso a Max"- le comentó a La Polvera.

Ésta, finalmente, le daría las instrucciones para hacerlo. "Vaya al Mercado Central, frente a la tienda de su amigo David, ahí venden los siguientes artículos, cómprelos y haga la poción que le apunto en esta hoja.

El amante traicionado salió directo al Mercado Central. No había resuelto qué hacer con la historia de su amiga pero estaba convencido de que el hechizo no fallaría. Sintió, sin embargo, una espina en su corazón. "¡Pobre Giorgio! ¡Qué manera horrible de morir!"- se dijo para sí. Una vez que compró los artículos para la pócima, miró que estaba cerca de la tienda de David. A la distancia, se fijó que trataba de vender un calzón a una campesina.

"¿Cómo me va a decir que tiene un hueco, señora, si es más bien una abertura para que respire?"- decía el vendedor. El homosexual sintió una gran ternura y se le hizo un nudo en el corazón. Se acordó de Giorgio, del amor de La Polvera y de todos los pobres que de sus países zarparon.

"¿Podía traicionarlos?". Dio los pasos más difíciles de su vida y se acercó al comerciante: "David, los nazis quieren tomar el poder y terminar con ustedes. ¡Tome estos documentos y fotos que encontré donde Max. ¡Alerte a la comunidad y prepárese para lo peor!".

Una vez que la verdad había sido descubierta, tomó un poco de aire, caminó unos pasos hacia adelante y descargó los ingredientes en el hueco del excusado: "Ahí estarán mejor"- dijo en voz alta.

XXIV

"¡Huelga!"- había sido el grito que, como un trueno, se oyó en el mercado. Los obreros habían llegado, como siempre, a las 7 de la mañana a su lugar de trabajo, apuntaron sus nombres en la tarjeta diaria de asistencia y se pusieron los uniformes. Sin embargo, esta mañana las cosas serían distintas. Como réplica del terremoto que había azotado las compañías bananeras de 1934, un temblor sacudió a San José. La lucha por reducir la jornada de trabajo a ocho horas y mejorar los salarios y las condiciones laborales, tenía tanta relevancia entre los obreros del Atlántico como entre los de las tiendas, los almacenes y las industrias en San José. Esa mañana se hizo evidente.

Los empleados de comercio y los de las incipientes industrias de ropa eran vilmente explotados. Su jornada oscilaba de 10 a 12 horas diarias, sin seguro laboral, ni ayuda por maternidad, ni pensión para el retiro. Si se enfermaban, eran despedidos y si reclamaban, podían ser llevados por subordinados a prisión. Esto sin añadir los malos tratos y los abusos que eran objeto de los nuevos señores capitalistas e industriales, nada distintos de los dueños de cafetales o ingenios de azúcar.

La policía que estaba al servicio de la oligarquía del país no tardó en movilizarse hacia el lugar del nuevo conflicto. Les había informado un comerciante que los insurrectos estaban obstruyendo una de las vías más importantes del país y poniendo en peligro la salud de los habitantes. Cuando la Secretaría de Seguridad se enteraba de que una huelga impedía el tránsito, no dudaba enviar al regimiento de los bastoneros, que era la policía antimotines de la época. Esta era un cuerpo militar muy temido por el pueblo porque no dudaba en lanzarse contra los obreros y romper los cráneos de muchos de ellos.

La huelga de los obreros del Mercado Central prometía ser un plato muy difícil. En primer lugar, éste reunía en un mismo techo a trabajadores de distintos sectores de la economía. Un problema con alguno de ellos, temía el gobierno, podía desplazarse a varios otros y escaparse de las manos. En segundo lugar, el gobierno no quería un baño de sangre innecesario. Sin embargo, el Secretario de Seguridad había dado órdenes claras al jefe de la policía: "Como haya lugar, despeje la arteria de San José que esté obstruida".

Los otros obreros del Mercado Central vieron con malos ojos la entrada de los policías antimotines. En varias ocasiones habían abusado su poder cuando se enfrentaban a los que hacían problemas. Los representantes de la ley entraron, con paso de ganso, al estilo impuesto por Cortés, a ritmos distintos y en forma desordenada. No obstante, la mala sincronización y los uniformes raídos demostraban que esta fuerza castrense estaba formada por campesinos desempleados que no tenían otra forma de ingreso. En realidad, no era nada diferente, en cuestión de clase social, a los huelguistas. "¡Adelante, adelante, marchen al unísono, no miren a la gente!"- les gritaba el Coronel Álvaro León.

El mandato de que no observaran a los espectadores era porque los demás empleados les sacaban la lengua y se burlaban de lo ridículo que se miraban. "¡Viva la revolución obrera!"- gritaba la empleada de la carnicería. Los artesanos de la zapatería, por su parte, empezaron a silbar **La Internacional** y la de las verduras, a poner solo tomates para hacer la bandera roja.

Al llegar al negocio en huelga, los policías se llevaron la gran sorpresa. Ahí se percataron de que el movimiento de trabajadores no era otro que dos mujeres y dos niños que se habían sentado en la calle que conducía a los orinales y a los excusados del mercado.

El capitalista que había puesto la denuncia y que había alertado al gobierno sobre una insurrección obrera que amenazaba la salud del pueblo, era David Sikora, a quien Anita y sus hijos le cerraron La Peregrina porque se oponían a trabajar bajo las pésimas condiciones. La esposa llevaba un letrero que nadie entendía porque estaba escrito en *ídish*, pero que los obreros de las otras tiendas intuían de qué se trataba. Cuando le preguntaban qué significaba, la mujer tenía vergüenza de traducir su significado.

El Coronel León, a cargo de los bastoneros, no pudo contener su enojo hacia David Sikora por haberlo engañado con respecto al tipo de protesta que se trataba.

- Señor Sikora, ¿no le parece algo ridículo que usted nos mande a llamar porque su esposa e hijos estén en huelga? Además, ¿cómo se atreve a decirnos que estaban obstruyendo una vía de tránsito en San José?- le reclamó un ofuscado militar que sentía que le había tomado del pelo.

- Mire señor Coronel, la vía hacia los excusados ha quedado bloqueada por la bruja de mi esposa y mis hijos que se han puesto de acuerdo con sus artimañas. Además, ¿no cree usted que si los excusados y orinales quedan cerrados, causaría un serio problema en la ciudad? - explicó el comerciante que nunca creyó que su propia familia le hiciera un paro.

David no quiso ceder. Sabía muy bien que Anita no tenía un cinco a su nombre y que la huelga de brazos caídos terminaría en una de hambre que la haría claudicar. En vista de que los policías no estaban dispuestos a quitar a la fuerza a los huelguistas, el dueño de La Peregrina optó por dilatar la situación.

- Mujer, póngase con Dios y deje de hacer locuras- gritaba el patrono para convencer a su mujer.

- No cederemos hasta dejar de ser sus sirvientas y usted reconozca nuestros derechos- replicaba Anita con la aprobación de Elena y sus hermanos.

- Pues se va a morir de hambre por testaruda ya que no cederé un ápice- gritó David para finalizar la polémica.

Para el segundo día, los empleados de otras tiendas empezaron a cerrar filas con la huelga de paisanos. En primer lugar, trajeron bolsas plásticas, una vez que entendieron lo que decía el cartel de Anita. Luego, imprimieron panfletos en español y en *ídish* explicando las razones del paro. "Apoye a los empleados de La Peregrina en su lucha por las ocho horas de trabajo"- señalaba el papel. Finalmente, enviaron alimentos para que ninguno de los empleados abandonara su posición.

David, obviamente, no pensaba dejar de morir de hambre a su familia pero, como buen Sikora, cuando se enfurecía, no sabía cómo controlarse. De ahí que saliera pegando gritos en contra de las ideas anarcófeministas que, en esta sociedad moderna, se le habían infiltrado en su propia casa.

Las cosas habían empezado a calentarse desde que Elena y Samuel habían pactado para luchar por la liberación de doña Anita. Una vez que se pusieron de acuerdo, Elena empezó a usar las tácticas feministas para convencer a su madre. Elena sabía que Anita las consideraba una pérdida de tiempo y creía que la única lucha importante se estaba dando en España en donde el General Franco amena zaba con destruir a la República y a sus aliados.

Sin embargo, mientras la mujer prestaba atención a los acontecimientos de la guerra civil española, Elena empezó a interesarla en que leyera lo que hacía Emma Goldman, judía feminista y anarquista, que había ido a apoyar a los trabajadores de Cataluña. Para interesarla, su hija le leyó la autobiografía, los ensayos políticos y los artículos ya algo viejos de la revista **Mother Earth** de la anarquista norteamericana.

Anita se encariñó cuando leyó lo que opinaba sobre el matrimonio. Según esta mujer, el matrimonio era una desgracia de las más grandes que se había inventado. También lo era la maternidad que era impuesta como el castigo de la esclavitud en Egipto. Para ella, casarse era una calamidad no solo para las mujeres sino que para los hombres. “Esta mujer es realmente sensible”- le sonrió con una voz suave y una expresión de ternura a Elena.

Su razonamiento era que la institución estaba establecida con el fin de atar a la mujer a la maternidad y al hombre al trabajo repetitivo y monótono del capitalismo. “Solamente cuando el hombre y la mujer aprendan que el fin de la unión es el crecimiento personal, sería posible remontar los objetivos sórdidos para los cuales la sociedad burguesa había inventado el matrimonio”- escribía la activista.

“¡La Goldman es la primera Mesías judía!”- exclamó Anita al darse cuenta que compartía su odio por los *shidajs* y defendía el amor libre. “Si Emma dice -le explicaba a Elena- que la infidelidad no es un crimen, ¿quién soy yo para contradecirla?”

David lanzó a Anita a los brazos del anarquismo al criticar a la Goldman: “Si sigues leyendo la basura de esa paisana mal nacida vas a terminar en la cárcel como ella, que pareciera ser su lugar preferido”. Para el padre de Elena, si ya el comunismo era una desgracia de la que acusaban a los judíos, ahora para colmo de males, otra hebrea se vinculaba con un movimiento aún más radical. “Los nazis nos endilgan que judíos como Carlos Marx y Rosa Luxemburgo inventaron el comunismo y ahora dicen que también el anarquismo gracias a esa *meshugeneg* lituana”.

Pero su mujer hacía siempre lo contrario. “David, dígame una cosa, indagó, ¿qué tiene de malo lo que dice Emma sobre que trabajar doce horas al día es una explotación de los capitalistas que se aprovechan de los pobres?” “Nada de malo –respondía su esposo- ¿pero por qué me mira a mí con esos ojos si yo no tengo ninguna fábrica?” La realidad era que David se había quedado con una tienda en el mercado mientras sus otros paisanos abrían fábricas y de capitalista, según él, solo se le podía llamar porque vivía en la capital.

“No se haga el inocente –le respondía su mujer- usted me hace trabajar doce horas en el mercado y lo mismo a mis hijos. Así que lo que dice Emma me toca a mí también. Si los obreros de las bananeras en este país se fueron a la huelga por las ocho horas, nosotros

también podemos". "Pero en Limón, los bananeros lo hicieron porque los picaban las serpientes venenosas y aquí el único que puede morir envenenado de su lengua soy yo"- le dijo el marido con sorna.

El esposo se echó a reír a carcajadas y no le dio ninguna importancia a las querellas de su mujer. No creía que podía haber comparación entre las obreras de las fábricas de *shmates* de Chicago o de Nueva York y las condiciones labores en La Peregrina. Pero el comerciante no debió haber desestimado el poder de los de abajo. Una vez que la madre e hijos habían dejado a un lado las diferencias, se tornaban en una fuerza incontestable. Estaban cansados de trabajar un interminable número de horas, carecer de dinero y tener que pedir permiso a David hasta para salir a la calle. Samuel, por su parte, quería comprar su boleto para Palestina.

La idea de hacer una huelga la tomó de los muchos recortes de periódico sobre las huelgas en las fábricas de *shmates* judíos en Nueva York que Elena y Samuel le dejaban convenientemente en su mesita de noche. Cuando la madre vino a pedir ayuda, sus hijos estaban preparados para negociar.

- Elena, Samuel, necesito que emprendamos un plan en acción contra su padre. Tenemos que recuperar la libertad que teníamos en Dlugosiodlo- dijo Anita.
- Usted busca más libertad, madre, pero me prohíbe encontrarme con Carlos, que es el hombre que quiero- le respondió Elena. ¿No se da cuenta que es el mismo principio?
- Yo por mi parte quiero recibir un sueldo para irme para Palestina- aclaró Samuel.
- No veo qué tiene que ver que dejemos de trabajar 12 horas al día con que ustedes hagan lo que les venga en gana- respondió la madre que no deseaba pactar en este campo.
- Pues yo lo veo igual. Si hablamos de libertad, ¿por qué no de la de casarse con el hombre que uno ama y vivir donde uno quiere?- respondió Elena.
- Bueno, bueno, ya está -respondió Anita-. Necesito la ayuda de ustedes para liberarme de vuestro padre y si tengo que aguantar tu relación con Carlos, o dejarte ir a sembrar papas a Palestina, lo haré con tal de no traicionar la revolución proletaria- terminando así la discusión.

Una vez que las corrientes feministas, sionistas y anarquistas hicieron un pacto en La Peregrina, las cosas cambiarían en la familia Brum-Sikora. Primero, vendría la firma de su mujer. En vez de perder presencia con el Sikora, Anita empezó a usar en las cartas su apellido de soltera. Luego, la mujer optó por defender su derecho a reunirse con don José. "Mi relación con ese hombre es puramente intelectual"- le decía a su marido. "Si las charlas son tan cultas -respondía el esposo con ironía- ¿por qué se arregla como un payaso cuando él viene?"

David transigió porque consideraba que Anita estaba totalmente *meshugeneg* y que a él le daba lo mismo que se llamara Brum, Sikora o *Fiddlefortz*; tampoco le importaba que hablara con don José porque así él tendría más libertad de tomarse unos tragos en el bar de Emilia. Pero en cuestiones de principios éticos, como quién manejaría el dinero y quién rezaría mientras el otro trabajaba, era intransigente.

"Si usted tuviera control del dinero se compraría otro marido mañana"- le decía. David temía que Anita hiciera alianza con el otro rabino de facto de la comunidad y terminara comprando *gets* a la velocidad en que adquiría gallinas. La mujer no estaba para más burlas. Después de esta última conversación, optó por cerrar el chinamo y sentarse en el camino hacia los excusados del Mercado y no dejar que nadie entrara hasta que sus derechos fueran reconocidos.

Así había nacido la rebelión *ídishe* del Mercado. Cuando Anita enarboló el cartel "Hagan *kacken* en otro lado"- que alertaba a los clientes del excusado que no se quitarían de la vía y que fueran hacer sus necesidades a la casa, se escribió otro capítulo de la historia obrera..

Como David no quiso ceder y se fue a buscar aliados con sus otros paisanos del Mercado, el gobierno tuvo que enviar, para terminar con el lío, al delegado personal del Presidente. Para el horror del dueño de La Peregrina, el mediador no era otro que don José Sánchez, el amigo de su mujer.

- Don David, el Presidente me ha pedido que ponga fin inmediatamente a esta huelga. Vemos con muy malos ojos que una mujer y sus hijos tengan que bloquear las vías para que usted las haga trabajar menos -dijo el gamonal con seriedad mientras le guiñaba el ojo a su amiga preferida.

- ¡Usted de juez! ¡Es como la zorra cuidando a las gallinas! Si el Presidente quiere llegar a un arreglo justo, ¿cómo es que manda a un hombre tan parcializado?- le respondió David con enojo mientras jalaba a la par suya a otros paisanos para que lo apoyaran. Sin embargo, éstos se volvían para atrás porque sabían que sus mujeres estaban con Anita y no querían problemas en el hogar.

- Yo no vengo a defender a nadie sino hacer justicia. Y por el bien suyo es mejor que reduzca inmediatamente a ocho horas la jornada de trabajo y que comparta el dinero con su mujer, que tanto o más se lo merece- amenazó don José con cólera en el rostro.

- Bueno, bueno, estoy harto de este escándalo. Que la bruja se quede con todo y que haga lo que le venga en gana. - respondió David haciéndose la víctima.

La batalla había triunfado. Desde ese día Anita recuperó la libertad que había perdido desde su periplo al Nuevo Mundo. Elena pudo encontrarse con su querido, sino con el beneplácito, sí con el conocimiento de ambos padres. Samuel se pudo ir para la Tierra Santa. Anita había comprendido que las batallas por la liberación debían empezar desde abajo, sin depender de un estado o un partido. Desde ese entonces la mujer dejó de creer en Marx y en Stalin y se convirtió en anarquista. La foto de Emma se colocó ahora en el dormitorio de la casa.

"¿No es suficiente que hayas ganado la huelga sino que me lo tienes que restregar en la cara poniendo la foto de esa *meshugeneg* sobre mi cabeza?"- se quejaba el pobre David.

Y cuando todo parecía que mejoraba, la Segunda Guerra Mundial llegó al trópico.

XXV

El gobierno costarricense se había suscrito a la declaración de neutralidad de Panamá de 1939 y participaba como miembro permanente del Comité Interamericano de Neutralidad. En este comité, entre otros acuerdos y recomendaciones que hizo, estaba la prerrogativa de cada país latino de tomar "las medidas para prevenir que sus puertos neutrales sean convertidos en bases de operaciones por los beligerantes". Varios barcos mercantes y de pasajeros de países del Eje fueron sorprendidos, por la guerra, en puertos costarricenses. Cuatro de éstos eran alemanes: Havilland, Wessen, Stella y Eisenach, y uno italiano: el Fella. El Havilland y Wessen partieron para México y fueron confiscados por Inglaterra y el Stella se vendió a Nicaragua. Quedaban, pues, como barcos refugiados, únicamente el Fella y el Eisenach.

Aunque la política estaba escrita en papel, el gobierno de Costa Rica se había hecho de la vista gorda con este tratado. Las embarcaciones no fueron detenidas y las tripulaciones hacían sus negocios normales en el país. Entre estos comercios estaban los de la compañía "importadora" de medicinas de Max Gerffin. Aunque el alemán sabía que debía buscar navíos de naciones "neutrales" para continuar con su negocio, no podía dejar que se encontrara el verdadero cargamento de "medicinas" que su compañía importaba. En el Eisenach, precisamente, tenía guardadas toneladas de cocaína que debía vender. Los barcos y sus tripulaciones, sin embargo, eran fuente de toda clase de problemas para el gobierno. A pesar de que el 13 de junio de 1940, éste anunciaba que "no tolerará el ingreso al interior del país" de los pasajeros de esos buques, esta disposición no fue cumplida. Los ciudadanos de Puntarenas fueron testigos de los contactos permanentes entre funcionarios de la Legación Alemana, aforadores aduaneros y mercaderes del puerto del Pacífico.

El más asiduo era Max. El diplomático tenía que cerciorarse de todos los aspectos del negocio que heredó de Ernest. Uno de ellos era revisar, para no repetir su error anterior con Lady, los pesos de la heroína importada. Él había iniciado, en los últimos años, un esfuerzo para exportar más droga hacia los Estados Unidos y utilizar, ahora, el puerto del Pacífico. Una razón era porque había dejado una estela de muertes en el Atlántico que le deparó acérrimos enemigos. Otra era el intercambio de opio por cocaína que hacía con los japoneses. El transporte de la droga seguía en manos de las compañías navieras alemanas, las que suplían la mercancía en los puertos de exportación, como los de Chile y para los lugares de paso, como Puntarenas. El destino final eran las ciudades de Los Angeles, San Francisco y Nueva York. Pero la mayor tajada de ganancia la proporcionaba el opio y la heroína que venían del Oriente.

De ahí que Puntarenas fuera el mejor puerto para hacer el intercambio de mercancía, sin que mediaran transacciones bancarias. Sin embargo, nunca faltaban individuos que pecaban de listos. En enero de 1941, el alemán había descubierto que un japonés había entregado menos heroína de lo convenido.

La compañía de Max había tratado de hacer desaparecer el cargamento lo más rápido posible. Sin embargo, la premura había servido para que este marinero japonés se quedara con una tajada de la droga. El 4 de enero de 1941 la prensa costarricense informaba que las

XXV

El gobierno costarricense se había suscrito a la declaración de neutralidad de Panamá de 1939 y participaba como miembro permanente del Comité Interamericano de Neutralidad. En este comité, entre otros acuerdos y recomendaciones que hizo, estaba la prerrogativa de cada país latino de tomar "las medidas para prevenir que sus puertos neutrales sean convertidos en bases de operaciones por los beligerantes". Varios barcos mercantes y de pasajeros de países del Eje fueron sorprendidos, por la guerra, en puertos costarricenses. Cuatro de éstos eran alemanes: Havilland, Wessen, Stella y Eisenach, y uno italiano: el Fella. El Havilland y Wessen partieron para México y fueron confiscados por Inglaterra y el Stella se vendió a Nicaragua. Quedaban, pues, como barcos refugiados, únicamente el Fella y el Eisenach.

Aunque la política estaba escrita en papel, el gobierno de Costa Rica se había hecho de la vista gorda con este tratado. Las embarcaciones no fueron detenidas y las tripulaciones hacían sus negocios normales en el país. Entre estos comercios estaban los de la compañía "importadora" de medicinas de Max Gerffin. Aunque el alemán sabía que debía buscar navíos de naciones "neutrales" para continuar con su negocio, no podía dejar que se encontrara el verdadero cargamento de "medicinas" que su compañía importaba. En el Eisenach, precisamente, tenía guardadas toneladas de cocaína que debía vender. Los barcos y sus tripulaciones, sin embargo, eran fuente de toda clase de problemas para el gobierno. A pesar de que el 13 de junio de 1940, éste anunciaba que "no tolerará el ingreso al interior del país" de los pasajeros de esos buques, esta disposición no fue cumplida. Los ciudadanos de Puntarenas fueron testigos de los contactos permanentes entre funcionarios de la Legación Alemana, aforadores aduaneros y mercaderes del puerto del Pacífico.

El más asiduo era Max. El diplomático tenía que cerciorarse de todos los aspectos del negocio que heredó de Ernest. Uno de ellos era revisar, para no repetir su error anterior con Lady, los pesos de la heroína importada. Él había iniciado, en los últimos años, un esfuerzo para exportar más droga hacia los Estados Unidos y utilizar, ahora, el puerto del Pacífico. Una razón era porque había dejado una estela de muertes en el Atlántico que le deparó acérrimos enemigos. Otra era el intercambio de opio por cocaína que hacía con los japoneses. El transporte de la droga seguía en manos de las compañías navieras alemanas, las que suplían la mercancía en los puertos de exportación, como los de Chile y para los lugares de paso, como Puntarenas. El destino final eran las ciudades de Los Angeles, San Francisco y Nueva York. Pero la mayor tajada de ganancia la proporcionaba el opio y la heroína que venían del Oriente.

De ahí que Puntarenas fuera el mejor puerto para hacer el intercambio de mercancía, sin que mediaran transacciones bancarias. Sin embargo, nunca faltaban individuos que pecaban de listos. En enero de 1941, el alemán había descubierto que un japonés había entregado menos heroína de lo convenido.

La compañía de Max había tratado de hacer desaparecer el cargamento lo más rápido posible. Sin embargo, la premura había servido para que este marinero japonés se quedara con una tajada de la droga. El 4 de enero de 1941 la prensa costarricense informaba que las

tripulaciones alemanas habían asesinado, en Puntarenas, a un marino japonés en una riña de bar y que "hubo tolerancia de parte de las autoridades costarricenses pues se permitió a los tripulantes emborracharse". Sin embargo, lo que no informó es que el atentado era por una disputa de drogas ya que los nacionales de estos barcos eran aliados militares. El Diario de Costa Rica apenas lo insinuó al señalar que el puerto se había convertido en "un centro de espionaje y actividades totalitarias" y que "le estamos dando albergue a quienes no merecen sino estar entre criminales".

El asesinato del marinero japonés llamó la atención no solo de la prensa sino también del gobierno inglés. Éste, aparentemente, tenía información de que los buques estaban armados y así lo informó al gobierno de Costa Rica. El Ministro inglés estaba preocupado por la posibilidad de que en caso de que los Estados Unidos entraran en la guerra, estos buques serían usados para bloquear el puerto del Pacífico. Por esto el gobierno británico le solicitó al Presidente de Costa Rica el desarme de ambas naves. Sin embargo, Calderón se declararía impotente para actuar, a menos que "contara con el apoyo material de la única potencia americana capaz de brindarlo". El Presidente le comunicaría a Hornibrook, Ministro norteamericano, que "Costa Rica teme que los barcos bloqueen el puerto y que el gobierno nada pueda hacer al respecto".

El Ministro de los Estados Unidos se mostró imposibilitado, en un principio, para ayudar a los británicos ya que dijo representar a "un país neutral" y no contaba con "instrucciones de mi gobierno". Tampoco podía colaborar con los costarricenses ya que, según Hornibrook, carecía de "instrucciones precisas" del Departamento de Estado. Los Estados Unidos, conscientes del peligro de esta situación, decidieron estudiar en detalle las alternativas de acción militar.

Esa tarde del 26 de febrero tendría, además, la visita de un hombre judío que aseguraba "tener información crítica sobre el papel de los barcos" y el "peligro que representan para el país". El Ministro estaba acostumbrado a que por su oficina pasaran una serie de informantes sobre todo tipo de posibles confabulaciones.

De todos los que llegaron a la Legación de los Estados Unidos, el menos impresionante sería David Sikora. Hornibrook contaba con que ministros, viceministros, oficiales mayores, secretarías, contadores y un sinnúmero de empleados públicos que buscaban dinero extra, una beca para sus hijos, o un mero viaje a su país, llegaran con chismes y revelaciones. "La esposa del Ministro de Economía se ve a solas con el chofer de la Embajada de Japón"- diría Ana Cecilia, la telefonista de los nipones. "He oído esta mañana que Italia tiene preparada una reunión con el Secretario de Relaciones Exteriores de Alemania"- le confesaría el asesor en asuntos de café de la Legación Italiana. "¿Y por qué me lo cuenta a mí?"- preguntaría el diplomático estadounidense. "Porque los italianos son tacaños y usted tal vez sí me ayude a terminar el techo de mi casa". Algunas veces, como lo fue su entrevista con la señora de Dönning, recibía buena información. El Ministro había corroborado que había un espía en el gabinete del Presidente y estaba sobre la pista. En la mayoría de los casos, la información era valiosa para escribir una novela pornográfica, pero nada importante en asuntos de política exterior.

Cuando Hornibrook miró a David y observó que entraba con su valija de trapos, de la que por revisión obligatoria en la secretaría sabía su contenido, se imaginó que el hombre vendría con un chisme más. "Seguro me viene a contar que los alemanes están alterando los textiles de los vestidos y que tienen claves secretas en las costuras"- pensó para sí. En el momento en que David le dijo que sabía que Cortés estaba dispuesto a dar un golpe de estado, el Ministro empezó a prestar más atención. No era una noticia pública y pocos la compartían. No obstante, tampoco era algo nuevo para él. Pero más se interesó cuando el comerciante le habló, como se decía en el país, "sin pelos en la lengua".

"Señor Ministro, los judíos estamos muy preocupados por la falta de apoyo de su Legación a nuestra comunidad. Sabemos, y perdone que le diga, que el gobierno norteamericano ha brindado financiamiento a don Otilio Ulate y a su periódico antisemita. Entendemos que ese diario es pro aliado pero también es fascista. Creemos que usted no ha hecho lo suficiente para detener, ni la campaña antisemita, ni al gobierno de Calderón que está a punto de expulsarnos del país. Nuestra comunidad está preocupada por los rumores que corren de la suerte de nuestros correligionarios en Europa. El Presidente Roosevelt dice que hace todo lo que está a su alcance por los derechos humanos y que, si no puede hacer más, es porque representa a un país neutral. Pero no me diga que los Estados Unidos no pueden poner presión para que este pequeño país los respete. Nadie cree que su gobierno no tiene cómo ayudarnos".

Después de esta larga alocución, Hornibrook se sintió ofendido. "¿Quién era este pequeño comerciante judío, con pésimo español, que venía a darle instrucciones sobre política exterior?"- se dijo para sí. "Señor Sikora, entiendo el malestar en la comunidad israelita sobre las últimas medidas del Congreso. Sin embargo, nuestro país lucha por defender primero la seguridad nacional de estos países y creemos que, por ahora, la mejor manera de lograrlo es con una absoluta neutralidad. Sin embargo, nuestra Legación hará lo posible para evitar que el Congreso apruebe legislación que viole la libertad de las personas. Más no puedo hacer, en vista de mi difícil situación diplomática. Sin embargo, quiero averiguar quién le ha proporcionado la información sobre ese asunto de Cortés que menciona". Hornibrook llegó al único punto que le interesaba averiguar. Una vez que obtuviera el nombre del soplón, se iría a tomar una buena taza de café.

"Antes de retirarme, señor Ministro, quisiera contarle una pequeña historia. Usted sabe que los judíos hablamos por medio de ellas. No le quitaré mucho tiempo y estoy seguro de que le interesará oírla"- le dijo el comerciante. Hornibrook se irritó porque esto significaría el aplazamiento de su taza de café y tener que soportar, quién sabe por cuánto tiempo, un cuento que, seguramente, no le interesaría. "Espero que no sea muy largo porque tengo una cita importante"- le dijo con fingido semblante de atención. David empezó con una narración de las vicisitudes de la vida de buhonero. Gracias a ella, había podido conocer a una gran cantidad de gente de todas las clases y tipos sociales, muchos de ellos ahora sus amigos. Entre la gente conocida, tenía una amiga, algo particular, que se llamaba Susanita. Esa persona tenía, a la vez, una gran amistad con otra "muy importante" en "cierta" Legación. Pero como la gente cuando se enamora tiene problemas, la relación había terminado "abruptamente".

Hornibrook estaba la mar de aburrido y las indirectas le mortificaban:

-Don David, me parece muy triste su historia y me imagino que sufre por la mala suerte de su amiga, Susanita, ¿pero qué le importa al representante de los Estados Unidos este cuento?"- le preguntó con impaciencia.

-Más de lo que usted cree- respondió David.

Haciendo caso omiso de la interrupción del diplomático, el buhonero prosiguió con la historia. Sin embargo, empezó a concretizarla. Le dijo que la Legación que mencionaba era la alemana, que Susanita era homosexual y que también Max, su pareja. David le dijo que no tenía ningún problema con la orientación sexual de ninguno de ellos, porque un hermano de su mujer lo había sido y se había matado por culpa de su gobierno, lo que era otra historia. Pero la información que Susanita le había brindado "sí me ha disturbado". Dándose cuenta de que el Ministro aún no se entusiasmaba, prefirió ir directamente al grano: "Susanita me ha dado fotografías y documentos que he leído con mucha atención.

He descubierto que Max Gerffin vende drogas y que usa como medio los barcos alemanes, que no dejará que nadie tenga acceso a ellos, y que está en conversaciones con Cortés para dar un golpe de estado. Además, en algunos de los documentos, he observado planes para dar golpes militares".

-¿Pero cómo va a poder ocultar la droga si los barcos están bajo el control del Ejército de Costa Rica?- indagó el diplomático.

-No será difícil, señor Hornibrook. Tengo algunos retratos de asesores del Presidente en pelotas, en medio de orgías con Max.

Para este entonces, Hornibrook tenía la boca abierta y no cabía en la hermosa silla de cuero negro de su flamante oficina. "¿Cómo en pelotas?"- preguntó para convencerse de que hablaban el mismo idioma. "Sí, señor Hornibrook, mire ésta de un allegado de la Secretaría de Relaciones Exteriores en una extraña pose, como si fuera a hacerse un examen de hemorroides y con un objeto no identificado adentro. Piense usted en lo que daría la prensa por una de ellas y el poder que tiene el señor Gerffin sobre docenas de funcionarios del gobierno del señor Calderón. Cualquiera de ellos estaría dispuesto, con tal de que Max no los exponga, a hacer lo que sea".

El Ministro norteamericano no quería más su café y se fue directo para el bar a servirse un *Johnny Walker* doble. "¿Don David, desea tomar un trago?"- le preguntó. "Deme uno con soda"- por favor.

Por más que quiso, Hornibrook no pudo mirar la foto. Sabía que era la última quizás que le habían tomado a Pepe antes de morir. Para cambiar de tema inquirió sobre Ernest que estaba en plena acción. "Pero éste es Ernest Roehm"- le dijo el diplomático escandalizado. "Se ve bien feo desnudo"- le dijo David con ironía. "Aquí le dejo una de las muchas cartas con planes de guerra para que vea quién es ese señor".

"¿Qué quiere de mí?"- le increpó el Ministro. "Salve al gobierno de Calderón pero haga que termine el apoyo al Comité en Pro de la Nacionalización del Comercio y la campaña antijudía. David no quiso enseñar nada más "hasta que veamos que usted hace lo que tiene

que hacer y evita el desastre"- le dijo. El buhonero se tomó el trago de whiskey, se despidió y dejó a un Hornibrook alelado, que se servía otro trago.

El Ministro norteamericano consideró escandalosa la información del comerciante pero nada que tuviera vital importancia para la seguridad de su país. "Estos judíos viven obsesionados con todo tipo de complots"- se dijo para sí. "Mandaré copia de esto más adelante". La foto de su colaborador, José Flores, le dio una gran lástima. El pobre había muerto por su país y así lo informaría a Washington con un memo titulado: "Descubierto espía nuestro por nazis".

Si Hornibrook no le prestó gran atención a la información, algo distinto sucedería en las compañías bananeras. Los obreros no disfrutaban de garantía social alguna y dependían de la buena voluntad de los patronos para sobrevivir a las enfermedades, la inflación, las recesiones y los altibajos en la producción agrícola. Habían hecho intentos, desde mediados del siglo anterior, de mejorar sus condiciones por medio de las sociedades de ayuda mutua. Sin embargo, sería después de la Primera Guerra Mundial en que las ideas más radicales harían su arribo. En 1916 había sido organizado, en Puntarenas, el primer sindicato, formado por artesanos. La primera central obrera, la Confederación General de Trabajadores, de tendencia anarquista, se establecería en 1921 y en ese año, inició la primera huelga nacional en pro de la jornada laboral de ocho horas.

En los años treinta, el movimiento sindical cobraría impulsos gracias a la labor de Miguel Pop y sus compañeros del nuevo Partido Comunista. Los marxistas organizarían a los trabajadores en las zonas bananeras y lucharían por mejores condiciones. En 1934, Miguel ayudó a organizar la huelga general en las zonas bananeras por mejores salarios, condiciones de vida y seguridades mínimas de salud. Entre estas últimas, cosas fundamentales como que la compañía bananera contara con un dispensario médico y sueros antiofídicos para tratar a los cientos de obreros picados por serpientes. La victoria obrera en esta acción aumentaría el prestigio del partido que, para 1940, llegaría a convertirse en la segunda fuerza electoral de importancia en Costa Rica.

Miguel había ayudado a consolidar un sindicato fuerte en la zona atlántica de Limón y cosechado una buena relación con el principal líder comunista, Manuel Mora. A sus treinta y pico de años, al sindicalista, hijo de inmigrantes jamaquinos, fornido, atractivo y con una reputación de ser un fanático comunista, se le conocía por su apoyo a las causas populares. Desde la desaparición misteriosa de su hermano y su compañera hacía unos 10 años, Miguel había quedado como el único varón y responsable de su familia.

A diferencia de su hermano William, de quien las malas lenguas decían que anduvo en malos pasos, Miguel tenía una reputación intachable. Sin embargo, como la gente suele criticar sin razón, se comentaba que el sindicalista solía venerar a un brujo, medio shamán y medio maricón, a quien le decían La Polvera. Sus enemigos lo acusaban de nunca programar una huelga o una manifestación sin consultarlo y que se protegía gracias a sus conjuros maléficos. Él se defendía de las acusaciones en el sentido que desde que su hermano desapareció, sin dejar rastro, había dejado un pesar y un desconsuelo en su familia y una preocupación por la seguridad del único hijo vivo. Su misma madre le recomendaba "los trabajos" de La Polvera: "Ese hombre te da buenos brebajes y nunca ha fallado en

pronosticar el mejor tiempo para tus alborotos". Miguel, además, había conocido a este shamán en el Partido Comunista, que lo aceptaba por haber estado tan cerca del primer huelguista italiano en Costa Rica.

El sindicalista solía oír, con gusto, las historias de La Polvera sobre la legendaria y mítica primera huelga de obreros, la de los tátiles. Cuando algunos miembros del partido objetaban que Miguel prestara oídos a un homosexual brujo, lo cual era parte del "opio del pueblo"- él respondía que La Polvera era pieza clave de la infraestructura y, por ende, estratégica en el marxismo científico. Los pobres comunistas se quedaban perplejos con tal afirmación. "¿Cómo puede decir que un maricón es parte de la infraestructura, hombre?"- se quejaban.

-¿No producen los bananos plusvalía?- expresó con seguridad.

-Sí, pero, ¿qué tiene que ver esto?- indagó el amigo de Miguel.

-Pues La Polvera ha cosechado más bananos que ninguna plantación- respondió.

Esta vez, sin embargo, La Polvera no vendría a preparar ningún conjuro mágico. El shamán estaba algo viejo para hacer visitas frecuentes a las plantaciones bananeras y odiaba Limón "porque hace tanto calor que llevo más derretida que una pupusa de queso"- según decía. Además, no faltaban hombres que se burlaran de mirar a un travesti viejo y otros que intentaban levantarlo en el camino. Unos le gritaban vulgaridades como: "¡Bruta, es tan fea que seguro nació de una cogida en el terremoto de 1910!" Otros se mofaban de sus grandes senos: "¿Adónde lleva ese par de sandías?" Como tenía que montar a caballo para llegar a la finca en que trabajaba Miguel, se exponía a todo tipo de peligro.

Ese día, un apuesto bananero le había ofrecido llevarla, en su caballo, hasta la región de Limoncito. La Polvera iba montada adelante y el varón empezó a tocarla. "¿Se le perdió algo en mi vestido?"- le preguntó "¿No respeta a una mujer de la edad de ser su abuela?"- dijo indignada. El obrero se hizo el desentendido y en cada hueco en que caían, se aprovechaba para meter mano en el shamán. "Oiga joven"- decía el travesti, "¿por qué no le agarra las tetas a su caballo?" El obrero hacía caso omiso.

-Si mi caballo tuviera esas tetas, iríamos los dos encima- contestó el jinete.

La pobre Polvera no quería admitir que sus senos eran dos rellenos de algodón y llegaría, según le dijo a Miguel, "más cogida que una mata de café". "Pero lo importante es que llegó"- le contestó el sindicalista con una sonrisa de oreja a oreja.

"No he venido a este infierno de visita social"- le dijo con solemnidad. "Estoy preocupada porque ayer estuvo la maricona de Susanita en mi casa, que por cierto te manda muchos saludos y me dijo que siempre recuerda el revolcón que se dieron. Pero no es eso lo importante. Usted sabe lo enamorada que es esa loca. Cuando agarra un buen leño, la maricona queda como atontada. Pues ella anda con un hombre que le ha hecho un desprecio muy grande. Como siempre, vino a buscar un brebaje para ver si lo atrae de vuelta. Pero usted sabe que lo único que ella puede retener es la comida".

"¡Bueno, bueno!"- dijo Miguel que estaba acostumbrado a las historias sin fin de La Polvera, y temía que ésta sería otra más, "¡cuénteme a lo que vino!". "Pues"- continuó el shamán, "esta semana me llegó con un cuento extraño. Me pidió un elixir para un hombre que anda en malos pasos y que quiere conservar. El problema es que él está tratando de dar un golpe de estado a favor de los partidarios de Cortés y si esto sucede, a los obreros nos va a llevar la trampa. Es hora que los comunistas se despierten y busquen cómo apoyar a este gobierno, que aunque malo, no es tan peor como sería uno aliado de los alemanes".

"Pero Polvorita"- dijo Miguel, "recuerde que el Partido Comunista apoya a la Unión Soviética y existe un acuerdo con Alemania. Además, nos hemos opuesto al desmantelamiento que ha hecho ese gobierno del monopolio de la electricidad y la gasolina que fue una 'entrega' a las compañías norteamericanas. No necesariamente un gobierno de Cortés nos sería negativo" "Mire Miguel"- contestó La Polvera, "no vine desde tan lejos para que me salga con un domingo siete. A mí no me importan los arreglos en Europa. Una cosa es lo que pase allá y otra lo que nos suceda a los obreros acá. No veo de ninguna forma cómo es que un partido nazi en el poder nos sirva de nada".

Miguel no estaba convencido. Después de todo, ¿cómo se puede confiar en el amante de un homosexual? Podía ser cualquier exageración y provenir de personajes sin importancia, marginados del poder y con ansias de aparentar tenerlo, deseo común entre las minorías y los pobres. Él había oído, también, una larga serie de cuentos de obreros, de bananeros y de artesanos que trataban, a veces, de impresionar con sus "conexiones" y sus "amistades". Cuando se investigaba más a fondo, no había más que un pelo de verdad.

"Seguramente Susanita, que es más fantasiosa que un mago de circo, nunca tuvo la relación con el político"- pensó para sí. Agradeció a La Polvera por su gesto y su dedicación a la causa de los pobres y la invitó a un café en la soda de la compañía. Para hacer algo de conversación, le preguntó quién era el personaje importante del que Susanita obtuvo la información. "Max Gerffin"- respondió el shamán.

Un escalofrío subió por la columna del sindicalista hasta llegar a la frente de la que brotaron gotas de sudor, igual a las heladas que a veces destruían las plantaciones de café. "¿Qué me está diciendo?"- le preguntó sin creerlo. "Max Gerffin, para el que trabajaba su hermano". "Sabe qué, Polvorita"- le respondió el sindicalista, "no es necesario que pida que la lleven a caballo porque voy con usted de vuelta para San José".

Mientras el Congreso de Costa Rica, el 7 de marzo de 1941, aprobaba el reporte de la Comisión Investigadora que recomendaba la expulsión de los judíos, el gobierno norteamericano había llegado a la decisión de apoyar la toma de los barcos de los países del Eje. El Departamento de Estado mandó su "luz verde" el 20 de ese mes: "El día en que el gobierno de Costa Rica tome los barcos, el gobierno norteamericano sería lo suficientemente amable como para hacer que un torpedero suyo llegara casualmente a Puntarenas, esto para dar apoyo moral". Hornibrook, que sospechaba de la Cancillería, no podía confiar la fecha de la toma de los barcos a la Secretaría de Relaciones Exteriores. El Ministro le pidió al Presidente que usaran dos distintas, una que solo el Ejército y el Presidente conocieran y otra, para los miembros del gabinete. La fecha definitiva sería el 2 de abril de 1941; la comunicada al Gabinete, el 5 de abril.

Max estaba al tanto de las negociaciones entre los norteamericanos y el gobierno de Costa Rica por medio de Pepe Flores. Sabía que lo habían acusado de tener drogas en los barcos. También que el gobierno buscaría la evidencia y tomaría los buques. Pero la fecha exacta de la incautación que manejaba no era la correcta. Cuando averiguó el día de la acción militar, se dio cuenta que su amigo e informante lo estaba engañando.

"¿Quién proporcionaba los avisos?"- indagó Hornibrook "Es posible que nada menos que la Primera Dama"- le respondió su asistente. "La mujer no era pro alemana pero era posible que hubiera caído en las garras de Max"- agregó. Según Zweig, el 17 de diciembre de 1940, Ivonne de Calderón había proporcionado, involuntariamente, la información acerca del paradero de su familia a los alemanes al indagar, por medio de la Secretaría de Relaciones Exteriores, acerca de sus condiciones en la ocupada Bélgica.

Ella había enviado la dirección de sus padres al Cónsul de Costa Rica en Hamburgo, quien no tuvo ningún reparo en informar a Berlín. Algo peculiar sería que la esposa del Presidente empezaría a proteger e intimar con individuos a los que el Departamento de Estado "tenía como culpables de asociación e inclinaciones nazis". Podría haber sido que "estaba siendo chantajeada por algunos alemanes en Costa Rica"- como se indicaría después en un documento del Departamento de Estado. Y cuando de chantajistas se hablaba, Max no podía faltar, porque era el principal. Sin embargo, esto era una conjetura y el Departamento de Estado "no estaba convencido de quién era el soplón del gobierno"- señaló el asistente de Hornibrook.

Fuera quien haya sido, Max supo la verdadera fecha del atentado contra sus barcos. Para contrarrestar la acción del gobierno y el *rapprochement* entre Costa Rica y los Estados Unidos, había que idear un plan no muy complicado. El astuto diplomático orquestó un atentado contra la vida del Presidente. No sería necesario asesinarlo porque los muertos se vuelven mártires y no quería endiosar a Calderón. Su única intención eran unos cuantos balazos en contra del mandatario, suficientes como para hacer un escándalo de primera plana. La reunión semanal de Calderón en la Cancillería, a la que éste asistía sin guardaespaldas, era la mejor ocasión. El pistolero se ubicaría en el Parque España, frondoso lugar con mucha vegetación y árboles donde esconderse, situado frente a la entrada principal.

El grupo más fácil de culpar sería el de los judíos. Eran quienes tenían qué perder con un gobierno que había acordado expulsarlos de Costa Rica. El Partido Nazi escogió a un pistolero, sin ninguna conexión con los alemanes, que dejaría alguna evidencia de que el atentado era una respuesta a la política antisemita. El líder nazi había obtenido información de que David era quien preparaba las cartas de la comunidad judía y le pasaba información a Hornibrook. Max enviaría a un ladronzuelo corriente a robarse algo de su hogar para dejar en la escena del crimen. Si el plan salía como se planeaba, las masas pro Eje se lanzarían a la calle en contra de la causa aliada, se presentaría el caos en las calles, la incautación de los barcos se tendría que cancelar, y se promovería un golpe militar.

"Nada diferente de la manera en que Hitler declaró estado de emergencia al culpar a los comunistas del incendio del *Reichstag*, que él mismo provocó"- pensó Max. Con el ascenso

de los "cortesistas" al poder -razonó- Costa Rica se mantendría neutral en la guerra mundial, como lo había hecho con respecto al franquismo, él continuaría con sus negocios y los judíos pagarían muy caro por haberlo delatado.

XXVI

La amistad entre Max y Pepe Flores floreció a partir de la fiesta de inauguración del nuevo gobierno. El asistente del Canciller gustaba del boxeo e invitó, el próximo domingo, al alemán a un "match". El líder del Partido Nazi pudo apreciar la gran condición física de su nuevo colega. El boxeador tenía un cuerpo firme y musculoso, con excepción de los glúteos, nariz semita que contrastaba con unos labios "perfectos"- pelo rizado y peinado hacia atrás y una frente protuberante. Era un joven atractivo y sumamente viril. Nadie sospechaba, con la excepción de su compañero de deporte, sus secretas predilecciones. Mucho menos su amante y tía política, doña Paquita Elizondo.

Después del evento, salieron a tomar unos tragos y a conversar de política. El diplomático costarricense le revelaría que había viajado por Europa y quedado impresionado con el avance germano. "Hitler fue el primero en hacer caso omiso, le explicó, de las leyes sagradas del mercado. Su decisión de haber realizado grandes programas públicos e impulsado la industria militar, sería imitada por el mismo Roosevelt". Pepe creía que el "Nuevo Trato" (*New Deal*) había surgido con base en el programa económico de los nazis y que muchos gobiernos, inclusive el régimen de Cortés, habían seguido sus pasos. Además, consideraba que Alemania tenía razón en sus exigencias territoriales. "Le quitaron territorios en la Primera Guerra Mundial que le pertenecían"- le comentó a Max.

Una vez averiguada la posición ideológica, Max le reveló algunos secretos. Le contó que le atraía el nazismo porque creía en la disciplina. Sin ella, los pueblos perdían su razón de ser y su fuerza motriz. "La gente vagabunda es una amenaza para la sociedad. Algunos son ejecutados por robarse una gallina, pero los indolentes, viven a costa de los demás y nadie les hace nada"- expresó con furia. Estaba convencido de que ciertas razas, como los indígenas o los judíos, eran vagabundos, no producían riqueza sino que, como parásitos, la succionaban. Le narró sobre amigos suyos, como el vicecónsul en la Legación, Juanito Mierdegal, que no hacían nada y se aprovechaban del trabajo de otros. El alemán, con visible ira, creía que este tipo de persona no merecía vivir. "Depende de la inteligencia de los demás y cuando se le acaba la teta que mama, se vuelve en el peor enemigo".

El diplomático costarricense entendió que el alemán creía que la actividad, en lo económico y en lo sexual, era teutónica. "Espero que no concluyamos que los pueblos atrasados son todos pasivos"- le señaló el costarricense, "o que lo espere de nosotros". Según Pepe, en las sociedades latinas había diversas capas sociales, cada una en diferente grado de civilización. "Nuestras elites políticas son tan sofisticadas como las europeas y han aprendido la disciplina que imponen a sus empleados". "El patrón" -continuó- "sabe utilizar y guiar a sus sirvientes". Según él, era común que los gamonales disfrutaran a las mujeres y a los hijos de los empleados para "su satisfacción" personal. "Las clases educadas, comentó, aceptamos esa vieja costumbre, sin complicarnos con definiciones psiquiátricas europeas".

La interpretación del dominio de los pobres, a la tica, no le impresionaba. "Veo algo extraño, agregó el cónsul alemán, en ese ritual latinoamericano de buscar solo muchachos imberbes o menores de edad". No entendía- agregó- por qué existía tal predilección por la inocencia. "Pienso que en este país, tanto los hombres como las mujeres, son paidófilos a la

griega. Solo buscan jovencitos para establecer sus relaciones. Cuando una mujer o un varón alcanza la madurez, no les interesa". Max consideraba que eso no era lo más "civilizado". Opinaba que en la economía como en el amor, lo más exquisito era la capacidad de luchar por la satisfacción. Miraba el dolor y la sumisión como un trabajo necesario para alcanzar la meta. "La pasividad latina me molesta"- le reclamó. "Es una forma de vivir de los demás, de esperar que otros hagan las cosas". De acuerdo con él, los hombres pasivos y las mujeres en su totalidad, eran como los judíos: seres que dependían de la virilidad y el esfuerzo de los hombres".

"Estamos, mi amigo"- le contestó Pepe- "ante posiciones irreconciliables". "Mi visión- continuó- es quizás anticuada, o subdesarrollada, pero me gustan las mujeres adultas y los hombres jóvenes. Adoro a una mujer experimentada como Paquita o la inocencia de un párvulo. No me importa quién haga el trabajo mientras derive placer. La madurez en el varón no me apetece". El costarricense había puesto así su carta sobre la mesa. No quería, a pesar de su atractivo, una relación con un hombre de la edad de Max. "Nosotros tenemos- dijo para concluir- apetitos parecidos, o sea una predilección por la actividad".

La supuesta incompatibilidad sexual no sería obstáculo para el intercambio de información. El alemán lo invitaba a discutir de política y asuntos internacionales en la Legación y el otro a la Cancillería. El primero, no ocultó su interés en conseguirla y el costarricense, en satisfacerlo. El asistente del Canciller le revelaría algo que Hornibrook le había autorizado sobre las presiones norteamericanas al nuevo gobierno: que apoyara en la Conferencia de La Habana, una "política" contraria al dominio alemán sobre las colonias de los países conquistados. Esta información, aunque incompleta, había sido valiosa para el diplomático alemán porque le había servido para planear un acercamiento con los sectores de oposición al gobierno, los que querían una Costa Rica neutral.

De unas semanas para la fecha, la información del asistente del Canciller no colmaba las expectativas de la Legación alemana. Los datos que le suministraba eran falsos o imprecisos. En el caso de los navíos alemanes en puertos costarricenses, la Secretaría de Relaciones Exteriores parecía no poseer más que ideas vagas sobre la estrategia norteamericana. Sin embargo, Pepe afirmaba que la acción militar se llevaría a cabo el 5 de abril. Max empezó a sospechar que lo estaba engañando. Pronto se dio cuenta de que cada paso del Partido Nazi en Costa Rica era vigilado. La evidencia se hizo visible en dos situaciones.

Para la exhibición de la película sobre una enfermera británica asesinada por los alemanes en la Primera Guerra Mundial, "El caso de Edith Cavell"- en el Cine Variedades, los nazis habían plantado una bomba como protesta. Querían advertirle al nuevo régimen que un giro en pro de los aliados, tendría su precio en términos de insubordinación popular. Sin embargo, la bomba fue descubierta "accidentalmente" por la policía. El segundo incidente sería otra bomba en la sinagoga judía, situada cerca de Barrio México. Los militantes del Partido Nazi la habían colocado para la Semana Santa hebrea. No obstante, los agentes de seguridad lograron inutilizarla antes de la explosión. El jefe del partido se convenció de que tenía un delator.

Otra persona con la que Max compartía sus planes, era Yadira, pero nunca sospechó que lo delataría con Hornibrook.

Max le había contado a Yadira que sabía, por confidencias de un amigo en la Cancillería, que los Estados Unidos presionaban a Costa Rica para la Conferencia de La Habana. Esta denuncia era necesaria para frenar el apoyo del Comité en Pro de la Nacionalización del Comercio al nuevo gobierno. Pero creía, sin ser cierto, que la mujer no conocía los planes de los atentados. Sin embargo, él mismo, en uno de sus exabruptos, los había revelado. De ahí que del único de quien sospechaba, fuera de los miembros de su Legación y del partido, era del asistente del Canciller. A él le había solicitado información acerca de qué posición asumiría el Presidente con respecto a la exhibición de películas antialemanas. Cuando le contestó que el Canciller no las censuraría, la saña lo hizo amenazar con volarlas en pedazos: "¡Estas películas las quemaré de la misma forma que pensamos hacer con los judíos!".

Los alemanes tenían otras fuentes, en los círculos cercanos al Presidente, que suministraban información precisa. Una los alertó de que el Ministro Hornibrook de los Estados Unidos había avisado a Calderón de los dos atentados nazis y que sabía del contenido de la carga en el Eisenach. Max se convenció de que Pepe era un espía que trabajaba para los americanos. Para solucionar el problema, lo invitó a su departamento.

"El guión de un hombre y una mujer es fácil de predecir"- comentó el diplomático alemán, mientras servía un trago de ron con jugo de naranja a su invitado pero "entre dos hombres viriles, ¿qué puede suceder?"- le indagó. El asistente del Secretario de Relaciones Exteriores intuía por dónde iba la procesión. "No esté tan seguro. Paquita podría darle algunas sorpresas"- le respondió.

El anfitrión apagó la luz de su sala y puso la radio que tocaba precisamente la canción preferida del invitado: "Noche de Ronda". Se sentó enfrente de él en los sillones tapizados con cuero café y prendió un cigarrillo. Pepe lo miraba fijamente, sin dejarse intimidar por los ojos del alemán. Notó que habían cambiado de tonalidad y se acercaban a un celeste rojizo, más intenso que nunca. "No solamente es un misterio la posición entre dos machos"- contestó después de beber el primer sorbo y paladear la acidez del jugo de naranja, "sino que el cortejo y la misma seducción"- respondió con absoluta certeza.

El diplomático germano sonrió y sacó del bolsillo un sobre con una materia blanca. "Vamos a inhalar un poco de esta maravilla mientras pienso en cómo satisfacer su anhelo"- le murmuró en una oreja. Ambos hicieron cuatro "rayas" de una cocaína pura como la nieve. "La obtengo de los mejores campos bolivianos"- le comentó. Max volvió a servir más tragos, ésta vez con el doble de ron. Sacó de su maleta un álbum de colección de fotografías para que su invitado pudiera deleitarse. Muchas de éstas eran de jóvenes alemanes pero otras de costarricenses. Pertenecían a la colección más apreciada por el alemán porque como él mismo decía "son tomas de la primera noche". De acuerdo con el anfitrión, fotografiaba a aquellos que sospechaba, o le decían, nunca habían estado con un hombre.

Como lo anticipó el alemán, el boxeador se fue calentando con la exhibición. La pureza de la coca era tal que los tragos no se sentían. "¿Está seguro de que me está echando ron?"- preguntaba. Aparentemente, solo percibía el jugo de naranja. "No se preocupe"- están

cargados de ron. "¿Qué le parece mi colección?" "¡Estupenda!"- respondía el compañero mientras ojeaba los cientos de fotos de las víctimas o compañeros de su amigo.

Mientras su agasajado se deleitaba con la pornografía, sonó el timbre del departamento. El dueño fue a abrir la puerta y ¡sorpresa de sorpresas!, un joven amigo del diplomático llegaba. "Entre, Rodrigo, no se preocupe, no estamos en nada de negocios, le presento a un amigo, siéntese con nosotros, ¿quiere un trago?" Pepe no pudo esconder su deleite. El muchacho de edad de colegio era un hermoso garañón. Tenía una cara de inocente, tez blanca, pelo castaño, ojos azules y una sonrisa dulce y sincera. Le contó que trabajaba para la Legación "haciendo mandados" y cobrando cuentas de su patrón. Estaba en la secundaria y quería estudiar abogacía. El dueño del departamento le ofreció la sustancia blanca que el muchacho aspiró con la pasión que apenas se controla en la juventud.

Pepe se había quedado en silencio. No podía mirar más las fotografías cuando tenía a la par a un sueño convertido en realidad. Sin embargo, Rodrigo rompió el hielo: "Veo que estudia las postales. Si se fija más adelante, estoy en una de ellas"- le susurró en la oreja. El asistente del Canciller no pudo resistir la tentación y buscó el As de esta baraja de fotos. "¡Ajá!"- exclamó, "¿Esta foto es la suya?" El tipo se dio cuenta de que la mirada de inocencia del muchacho contrastaba con lo atrevido de la pose. No podía haber sido la primera noche porque el semental miraba la cámara sin ningún recelo "Tiene usted el cuerpo más lindo que he visto"- le dijo el invitado. "Pues este organismo se va a dar un baño"- le respondió. Mientras se retiraba al servicio, Pepe tomó conciencia de la presencia del dueño del departamento. "¿Quién es ese muchacho tan bello?"- le preguntó. Max sonrió y le sirvió otro trago. "¿Le gusta?"- preguntó. "¡Me encanta!"- respondió con intensidad. "Es un empleado mío y además, una de las mejores camas de este país"- le dijo. "Pero es tan celoso que no hace nada a menos que su jefe esté presente. El muchacho es de ideas y posiciones firmes, no crea que es fácil de seducir".

El convidado se sentía encumbrado y alborotado. Nacía en él un deseo que le era difícil controlar. Quería ir corriendo hacia el baño y abrir la puerta, pero sentía que algo tenía que arreglar con el patrón. "¿Qué quiere que haga?"- le increpó a su anfitrión. "Que trabaje por ese joven, que le cueste, que no lo domine solo con dinero o poder"- le respondió el alemán. Max quería verlo rogar por el plato preferido y ganárselo con el sudor de la frente y no con unos pocos colones, como solían hacer los señoritos. "Rodrigo gana muy bien conmigo, no necesita su dinero, ni su alcurnia. Son cosas irrelevantes para él". "Pero no hablemos de trabajo ahora, démonos una punzada de heroína para disfrutar la noche. A Rodrigo le encanta estar encumbrado y no lo puede decepcionar, ¿no le parece?"- le dijo el anfitrión. El diplomático costarricense tuvo sus dudas, no quería perder el control. Sin embargo, pensó que por el muchacho, el descuido valía la pena. El alemán sacó las jeringas y preparó una buena solución. Tomó el cordón de hule, lo amarró al brazo grande del boxeador y le puso la inyección. "Vuele Pepe, vuele, no tenga ningún recelo en disfrutar"- le susurró al oído.

El político costarricense empezó a mirar los ojos de su amigo que cambiaban de colores con una rapidez sensacional. En un momento, los veía negros, en otro, amarillos y a veces, verdes. Las palabras salían de su boca y se iban por las paredes del departamento, rebotaban y volvían a bajar. Sin embargo, las sensaciones del cuerpo se hacían tan intensas

que cada una era una experiencia maravillosa. En un momento, Max le tomó la mano y le preguntó cómo se sentía, y le transmitió el calor más reconfortante. En otro, le rozó el cabello y era como si una nube de esencias silvestres se había asentado en su cabeza. "¿No es cierto que es poco lo que importa la edad en este momento?"- le indagó. El boxeador asintió. "El viaje es tan placentero, le confesó, que lo único que deseo es que continúe". "Y no hay razón para que no siga"- le explicó su anfitrión. El invitado quería ser besado. Seguramente soñaría con el muchacho que se bañaba pero por ahora, cualquier cuerpo serviría. Esto no era problema para su compañero de viaje. Él era un experto en satisfacer a quienes no deseaba.

Mientras los hombres entrelazaban las lenguas, el joven emergió del baño y se les unió. Tocó suavemente la espalda de Pepe y se desnudó. El boxeador quitó con suavidad la cara de Max y volcó toda su atención en el objeto de su deseo. Un desliz lamentable porque perdió de vista las maquinaciones de su anfitrión. "¿Qué está dispuesto a hacer?"- inquirió Max. "Lo que sea"- contestó Pepe. Su anfitrión le preguntó a Rodrigo qué esperaba del invitado. El joven se volvió con frialdad y respondió: "Quiero que pague con su virginidad, que esta noche sea la primera, que pueda tomarle la foto". El anfitrión, por su parte, se contentaba con el temor. Le explicó que a diferencia de otros hombres, su atracción no era hacia el género, constitución física, sensibilidad o inteligencia de la persona, sino hacia el peligro. Algunos hombres y mujeres reaccionaban de una manera tan fenomenalmente primitiva que lo ponían *cachondo*. Sin embargo, al boxeador no le agradaron las insinuaciones y no estaba dispuesto a servir, en este estado de embriaguez, de cebo para juegos sadomasoquistas. Además, desconfió del tono de voz de la carnada que sonaba a viejo y a perverso.

A pesar de la exaltación, trató de ponerse de pie pero Rodrigo lo empujó y lo tumbó. El alemán aprovechó para sacar las esposas y asirlas a sus manos. Aunque trató de patearlos, resbaló y los dos se aprovecharon de la confusión para ponerle el cuchillo en la espalda. Lo obligaron a que caminara hacia la cama en donde lo tiraron boca abajo y le amarraron, con correas de cuero, los pies a los polos de madera. Había caído en la farsa.

Max le explicó que no toleraba la deslealtad y sabía que era un soplón de los americanos "Si creen que confío en las mentiras que usted me ha dicho, están bien desacertados. Pero usted me va a contar quién me ha delatado de tráfico de droga ante la Legación americana".

Mientras lo bravuconeaba y el boxeador sudaba de terror, el líder nazi se desvistió y empezó a golpearle las posaderas con un bastón de policía. Los gritos del hombre se taparon con una mordaza que el asistente trajo del baño. Luego, se la quitaron para que pudiera hablar. Ambos le exigían que revelara el nombre del soplón.

Rodrigo se le montó encima y empezó a poseerlo. "¿Esto era lo que quería?"- le gritaba mientras lo rompía por dentro. Luego, siguió el anfitrión que fue aún más brutal.

La sangre brotaba del cuerpo de la víctima. Si las sensaciones físicas aumentaban con tanta droga, el dolor de una violación se hacía inaguantable. Después del rapto, siguieron golpes y puñetazos hasta que el hombre no pudo resistir y reveló el nombre de David Sikora. "No me maten, no quiero morir por la mierda política"- imploraba Pepe. "Él fue quien llevó la noticia a la Legación"- dijo mientras lloraba por haber hablado. Estaba tan adolorido que no percibió el cuchillo que sacaba, escondido en su toalla, el adolescente.

Cuando se lo clavó en el estómago, no sintió ningún dolor. Solo una sensación de frío y de liviandad. Segundos después, entró en un sueño permanente.

El asesinato del diplomático dejó saber a las autoridades que los nazis no pensaban dejar impunes a los espías. La Secretaría de Seguridad tuvo, desde entonces, a Max en la mira. Sin embargo, no pudieron asociarlo con el crimen, ni probar complicidad. Aunque conocían que el nazi no confiaría en las fechas falsas que le habían suministrado, volvieron a adelantarlas y esperaron que la Legación alemana no tuviera cómo averiguarlas. Estaban equivocados.

Cuando encontraron el cuerpo de Pepe cerca de Plaza Viquez, su amante, Paquita, sintió que la puñalada había sido contra su propio corazón. El joven era su preferido e hizo todo lo posible para averiguar el nombre de su verdugo. Su esposo, el Teniente Elizondo, tío del joven, le prometió encontrar al asesino. Después de semanas de investigación, le comunicó que sospechaban de la Legación alemana. El joven Flores había sido visto, en varias ocasiones, con el fatídico Max Gerffin. Paquita terminó de cimentar sus sospechas con Carlos, quien le admitió que el hombre era peligroso. "¿Pero cómo es que tu esposa esté de la mano de alguien así?"- le indagó. El marido le admitió que mantuvieron relaciones cercanas pero que se habían distanciado últimamente. "Espero que mi señora se mantenga lejos de él"- le confesó.

Paquita se fue a la Avenida Central a confrontar a Yadira. La esposa de Carlos no sabía de los romances de su socia. "Pero mujer, ¿cómo me puedes decir que Pepe y Max se entendían?"- le respondió con irritación. La noticia era, obviamente, desagradable para la mujer. Se sentía culpable de la muerte del joven aunque estaba segura de que el alemán era inocente y que ella había sido responsable de su muerte al "delatarlo" ante los norteamericanos: "Te puedo jurar que Max no tuvo nada que ver con este asunto"- le aseguró convencida. Sin embargo, Yadira se sentía mortificada. Había provocado, según creyó, la muerte del amante de Paquita.

La esposa del Teniente no se quedó en cero. No le creía a su socia y decidió separarse de ella. Lo primero que hizo fue hablar con varios de los comerciantes del Comité en Pro de la Nacionalización del Comercio para que le quitaran la dirección. "Señores, los comerciantes estamos en una encrucijada. Por un lado queremos terminar con la competencia judía, pero por otro, estamos siendo llevados al abismo por los nazis. Yadira ha contrariado a todos los que creemos que la guerra europea no es problema nuestro y que no podemos ser vistos como enemigos de los Estados Unidos. Ella se ha puesto a los pies de la Legación alemana y aunque se haya distanciado últimamente, es una pésima imagen"- les dijo a los demás. Muchos de los comerciantes estuvieron de acuerdo: una cosa eran los judíos y otra, los nazis. No debían ser vistos como sumisos de los países del Eje porque en caso de una derrota, se irían junto con ellos al mismo infierno.

La junta directiva confrontó a su presidenta. Le explicaron que las relaciones entre el Comité y el Partido Nazi habían sido muy obvias, tanto que perdían apoyo de los sectores aliados. Aunque la líder admitió el error, les explicó que había trabajado por mejorar la imagen ante los Estados Unidos. No pudo, eso sí, decirles que su "colaboración" era ahora

tan estrecha que la Legación americana debía estar detrás de la muerte del soplón. Ella creía que habían sido sus denuncias las que produjeron el asesinato y que los verdugos eran sus ahora nuevos amigos. Por no poder revelarlas, antepuso su renuncia. Estaba atormentada por la muerte del joven y quería hacer algo para enmendar.

Una vez fuera del poder en el Comité, la comerciante pasó a la lista de personas dispensables de la Legación alemana. Los nazis la percibieron como aliada de Calderón e interesada en salvar su cara ante los Estados Unidos. Max no tenía ningún uso para ella. Varias veces lo buscó y hasta le imploró que volvieran, pero el alemán regresaba, una y otra vez, con Susanita. La mujer optó por recuperar, en su lugar, a su marido y a su padre. Con el último, fue más fácil porque los oligarcas cafetaleros se empezaron a distanciar de Calderón y buscaron a otro líder de oposición.

La razón del divorcio de los liberales se debió al coqueteo que se apreciaba entre el Presidente y los comunistas. Circulaban rumores de que el mandatario, a cambio del apoyo a su política en favor de los aliados, estaba dispuesto a ofrecer una serie de garantías a los sindicatos. Don José le había dicho a su hija que "estamos ante la disyuntiva entre los comunistas y los cortesistas y no podemos quedarnos con ninguna". En esto, empezaron a coincidir. Más lo harían cuando Yadira se enteró de que Estados Unidos había presionado al gobierno a ceder ante los comerciantes judíos. La mujer lo percibió como una doble traición: había ayudado a los americanos y ahora la dejaban sola. Su única opción era continuar su apoyo a don Otilio Ulate, quien reunía un furibundo antisemitismo y amor por los británicos. Ésta sería la nueva fórmula de la derecha costarricense en los años por venir.

Pero si recuperar el cariño de un padre fue sencillo, no así el de su marido. Carlos, desde hacía tiempo, solo hablaba de divorcio. No obstante, su mujer no había tenido tiempo de indagar sobre las verdaderas razones. Había estado tan flechada por su amigo nazi, que sería la última en darse por enterada.

XXVII

El líder del Partido Nazi recibió la misteriosa llamada en la oficina. Su informante clave le dio la fecha de la incautación de los barcos: el 31 de marzo. El hombre se rió con ganas mientras sus ojos azules tomaban un color más oscuro, el tono del mar al atardecer. Primero, metió sus dedos en su negra y lisa cabellera, prendió un cigarrillo, aspiró el humo y puso su mano sobre sus genitales, en señal de que se necesitaba valor para lo que se vendría. Ahora, tenía que mover sus piezas con rapidez.

En primer lugar, llamó al Embajador en Guatemala para comunicarle la noticia de que Costa Rica planeaba tomar los buques y que esto representaba una violación de la neutralidad del país. Reinebeck se puso furioso. "Si esta información es correcta, le dijo, los americanos están acercándose cada vez más a la guerra. No podemos permitir que tomen los "documentos secretos" ni la mercancía que tenemos ahí". Además, el capitán del buque germano tenía instrucciones "muy sensibles". Nadie, mucho menos los americanos, debían tener acceso a la carga.

El Embajador le dio instrucciones de que continuara con el plan: "negocie- le instruyó- con el Ejército, Cortés y las comunidades del Eje. Tenemos que botar a Calderón y neutralizar a los norteamericanos"- añadió. "Tiene mi apoyo para frenarlo"- fue su última indicación. Ésa sería la "luz verde" que Max esperaba para poner su plan en marcha. "Usted sabe que voy a utilizar el decreto de expulsión de los judíos como excusa del atentado"- le informó desde Costa Rica. "Me parece excelente la idea. Nadie va a creer que estamos dando un golpe de Estado contra un aliado de los Estados Unidos"- replicó el Embajador.

En segundo lugar, el diplomático llamó al capitán del barco alemán. "¿Ha vendido toda la carga?"- le preguntó. "Todavía tengo varios kilos"- fue la respuesta. "Pues esté preparado, cuando lo llame, para bombardear Puntarenas"- le advirtió. "No podemos, repito, no podemos, en caso de guerra contra los americanos, permitir que la mercancía sea encontrada, mucho menos la documentación secreta"- le amenazó. Inmediatamente, llamó a la Legación italiana para coordinar las acciones con el capitán del barco Fella. "No vamos a tolerar que los buques del Eje terminen en manos de los americanos"- le indicó al Ministro Enrico Mezynger. "¿Pero cree usted, indagó el italiano, que Calderón se volcará, también, en contra de nuestra comunidad?" Max, por su lado, le puso las cartas sobre la mesa: "Esperemos que no sea necesario, pero usted debe, junto con los alemanes y los españoles, preparar a los italianos a tirarse a la calle para protestar contra la alianza de Calderón con los americanos y los judíos. Lo mantendré informado de cuál será el momento para hacerlo".

Una vez de acuerdo con los extranjeros, Max se dedicó a convencer a los "amigos" costarricenses para dar un golpe de estado. Primero, los cientos de empleados claves en el gobierno serían avisados de la necesidad de "defender la neutralidad" de la nación. Luego, Cortés y sus partidarios, quienes consideraban que Calderón los llevaba a la ruina. En reunión con estos políticos, Max fue tajante en que Alemania cortaría, de unirse Costa Rica a un bloque con los Estados Unidos, las compras de café, de cacao y de azúcar. "Señor Cortés -le dijo- piense que compramos el 20 por ciento de toda la producción de café y un 80 por ciento de la del cacao y de azúcar. Mi gobierno está dispuesto a incrementar hasta un

40 por ciento las compras de café. Si ustedes se mantienen neutrales, no sufrirán. ¿Pero qué ganarán aliándose en contra de Alemania y de Italia? ¿Verdad que nada? Lo mismo con Japón. Ese país compra una buena cantidad del hierro de este país, venta que se perdería irremediamente"- le señaló. Los cortesistas no tenían que ser convencidos. Mucho menos los del Ejército que habían recibido la "información confidencial" de que Calderón iba a crear una Unidad Móvil, independiente de las fuerzas castrenses.

En una reunión con los representantes del Ejército de Costa Rica, Max les habló que su papel sería "debilitado" si permitían que Calderón contara con un ejército privado. "No sé si ustedes están enterados, pero eso fue lo mismo que llevó a nuestro Führer a deshacerse de los traidores de la S.A"- les dijo sin sonrojarse. Al diplomático no le incomodó utilizar, a su ex amigo Roehm, de ejemplo. "Me parece que este Presidente quiere hacer lo mismo ya que sabe que ustedes no apoyan su política exterior"- recalcó. El Teniente Jimenez, estuvo del todo de acuerdo: "Lo que nuestro amigo Gerffin nos cuenta, es muy grave. Nosotros no tenemos más que una serie de rifles de 1916, absolutamente inservibles, y ahora el Presidente va a utilizar los fondos de ayuda militar para su propia guardia personal. Además, nos ha indicado que un americano, el Coronel Montesinos, se ocupará de la "tecnificación" del Ejército, o sea su supervisión, una violación a nuestra soberanía" les señaló.

Una de las recomendaciones de Montesinos, según Jimenez, era su destitución porque, según decía el americano textualmente "no ha contado con experiencia militar anterior y para decirlo francamente, tiene poco interés en el entrenamiento de sus tropas". Sus compañeros de armas se rieron. "Si esto es así, ¿para qué quiere Calderón ir a la guerra si no tiene a un Ejército que le sirva?"- indagó un sargento. "Lo único que ese hombre quiere, dijo el Teniente Jimenez, es dar un golpe de Estado". Los militares, concluyeron, que "en caso de suscitarse la inestabilidad en el país por causa de los errores en la política exterior, tendrían el valor para salvar la patria y mantenerla, como debía ser, neutral".

De acuerdo con el plan, el atentado contra el Presidente se realizaría dos días antes de la fecha de incautación de los barcos. La policía inculparía, gracias a la "evidencia" encontrada en el Parque España, a los judíos. Los cortesistas, los nazis y los miles de comerciantes de las comunidades del Eje, en protesta contra los judíos y sus aliados americanos, se lanzarían a la calle. Los buques en el puerto bombardearían la ciudad y ante el caos total, el Ejército declarararía la ley marcial y defendería la soberanía del país. Cortés sería llamado a presidir el gobierno y a mantener la neutralidad.

Max necesitaba, ahora, conseguir un pasaporte, un carné de residencia, o un documento que vinculara el intento de asesinato con el judío David Sikora, autor de las cartas de protesta en contra de Calderón y su gobierno. Para ello, contrató a Moco de Elefante, un hombre dedicado a ejecutar a "soplones". El sicario había acompañado a Max a las reuniones del Partido Nazi en las que le habían encomendado varios trabajos "sucios" como robos, atentados y distribución de propaganda. Primero, le instruyó el alemán, tendría que ir y robar algún documento de la casa de David, el cual quedaría tirado en el Parque España. "Moco -le indicó- yo necesito que se robe una documentación de ese judío y que esté listo para dispararle, el 29, a Calderón en su visita a la Cancillería". El pistolero, con cara de malos amigos, le prometió que no fallaría "como nunca lo he hecho con sus mandados" y que le caería bien el dinero porque "tenía sus deudas". El perpetrador había desarrollado tal

gusto por la heroína, que estaba hasta la coronilla de préstamos. El alemán le dijo que no quería que pensarán que había entrado un intruso. "No robe cosas que los ponga en aviso"- le advirtió.

En vista de que David y su familia trabajaban durante el día, nada difícil sería ingresar en su hogar. Moco observó que la casa tenía como vecinos, comercios que cerraban a medio día. Y los únicos que vivían a la par eran, como ellos, obreros que laboraban fuera del hogar. El sicario, por su parte, era un experto en abrir puertas. La vieja cerradura no sería, para sus finísimos dedos, ningún problema.

Las cosas salieron, al día siguiente, como las planeó. Aunque había un perro pequeño que ladraba como loco, pronto lo calmó con un pedazo de pollo que trajo de su casa para la ocasión. No sería difícil encontrar una copia del carné de residencia del dueño de la casa, que estaba en su escritorio: el hombre, aparentemente, había sacado esta copia ante cualquier eventualidad. "Esto ha sido pan comido"- pensó para sí. Sin embargo, buscó algo más que llevarse. "Los judíos son más pobres que una rata"- observó, mientras hurgaba en las gavetas. El ladronzuelo no encontraría nada especial, con la excepción de una pulsera de hombre, unos tenedores que parecían imitaciones de plata y una valija pequeña. El único objeto de valor era una pintura en el cuarto principal que Moco quiso robarse, pero que optó por no hacerlo. En el otro dormitorio, había un retrato de un hombre que había visto en algún lugar, pero que no recordaba. Lo dejó en su lugar y salió a la una de la tarde.

Esa misma noche, le entregó las cosas a su jefe para que escogiera el artículo más comprometedor, que resultó ser el pasaporte. Los judíos habían sido obligados a portarlo, por lo que dejarlo, en un descuido, era verosímil. Antes de retirarse, le hizo un comentario que dejaría a Max pensando: "Puede que no sea nada importante, pero en uno de los dormitorios está una foto de alguien que he visto, pero no lo recuerdo, en el Club Alemán". Max no estaba para especulaciones. "La suerte está echada"- pensó. Por la noche, tendría su reunión en el Club Alemán en donde se discutirían los últimos detalles del plan. Se apresuró a vestirse y a colocar en su maletín la información que necesitaba. Incluyó la pulsera y un tenedor "por si se necesitaba algo más de "evidencia".

El ambiente en el Club era festivo. Cundía un ambiente de optimismo entre los miembros del Partido Nazi. Estaban presentes delegados de todos los sectores, inclusive enviados de los capitanes de los barcos, quienes a primera hora, partirían de regreso al puerto del Pacífico. Había que prever una infinidad de detalles, desde la hora de las manifestaciones "espontáneas"- la quema de negocios judíos al estilo de *Kristallnacht*, las manifestaciones de protesta contra la Legación Americana, el caos en las calles josefinas, la intervención del Ejército, hasta los pormenores mínimos como preparar los alimentos para los promotores de la insurrección.

"Nuestra ala femenina tiene la responsabilidad de hacer miles de emparedados. Además, tener enfermeras listas para socorrer a los heridos"- mandaba Max. "Tenemos aquí en el Club suficiente pan y conservas para que mañana temprano empiecen. En cuanto a medicinas, utilizaremos las reservas de la Botica Germana". Era necesario, también, anticipar la posición de potenciales enemigos, como el Partido Comunista. "Ellos están en contra del Presidente por la venta de las compañías eléctricas a los americanos y han

indicado que no le brindarán apoyo"- dijo Julio, un oficial del Ejército de Costa Rica. "¿Qué pasará con los liberales y el Partido Republicano?"- preguntaría otro alemán. "No son de preocuparse, Calderón ha insultado a los seguidores de don Ricardo y a los del "Olimpo"- respondió Max. "No harán nada"- dijo un periodista del Diario de Costa Rica. "¿Y la Iglesia?"- indagó la señora Haspirina de Bayer, mostrándose preocupada por lo espiritual. "Mucho menos. No tiene vela en este asunto"- contestó un comerciante italiano.

"Aunque parezca fácil, un golpe de estado no es un juego de niños"- le dijo Max a Karl Bayer. Aún con un presidente impopular, había un gran margen de error. "En el último golpe, en 1917, los Estados Unidos"- le explicó a Karl, "se habían opuesto a reconocer a los insurrectos". Por esta razón, la golpista administración Tinoco, terminó derrotada por las fuerzas constitucionalistas. "No obstante, la situación era ahora distinta"- le respondió su amigo. "Alemania podía ofrecer ayuda al nuevo gobierno y Estados Unidos necesita estabilidad en la región". El precio por pagar, pensaba Bayer, no era una nación enemiga de los americanos, sino neutral. "Los estadounidenses no podían darse el lujo de no reconocer al próximo gobierno de facto de Costa Rica, que colinda con su canal de Panamá".

Bayer le dijo a Max que no debía preocuparse y que "todo saldrá bien". "Vamos"- le invitó, "a tomarnos un whiskey para celebrar el triunfo". Mientras conversaban sobre la situación en la guerra europea, Karl le advirtió que debía tener cuidado con algunos de sus amigos alemanes. "Anda el rumor de que Carlos Dönning se ha enamorado, nada menos que de una judía, hija de uno de los líderes"- le confesó el amigo. "¿Qué, qué?"- exclamó Max, sin poder creerlo. "Lo oíste bien. El desgraciado frecuenta a una muchacha que trabaja en el mercado. Es posible que por eso Yadira se ha retirado del Partido"- le advirtió.

El cónsul sintió que el *whiskey* se le iba para afuera y que de no correr al servicio, terminaría bañando a su socio. Pidió disculpas y se apresuró al baño, vomitó, defecó y se echó agua fría en la cara. "No es posible, no es posible"- decía como un zombie haitiano, al que le hubieran robado su espíritu. Cuando se tranquilizó, minutos después, respiró de su bigote el olor a vómito y el de las heces que provenía de la taza del excusado, para lograr sentir una de esas sensaciones trascendentales que recomendaba Nietzsche. "La suerte está echada", se dijo para convencerse de que no podía detener los eventos.

Una vez que los olores fuertes le permitieron razonar, calculó que si Carlos andaba con una judía y ésta era, por casualidad, la hija de David, su proyecto peligraría. Si la policía obtenía evidencia de la relación - razonó-, los elementos pro Calderón dirían que Carlos y Max eran amigos, el atentado una trampa y que detrás de todo, estaba el Partido Nazi. Con solo obtener el retrato del dormitorio, la prensa saldría, el 31, con la noticia. "A como dé lugar"- el diplomático pensó, "debo hacer desaparecer las cosas de Carlos".

El alemán, entre náuseas de miedo y de cólera, se fue a buscar al sicario. Sabía, por Moco, que los Sikora salían en la mañana y no volvían hasta la tarde. Su cómplice lo ayudaría a ingresar en la casa y sacar la fotografía. No quería que "hubiera nada alemán" en esa "pocilga de judíos"- se dijo. Encontró al criado en el tradicional bar de mala muerte, "La Trinidad"- rodeado de prostitutas y de drogadictos. "¡Valiente profesional!"- le dijo cuando se acercó a la barra. "Moco, preguntó, ¿no era la fotografía que vio la de Carlos Dönning, el médico?" "Ahora que me lo dice, sí, era él. Es que como no volvió al Club, se me había

olvidado"- contestó el rufián, como si él fuera miembro de tan exquisito club. "¡Mierda!" - gritó el verdugo- "Ya me lo temía". "Necesito"- continuó él, "que mañana, antes de que usted vaya al Parque, vuelva a entrar en la casa y saque ese retrato del dormitorio".

Una vez, con un nuevo designio, el cónsul se sintió mejor y pidió otro whiskey para relajarse. "No se preocupe, patrón, entramos mañana como dos gatos y nadie nos verá"- le dijo como consuelo. "Bueno, bueno, no hay que alarmarse. Todo saldrá bien si hacemos como le digo"- respondió Max. El diplomático, más contento, le pidió a Moco que le presentara a sus acompañantes. "Sexo -le confesó- es lo que necesito, ya sabes, para calmarme".

Max, Moco y cuatro mujeres pasaron juntos la noche. El bar tenía cuartos en el segundo piso y quedaba, convenientemente, cerca de la casa de David. A las siete de la mañana, estaban listos para ir a sacar el retrato y, después, a continuar con sus deberes. Moco escondió, antes de salir, el revólver en una de las bolsas de su saco. El cónsul que se había levantado algo preocupado, se tranquilizó con una buena taza de café negro y un pan español con mantequilla. "La tensión me da hambre"- le explicó a su cómplice. Quince minutos después, su ayudante abrió, sin ninguna dificultad, la cerradura de la puerta. "¿Adónde está la foto?"- preguntó el diplomático que lo acompañaba.

Moco lo llevó al dormitorio de Elena y le señaló la mesita en que estaba el retrato de Carlos junto con el de ella. "La judía está muy buena"- pensó Max para sí. Aún con su belleza, la muchacha era su enemiga. "No sé cómo un alemán, con la elegancia de Carlos, le comentó a Moco, termina con una mujer de raza inferior". "Pero patroncito, ¿qué inferior puede tener una hembra con esta figura?"- le preguntó el ladrón. "Mejor no perdamos el tiempo que ambos tenemos mucho que hacer"- le dijo Max quien buscó en gavetas, cartas, artículos y no encontró más evidencia.

Ingresó, finalmente, al dormitorio de David y arrugó la cara de lo feo que lo vio. "No sé cómo los judíos, en lugar de comprar ropa fina, se encaraman cualquier trapo viejo"- le dijo a su ayudante. "Pero es que los pobres no tenemos dinero para comprarla"- respondió Moco. "No, no, lo que no tienen es buen gusto"- respondió el alemán. Antes de salir de la habitación, miró la única pintura que había en la habitación. "¡Mire qué cosa más patética y decadente!"- le señaló a su socio. "Globos y colores tropicales -añadió- imágenes distorsionadas, caras en triángulos. En Alemania, hemos prohibido este tipo de mierda judeo-cubista". "Además, ¿no es esa foto la de la bruja comunista judía de Nueva York?"- le preguntó a Moco que no sabía de lo que le hablaba.

Con el retrato en el bolsillo y de vuelta en la calle, Max recuperó su humor y su seguridad. "Vaya al Parque España" -mandó a su asistente- "y le pega un buen balazo en los huevos al Presidente. No se deje ver, recuerde que debe disparar desde el matorral que hay frente a la Cancillería y corra inmediatamente hacia la Fábrica Nacional de Licores. Ahí estará, como acordamos, el Teniente Ramírez quien lo esconderá". Moco, quien nunca había fallado un "negocio"- le reiteró que no se preocupara y que el atentado era "pan comido". El alemán se dirigió hacia la Legación, ubicada a cinco cuadras del Parque España. "Desde mi oficina, se dijo, podré oír los tiros".

El diplomático entró en su despacho y pidió a su secretaria que le trajera un café. La noche con cuatro mujeres distintas y la aventura en la casa del judío, lo tenían agotado. Atendió algunos asuntos sin importancia mientras observaba, constantemente, el reloj que estaba a un costado, encima del cuadro de su madre.

El único ruido que oía era el permanente tic tac del aparato. Eran las nueve y treinta de la mañana. Sintió que el corazón empezaba a latir con más prisa. Gotas de sudor frío bajaban de su frente. Había participado en muchos crímenes pero nunca le había tocado organizar un golpe de estado. Sin embargo, pensó, no era para estar tan ansioso y con gotas de sudor por todo el cuerpo.

A las nueve y cuarenta, volvió a mirar el reloj en la pared. El líquido ahora brotaba, sin control, de sus axilas. No era una mañana caliente y no entendía el por qué de tanto sofoque. De un momento a otro, se percató de que algo andaba mal. Cada vez que miraba el reloj, Max sentía que perdía control de su cuerpo. La transpiración se había acelerado tanto, que el diplomático estaba empapado. Se quitó el saco y la corbata pero las gotas emanaban como chorros de agua. Al bajar la vista del reloj, el diplomático se dio cuenta, finalmente, del origen de su alarma.

"¡No puede ser!"- dio un grito que fue más que todo, clamor. La secretaria, asustada, entró en la oficina y miró a Max aterrado. "¿Qué pasa, señor Gerffin, ¿qué es lo que le ha sucedido?"- le preguntó angustiada. El cónsul había caído al suelo y estaba tan sudoroso que parecía haberse zambullido en el mero océano. Mientras daban las nueve y cincuenta, pudo recuperar su compostura y salir corriendo, hacia la calle, como loco. La gente que lo topaba tenía que eludirlo como un toro de las corridas de San Fermín. El individuo había perdido la noción del espacio y del tiempo: su único fin era llegar al Parque España, antes de las diez de la mañana.

Mientras el cónsul corría como desesperado, Moco había llegado al Parque y se había escondido entre los matorrales.

"En Costa Rica, matar a un Presidente"-pensó, era algo fácil.

Los mandatarios, usualmente, no utilizaban guardaespaldas, andaban a pie, tomaban café en los comercios, compraban en las tiendas y, sin ninguna preocupación, asistían a sus reuniones.

Los otros jefes de estado de la región, como el General Somoza, que andaban con decenas de policías, nunca se acostumbraban a la "inseguridad" de los presidentes ticos. Cuando hacían sus visitas, se traían a sus militares porque sentían que, ahí, no tomaban en serio la precaución. Sin embargo, la nación era tranquila y los atentados, infrecuentes. Entre más liberales los dignatarios, más querían proyectarse como ciudadanos comunes y corrientes. En el caso de Calderón, se sentía una mayor preocupación por la seguridad personal, pero no la suficiente como para que no hubiera descuidos, como lo era su visita a la Cancillería.

Mientras Moco pensaba en los temas de la seguridad nacional, apuntaba su pistola directamente al Presidente. Unos periodistas habían recibido al mandatario en las gradas de

la Cancillería y lo rodeaban para hacer todo tipo de preguntas. Fuera de los corresponsales, no había más que dos centinelas, al final de las escaleras, que protegían la Cancillería. Unos segundos más tarde, los periodistas se empezaron a retirar para cubrir otras informaciones. Calderón hablaba con la secretaria de la Cancillería y atrás lo esperaba, con los brazos abiertos, el Ministro de Relaciones Exteriores, don Alberto Echandi.

Moco apuntó al pecho del Presidente y tomó aire antes de apretar el gatillo. Sin embargo, unos gritos desesperados se oían venir de la parte trasera del Parque, en dirección hacia el Edificio Metálico. "¡Moco, Moco!"- gritaba el cónsul alemán, quien venía con la furia de una tormenta tropical. Los chillidos llamaron la atención del sicario y de los guardas de la Cancillería. Moco guardó la pistola y empezó a correr en sentido contrario. Unos segundos después, se topó a su jefe quien había logrado detener el asalto. "Haga que usted es mi asistente y que le vengo a pedir que me ayude en la Legación"- fue lo único que alcanzó a decirle.

Cuando los guardas de la Cancillería vinieron a mirar qué pasaba, Max había tomado aire. "No es nada, perdonen, es que necesito un mandado de mi asistente"- les dijo el diplomático alemán mientras les enseñaba sus credenciales. En el momento en que Calderón saludaba al Canciller e ingresaba para discutir los detalles de la incautación de los navíos, Max caminaba con el alma a cuestas. "¿Pero qué pasó, señor Gerffin?"- preguntó un asustado Moco. "Cambio de planes, nada más, cambio de planes"- fue lo único que atinó a decir.

El zamarreado planificador volvió, solo, a la Legación y buscó nuevamente sentarse en la silla de su escritorio. La asistente, ni le preguntó qué pasaba porque sabía que estaba ahora con una ira avasalladora. El hombre alzó la vista y clavó sus ojos, ahora de un celeste brillante, en el cuadro de su madre.

El cónsul había reconocido que era una réplica de la que estaba en la casa del judío.

XXVIII

Einstein decía que cada pequeño cambio en la tierra, por insignificante que fuera, tenía un impacto en todo el universo. El cuadro de Claudia no sería la excepción. Max no podía haber permitido que la policía entrara en la casa de un supuesto sicario y descubriera, en el mero dormitorio, una pintura de su madre. Lo primero que debía hacer, ante este percance, era informar a su Embajador de los últimos acontecimientos. No obstante, tuvo que inventar una excusa de última hora, i.e. que Calderón había llegado más temprano de lo esperado. El superior estaba furibundo. Antes de tirarle el teléfono, le ordenó que llamara a los barcos y que diera la orden de quemarlos. "No podemos seguir el plan anterior y no queremos que echen mano de la carga y los documentos"- le gritó con cólera. El cónsul coincidió en que era lo mejor que se podía hacer. Sin embargo, no sospechaba que iniciaba así su fin.

El 31 de marzo las tripulaciones de ambos barcos, avisadas por sus respectivas Legaciones, incendiaron sus naves. Este hecho no pasaría inadvertido por la prensa costarricense. El anti Eje Diario de Costa Rica informaba, en grandes titulares, el primero de abril, de que "pocos minutos antes de ser abordados por parte de las autoridades de Costa Rica, ambos buques fueron incendiados... y todo parece revelar que a bordo se tuvo conocimiento, con muy considerable anticipación, del plan del gobierno de Costa Rica". La Tribuna, órgano cercano al gobierno, tampoco ocultó su preocupación al informar de que se sospechaba que las tripulaciones habían sido avisadas ya que "fueron captadas llamadas misteriosas telegráficas por un navío norteamericano desde frente las costas del Pacífico de Costa Rica y se creía que éstas fueron enviadas por observadores al servicio de los nazis en Costa Rica".

Calderón trató de frenar la campaña en contra de su gobierno cuando hizo declaraciones a la prensa en el sentido de que él tenía "fe" en "todos los militares del gobierno" y negó que se hubiera entorpecido ninguna maniobra o que los capitanes del Fella y del Eisenach tuvieran "previo aviso de lo que se proyectaba". Pero dos días después, el escándalo aumentaría cuando el mismo capitán del Eisenach declaró que fueron "las Legaciones las que dieron órdenes de quemar los barcos de ser tomados por la fuerza" y desvirtuó así todas las declaraciones del Presidente.

Pero no solo heredó el gobierno costarricense un escándalo interno, sino que el internacional prometía agravarse y por eso Calderón trató de que los Estados Unidos lo sacaran del nuevo lío. Aunque Reinebeck se vino a San José para defender a sus nacionales y a sus acciones como motivadas por una "legítima defensa"- las tripulaciones de ambos buques fueron internadas en San José y acusadas de graves delitos: incendio, atentado contra la autoridad, el orden y la seguridad públicas. El mismo gobierno insistió en que estos marineros fueran encarcelados. El 25 de abril, el propio Secretario de Estado norteamericano le informó al Presidente de que mantuviera las tripulaciones en la cárcel "porque la libertad de esos individuos en Costa Rica, constituiría una amenaza para la seguridad del país y de las otras repúblicas americanas".

Max, por su parte, organizó a las comunidades alemana e italiana. Su mejor arma era ahora crear el caos. La campaña a favor de los marineros iba desde la promoción de disturbios y

la repartición de panfletos en contra del gobierno, hasta el envío de obsequios a las tripulaciones. Uno de estos panfletos, escrito en pésimo español, atacaba la alianza con los Estados Unidos: "Pero la política de sumisión incondicional seguida por casi todos los gobernantes latinoamericanos hacia el Departamento de Estado yanqui...nos dio a entender (a los alemanes) que tarde o temprano, ese Departamento obligaría a estos gobiernillos sumisos a quebrantar (la paz) en contra de la tranquilidad y la hospitalidad de los pequeños pueblos"- decía el documento.

Mientras el régimen de Calderón se enfrentaba a su peor crisis, otros actores hicieron sus partidas. Uno de ellos sería Miguel Pop, quien se había venido con La Polvera para San José. El fornido y atractivo sindicalista de raza negra conocía a Max mejor que a nadie y tenía conocimiento de los negocios que le costaron la vida a su hermano. Cuando se entrevistó, el 30 de marzo, con Manuel Mora, líder del Partido Comunista, para contarle que temía un golpe de Cortés, el hombre no le dio la debida importancia: "No estoy seguro de que Calderón sea nada mejor y que valga la pena apoyarlo"- le contestó. La manipulación y el almacenamiento de artículos, en razón de la guerra, habían aumentado los precios. "Este es un gobierno de los ricos"- le dijo Manuel.

Pero para el 1 de abril, el líder comunista había reconsiderado su posición. La abierta participación nazi en el incendio de los barcos y las manifestaciones contra el gobierno, azuzadas por Max, lo convencieron de que la situación era grave. El dirigente marxista dio su aprobación para que Miguel se entrevistara con representantes del gobierno de Calderón y ofreciera su apoyo "a cambio de beneficios para la clase obrera". Según los comunistas, si el Presidente cambiaba su posición contraria a los trabajadores, el Partido Comunista movilizaría el pueblo a su favor. Mora le dejó muy claro a Miguel que la "negociación" implicaba gestos de buena voluntad. Entre ellos, que Calderón promoviera la legislación social que se conocería con el nombre de "Garantías Sociales" que incluía el salario mínimo, la jornada de ocho horas, el reconocimiento de los sindicatos, el derecho de los trabajadores a una vivienda decente, las condiciones mínimas de higiene y de seguridad, la obligación del Estado de ofrecer una educación gratuita, y la prioridad del trabajador nacional sobre el extranjero.

Una segunda repercusión fue el viraje de la Iglesia Costarricense. Desde finales del siglo anterior, los liberales, al estilo de don José Sánchez, le habían quitado mucho de su poder. El monopolio clerical sobre las tierras baldías y sus impuestos (los diezmos) a los productos agrícolas era interpretado por los liberales como barreras para la acumulación de capitales y por lo tanto, para el desarrollo capitalista. En los años de 1830, el gobierno se apropió de estas tierras para entregarlas a prospectos cafetaleros. El 22 de julio de 1884, se impidió la injerencia del clero en la enseñanza de establecimientos costeados por el Estado, declarándose así la enseñanza laica. La inclusión del divorcio y el matrimonio civil consolidaron la legislación anticlerical.

Monseñor Sanabria, Ider de la Iglesia Católica, con tendencias progresistas, tenía mucho poder que recuperar y sería otro de los que vino en rescate de la Administración Calderón. De la misma manera que los comunistas, los católicos eran enemigos del Estado liberal. El incendio de los buques le dio evidencia de que se venía un golpe militar y que Cortés volvería al poder. "Otra vez un anticlerical"- pensó para sí. Sanabria optó mejor por llamar

al Presidente y "pactar" con el gobierno. Su "precio" no era otro que abolir la legislación liberal. Calderón quería el apoyo y asentiría a las demandas clericales. Con tal de ganar otro aliado a su bolsa, optó por convertir el país otra vez en una nación católica.

Sobra decir que la política de Calderón y el Ministro Hornibrook, con la crisis de los buques, se entrelazó. El gobierno norteamericano, con tal de despachar la ayuda militar, exigió un precio moderado: la eliminación del régimen de los más conspicuos simpatizantes nazis. Calderón expulsaría a Karl Bayer de Costa Rica y removería de los puestos del gobierno a Max Gerffin, Alberto Fortuniak y Wilhelm Hannekamp. Hornibrook, satisfecho por ver a estos hombres fuera, explicó a su Departamento de Estado que Calderón lo realizó porque temía que le dieran "un golpe de Estado".

El gobierno norteamericano le hizo saber al de Costa Rica, el 13 de mayo, que había llegado a la "solución del problema" de los navíos. Aconsejó a Calderón que su gobierno debía deportar a estos marineros como personas "non gratas" y embarcarlas en el *S.S. Stella Maris*, barco norteamericano, con destino a la zona del Canal de Panamá. Una vez ahí, "los Estados Unidos se harían cargo de la situación". Reinebeck, por su parte, que estuvo en Costa Rica desde el 6 de abril hasta el 10 de mayo, hizo saber al Presidente que quería que los marineros fueran enviados al Japón. No deseaba el Embajador alemán que las tripulaciones fueran interrogadas por autoridades estadounidenses. El 16 de mayo, el gobierno norteamericano respondió que "no pondrá ningún obstáculo a que la tripulación parta para Japón en el primer barco de ese país que llegue a Panamá". Costa Rica, satisfecha por la promesa norteamericana, el 20 de mayo declaró una amnistía general para las tripulaciones y las expulsó del país. De esta manera, el régimen de Calderón creyó quedar bien con Dios y con el diablo.

El Ministro Hornibrook se sentía realizado. Redactó su informe semanal al Departamento de Estado y envió toda la documentación que tenía de la visita de David Sikora y de Yadira Dønning. El diplomático norteamericano recomendaba que se mantuvieran buenas relaciones con esta mujer y su Comité en Pro de la Nacionalización del Comercio porque los había alertado de un espía en el gobierno de Calderón. Era sumamente importante que los Estados Unidos no molestaran las actividades de esa organización, hasta averiguar quién era el soplón. Después de todo, Yadira y su Comité no habían tenido ninguna participación en los eventos de los últimos días, lo que demostraba su neutralidad en política exterior.

No obstante sus recomendaciones, Hornibrook recibiría, dos días después, una llamada del Departamento de Estado. El tono no era nada diplomático y una voz furiosa del encargado de América Latina, Dwyre, desde Washington le exigió: "Parece que el sol tropical le ha derretido su cerebro. Busque, inmediatamente, al señor Sikora y dígame que queremos el resto de los documentos que tiene en su poder. ¿No se fijó usted en lo que decían ?

-¡Él tiene copia del plan alemán de ataque contra el Canal de Panamá! Si usted quiere quedarse en ese puesto, mueva el culo, imbécil- gritaron desde Washington.

Y el diplomático norteamericano tuvo que moverlo. Esa misma mañana, mandó a buscar al comerciante con la invitación "más cordial" para "un almuerzo". David se sorprendió con la

noticia. Se había percatado, cierto tiempo después, de que un intruso había ingresado en su hogar y robado su pasaporte y un retrato de su hija. Pensó que pudieron haber sido los norteamericanos en busca de la documentación que le había dado Susanita. Pero el hombre pertenecía a un pueblo desconfiado. Su "valija diplomática" estaba en el gallinero. "Muchachas, les había dicho a las aves, hagan sus nidos encima de esta cama" y "no lo comenten". Corrió al gallinero, limpió una que otra cuita y se fue directo para la Legación.

No pudo comer el almuerzo porque el estadounidense había preparado un jamón Virginia, alimento prohibido para un judío. "Le agradezco mucho su invitación pero no puedo aceptarla"- le explicó. "Perdone, no estaba consciente de sus costumbres"- se excusó el diplomático. En vista de que solamente un pedazo de pan se pudo comer, David trató de aligerar la conversación. "¿En qué puedo servirle?"- le dijo al americano. "Usted me contó, señor Sikora, que tenía más documentos que podrían ser de nuestro interés y quería solicitarlos. Deseo informarle que he enviado una carta de protesta por la legislación antijudía"- le explicó el Ministro.

"¿Y quiere que le entregue los documentos?"- indagó el invitado. "Pues era nuestro acuerdo"- trató de recordarle el oficial norteamericano. El comerciante se engulló el último pedazo de pan y abrió la caja para que el diplomático mirara. El Ministro, esta vez, se asomó con toda curiosidad. "¿Ve lo que hay?"- le preguntó. "Sí, tiene bastante. ¿Pero qué hay en ese huevo?"- le dijo el funcionario. Aparentemente, alguna de las gallinas había dejado un recuerdo. "Ese huevo tiene documentos supersecretos"- le contestó. "Pero señor Hornibrook, para que usted tenga acceso a ello, tendrá que hacer algo más que enviar una carta. Quiero, por escrito, con la firma del Presidente, la promesa de que anulará el decreto de la expulsión de los judíos"- le exigió el comerciante polaco.

Al día siguiente, el Ministro norteamericano condicionaba toda la ayuda militar a Costa Rica. Después de explicarle a Calderón la posición del Departamento de Estado, el Ministro no tuvo pelos en la lengua para presionarlo: "No tengo otra opción que decirle, señor Presidente, que mis superiores han puesto en *hold* la ayuda militar y el préstamo solicitado". El mandatario no tuvo otra opción que firmar la carta y con ésta, suspender la implantación del oprobioso decreto.

Una vez que los documentos llegaron a Washington, el Departamento de Estado rompió todas las promesas. La tripulación alemana tenía no solo los planes para tomar el Canal de Panamá, sino que cientos de planes para sabotear los gobiernos de la región. El gobierno americano, el 28 de mayo, en vez de despachar los marineros a Japón, como había convenido, los mandó para San Francisco. Costa Rica se quejó de que "había prometido que las tripulaciones volverían a sus propios países" y que Washington lo había hecho "faltar a su promesa". Pero la nación del Norte, a pesar de que comprendía la sensibilidad del gobierno costarricense, no podía desprenderse de los secretos. El 5 de agosto, la prensa informaría que los marineros eran "prácticamente prisioneros de los Estados Unidos, internados en Montana y Dakota del Sur".

La reacción alemana no se dejó esperar. El 28 de mayo, el Ministro alemán entabló una fuerte denuncia y amenaza en contra de Costa Rica:

En nombre y por órdenes del gobierno del Reich protesto en toda forma y de la manera más enfática por la expulsión de los marineros alemanes. Al mismo tiempo, he recibido órdenes de poner en conocimiento a su Excelencia de que el gobierno del Reich hará responsable al gobierno de Costa Rica de las consecuencias de esta acción. En vista de la actitud mostrada por el gobierno de Costa Rica en este asunto, se reserva, para el futuro, el gobierno del Reich, tomar las acciones pertinentes.

Max y Reinebeck dejaron entrever que planeaban una venganza contra el régimen de Calderón. Sin embargo, antes de que pudieran realizarla, los alemanes vieron su poder escaparse de las manos.

La política exterior de Costa Rica se tornó pronorteamericana. El país se negaría, el 3 de agosto de 1941, a clausurar los consulados en los territorios ocupados por Alemania. El Reich había comunicado a Costa Rica y a otros países latinoamericanos que para el primero de setiembre debían volver a solicitar sus credenciales diplomáticas. Pero Calderón, en desafío, le comunicó el 2 de septiembre a Reinebeck que "consideraba que subsisten jurídicamente los gobiernos de las regiones ocupadas por Alemania" y que por esta razón "no juzga el caso cerrar sus consulados en los territorios mencionados porque de otra manera se admitiría el derecho de la conquista al cual este país como todos los del continente americano, es enteramente adverso". El 9 de septiembre, Alemania eliminó los consulados de Costa Rica en los territorios ocupados. Berlín consideró la posición de ese gobierno como "argumento inaceptable" y pidió el retiro de todos los cónsules costarricenses.

Finalmente, el 8 de diciembre, un día después del ataque de Pearl Harbor, y antes de que los mismos Estados Unidos, Costa Rica "de acuerdo con los principios de solidaridad y defensa del hemisferio...hemos declarado hoy a las 11 de la mañana, el estado de guerra entre Costa Rica y Japón"- decía el telegrama enviado a todo el mundo. El 11 de diciembre el régimen tico entró en guerra contra Alemania e Italia. El Congreso de Costa Rica, por su parte, dio la autorización para la declaratoria de guerra y el 10 de diciembre, por 34 votos contra 10, autorizó al Poder Ejecutivo lo que esperaba: la suspensión de las garantías constitucionales.

Una vez en guerra con Alemania, los Estados Unidos variarían su posición de luchar, como lo hicieron antes, por la destitución de oficiales alemanes o fascistoides de los respectivos gobiernos latinos, por la erradicación total de los nazis de la vida política y económica. De acuerdo con el Departamento de Estado, la política se realizaría por medio de un boicot económico en contra de las compañías o de las personas que negociaran con los países del Eje, o que contaran con dueños o socios simpatizantes con su causa. Para ello, se levantaría una Lista Negra y se enviaría el 17 de julio de 1941. La Lista Negra para Costa Rica incluyó, en un principio, 67 nombres y compañías, la que se incrementaría a 200.

El 11 de diciembre de 1941 por decreto ejecutivo número 47 el gobierno obligó a los alemanes, italianos y japoneses a solicitar permisos para movilizarse por el país. El 20 de diciembre, Calderón visitó las instalaciones de un campo de concentración en construcción. El 24 de diciembre se anunciaba a la prensa que se había iniciado el inventario de las propiedades italianas y que se pondrían bajo la custodia de la Legación Argentina. Tres días después, el gobierno prohibió, por el decreto número 3, el comercio con los países del Eje.

El 7 de enero de 1942, se obligaba a todos los súbditos de esos países a presentar la declaración jurada de sus bienes y propiedades. El 25 de febrero, se publicó la Lista Negra y se anunció que las firmas y propiedades de las personas incluidas, serían controladas por la oficina de coordinación. En mayo de 1942, se inició el cierre de los beneficios de café alemanes y en junio, otras propiedades por un valor de 60 millones de colones. El 28 de junio, el Congreso aprobó la autorización para que el Ejecutivo pudiera expropiar, sin indemnización previa, las propiedades de los ciudadanos de los países del Eje, en manos de la Junta de Custodia.

Pero a pesar de toda esta legislación y política de la Junta, la liquidación del poder económico y político nazi se fue dando con lentitud y se vio obstaculizada tanto por trabas burocráticas, como por los cambios de propiedades que numerosos alemanes e italianos hicieron a última hora. No sería sino hasta el mes de julio de 1942 en que el poder alemán en Costa Rica recibiría su golpe mortal.

Para esta fecha, los sectores aliados con el gobierno: Estados Unidos, los comunistas, la Iglesia y los antifascistas, habían estrechado sus lazos. Calderón dependía de ellos para cada paso. Uno de los acuerdos a que llegaron era que los nazis debían ser expulsados, cosa que se inició el 7 de abril de 1942. Cien de ellos fueron enviados a campos de concentración en los Estados Unidos. Pero para asestar un tiro de gracia, planearon un *kristallnacht* a la tica.

El 2 de julio de 1942 el barco bananero San Pablo, que se encontraba en Limón, fue sorpresivamente torpedeado por un submarino alemán, ocasionando la muerte de 24 trabajadores costarricenses. La prensa acusó a Alemania: "Anoche el primer ataque del Eje contra Costa Rica". Varios sectores, indignados por el ataque, decidieron hacer una manifestación de protesta. Para el 4 de julio, el Comité de Unificación de las Asociaciones Antitotalitarias, el Comité Sindical de Enlace que incluía a todos los sindicatos del gobierno, el Partido Comunista y el Republicano, decidieron participar.

El gobierno de Calderón y el Partido Comunista tenían otros planes para esta manifestación. Su intención era provocar un ataque a los negocios alemanes, por parte de una muchedumbre descontrolada. Después de incendiarios discursos de Manuel Mora que pidió "mano de hierro para la quinta columna" y de Calderón quien dijo que "no me temblará la mano... para tomar las medidas que falten" la muchedumbre se lanzó al pillaje y al incendio de los negocios. 123 establecimientos fueron saqueados y hubo 76 heridos.

El Diario de Costa Rica reconocería que la policía no intervino y que la consigna fue "dejar hacer". Para el 8 de julio, 350 personas fueron identificadas con la causa nazi y detenidas, de las que 100 serían deportadas inmediatamente a los Estados Unidos. El 19 de agosto se cerraron todos los ingenios de café y de azúcar en manos germanas. Al final de la guerra, más de 300 alemanes serían enviados a los campos de detención en los Estados Unidos. El plan nazi de una Costa Rica neutral, había fracasado.

En la misma forma que Max se había salvado de la noche de los cuchillos largos, así lo hizo el Comité de Yadira durante la *kristallnacht*. Fueron lo suficientemente astutos para no participar en las manifestaciones de los años 1941 y 1942. Esto les ayudaría, después, a dar su gran y última lucha contra los judíos.

XXIX

Carlos tuvo que ceder. Mientras su enamorada estaba en sus brazos, pesó en lo difícil que había sido aceptar el feminismo. Desde cuidar su lenguaje para no dejar por fuera a las féminas en sus pronombres universales masculinos hasta considerarla socia, con igual número de acciones, en todas las decisiones. Algo más difícil había sido aceptar que Elena quería una profesión y que no estaba interesada en un matrimonio apresurado. "Mi madre se casó a la ligera"- le decía a su impaciente pretendiente. "¿Pero no fue que me dijiste que conoció a sus maridos el día de la boda?"- indagó Carlos quien no entendía por qué Elena lo comparaba con los maridos de su madre. "Pareces ya judío respondiendo con preguntas"- le había dicho la mujer. De todos modos, llegaron al acuerdo de que el galán se divorciaría de Yadira y casaría con Elena después de la guerra. Para ese entonces, por lo menos la joven tendría terminada su secundaria, que no había podido concluir por trabajar en el Mercado. "Mi padre me sacó del colegio para hacerme dependiente y ningún marido va a hacer lo mismo"- había sido el punto final de la discusión.

Él, por su parte, aprovecharía el tiempo para hacer su conversión en México, en donde era más fácil conseguirla. Para ello, esperaría finalizar las clases con don David y buscar en ese país un verdadero rabino, ya que su profesor no era más que un aprendiz e interpretaba el Talmud a su pura conveniencia. Carlos sospechaba que muchas de las tareas que le exigía no eran otra cosa que fórmulas para atrasar lo inevitable. Por otro lado, David lo asustaba con la circuncisión y le contaba que muchas veces el encargado de cortar los prepucios, algo borrachín, fallaba y se llevaba más de la cuenta. "Pobre Leoncito Xifer, un niño que le cortaron la mitad de la *potz* en su *brist*"- le contaba a un aterrorizado Carlos. "Pero no se preocupe -continuaba el mentor- en el caso suyo, la *potz* es más grande y él no fallará". Carlos, que sabía que no era posible convertirse sin la temida operación, tenía ganas de salir corriendo.

No obstante estos pequeños problemas, el varón seguía hechizado por la dama judía y estuvo de acuerdo en esperar y optar por la cirugía en México. "Don David, si me hago el *brist*, prefiero hacerlo en terreno neutral porque usted es tan pícaro que estoy seguro pagaría para que me corten hasta las bolas"- le aseguraba. "Además, sus clases -continuaba el alumno- parecen eternas y usted no se dará por satisfecho hasta que me sepa de memoria todos los tomos del Talmud". Con Elena, sí tuvo que pactar. Llegó a admitir que la Torá y el Talmud, que tanto apreciaba, no eran para ser tomados en forma literal. Carlos intuyó que mientras Elena asistiera a la Liga Feminista, debía obviar las alusiones a la obediencia requerida de las mujeres. Tanto así que dejó de agradecer, en sus oraciones diarias, que Dios lo hubiera hecho hombre.

Una vez que terminaban las lecciones de don David, los jóvenes amantes tenían tiempo para estar juntos. Elena disfrutaba de recostarse en el regazo de su novio y platicar sobre la política mundial, que tanto les atraía. Sin embargo, como dice el refrán, "caras vemos y corazones no sabemos".

Carlos le había contado la mala noticia que los nazis habían apresado a la compañera de Claudia y la habían internado en un hospital psiquiátrico. La baronesa le había escrito que temía que le aplicaran la eutanasia, cosa que era común en Alemania. A los enfermos

mentales los venían matando, en cámaras de gas, desde que los nazis subieron al poder. Decían que era una forma de ahorro para el fisco y para las familias. También querían los castillos que los gobiernos anteriores habían comprado y entregado a los psiquiátricos. Sin embargo, mucha gente "normal" había sido incluida en el programa, como su compañera, a quien la habían acusado de lesbianismo. "Temo lo peor por ella"- le había escrito a su hijo y a Carlos y a Elena. Sin embargo, Max no había hecho nada por ayudarla y desde que se quemaron los buques alemanes, había entrado en crisis de alcohol y de drogas. La baronesa contaba con la protección de su antiguo marido y no la tocaban aún. No obstante, Elena estaba tan preocupada por la pintora que no sabía qué hacer. Después de meditar por horas sobre su suerte, cansada de preocuparse, trató de entretenerse con la radio. Sin embargo, la música la hizo sentir lo agotada que estaba y se empezó a quedar dormida.

Oyó que Otilio Al Bate electo presidente convocaba a todos los judíos al Parque Central. Anunció que no toleraría que tuvieran mascotas cristianas porque podían convertirlas y para evitarlo, las enviaría a granjas agrícolas en la lejana Guanacaste. "Tienen cuarenta y ocho horas para empacar sus cosas personales, una valija por familia, y sacarlas de sus hogares"- fueron las instrucciones del nuevo gobernante. Carlos le informó que a pesar de las quejas y las preguntas, el presidente no quería retractarse y que había anunciado su decisión antes de la misa del pasado domingo. Más bien había obtenido apoyo de una muchedumbre, azuzada por Yadira y Max, que lo esperó fuera de la iglesia para aplaudir y gritar con entusiasmo: "¡Mano dura con los judíos y a trabajar al campo!" Entre los que vitoreaban habían muchos extranjeros, como Henrico Locquema, Jackeline Flecher, y Anton Pute, diplomáticos de un país nórdico que se ofrecían como voluntarios para ir a colaborar en las supuestas granjas agrícolas. Según ellos, esta labor les depararía un ascenso en su puesto en la Embajada ya que su país, invadido por Alemania, se hacía cada vez más pro nazi.

Elena sospechó lo peor. Nunca había creído en las promesas de los políticos y mucho menos en las de Al Bate, que tomaba más de la cuenta y que su principal diversión era acusar a los judíos de todos los males del planeta. Varias veces lo había oído decir que el pueblo hebreo era maldito y que debía ser expulsado. En otras ocasiones, utilizaba su periódico para publicar calumnias, como que los judíos eran revolucionarios, por un lado y explotadores capitalistas, por el otro. "Polaca adultera la leche para ganar más en el queso"- decía un titular de su periódico. "Propaganda comunista encontrada en libros en manos de un polaco ilegal"- aparecía el día siguiente. La gente constantemente leía cosas así y no sabía ya qué pensar. Ahora este periodista dedicado a la política arremetía contra las mascotas con designios desconocidos. "¿Para qué querrá transportarlos lejos de la capital?"- pensaba la mujer. Resultaba más extraño aún que la radio anunciaba que se llevarían primero a los más viejos y a los recién nacidos. "Si la razón era hacerlos trabajar, ¿para qué los necesitarían?"- se cuestionaba. Sin embargo, el rabino de facto de la comunidad creía que era mejor, como siempre en la historia, acomodarse con los gobernantes y no ofrecer resistencia. "¿Qué van a hacer con un montón de mascotas?"- preguntaba el erudito en la sinagoga ante las inquietudes de su comunidad. "No los van a matar"- se respondía él con una sonrisa de sabio. "Este es un país civilizado y cristiano. Nos dejarán algunas mascotas"- reafirmaba para tranquilizarlos. Sin embargo, Al Bate no parecía hacer excepciones en su discurso por la radio. La misma Anita no confiaba en los consejos de los religiosos: "Esos buscan, como siempre, la respuesta en el Talmud. Pero por más sagrado el libro, no hay respuesta para lo que sucede. Si fuera por mí, me

compraría un rifle y me rehusaría colaborar”. En otras ocasiones, sin embargo, ella misma no podía concebir que pudieran hacerle daño a las mascotas, porque eran “inocentes” y “no le habían hecho daño a nadie” y así perdía de vista el peligro en que se encontraban.

Pero Elena no obtuvo apoyo de sus amigos cristianos y mucho menos un rifle. Aparentemente, habían cerrado con candado a las mujeres de la Liga Feminista para que nadie armara a los hebreos. Las mujeres que tuvieron la suerte de no estar el día que clausuraron la puerta, como Ana, la feminista extranjera, opinaban que era mejor no manchar al feminismo con luchas innecesarias por los judíos y que era mejor que los animales se fueran para Guanacaste. "No debemos dejar que los problemas de unos perros, gatos o loras, nos quiten tiempo para la revolución de las mujeres"- solía decir.

La joven tuvo que dejar la cama de su perro *Adolf*, dos huesos, tres collares y otras pertenencias con su enamorado. Aunque Carlos también quería luchar contra el edicto, Elena no quería ponerlo en peligro y, consciente de que poco podían hacer, le aconsejó que hicieran caso al rabino de facto. "Mejor cumplimos con la ley y así nos dejarán de molestar"- dijo ella sin creerlo. Además, tenía mucho que hacer para rematar los trapos de la tienda con tal de poder entregar efectivo a su animal. Muchos comerciantes del Mercado se entusiasmaron con los bajos precios de última hora ya que tuvieron que rematar la mercadería. Para colmo de males, el gobierno les exigió comprar los boletos de los trenes. "No invertiremos un centavo en transportar a los animales de los judíos"- dijo un abogado de apellido Facio, que, increíblemente, era un gran defensor de los derechos humanos. "Felicitó a don Otilio por tratar de poner orden al problema de las mascotas"- decía por la radio el abogado.

Cuando llegaron a la estación del Pacífico, se oía un mar de idiomas, gritos, alaridos, lloriqueos de niños, y los diferentes berridos de las mascotas. "¡Los perros y los gatos para esta fila!"- gritaban los policías. "¡Las aves y los demás, en la otra!"- instruían los militares. A pesar de las imploraciones y súplicas de los pequeños, los hombres de uniforme no cedieron. "Don Otilio ha prohibido que ningún ser humano vaya en los trenes. Teme que se los puedan comer o que lleven información comunista"- explicó un oficial. Cuando doña Mishke se resistió a entregar su perro salchicha, uno de los más sospechosos, el desalmado policía abrió fuego contra el pobre animal. No lo mató y la víctima se retorció en el suelo de dolor. La mujer que presenciaba horrorizada la defensa de su mascota, se tiró a socorrer a su fiel compañero. Otro policía vino y le dio un tiro de gracia y un empujón a la mujer. "¿Es que los judíos -les gritó- no pueden acatar una orden?"

Mientras este pandemónium ocurría en un lado, en el otro, algunos animalitos aprovecharon para escapar. Varios pericos de amor se metieron en las bolsas de los campesinos y lograron salir del andén. Siete loras que tenían algo crecidas las plumas emprendieron vuelo. Sin embargo, cinco de ellas fueron alcanzadas por los tiros de los policías y cayeron a morir al suelo. Algunas ranitas, rápidas como bólidos, se internaron en el bosque. Los bichos más desconfiados, los hámsters, se escondieron en las alcantarillas.

Una que otra gallina convenció a un militar de que ponía huevos de oro y las dejaron quedarse en su hogar. Los gatos siameses, de ojos azules y pelo blanco, fueron rescatados por algunos vecinos. "Son tan bonitos, que es un crimen enviarlos a Guanacaste, no aguantarán el calor"- dijo una devota de la Iglesia del Carmen. Algunos perros de raza,

como un schnauzer, también fueron recogidos. Sin embargo, la mayoría no tuvo esta suerte. Las pobres ovejas, blancas, puras e inocentes, eran tranquilas y no pensaban mal de la gente. Éstas hicieron la fila sin protestar. Las lechuzas que veían mal de día, no conocían el terreno para esconderse. Las tortuguitas, dependientes de su medio, no sabían cómo reaccionar y mucho menos los peces de colores que iban en bolsas de agua. "¡A los trenes, a los trenes!"- gritaban los salvajes policías, mientras volaban culatazos y empujaban a los indefensos.

Los gendarmes utilizaron los trenes para transportar vacas. Las condiciones eran terribles para las pobres mascotas, acostumbradas a viajar con sus amos. Las empujaban hasta llenar cada vagón con más de 200 pasajeros. Los policías volaban palo en contra de cualquiera que se resistiera a encogerse. En vista de que metían animalitos de diferentes especies, la comunicación entre ellos era difícil. Las loras hablaban distinto de los pericos; los perros y los gatos no se entendían. Todos empezaron a sentir el calor, la sed y las ganas de hacer sus necesidades; pero los vagones no tenían nada acondicionado. Pronto el olor del sudor, excrementos y vómitos se hizo insufrible.

Una vez que cerraron las puertas y pusieron los candados, los animalitos empezaron a pegar gritos de desesperación. "¿Dónde nos llevan? ¿Qué delito hemos cometido?"- se preguntaban en decenas de idiomas. El tren inició el largo recorrido hacia un desconocido lugar. "¿Sabes a dónde vamos?"- le preguntó un conejo a una liebre. "Dicen que nos llevan a trabajar al campo"- respondió la otra sin creerlo.

Horas después, empezaron a morir muchos de ellos. Los primeros que fallecieron eran los más acostumbrados a la libertad como las aves. Los faisanes, por ejemplo, sucumbieron en el mismo tren. Nadie se percató porque iban tan estrujados que murieron de pie. Los quetzales, famosos por su libertad y la imposibilidad de vivir con los humanos, optaron por suicidarse. Cada uno picoteaba al otro hasta la muerte y el último, como los héroes de Masada, se cortó la garganta contra un clavo del vagón. Tres hermosos gatitos se ahorcaron con sus rabos. Una ardilla que venía embarazada empezó a dar a luz. Una foca se sentó encima de las inocentes crías y las mató. "Si saben que estás pariendo, te aniquilan"- le explicó a la desesperada madre.

Después de un viaje infernal y pasar por distintos pueblos, en que los vecinos salían a mirar el tren, pero sin hacer nada por ellos, llegarían a una granja agrícola en Guanacaste. Cuando abrieron las puertas, solo quedaba la mitad de las mascotas; las demás habían muerto de inanición. Sin embargo, las más optimistas, acostumbradas a tener buena presencia ante la gente, se apresuraron a retocarse las plumas o peinarse. "Ayúdame con mi copete"- le dijo un gallo al otro. Poco tiempo tuvieron porque unos perros pit bull, feroces y déspotas, empezaron a ladrarles y a exigirles que se bajaran de los vagones. Nuevamente, se oían tiros, gritos, alaridos y llantos. "Los machos por este lado, las hembras y los críos, por el otro"- era la consigna del doberman, jefe del campamento. Al frente, un letrero decía "El trabajo os hará libres".

El jefe del campo, de mala reputación por su sabida deslealtad y agresividad, dio su discurso: "Bienvenidos a Santa Cruz de Guanacaste, a nuestra finca de animales. Aquí ustedes han venido a trabajar como tales y no a seguir de parásitos como vulgares mascotas.

Cada uno tiene un trabajo que realizar: las gallinas a poner huevos, los perros a cuidar, las ovejas a dar lana, las loras a cantar y los roedores a comerse los desechos. Quien no cumpla con las órdenes, morirá fusilado por nuestra escuadra de cerdos, instruidos en los mejores mataderos de Berlín"- les dijo con ira. "Pero soy una enfermera graduada, ¿tengo también que poner huevos?"- preguntó una pequeña y risueña pata. El perro se rió con ganas. "Aquí no hay cabida para profesionales; no creemos que una pata pueda serlo, su función es solo poner huevos"- sería la respuesta. Mientras la pobre sentía una gran desilusión, unos jabalíes de Francfort, que cuidaban los establos, se miraban y se codeaban con burla. "¡ Que pata más bruta!"- se decían el uno al otro.

Después del discurso, unos cerdos traídos de Sajonia y miembros del Partido Nazi, quienes creían en su superioridad genética, condujeron a las hembras, sus críos y los parientes mayores hacia "las cámaras de desinfección". Estos salones de duchas habían sido muy utilizados entre los viajeros. Las aduanas habían sido escuelas para perfeccionarlos y luego los utilizarían en los hospitales psiquiátricos para bajar los costos médicos. Los chanchos les dijeron que las hembras con párvulos y las mascotas de edad, recibirían un trato especial.

Otra vez, cundió el caos en la granja. Los que tenían que ser separados por sexo o por edad, pegaban alaridos, chillidos; habría llantos y súplicas para que no los separaran. Pero los cochinos estaban decididos a que se cumplieran las órdenes. A punta de culatazos, los fueron empujando hacia las cámaras. Otros lo hacían con trucos al prometerles que, una vez "bañados"- les darían una sopa y algo para beber. Después de días sin agua o alimentos, era una promesa que ilusionaba a cualquiera. Otros, intuyeron su destino porque estaban conscientes de que si no eran buenos para el trabajo, ¿para qué los necesitarían? No obstante, era ya muy tarde para hacer algo. Un cerdo le dijo al otro: "Una vez que los han traído hasta aquí, nada puede hacerse".

Los empujones continuaron en la antesala a los baños. Unos perros, mascotas como ellos, los ayudaron a quitarse las pieles. Los pobres visones, martas y cibelinás quedaron desnudos, mientras los chanchos salivaban con el tesoro que dejaban en el suelo. Mientras lo hacían, un Shar Pei, con ojos llenos de dolor, le dijo a una linda gallina que cuando "saliera el agua"- respirara profundo. El ave le dio las gracias porque intuía lo que pasaría. Sin embargo, unas chompipas que oyeron la conversación, le regañaron y ordenaron que no hiciera caso de los perros chinos porque eran muy cuenteros. Aparentemente, pensaban las aves, estos arrugados caninos eran algo paranoides. No obstante, la gallina sospechaba lo peor. "Los animales han sufrido igual que nosotras, deben saber por qué lo dicen"- les explicó a las pavas. Algunos gatos rehusaron el baño porque le temían al agua, pero los lagartos que vigilaban las duchas, los obligaron a entrar. Una vez que habían ingresado unas quinientas mascotas, las puertas de metal se cerraron.

Mientras esperaban los chorros de agua, se oían gritos en el salón de baño. Un esfera de color azul crecía en el mero centro. Provenía de cristales que cayeron del sistema de ventilación y despedía proyectiles de humo. En la medida en que se extendía de abajo hacia arriba, las víctimas intuyeron que era gas venenoso. "¡Nos están matando!"- se empezó a oír en varios idiomas. Los prisioneros se apiñaban para golpear la puerta y tratar de abrirlas.

El terror cundía entre ellos y muchos empezaron a orinar y defecar. Otros trataban de subir sobre los más pequeños con tal de respirar el aire que quedaba. De esta manera, aplastaban y liquidaban a los otros. Pronto, una manta de cadáveres quedaba en el suelo, sobre la que algunas hembras se paraban para poner sus críos en sus hombros e impedir que respiraran el veneno. Pero la nube continuaba envolviéndolos a todos, inexorablemente.

Después de veinte infinitos minutos, los golpes, suplicios, rezos, llantos, alaridos empezaron a declinar. Las mascotas comenzaban a morir. A los treinta minutos, un silencio imperaba en el salón. Solo se interrumpió cuando las puertas de metal se abrieron y una manada de lobos, obligados por los cerdos, entraba a la sala para buscar colmillos o puentes de oro, extraerlos y llevar los cuerpos a los crematorios. Una hora después, las simpáticas y queridas mascotas salían hechas humo por cuatro grandes chimeneas.

"¡No puede ser! ¡No puede ser!"- gritaba Elena cuando Carlos la despertó de su pesadilla. La novia de Carlos, que se había dormido oyendo la radio, estaba bañada en sudor, empapada, respirando con agitación y con una mirada de terror que nunca le había visto.

"¿Pero qué pasa, mi amor? ¿Qué cosa horrible ha soñado que he oído los gritos más espantosos?"

La joven lo miró con el dolor más profundo que se puede sentir en un corazón. "Es tan horroroso que no puedo contarlo".

Su enamorado pidió ayuda a los padres de Elena, quienes bajaron de su dormitorio, espantados por los gritos. Anita corrió a preparar un té de tilo para los nervios mientras David se quedaba con su hija. Una vez más tranquila, la joven admitió sentirse mejor y le pidió a su novio que no se preocupara por ella. Aunque Carlos insistió en que le contara el sueño, no pudo hacerlo. Sus padres prometieron que la cuidarían hasta que se quedara dormida.

"Váyase a descansar, Carlos, yo me ocupo de ella"-dijo Anita mientras lo conducía a la puerta.

Al día siguiente, Elena apenas desayunó y salió corriendo, como un bólido de fuego, hacia el Mercado. Cuando llegó minutos después, recorrió como sonámbula las tiendas de sus paisanos. Ahí estaban muchas de sus amigas, judías pobres como ella, que soñaban con un mañana mejor, tratando de vender unos chécheres con tal de que sus hijos no sufrieran lo que habían vivido. Miró a doña Golcha, la *yenteh*, que aunque se metía en lo que no debía, no era mala. La mujer hacía, como siempre, su crucigrama y escribía en su diario su historia favorita: las andanzas de doña Anita. También a doña Guita, que vendía perfumes y le gustaba coquetear con los campesinos y los policías y soñaba con escaparse con alguno de ellos; a doña Soboberta, la cubana de los brebajes, la única bruja judía en el país que combinaba los poderes de los *dibukkim* con el de Chantó; doña Patricia, la zapatera que esperaba emigrar a Palestina; doña Tula, la comerciante de cobijas que era adicta a la lotería y jugaba siempre el número del día en que llegó al nuevo país; Ana, Eugenia y María, las hermosas hermanas, sus amigas que todos los hombres cortejaban, hijas de doña Sara, la relojera; doña Rosa, la de los arenques, que compartía las ideas socialistas de su

madre y esperaba tener un hijo diputado; doña Marisha, la loca rusa de los radios y cosas eléctricas, que odiaba a Stalin y organizó el primer coro *ídishe* en Costa Rica; doña Sarita, la intelectual polaca que se ufanaba de saber leer polaco, ruso e *ídish* y se lamentaba por no haber tenido un hijo varón que pudiera ser algún día político nacional; doña Sisa, la que vivía en Puntarenas y olía a algas marinas y muchas más de las comerciantes paisanas suyas, que se vinieron del Viejo Mundo con uno que otro sueño en sus valijas, para terminar vendiéndolos en las calles o en los cuchitriles del Mercado. “Que Dios se apiade de nosotros”- rezó la mujer para sus adentros.

Al llegar a *La Peregrina*, la hija de Anita no sabía qué hacer. Mientras pensaba en su pesadilla, un acontecimiento agravó las cosas: una gran rata, que Elena no había visto, salió de la carnicería y se escabulló entre las escobas. La joven, esta vez, sacando fuerzas de su miedo, tomó un palo y se lanzó contra el animal. Le dio con tanta furia que la rata no pudo huir, echó sangre por la boca y murió a sus pies. Elena, que nunca lloraba, no pudo contener más sus lágrimas y se sintió la mujer más sola del mundo.

XXX

Mientras Elena corría hacia la calle, Susanita lo hacía en sentido contrario: buscaba, desesperado, la casa de la bruja. Venía abatido porque Max estaba sumido en una crisis de licor y de drogas y no quería verlo. La Polvera lo recibió de mala gana porque odiaba tener que hacer hechizos para atraer a un hombre tan malo. Pero su cliente era insistente y lo tenía mareado para que le ayudara a recobrar el amor de su enamorado. "Ese hombre es tan perverso que estoy segura de que fue el responsable del bombardeo ayer del barco San Pablo"- le dijo a su amigo. La Polvera sabía, además, que su partido pensaba vengarse pasado mañana en la manifestación general contra los nazis. Pero no quería hablar porque era "secreto de estado".

Sin embargo, Susanita le confesó que se sentía culpable porque había delatado los planes malévolos de su amante a David Sikora. Le contó que la hija del polaco había hecho amistad con don Carlos, el médico alemán, y que no todos los alemanes eran enemigos de los judíos. La bruja se sintió, por su parte, algo incómoda por haber traicionado anteriormente la confianza de Susanita y haberle pasado la información al Partido Comunista. Para rectificar esta pequeña indiscreción moral, porque era una bruja ética, decidió advertirle que era posible que pasado mañana incendiaran los negocios alemanes. "Tengo informes del Partido Comunista que planean una protesta contra el hundimiento del barco San Pablo y que la aprovecharán para quemar los negocios nazis"- le dijo. "Quizás debieras alertar a tus conocidos"- agregó la bruja, pensando en los amigos de don David. Como Susanita dudaba en traicionar a Max –pensó La Polvera- lo mandaría muy cerca de los Sikora para hacerlo sentir culpable. Con tal fin, le recetó la fórmula "más potente" para lograr recuperar el amor de Max, que debía comprar en la tienda del Mercado. "Los ingredientes consígalos frente a la tienda del polaco"- le dijo.

"Compre una hoja de pergamino, un lápiz de color rojo, 2 listones rojos de 30 centímetros cada uno, una botella de vino vacía con corcho, un pedazo de pergamino de 7.5 por 12.5 centímetros. Copie el siguiente poema sobre el papel, con tinta roja, pero no ponga el nombre del amor que quiere atraer. Abajo del poema incluya un sitio de encuentro y la hora:

Mi corazón ha buscado con cada latido
Un amor con calor fogoso y encendido,
Un amor tan calmante como el mar, que fuera
Un amor que no estaba segura que existiera
Hasta el día en que yo te vi,
¡Y el temor absurdo se apartó de mí!
¡Encuétrame por favor en el Parque Morazán hoy a las diez de la noche!

Como adivinó La Polvera, el cliente se fue para el mercado a comprar los ingredientes en la tienda de doña Soboberta, una comerciante parte judía, parte cubana y parte santera, que vendía todo tipo de ungüentos. La lista era tan larga, pensó La Polvera, que Susanita tendría mucho que esperar.

Doña Soboberta se excusó para buscar en su bodega algunos ingredientes y mientras lo hacía, Susanita no podía dejar de mirar la tienda de enfrente y pensar en los sueños de la joven tendera. Miró a Elena, que acomodaba la ropa y se le enterneció el corazón al notar que lloraba y se secaba con la única falda que le conocía. A pesar de lo hermosa que era, pensó Susanita, ella no tenía más que un vestido. Una vez más, optó por delatar los planes que conocía y caminar hacia La Peregrina.

Elena estaba agitada y nerviosa porque, según ella, había tenido, la noche anterior, la más horrible pesadilla. La joven había soñado cosas terribles y para no pensar en ellas, se había venido a trabajar cerca de sus paisanos. Cuando el homosexual decidió saludarla, Elena le dijo, cuando le vio la cara de intranquilidad a su amigo que "acabo de tener un horrible presentimiento, no me venga con malas noticias". La tendera no pudo evitar oír una más: "Elena, mañana piensan quemar los negocios alemanes, ¡avísele a Carlos!"- le reveló Susanita mientras salía hacia la calle, perseguido por doña Soboberta que no quería quedarse sin vender los ingredientes que había sacado de su bodega.

Elena no podía quedarse de brazos cruzados. Corriendo detrás de doña Soboberta, salió por el otro lado a la calle. Dos visitas importantes tenía que hacer. La primera sería a pagarle el favor a Yadira. Caminó con prisa por las calles de la Avenida Central hasta llegar a las tiendas finas cercanas a la Librería Universal. Con cierto temor, se fijó que fuera el rótulo correcto e ingresó en la tienda La Más Barata. La judía entró sigilosamente, buscando la cara de Yadira, que no podía ser su amiga y tampoco del todo su enemiga, convirtiéndose algo así como un zombie haitiano, mitad vivo y mitad muerto, algo indeciso como un sube y baja que durante el vaivén no se ubica como bueno ni como del todo malo. Miró la delicada mercancía de Nueva York que mostraba unos maniqués de yeso, el último grito de la moda en la decoración de vidrieras. El negocio, a diferencia del de los judíos, no ponía el precio de los productos ya que era, según su dueña, de "mal gusto".

La dueña la miró como si estuviera ante el mismo demonio, solo que en cuerpo de mujer. Si había ayudado a la rival una vez, no pensaba convertirse en su amiga y mucho menos socializar con ella, pensó la esposa de Carlos. Pero Elena no la dejó abrir la boca para hacérselo saber: "Vengo a agradecerle el favor que hizo por nosotros y a recomendarle que envíe su mercadería lejos del centro de la ciudad. Si agreden los comunistas su negocio, le daremos refugio en el hotel de don Moisés, a la vuelta de la esquina"- le reveló Elena. Aunque la dueña de **La Más Barata** quiso saber qué iría a suceder exactamente, no pudo darle más información. "Igual que usted me dijo, no lo cuente porque sabrán quién se lo dijo". La joven salió del almacén mientras una anonadada Yadira le daba las gracias.

A la vuelta del almacén, estaba el pequeño hotel de don Moisés Burstín. La mujer le pediría ayuda para Yadira y para Carlos y además, le haría una consulta sobre su sueño. El hombre era sionista y fundador de la Organización de ese nombre, que se había establecido en 1932, antes que el mismo Centro Israelita. Como activista de muchos años y zorro de interminables gestas políticas, él tenía un buen olfato sobre la situación y era la persona más indicada para preguntarle si su sueño era algún aviso o premonición. En brindarle refugio a algunos alemanes "buenos"- no tuvo ningún reparo. Pero en cuanto a la segunda inquietud, la respuesta no sería del agrado de la joven. Cuando Elena le dijo que estaba angustiada por su familia, don Moisés le preguntó quiénes habían huido al interior

de Rusia y quiénes se quedaron en Polonia. "Pues la familia se había quedado en Dlugosiodlo, inclusive mis abuelos. El único que había escapado hacia Siberia era el primo Mordejai"- le informó. Don Moisés no se anduvo por las ramas: "Seguramente todos están muertos, con excepción de Mordejai".

Max, por su parte, había recibido el mensaje de Susanita que también debía traer malas noticias. "¡Esta loca me manda a llamar solo para darme malas nuevas!"- se dijo para sí mientras se inyectaba una buena dosis de heroína. Había empezado a tomar más de la cuenta desde que sentía que el control de los acontecimientos se le había escapado de las manos. Su país había invadido, el año pasado, la Unión Soviética y eso le había deparado acérrimos enemigos entre los obreros y entre los comunistas. Una vez en guerra con los Estados Unidos, nuevos adversarios se añadieron. Hasta los comerciantes que lo habían apoyado, se habían distanciado de él. Yadira no contestaba sus llamadas y se había vuelto pro norteamericana. El hombre esperaba lo peor. El campo de concentración, construido cerca del Parque de La Sabana, al oeste de la capital, estaba terminado y el diplomático alemán sabía con quienes pensaban llenarlo. El mensaje de Susanita seguramente era la confirmación de sus sospechas, pensó para sí.

Cuando Susanita lo alertó esa noche, en el Parque Morazán, de lo que se venía encima, Max aparentó no darle mayor importancia y le prometió que se cuidaría y que la llamaría pronto. Sabía que poco podía hacer para evitar el vandalismo y esperaba aprovechar el caos para huir hacia Panamá. No sin antes hundir al amigo que lo había traicionado. Al otro día, el nazi decidió dejar las fotos de Carlos, sus viejas cartas, en el escritorio de la Legación. De esta manera, cuando entraran los comunistas, tendrían evidencia del pasado nazi de su antiguo amigo. Pero Max no los esperaría. A Rodrigo, su socio de crímenes y escapes, le pidió que tuviera listo el vehículo y las maletas para ir a Panamá. De ahí partirían vía Colombia hacia Alemania.

Las cosas se complicarían para el líder nazi. En las últimas semanas, el Teniente Elizondo había dado con el cómplice en el asesinato de su sobrino. Rodrigo fue detenido, torturado y obligado a confesar su crimen. Con el fin de reducir su sentencia, le habían ofrecido la oportunidad de trabajar para los servicios de inteligencia ticos y ayudarlos a vigilar los movimientos de su jefe. Cuando Rodrigo les comunicó que él pensaba huir ese 4 de julio, la policía lo atraparía en el aeropuerto.

El día de la independencia de los Estados Unidos fue caos total en San José. Una vez que terminó el desfile de apoyo a la causa aliada y en protesta contra el atentado alemán, las turbas comunistas se lanzaron contra los negocios alemanes e italianos. La policía, como por arte de magia, desapareció y dejó hacer a la gente lo que quisiera. La turba pasó de las piedras y los saqueos a los culatazos y a los incendios. De la misma forma que durante la plaga en Egipto, alguien había pintado con sangre los lugares para que se perdonara a los "inocentes": cada cabecilla roja tenía su mapa con los nombres de los negocios "nazis".

La Legación alemana sería arrasada y sus documentos incautados. Algunos alemanes e italianos fueron pateados en media calle; otros recibieron golpes antes de que les robaran los negocios; algunos pudieron esconderse en los almacenes de otros extranjeros, inclusive de los judíos. Este fue el caso de Carlos y Yadira que ante la turba que se les venía encima

tuvieron que buscar asilo en La Peregrina. Carlos era demasiado rubio para refugiarse en tiendas de latinos y la única alternativa era las tiendas de polacos. Pidieron asilo político a don David, que no tuvo peros para esconder a su amigo, aunque no sin pasar por su mente el deseo de entregar a su esposa a la muchedumbre. “Para eso estamos los amigos”- indicó el tendero, quien les sugirió que se hicieran pasar por sus empleados.

La señora Dönning jamás pudo haber anticipado que terminaría vendiendo, con tal de disimular su afiliación nazi, talladores de copa en una tienda de polacos. Mientras Carlos se ponía a rezar como judío para engañar a los revoltosos, su esposa atendía una campesina que quería un tallador de talla cuarenta A. Yadira que tenía en su fina tienda las tallas del *small* al *large* norteamericanos, no sabía si la A era para indicar si el seno era de calificación excelente o anormal. “¿Quién le dio la calificación de A por sus senos?- preguntaba la ilusa vendedora. “Mi marido no los califica como si fuera un examen, solo los chupa -contestó la compradora, quien no entendía la pregunta indiscreta de Yadira.

La sangre empezó a correr en la Avenida Central y la gente no parecía contentarse hasta que más de cien negocios ardieran fuera de control. Las turbas apalearon a los alemanes, fueran nazis, comunistas o indiferentes a la política. La gente salía con mangueras, radios, llantas de automóvil, ropa, herramientas y hasta relojes de oficina. Una mujer trató de defender al negocio y fue pateada por cuatro brutos que gritaban “Abajo los nazis” mientras sacaban hasta el último cinco de la caja registradora. Una mujer gorda, miembro del Partido Comunista, se apropiaba de las joyas de dos muchachas alemanas y gritaba que había empezado la revolución proletaria. Sin embargo, puso las joyas en su cartera y le dijo a su hija: “Llévese esto para la casa y me lo esconde. Si no hay revolución obrera mañana, nosotras nos quedamos con ellas hasta que venga el socialismo”. “Pero mamá -respondió su retoño- ¿no debería usted reportarlas al camarada jefe de célula”. “El único reporte que haré, si me sigues contradiciendo, es contarle a tu padre que está embarazada”.

Aunque Carlos pudo evitar el asalto, al día siguiente, era arrestado por "complicidad" con el Partido Nazi y enviado al campo de concentración que se había construido cerca de La Sabana, el gran parque josefino. Todo había sido tan bien planeado que hasta las camas tenían ya los nombres puestos de los presuntos nazis. Ahí se encontraría con Max, a quien habían detenido en el aeropuerto. A ellos dos se les unieron otros 100 alemanes. Éstos y otros más serían enviados a campos de concentración en Texas. Carlos sabía que no era secreto que la mayoría apoyaba a Hitler y su país en la guerra, pero no todos eran nazis, ni siquiera antisemitas. De la misma manera en que algunas encuestas en Alemania habían demostrado que ni siquiera los nazis eran en su totalidad antijudíos. Es más, un importante sector no tenía ninguna animosidad contra el pueblo hebreo. Él y Elena solían discutir cómo la conducta humana era impredecible.

Cuando ella le hablaba de la sororidad de las mujeres y su mayor tolerancia, él le contaba que eran ellas quienes más apoyaban en su país a los nazis. Contrario a lo esperado, el Partido Nacional Socialista obtuvo siempre más apoyo de ellas que de ellos. “Los que han protegido a los hebreos en Alemania han sido, en mayor proporción, hombres que mujeres. No podemos generalizar nunca de ningún pueblo o grupo, Elena, hay de todo en todos”. Según Carlos, muchos socialistas y cristianos fanáticos también habían apoyado a Hitler mientras que algunos nazis escondían judíos. “Conozco a un teniente nazi que se ha casado

con una hebrea y la hace pasar como aria”- le había contado a su amada. No obstante, ahora él, cristiano alemán en proceso de conversión al judaísmo, estaba preso por nazi. Mientras veía a su alrededor cientos de sus compatriotas recordaba sus últimas conversaciones con Elena: “El Partido Nazi es un monstruo, decía él, pero cómo ha llegado al poder no tiene una respuesta fácil. Es un capítulo oscuro que nos quita las respuestas fáciles y las categorías de buenos y malos a las que estamos acostumbrados. Los que persiguen y traicionan a los judíos no solo son nazis alemanes. Existen colaboradores, sucios cómplices en todo lado, que cuando les convenga, negarán su apoyo y nunca estarán, por ello, en campos de concentración”.

Elena, al saber la detención de su enamorado, corrió hacia el campo de concentración para interceder por él. Sin embargo, la evidencia en su contra era fuerte: había estado en la fundación del Partido Nazi y su mujer, a la vez, era miembro de la ala femenina. Como era costarricense y su padre un influyente liberal, nada hicieron contra ella. Pero para su marido, no habría clemencia. "No joven - le dijo el director del campo de concentración a Elena- no importa que estuviera a punto de convertirse al islamismo, judaísmo o al budismo, se queda por decisión superior"- sería la respuesta del director del campo.

David intentó convencer al Ministro norteamericano de que cometían un error, pero éste no estaba convencido de la inocencia. "Por más que deseo ayudarle, no puedo ir contra las órdenes del Departamento de Estado y el hombre está en la Lista Negra. Esperemos que lo envíen a Estados Unidos y allá será más fácil pedir una revisión del caso"- le contestó. Aún Anita, que mucha simpatía no tenía por la relación, trató de hacer algo para que el Centro Israelita le diera una carta de recomendación. No obstante, no surtió efecto. Carlos sería deportado con los demás.

Las malas noticias no eran exclusivas del señor Burstin. La prima Fanny, que había llegado la semana anterior, tenía peores nuevas. Don José Sánchez, a petición de Anita, había logrado conseguir, con el fin de rescatarla del Gueto de Varsovia, un pasaporte costarricense. La antigua empleada doméstica había logrado escapar de Alemania cuando sus patrones fueron detenidos y llevados a un campo de concentración. Al enterarse la madre de Elena, buscó ayuda con su amigo cafetalero quien le sugirió que la prima podía venir a laborar en la empresa agrícola que se gestaba.

En un primer momento, consiguió que el consulado en Varsovia le expidiera un pasaporte costarricense y una visa para laborar en el proyecto Tenorio, una colonia de granjeros judíos en Guanacaste. Con el pasaporte en mano, la mujer pudo salir del gueto y comunicarse por correo con su familia en Costa Rica. De esta manera, logró obtener el dinero para comprar un boleto de ida en el primer buque de inmigrantes judíos alemanes y austriacos que partiría para el Nuevo Mundo. Sin embargo, una vez en el puerto, el gobierno de Costa Rica no dejaba a los pasajeros descender del buque porque no aprobaba el proyecto y consideraba caducas las visas. Mucho menos reconocía los pasaportes costarricenses girados en los consulados europeos. Según los funcionarios, los hebreos venían con otras intenciones y no se dedicarían a la agricultura y los documentos habían sido girados sin instrucciones de San José.

Mientras se decidía en la Secretaría de Relaciones Exteriores qué hacer con ellos, Elena pudo conseguir un permiso para que ella y su madre pudieran visitar a la prima. Las gestiones las había realizado, a petición de Anita y su hija, el mismo don José: "Tuve que sobornar a más de un oficial porque el gobierno no quiere visitas, ni periodistas, ni amigos en el buque"- les había comentado.

Fanny se alegró mucho de ver a sus dos parientes que le habían ayudado a conseguir salir del mismo Gueto de Varsovia en donde los nazis habían recluido a miles de judíos polacos que vivían en Alemania, junto con otro medio millón de paisanos. La mujer les contó sobre el terrible hacinamiento en que vivían, la falta de comida, las pestes que se desataron y la muerte de miles de ancianos y de enfermos. "Los alemanes nos tratan como perros y nos han vuelto a la Edad Media"- les dijo con la mayor tristeza del mundo. "Hasta los Stern para los que trabajaba se los han llevado a campos de concentración en donde las condiciones son aún peores"- agregó. Ella se sentía bendecida porque había sido una de las pocas personas que pudieron, gracias a su pasaporte, salir del gueto. No obstante, si Costa Rica no lo reconocía, temía que sería devuelta a Polonia. "No sé qué pretenden hacer los nazis con los judíos pero temo que no saldremos vivos de la guerra"- les advirtió. La pariente creía que existían planes maléficó, imposibles de imaginar. Anita le prometió, por su parte, que haría todo lo humanamente posible para lograr que se quedara. Aunque su amigo, don José, no estaba en excelentes relaciones con el régimen de Calderón, tenía cierta influencia y le había prometido utilizarla.

Pero las cosas no salieron como se esperaba. El Presidente no quiso dar el permiso para no contrariar a los comerciantes ticos que se oponían al ingreso de "nuevos buhoneros". De ahí que sin permitir un debate sobre el tema, mandara a zarpar el barco austriaco.

Cuando Elena se enteró, dos días después de su visita, que los pasajeros, junto con su pariente, habían sido obligados a regresar a Alemania, sintió que el mundo tal y como lo conocía, se había hecho pedazos. Mientras Carlos iba en barco para un campo de concentración en Estados Unidos, Fanny se dirigía en otro a Polonia. La mujer era una pitonisa e intuía que hasta ahí llegarían las similitudes. Unos días después, se publicó en la prensa que Hitler había tomado la decisión de matar a los judíos europeos. La noticia del genocidio la había hecho circular nada menos que un industrial alemán que visitaba Suiza y que tenía excelentes relaciones con el Reich. Anita misma no podía aceptarlo y le dijo a su hija que era imposible creer esta noticia, era inusitado que en un mundo civilizado pudiera planearse la matanza de millones de judíos. "¿Cómo lo van a hacer?" "¿Van a matarlos a todos?"-preguntaba. Pero la imposibilidad de tal monstruosidad no la reconfortaba: "¿Qué será de la pobre Fanny?"- decía con lágrimas en los ojos.

Pero Elena tenía un conocimiento distinto. Solo así se explicaría la acción que tomaría a finales de ese año. Ella se casaría con Adolfo, el judío escogido por su propio padre, según la usanza tradicional. Elena le ocultó los planes a su madre hasta el último momento. "Mamá"- le dijo, "hágame un vestido que no parezca demasiado de novia, sin muchos flecos, porque me voy a casar con el hombre que escogió papá, un *shidaj* más". "Pero hija, ¿estás loca de remate?"- increpó la madre. "¿No te das cuenta de que los matrimonios arreglados son una peste para las judías y que siempre salimos trasquiladas? Si te casas con el hombre que escogerá tu padre, quien no sabe la diferencia aún entre un pato y una

gallina, terminarás más amargada que yo. Don David, a pesar de su Talmud y adoración por la inteligencia, buscará al más rico y al más ignorante que encuentre, así se ahorrará pagar una buena dote. Tu padre tiene tanta sabiduría para las relaciones como Stalin cuyo matrimonio con Hitler terminó en el divorcio más catastrófico para los socialistas"- manifestó una Anita encolerizada.

"Los Sikora somos la parte del pueblo judío universalista -replicó Elena- que opina que nadie será libre hasta que todos lo seamos y, en este siglo, hemos perdido la batalla"- le respondió. La mujer sospechaba que su pueblo judío polaco estaba en serio peligro y en manos de la nación de Carlos. "Elena, una cosa es que los nacionalistas nos ganen la partida y otra que te sacrifiquen como Juana de Arco por una masa amorfa que se llama pueblo"- le rebatió la sorprendida interlocutora. Anita había dejado de creer en el socialismo y en los otros movimientos modernos. "Estoy harta del nacionalismo -contestó a su hija-, sea alemán, judío o polaco. Quiero ser tratada con los mismos derechos y no pienso ir a Palestina a seguir desplumando gallinas y esperar que el varón me mantenga. Los sionistas, una vez construida una nueva Israel, nos tratarán como ciudadanas de segunda clase".

"No, madre - contradijo Elena-, no tenemos cabida. Los Sikora volveremos a esfumarnos y terminaremos, como la Itil jázara en que todos vivíamos en paz y respetando las diversas religiones, en el fondo del océano. Si Hitler no gana la guerra, los universalistas seremos una minoría insignificante en un mar de sionistas y de fanáticos religiosos"- respondió.

EPÍLOGO

"¡No puede ser, no puede ser!"- grité con gran desesperación. "Pero has tenido otra pesadilla"- me dijo Héctor. Me desperté empapado de sudor y con conciencia de haber tenido la peor de todas. Me había quedado dormido, después de haber pasado toda la noche en la computadora. Había escrito una extensa novela sobre sucesos que no había presenciado y lugares en que nunca estuve. Le pedí a mi compañero que leyera lo escrito y cuando terminó de hacerlo, había ya amanecido. Mi pobre amigo no podía creer lo que había en el disco duro de mi computadora. "La novela no tiene ningún viso de realidad"- me dijo. "Su madre nunca tuvo un romance con un alemán, su hogar fue conservador, su abuela nunca fue comunista y su abuelo, jamás anduvo con homosexuales, ni se metió en política, ni salvó a la comunidad de nada"- me contestó malhumorado. "La historia de los nazis es pura ficción y nunca hubo un atentado contra Calderón, ni una bomba en la sinagoga"- agregó. Además, había perdido mi tiempo en vez de terminar con otros trabajos importantes que tenía. "Usted tiene que enviar a la editorial su último trabajo sobre la democracia en Costa Rica y su secretaria viene a recogerlo en la tarde, así que deje la novela cursi, que no le deja ni un cinco, e imprímalo ahora".

"¡Qué dicha que me lo decís!"- repliqué mientras me secaba el sudor de la frente. "Durante la noche, creí que era real"- le respondí. "Seguro- agregué- algunos *dibukim* me poseyeron y lo escribieron por mí". Es probable, pensé, que por pertenecer a una generación, nacida después de la guerra y traumatizada por el Holocausto, tuve un ataque de paranoia. Mi país era una nación democrática y tolerante en que estas barbaridades, seguramente, nunca sucedieron. En Costa Rica, no hay antisemitismo y hasta tenemos candidatos judíos a la Presidencia, ¿cómo va a ser posible que me hayan puesto a escribir estas barbaridades?"- pensé.

A pesar de que sabíamos que todo fue producto de algunos diablillos judíos que trataron de engañarnos, Héctor quiso saber el por qué de la decisión de Elena y lo que pudo haber pasado cuando Carlos regresó a Costa Rica. "Si nunca pasó, ¿qué te importa?"- le pregunté. "Es que me has hecho leerlo y no quiero quedarme sin saber cómo termina"- fue la respuesta. Sin embargo, no lo sabía. "Me quedé dormido cuando llegué a 1942 y no pienso conjurar a ningún *ovot* para que me lo aclare"- le afirmé.

Para demostrárselo, me fui a lavar las manos siete veces ya que con esto se espanta hasta los peores *shedim*. "Quizás siguieron viéndose"- le sugerí. Héctor no quería aceptar la decisión de Elena. "¿Por qué no luchó por su amor?"- me indagó. "Es demasiado obvio, aún para un cristiano que no es vulnerable a demonios polacos"- le dije. Mi compañero quería una buena razón para una respuesta fácil que le permitiera volver a dormir pero a veces elegimos sin pensarlo, o habiéndolo reflexionado tanto, que ningún mortal podría adivinar nuestros designios. Si Elena fue una verdadera pitonisa, le dije, debió haber visto el porvenir y aceptado que, en vista de la *Shoa*, los judíos y los alemanes no podían, en esta generación, vivir juntos. "Es una novela postmodernista"- le repliqué, "no terminan las historias, no se resuelven, no continúan. ¿Por qué no participás en el juego y las hacés seguir?"- le pregunté. "Porque no fui yo quien escribió las descabelladas ideas"- me respondió. "Pues yo tampoco"- le respondí. "Muchas manos se han metido en esta obra y te juro que no todas son mías".

En lo que los dos coincidimos era que esta novela no podía ser publicada. Resultaba políticamente incorrecta. Ninguno de los grupos aludidos me perdonaría la historia. Quedaría mal con todos porque no se ajustaba a la realidad. "La borraré más tarde y prefiero dormir una hora más"- le contesté.

Un ruido me hizo saber que había gente en mi casa. El comedor, con su larga mesa para más de 10 personas, se había llenado de individuos para tomar café. En mi hogar, las grandes y pequeñas discusiones siempre se llevaron a cabo cerca de la cocina, con una buena taza entre manos. Sin embargo, no tenía citado a nadie para el desayuno y mucho menos a tantas personas.

Con curiosidad, me levanté de la cama y fui a mirar quiénes estaban haciendo el cotilleo. Para mi gran sorpresa, no eran otros que los personajes principales de mi novela. Fui inmediatamente a darle un gran abrazo a mi madre a quien tanto echaba de menos. Luego, saludé a don Carlos, don José, Yadira, Susanita, La Polvera, Lady, Miguel y William Pop, Max, Pepe, Paquita, y mis abuelos, David y Anita. Algunos se habían excusado por no asistir como Giorgio, Claudia, Moco, Gloria, Ursula, Fanny, Shosha y otros más. La mascota de mi madre, Adolf, Ernest y sus padres optaron por quedarse en Alemania o en Polonia.

Los políticos costarricenses, a pesar de ser difuntos, como seguían en su profesión, acordaron no asistir para "no comprometerse". "Estamos siempre en campaña"- me informó Calderón. "¿Pero no descansan aún en la muerte?"- quise saber. "En absoluto. Ahora mismo estamos peleando para prohibirle a Elías entrar, en carro de fuego, al Cielo porque crea contaminación"- me señaló don Ricardo Jiménez. "Por lo menos tiene buenos políticos que le ayuden"- le contesté. "Para nada, me dijo, la nueva generación solo vino a hacer "chorizos" y se la pasan robándole al Cielo con los nuevos proyectos de integración. Imagínate que vamos a quitar las barreras que nos dividían del Infierno y los políticos costarricenses están ya comerciando con las patentes de aire acondicionado"- señaló don León Cortés. "¿Y don Otilio qué hace?"- indagué. "Administra la cantina"- me respondió. "¿Pero se vende licor?"- pregunté con extrañeza. "Solo cuando la Madre Teresa se va de vacaciones"- respondió el ex presidente.

Decidimos discutir sobre la novela y lo que había sido trabajar en ella. Anita sería la primera en tomar la palabra. Su experiencia había sido muy grata, comentó, "aunque la paga mala"- agregó. "¿Cómo es que ninguno de nosotros recibe nada de la comisión del autor?"- inquirió. "¿Pero abuela, usted está muerta, ¿para qué quiere dinero?"- le respondí. "Una mujer siempre tiene sus gastos"- contestó. "La vida aquí está muy cara y solo nos dan las necesidades básicas espirituales. Pero la muerte no quita la vanidad y a algunas nos gustan los pequeños lujos. Algunas almas en pena nos vamos de compras al Infierno que tiene mejor mercadería y artículos importados del más acá. Como estaba aburrída, he abierto una pequeña tienda de alas y con las exiguas ganancias, compro otros artículos. Una nunca deja de trabajar"- me dijo.

Con respecto a la trama, la mujer opinó que estaba molesta porque "no se desarrolló bien mi relación con don José" y había quedado "trunca". "Es que don Carlos no me envió

ningún documento sobre sus amores con ese hombre. Lo único que encontré fue el diario de doña Golcha, la vecina del mercado, que escribió sobre el asunto"- le expliqué. No quedé convencida. "Deberías haber indagado más. Esa paisana me tenía el ojo puesto, no era una amiga. Me envidiaba que don José se fijara en mí. Pero como soy una pobre abuela difunta, preferiste basarte en la basura que seguro apuntó esa mujer en su diario, ¿a quién le importa mi vida?"- exclamó para hacerme sentir culpable. Además, añadió, no le gustó cómo la retraté: "No fui amargada. Simplemente, tuve una vida dura. Quisiera ver tu cara si hubieras tenido que crecer en Polonia".

Mi abuelo, por su parte, estaba furioso con su papel en el escrito. Como buen Sikora, opinaba que de la familia no se habla ni se escribe. Consideraba, además, que había dañado su buen nombre como judío y que desde la publicación, muchos paisanos del más allá le habían quitado la palabra. "Me reclaman que de haber sabido que había instruido a un ex nazi en el Talmud, no me hubieran dejado entrar en el Cielo"- me dijo. "Pero abuelo, ¿en el más allá pelean las almas?"- le inquirí. " No hasta que llegó tu abuela, desde entonces, se cambiaron las reglas".

Según David, los espíritus habían empezado a cuestionar algunas de las normas celestiales. Pero Anita radicalizaría la cosa y fundaría un grupo de oposición. "Hicieron que nuestro Creador variara las horas de visita, los permisos de salida y la abstinencia sexual"- me contó. Sin embargo, muchas de las libertades le fueron denegadas por no haber informado sobre la relación con el ex nazi. "Me despojaron del carné de entrada al burdel de Emilia en el Purgatorio"- admitió con pena. Para colmo de males, "mi esposa empezó a robarse los ángeles que venían por reparaciones porque, según ella, los confundía con gallinas. El Cielo, desde que ella murió, no vale la pena. Muchas almas están pidiendo asilo en el Infierno, en donde dicen, se vive mejor".

Creí que más duro sería Max pero para mi asombro, le gustó la novela. "Agregaste algo de sexo y asesinatos y eso siempre me atrae"- me aceptó. Me informó que su vida sexual, eso sí, no fue tan descabellada como la describo. "Eran tiempos que se prestaban para bacanales"- me diría. Lo único que no le pareció del guión fue la aparente indiferencia hacia la muerte de Ernest. "Me dolió la manera en que lo mataron y me deprimí un buen rato. Usted no escribió nada sobre el tema. Sin embargo, ¿qué objetividad puede haber en un judío que escribe sobre los nazis?"

El personaje agregó, para terminar, que la muerte de las mascotas era una mentirosa propaganda que nunca sucedió. "¿Pero dónde están los que desaparecieron?"- le cuestioné. "¿No fue la misma Elena quien dijo que se los tragaron los sillones?"- fueron sus últimas palabras. Yadira, por su parte, estaba furiosa por su papel. "Fui una mujer que peleó por sus principios y juro que nunca tuve una relación con Max. Usted me ha difamado con su cuento. Además, no fui militante del Partido Nazi, eso lo inventaron los comunistas." "¡Qué fácil es hacer una historia falsa de un personaje que no puede defenderse!"- me gritó y me lanzó una última amenaza: "¡Espera que me muera para que veas cómo te irá!"

Si ella estaba furiosa, más era la ira de Pepe. "Siempre actué con discreción y ahora viene usted y le dice a medio país lo que era. He contactado a mis descendientes para que establezcan una demanda por difamación. ¡No le quedará un cinco de las ventas y todo se le

irá en abogados!"- me amenazó. Traté de explicarle al iracundo personaje que mi novela lo había reivindicado en su papel de soplón, pero no daría resultado. "Prefiero que haya dicho que era un espía a que me dejara como maricón". Paquita lo apoyó en este campo. "Él fue mi amante y funcionaba como hombre"- dijo para rescatarlo. "¿Pero señora Elizondo, le pregunté, ¿no se acuerda que lo mencioné en la historia?" "Sí, pero me hizo quedar como una idiota que no sabía nada de nada. Una mujer siempre sospecha lo que ocurre a sus espaldas. Lo que usted no escribe es que estaba casada y no podía escandalizar, si huía con un amante menor, a este pueblerino país".

Tampoco quedé bien con Susanita. "No puso usted que era bella, sofisticada y que vestía muy bien para la época"- sería el primer reclamo. El segundo, que lo había dejado como soplón por alertar, a última hora, a Max; jura que no fue así y que no abrió la boca. Sin embargo, fue interrumpido por La Polvera quien lo acusó de "no ser capaz de cerrar ningún orificio del cuerpo"- le explicó con molestia.

Según la bruja comunista, su clienta seguramente trató de salvar a su amante y abrió su boca como lo hacía con otras partes del cuerpo. No obstante, "la maricona no alertó a nadie más y eso queda a su favor"- agregó para perdonarla. "Pero yo sí me siento traicionada"- replicó. "Usted no escribió nada sobre mi sufrimiento por la muerte de Giorgio. ¿Cómo se le ocurre decir que lo maté con raticida y no explicar que hice lo posible por salvarlo? ¿No ve que me deja como una loca mala?"

La Polvera añadió que había sido un "infierno" saberse culpable de la muerte de su amado. Mientras nos enfrascábamos en esta discusión, su antiguo amante, Ramón, me atacó por haber dicho que cambió el remedio por veneno. "Fue un accidente inocente, usted no puede acusarme de asesinato. Siempre fui una persona respetuosa de la ley"- indicó. "Es injusto que dañe nuestra reputación sin que nadie pueda reclamarle. Usted se puso automáticamente del lado de los obreros y no dio la versión de la compañía. Era injusto que los trabajadores fueran a una huelga por falta de macarrones y vino, cuando nuestro país no los producía. El negocio de la construcción estaba en rojo y don Minor Keith perdió dinero con el ferrocarril"- explicó.

Lady, William y Miguel no tuvieron reparos. Los dos primeros admitieron que "anduvimos en malos pasos" y que pagaron caro por ello. Sin embargo, la mujer quería dejar en claro que "amaba a William y que mi relación con Max y Ernest se basó solo en dinero". Miguel estaba satisfecho por haber contribuido a la derrota de los nazis en Costa Rica aunque hubiera preferido "que no escribiera sobre el revolcón con La Polvera ya que fue algo inocente, común en aquellos tiempos". Según él, ahora este episodio se interpreta de manera diferente. "Nosotros no nos calificábamos, como se hace hoy día, de acuerdo con el objeto de la relación sexual sino por la práctica. Los machos de mi tiempo solían tener relaciones con mujeres y maricones, sin que nos tacharan de homosexuales"- me señaló.

Finalmente, mi madre y Carlos no quisieron hacer comentarios. "Una madre siempre defiende a su hijo en lo que sea. Sin embargo, he oído que los más reaccionarios de la comunidad judía dicen que arruinaste mi memoria. Pero me encanta lo que hiciste porque yo así fui y nunca soporté la manera en que me trataron como mujer. Nunca, en mi vida, nos dejaron a las mujeres participar en política. Si hubiéramos tenido más poder, quizás

algunas cosas hubieran sido distintas"- me dijo con una sonrisa. "No sé mamá, le dije, recuerda que las mujeres alemanas apoyaban más que los hombres a los nazis"- le respondí con tristeza. "Sí" -me dijo mientras me daba un abrazo- "pero las judías éramos más astutas y más prácticas. Debían haber prestado más atención a nuestras intuiciones". Su enamorado estaba contento en la novela: "Hiciste un buen trabajo con la información que te dejé. Sé que mucho detalle no era posible saberlo y, otras informaciones no quise dártelas. La historia no debe completarse".

Le expliqué a Carlos que me preocupaba que no me hubiera dado información de su experiencia en los campos de internamiento en Estados Unidos, su regreso a Costa Rica y su reacción ante la noticia de la boda de mi madre. "Fue toda una tragedia"- me comentó con una gran tristeza. "Cuando volví y la vi casada con otro, mi vida se vino abajo. No puede entender por qué me culpaba de algo monstruoso que yo mismo, por haber estado cerca de la conversión, pude haber sufrido. Le supliqué que dejara a ese hombre y que volviera conmigo, que estaba haciendo una desgracia de nuestras vidas. No me hizo caso. Sin embargo, nunca dejamos de vernos. Seguimos encontrándonos, a escondidas, hasta el último día".

Vi a mi madre salir al jardín, para acercársenos, y no pude evitar hacerle la pregunta. "Mamá, ¿qué ha pasado con su amistad en el más allá?" En el momento en que me iba a responder, oí un ruido que me despertó y me di cuenta que todo había sido un sueño. Me sentí relajado ya que la quejadera y la lloradera de mis personajes me estaba poniendo nervioso.

Tenía una misión que cumplir que era borrar la novela de mi disco duro. Al mismo tiempo, debía escribir mi ensayo sobre la democracia costarricense. Pero las máquinas son máquinas y mi *laptop* no parecía estar en sus cabales. Una especie de virus había infectado el *Outlook Express*, mi cuenta de correo, que hacía que se enviaran miles de copias de mi novela por todo el mundo. Empecé a recibir ofertas de personas que querían publicarla, como si fuera mi intención hacerlo.

Traté de parar el envío de tanta copia sin ningún éxito. Muchos técnicos trataron de arreglar el problema pero encontraban virus de los más extraños en el sistema operativo. Uno de los técnicos me dijo que estos eran la mar de desconocidos y que hasta hablaba en *ídish*. "¿Está usted bromeando?" -pregunté sin creerle: Jamás había oído que un virus hablara y mucho menos en una lengua casi extinta.

"Que habla, habla, ya que cada vez que usted recibe un correo electrónico de una casa editorial con una buena oferta de publicación, la máquina responde con un "*a dank*", que el dueño de mi compañía, que es paisano suyo, me ha informado que significa "gracias" en *ídish*. En las veces que la propuesta es por poco dinero, responde "*¡Kish mij in tuges!*" Nunca he visto algo semejante. Además, cada vez que trato de borrar los virus, la computadora se calienta y parece que va a explotar", dijo el pobre hombre que dejó su cuenta en el escritorio antes de salir huyendo de mi casa.

Al principio, no supe qué hacer. Aparentemente, un *dibuk* se había metido en mi computadora y como no vivía más en Polonia, no había más expertos en exorcismos judíos

que me ayudaran. Después de muchas noches de insomnio, se me ocurrió una idea: Mandaría un correo electrónico a Anita@Cielo.com con el siguiente mensaje: “OK, abuela, 50-50 sobre las ganancias y su parte para establecer la Fundación Emma Goldman para los Pobres”. El mensaje fue aceptado ya que la computadora recibió un último correo: “*Zaier gut.*”

Dicen que un dibuk publicaría la novela.

Glosario

<i>A broch tsu dir</i>	Maldito seas.
<i>A mentsh on glik is a toyter mensh</i>	Un hombre sin suerte es un hombre muerto.
<i>Ach mien Rudy, mein Hesserl</i>	¡No es terrible que él esté todavía allí!
<i>A lung un leber oyf der noz</i>	literalmente significa no se imagine un pulmón y un hígado en su nariz, o sea, deje de hablar locuras.
<i>Ahf meineh sonim gezogt!</i>	¡Esto, que les suceda a mis enemigos!
<i>Apikoiresteh</i>	libre pensadora.
<i>Árboles de pipa</i>	cocos
<i>Ashkenazis</i>	judíos de Occidente.
<i>Az och un vail!</i>	¡Qué tragedia!
<i>Bar mitzvah</i>	confirmación.
<i>Barujim</i>	estudiante superior.
<i>Bina</i>	inteligencia.
<i>Brist</i>	circuncisión.
<i>Bund</i>	Partido Socialista Obrero, cuya meta era terminar con el antisemitismo por medio de la revolución de los trabajadores.
<i>Cachifa</i>	empleada doméstica
<i>Curves</i>	mujeres de la vida fácil.
<i>Chilillazos</i>	porrazos
<i>Chinamos</i>	tiendas baratas y pobres
<i>Chuica</i>	trapo de ropa
<i>Dibuk</i>	espíritu que vaga en la tierra en busca de un cuerpo donde habitar.
<i>Dibukkim</i>	almas en pena.
<i>Dudaim</i>	Mandrágora
<i>Fachos</i>	fascistoides
<i>Feigele</i>	maricón.
<i>Fiddlefortz</i>	pedo fino.

<i>Fraulein</i>	señorita.
<i>Ganaiden</i>	El Edén
<i>Ganef</i>	pillo.
<i>Ganufen</i>	ladrones.
<i>Gamonal</i>	latifundista, hombre de poder local
<i>Guel</i>	plata.
<i>Guemará</i>	parte del Talmud dedicada a las narrativas
<i>Gets</i>	divorcios.
<i>Glick</i>	suerte.
<i>Goym</i>	no judíos.
<i>¡Groisser fardiner!</i>	¡Gran Proveedor!
<i>Guifilte fish</i>	tortas de pescado
<i>Halakah</i>	la ley religiosa.
<i>Haskalá</i>	Ilustración.
<i>Haré AT mekudéshet lí be-tabaat so ke-dat Moshé ve-Israe.</i>	bendición matrimonial: Mira, me estás consagrada con este anillo de acuerdo con la ley de Moisés e Israel.
<i>Herem</i>	el máximo castigo que implica la expulsión de la comunidad.
<i>Hungerstudent</i>	estudiantes famélicos sin perspectivas de carrera
<i>Hold</i>	suspense.
<i>Hueso</i>	artículo que no se puede vender.
<i>jaloshes</i>	náuseas.
<i>Japá</i>	baldaquín o toldo que simbolizaba la cámara nupcial
<i>Jasídico</i>	secta religiosa que pone énfasis a las emociones y el placer y que se oponía a los rabinos talmúdicos.
<i>Jasídica</i>	movimiento espiritual judío.
<i>Jeder</i>	una pequeña aula para niños de la fe mosaica.
<i>Jevra Kadishe</i>	junta religiosa que administra el cementerio judío y supervisa que los difuntos sean enterrados de acuerdo con las prescripciones religiosas.

<i>Judenmissionen</i>	misioneros de judíos.
<i>Kagán</i>	rey.
<i>Kibbutzim</i>	granjas agrícolas.
<i>Klapper</i>	palabra que viene del ídish "klap-klap" que significa tocar la puerta como el "knock-knock" en inglés o el "tac-tac" en español.
<i>Kosher</i>	siguen una cocina de acuerdo con las instrucciones de la Biblia Judía.
<i>Kosher</i>	dieta especial judía.
<i>Kosher</i>	alimentos preparados de acuerdo con las leyes dietéticas.
<i>Kristallnacht</i>	La noche de los vidrios rotos.
<i>Kish mij in tuges</i>	béseme el trasero.
<i>Lamed</i>	enseñanzas.
<i>Madame Fiddlefortz</i>	pedo fino. Mujer que se creé superior
<i>Maicera</i>	atrasada.
<i>Mechallel Shabes</i>	violadores de la santidad del sábado.
<i>Menorá</i>	candelabro.
<i>Meshugeneg</i>	dementes.
<i>Meshugeneg kop</i>	loco de la cabeza.
<i>Miniyan</i>	el número mínimo para sesionar.
<i>Mishná</i>	parte del Talmud que se dedica a las leyes
<i>Mishpuje-zachen</i>	cosas de familia.
<i>Mohar</i>	dote.
<i>Moré</i>	maestro.
<i>Nacht falt t su</i>	se puso la noche.
<i>Najes</i>	celebración.
<i>Non tolerandis Judaeis</i>	significa que debía estar libre de hebreos.
<i>¡Oi Gevald!</i>	Lamento.
<i>Ordo Novi Templi</i>	La Orden del Nuevo Templo.
<i>Orehman</i>	desamparados.

<i>Ovot</i>	espíritu consejero.
<i>¡Oy!</i>	Expresión de disgusto.
<i>¡Oy vay!</i>	¡Qué desastre!
<i>¡Oyesgemutshet!</i>	muerta por tanto trabajo
<i>Pesaj</i>	Fiesta Judía
<i>Pinkes</i>	libro de anotaciones
<i>Potz</i>	verga.
<i>Quadish</i>	el rezo por los muertos.
<i>Shabat</i>	sábado
<i>Shadján</i>	casamentera.
<i>Shedim</i>	espíritus malignos
<i>Shidaj</i>	matrimonio arreglado
<i>Shidujin</i>	contrato de bodas.
<i>Shikse</i>	empleada doméstica.
<i>Shikker</i>	alcohólico.
<i>Shlemiel</i>	impotente.
<i>Shmate</i>	pedazo de tela, ropa
<i>Shmates</i>	ropa y telas.
<i>Shmulke</i>	Samuel en ídish.
<i>Shmutsik</i>	sucio.
<i>Shojjets</i>	carniceros.
<i>Shull</i>	<i>sinagoga</i>
<i>Shtarker karakter</i>	carácter fuerte.
<i>Shteitel</i>	pequeño pueblo judío en Europa Oriental
<i>Staatsoper</i>	La Ópera.
<i>Strasheh nicht nit!</i>	¡No me amenace!
<i>Talmud</i>	Libro de interpretaciones rabínicas sobre la Biblia
<i>Traifener bein</i>	judíos que no respetan la comida <i>kosher</i> .
<i>Toebah</i>	abominación.
<i>Tojter</i>	hija.
<i>Torá</i>	Cinco libros de Moisés.

<i>Tosafot</i>	adiciones.
<i>Tsegait zich in moyl</i>	¡Se te derrite en la boca!
<i>Tuges</i>	trasero.
<i>Tzures</i>	problemas.
<i>Veitsim</i>	huevos – testículos.
<i>Vikingkorps</i>	Comando Oficial.
<i>Yad Vashem</i>	conmemoración del Holocausto, en hebreo.
<i>Yaitses</i>	huevos.
<i>Yenteh</i>	vieja de patio.
<i>Yeshiva</i>	colegio secundario judío.
Zahuat	perro callejero
<i>Zier gut</i>	Trato hecho
Zwischenstufen	seres intermedios entre lo femenino y lo masculino